

de Escritos Oro

**Obras
ganadoras**

del Concurso
Literario de
Personas Mayores

2021

2022

2023

2024



Volumen
VII





de Escritos Oro

Volumen VII

Escritos de Oro. Volumen VII:

Compilación de las obras ganadoras 2021, 2022, 2023 y 2024.

La Asociación promueve el uso justo de este documento. Se solicita que sea citado apropiadamente cuando corresponda. Prohibida su reproducción parcial o total. Derechos reservados. Esta publicación está disponible en formato electrónico (PDF) en el sitio web institucional www.ageco.org

La autoría de las obras que conforman este volumen le pertenece a cada una de las personas mayores que resultaron ganadoras en las diferentes ediciones del Concurso Literario organizado por la Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO. Las obras son transcripciones fieles de los textos presentados y el contenido de las mismas es responsabilidad de las personas autoras.

Compilación de las obras

XXX Concurso Literario de Personas Adultas Mayores 2021:

“Marilyn Echeverría Zürcher / Lara Ríos”. María Araya Picado, Gestora del Programa de Promoción Social, AGECO.

XXXI Concurso Literario de Personas Mayores 2022:

“Inés Trejos Araya” María Araya Picado, Gestora del Programa de Promoción Social, AGECO.

XXXII Concurso Literario de Personas Mayores 2023:

“Ani Brenes Herrera” María Araya Picado, Gestora del Programa de Promoción Social, AGECO.

XXXIII Concurso Literario de Personas Mayores 2024:

“Mariamalia Sotela Borrásé” María Araya Picado, Gestora del Programa de Promoción Social, AGECO.

Coordinación editorial:

Isela Corrales Mejías, directora de Programas Gerontológicos

Diseño de portada y diagramación:

Newton (Terrarium Flow S.A).

Asociación Gerontológica Costarricense (Ageco)

Apartado postal: 5956-1000 San José

Teléfono: (+506) 2542-4500 • WhatsApp: (+506) 2542-4501

Correo electrónico: ageco@ageco.org

Facebook: @AGECOCR • YouTube: AGECO Costa Rica • Instagram: [asociaciongerontologicacra](https://www.instagram.com/asociaciongerontologicacra)

860

E748e Escritos de Oro. Volumen VII : obras ganadoras del Concurso Literario de Personas Mayores 2021-2022-2023-2024 [recurso electrónico] / compilación, Asociación Gerontológica Costarricense (AGECO). – 1 ed. – San José, C.R. : Asociación Gerontológica Costarricense (AGECO), 2026.
1 recurso en línea (304 págs.) : PDF ; 1.8 MB

ISBN: 978-9968-931-81-6

1. Literatura Costarricense. I. Asociación Gerontológica Costarricense (AGECO), comp. II. Título.

San José, Costa Rica
2025

Asociación Gerontológica Costarricense (Ageco)

Apartado postal: 5956-1000 San José

Teléfono: (+506) 2542-4500 • WhatsApp: (+506) 2542-4501

Correo electrónico: ageco@ageco.org

Facebook: @AGECOCR • YouTube: AGECO Costa Rica • Instagram: [asociaciongerontologicacr](https://www.instagram.com/asociaciongerontologicacr)



Tabla de contenidos

Presentación.....	13
XXX Concurso Literario de Personas Mayores: 2021: “Marilyn Echeverría Zúcher / Lara Ríos”	17
Jurado Calificador	18
Resumen de Obras Ganadoras.....	21
Obras Ganadoras	25
Cuento	25
Mi musa.....	25
Primera infamia	29
Cruz y Grama	31
Manuela.....	35
Cuento Infantil	37
Las gatitas Tashi y Mizu: Maravillosa conexión	37
El conejo que perdió su cola.....	41
El palacio danzante	44
Nina la ardillita parlanchina y Lula la tortuga dormilona...	46
Poesía	51
Albert	51
Un mundo de tantos	52
Clamor.....	54
Se colgaron del tiempo	55
Relato de Experiencias	57
El último abrazo.....	57
La salud mental en tiempos de pandemia	63
Muerte y superación personal en tiempos de pandemia ..	67
Ideas de un viejo	72

Obras Extranjeras ganadoras: Poesía	75
De un hombre con sombrero	75
El tratado	77
Ámame	79
Extrañaremos la casa	82

XXXI Concurso Literario de Personas Mayores 2022: “Inés Trejos Araya”

Jurado Calificador	86
--------------------------	----

Resumen de Obras Ganadoras	89
----------------------------------	----

Obras Ganadoras	93
-----------------------	----

Cuento

Beto y el jaraguay.....	93
-------------------------	----

La locura de Ligia.....	94
-------------------------	----

La poza del Tablazo.....	99
--------------------------	----

Deshojando orquídeas	103
----------------------------	-----

Poesía

Vitral	107
--------------	-----

Al filo de la cama	110
--------------------------	-----

Contagiarme.....	111
------------------	-----

El mar eres tú	112
----------------------	-----

Poesía Infantil

La codorniz feliz	113
-------------------------	-----

Estilistas en la granja.....	114
------------------------------	-----

Viene el tren.....	115
--------------------	-----

Canción de cuna para una niña inquieta.....	116
---	-----

Relato de experiencias

No todo es lo que parece.....	117
-------------------------------	-----

Mamá ¿qué son las penas?	120
--------------------------------	-----

Pistoladas del Colorado (Disparates)	122
--	-----

Pinceladas de prisión	126
-----------------------------	-----

Obras Extranjeras ganadoras: Cuento	131
No hay genios sin mezcla de locura	131
Ramito de violetas.....	133
Un pequeño huerto	138
Revelador encuentro	145
 XXXII Concurso Literario de Personas Mayores 2023:	
“Ani Brenes Herrera”	149
 Jurado Calificador	151
 Resumen de Obras Ganadoras.....	155
 Obras Ganadoras:	159
Cuento	159
Confesiones	159
Agua que no has de beber... ..	161
Solo en Puntarenas	163
Mamá, ¿cuándo viene papá?.....	168
 Relato de Experiencias	175
El panóptico celestial	175
Temporada de mariposas.....	182
Un día soleado	186
Una petición inusual.....	189
 Poesía	195
Amo lo	195
La gotita enamorada	197
Elena.....	199
Remembranzas de mi tierra	200
 Haiku	201
El fluir de la conciencia	201
Haiku	202

Obras Extranjeras ganadoras: Poesía	203
Nuestros abrazos	203
Ancestral	206
Ochenta soles	207
Nada y todo.....	209

XXXIII Concurso Literario de Personas Mayores 2024: “Mariamalia Sotela Borrásé” 211

Jurado Calificador	213
--------------------------	-----

Resumen de Obras Ganadoras.....	217
---------------------------------	-----

Obras Ganadoras:	221
------------------------	-----

Cuento	221
Pedrito.....	221
De cómo salir del clóset sin morir en el intento	223
Nos encantaba la gente	227
Entre la vida y la muerte.....	233
Asquerosas aliadas	236

Relato de Experiencias 241

El manco	241
Adiós Madre Casa.....	248
La libreta.....	252
El confesionario.....	256
A la deriva en Cabo Blanco.....	261

Poesía 269

Mi columpio.....	269
Viaje de retorno	271
El color del tiempo	273
Un sueño	274

Haiku	275
Momentos y Poesía.....	275
Haikus de esperanza.....	276
Apenas, facetas de la vida	277
Aquí y ahora: Una zen...da poética.	
¡Haikus de asombros!.....	278
 Obras extranjeras ganadoras: Cuento	279
Distancias.....	279
El comandante	288
...y me fui de casa	296
Los fantasmas de mi pueblo	299
TÁNDEM.....	301



Presentación

En el 45 aniversario de AGECO, esta compilación de obras es un esfuerzo, por plasmar, una vez más, la creación literaria de las personas mayores y contribuir a dejar su huella en la sociedad por medio del arte literario.

La Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO, con plena convicción en las potencialidades, habilidades y destrezas de la población adulta mayor, emprende acciones y programas encaminados a propiciar una transformación cultural de la sociedad, para que se reconozca a las personas mayores como protagonistas y actrices sociales activas, que aportan y generan oportunidades en la sociedad, presenta el Volumen 7 de Escritos de Oro.

Escritos de Oro es una publicación de las obras ganadoras del Concurso Literario de Personas Adultas Mayores que cada año, desde 1991, organiza AGECO como parte de las acciones para fomentar la participación, el protagonismo y los conocimientos y las habilidades literarias de las personas adultas mayores a escala nacional e internacional. En efecto el Concurso ha trascendido las fronteras costarricenses y propicia la participación de las personas desde diferentes partes de Latinoamérica y el mundo.

Con esta publicación AGECO ofrece la posibilidad de leer y disfrutar de las obras ganadoras en diferentes géneros literarios en cuatro ediciones del Concurso correspondientes a los años 2021, 2022 2023, 2024.

Es nuestro deseo que la producción artística de las personas adultas mayores, plasmada en este escrito, alcance a muchas personas y que la lectura sea amena, satisfactoria y demostrativa de las posibilidades de expresión de ideas, emociones y sentimientos por medio de la palabra; pero sobre todo deseamos aportar a la desmitificación del significado de envejecer en la sociedad actual y de lo que significa ser una

persona en igualdad de condiciones, posibilidades y derechos. Nuestro afán es contribuir a eliminar cualquier tipo de discriminación en razón de la edad y crear espacios reales que garanticen el derecho de las personas a participar activamente y demostrar su potencial creativo en todas las etapas de la vida.

Nuestro más sincero agradecimiento a las personas especialistas en el campo de la literatura y la escritura literaria que en cada edición participan voluntariamente en la revisión de las obras y en la determinación de las ganadoras; realizan un valioso, solidario y comprometido esfuerzo.

Felicitamos a cada una de las personas que participaron en cada edición del Concurso y agradecemos su entusiasmo, sin duda, es lo que lo hace una experiencia valiosa y enriquecedora.

Isela Corrales Mejías

Directora de Programas
Gerontológicos de AGECO

XXX
Concurso
Literario de
Personas
Mayores
2021

“Marilyn Echeverría
Zúcher / Lara Ríos”

La edición XXX del Concurso Literario 2021 estuvo dedicada a la Señora Marilyn Echeverría Zúcher, conocida por su seudónimo literario “Lara Ríos” escritora, poeta, cuentista y promotora de literatura infantil y juvenil

Los géneros participantes a escala nacional fueron:

- Cuento (tema libre)
- Cuento infantil
- Poesía (tema libre).
- Relato de experiencias

El género para participar a escala internacional:

- Cuento

Además, en esta edición participaron 116 personas y 141 obras literarias tanto nacionales como del extranjero de países como: Argentina, Chile, Perú, México, Panamá, Ecuador, Uruguay, España, USA, Italia, Venezuela, El Salvador y Cuba.

Jurado Calificador

Ani Brenes Herrera

La señora Ani Brenes Herrera es maestra de vocación, y escritora alajuelense de cuentos, poesías y canciones para niños de todas las edades.

Imparte talleres y charlas a estudiantes, docentes y universitarios, dentro y fuera del país; actividad que disfruta plenamente como parte de su intención de rescatar el sentimiento, la palabra y el papel de la literatura en las actividades cotidianas.

Ha participado en proyectos sobre el mejoramiento del léxico en estudiantes de educación primaria en el Instituto de Investigaciones Educativas (INIE) de la Universidad de Costa Rica, y ha sido miembro del Consejo Editor de la revista Umbral del Colegio de Licenciados y Profesores.

Sus trabajos están presentes en diversas antologías, nacionales e internacionales, libros de cuento y poesía de las diferentes editoriales del país.

Adriano Corrales Arias

El señor Adriano Corrales Arias, cuenta con una Maestría en Bellas Artes con énfasis en Dirección Teatral (San Petersburgo, Rusia) y es graduado del Doctorado Interdisciplinario en Artes y Letras de América Central de la Universidad Nacional.

Actualmente se desempeña como profesor e investigador universitario en el Instituto Tecnológico de Costa Rica, Campus Metropolitano de San José, y en esa misma institución dirige los programas de extensión “Miércoles de Poesía”, “Encuentro Internacional de Escritores”, así como la revista FRONTERAS.

Dentro de su carrera literaria, tiene publicadas las siguientes obras: Tranvía negro (poesía, 1995), Los ojos del antifaz (novela, 1999), La suerte del andariego (poesía 1999), Hacha encendida (poesía, 2001-2008), Profesión u oficio (poesía, 2003), Caza del poeta (poesía, 2004), Balalaika en clave de son (novela, 2005), El jabalí de la media luna (cuento, 2006), Kabanga (poesía, 2007) y San José Varia (Poesía 2009).

Ha publicado ensayos y artículos en diversos medios nacionales y latinoamericanos y ha sido antologado en varios países de Centroamérica y en España.

La señora Anabelle Aguilar Brealey es bióloga. Residió en Venezuela, actualmente vive en Canadá. Se desempeñó como docente, fue consejera de la Embajada de Costa Rica en Venezuela y miembro de la Junta Directiva del Círculo de Escritores de Venezuela.

Ha publicado diversos libros en narrativa, siendo los más recientes, Poeta menor con petirrojo (2001), Laberintitis (2009), Errática (2011), Los codos del diablo (2014) y El caballo Grillo (2014), así como en Poesía en la cual destacan títulos como Desmesura (2008) Consumidas por fuego (2011), Canis lupus (2012), Profanación del Huerto (2016) y Niño empolvado por explosión de guerra (2019).

Asimismo ha publicado poemas que han sido incorporados en antologías y muestrarios a nivel nacional e internacional, como lo son Poesía Erótica costarricense. Antología (2003) y en Antología Poética del Círculo de Escritores de Venezuela (2005).

Resumen de obras ganadoras

Cuento

1^{er}
Lugar

Mi musa
Cecilia Hidalgo Calderón

2^{do}
Lugar

Primera Infamia
Fabio Sánchez Navarro

3^{er}
Lugar

Cruz y Grama
Dannie María Villalobos Ramírez

Mención
Honorífica

Manuela
Ana Lucía Mora Porras

Cuento infantil

1^{er}
Lugar

Las gatitas Tashi y Mizu:
Maravillosa conexión
Ana Isabel González Cordero

2^{do}
Lugar

El conejo que perdió la cola
Eduardo Sánchez Sánchez

3^{er}
Lugar

El palacio danzante
Ana Isabel Salazar Gámez

Mención
Honorífica

Nina la ardilla parlanchina
Cecilia Hidalgo Calderón

Poesía

1^{er}
Lugar

Albert
Ana Teresa López Arrieta

2^{do}
Lugar

Un mundo de tantos
Ana Lucía Montoya Gamboa

3^{er}
Lugar

Clamor
Isaac Navarro Aguilera

**Mención
Honorífica**

Se colgaron del tiempo
Ana Isabel Piza Escalante

Relato de Experiencias

1^{er}
Lugar

El último abrazo
Rafael Ángel Abarca Jiménez

2^{do}
Lugar

Salud mental entiempos de pandemia
Susana María Quirós Mora

3^{er}
Lugar

Muerte y superación personal
en tiempos de pandemia
Ana Cecilia Monestel Montoya

**Mención
Honorífica**

Ideas de un viejo
Jorge Badilla Rojas

Poesía Extranjera

1^{er}
Lugar

De un hombre con sombrero
Domingo Hernández Varona
Estados Unidos

2^{do}
Lugar

El tratado
Emigidio Fidel Díaz Cedrón
Cuba

3^{er}
Lugar

Ámame
Antonio Omar Sánchez Méndez
Panamá

Mención
Honorífica

Extrañaremos la casa
Carlos Eduardo Pérez Robayna
Venezuela

Obras ganadoras

Cuento

Mi musa

Autora: Cecilia Hidalgo Calderón

Genaro Picaflor, quería ser escritor, pero por más que se esforzaba, no lograba hilvanar buenas ideas, consultaba para aumentar su léxico, llevaba cursos de redacción y ortografía y leía cuantos libros de escritores famosos cayesen en sus manos, incluso se metía a talleres de escritores y le pagaba a filólogos para que corrigiesen su estilo, también lo había intentado, con la pintura, la escultura y otras artes, mas nada. Pero él se propuso ser famoso costase lo, que costase, y se dijo:

- O lo logro con la escritura, o me tiro de jupa a un barranco.

En ese entonces llegó al país un escritor y especialista en mercadeo muy famoso, llamado Teófilo Grafito, quien daba una conferencia de cómo escribir y vender libros, en tres pasos y aunque la entrada al evento le resultaba onerosa, por ser él, más pobre que un chícharo, se dispuso a pedir prestado a su cuñado, esposo de su hermana gemela.

- Adolfo, vengo hasta tu hogar, para pedirte un favor muy grande, que te pagaré apenas aumenten mis ingresos. Necesito que me prestes cien mil pesos.
- ¿No me digas qué piensas comprarte todo ese dinero, en lotería y que esperas pegarte el premio mayor?
- No Adolfo, no estoy loco, para pensar que puedo tener suerte con los juegos de azar
- ¿Entonces, cómo piensas devolverme el dinero que me pides?

Adolfo le explicó a su cuñado sus planes para con el préstamo

- ¿Y tú crees que yendo a la conferencia de ese sujeto, vas a lograr escribir y hacerte famoso?
- Bueno esa es la idea, necesito a alguien que me oriente, que guíe mis pasos por el mundo mágico, e impredecible de las letras.

Adolfo conmovido por la credulidad de su cuñado, al final le prestó el dinero. Genaro, muy feliz, se fue a escuchar y tomar apuntes y así hacerse famoso a través de la escritura.

Se sentó junto a un hombre de mediana edad, quien tampoco había tenido suerte con el teje y maneje de los libros, que proceden de la imaginación.

- ¡Buenas tardes, caballero! ¿me permite pasar, para sentarme a su lado derecho?
- ¡Claro!, pase, pase.

Una vez que Genaro al fin pudo acomodarse, mientras empezaba el evento comenzaron a cuchichear.

- Dicen que este Grafito es buenísimo. Ha recorrido todo el mundo dando charlas. Ojalá me sirva para salir de esta sequía de ideas.
- A mí me pasa lo mismo, no he logrado tener éxito, pero yo no soy escritor sino vendedor de libros.

En esos momentos el público hizo silencio. El orador comenzó con la disertación. Genaro se dispuso a escuchar y a tomar apuntes casi sin respirar, de aquel erudito hombre de las letras.

- Estimado auditorio hoy es un gran día para todos. Estas pautas sacarán a más de uno, del oscurantismo en que viven, respecto a sus trabajos en literatura y venta de libros. Nunca se debe escribir, sin el consejo oportuno de nuestra musa interior. La musa interior es aquella vocecilla que escuchamos cuando escribimos un poema, una canción y porque no, un cuento, una novela. En fin, es la inspiración que nos anima cada día,

en nuestro empeño por encantar a nuestros lectores y obtener gratificación para nuestro ego.

Al final de los aplausos se abrió la etapa de las preguntas. Genaro se arrimó al micrófono y preguntó

- ¿Maestro, como hago para escuchar a mi musa?
- La musa la llevamos todos, los que tenemos aptitudes para las diferentes artes. Todo es cuestión de ponerle atención, y no nadar contra su corriente. Forzando la mente inútilmente. Lo mejor es dejarnos llevar y manipular por esa alma misteriosa, que siempre nos auxilia, aún en nuestros ratos de aridez.

Genaro no entendió la explicación y se fue para su casa, igual que antes del evento, o quizá más confundido. A todas horas del día se ponía los audífonos, para no escuchar el entorno. Solo quería percibir aquella voz interior, que deseaba fervientemente lo guiase.

Se sentaba en el escritorio y se ponía a ver las letras del teclado de su computadora, pero nada, sequedad total. Hasta que una noche al quitarse los audífonos, cansado de haber pasado todo el día en blanco, escuchó claramente unos arañazos en los cristales de una de las ventanas. Se asomó por la vidriera, pero, afuera todo estaba en calma. Cuando se metió entre las sábanas de su cama dispuesto a dormir, volvió a escuchar los arañazos en la misma vidriera.

- ¡Qué diablos pasa! ¿Es o no, mi musa, la que me está llamando la atención?, ¿No será mejor que me siente ante la computadora de nuevo? ¿Y la escuche con más cuidado?

Se levantó y arrastrando las pantuflas se situó frente al teclado, escuchando con esmero los sonidos, dentro del recinto.

De nuevo los arañazos, pero esta vez con más violencia, se escucharon en el vitral.

- ¿Será que quiere que la deje entrar?

El hombre abrió lentamente la ventana y de forma sorpresiva sobre sus manos y llena de furia la gata blanca de su vecina, le cayó encima, arañándole los brazos.

Henchido de dolor por las heridas y habiendo sacado al animal que tenía prensada la cola dentro de los ajustes de la ventana, se sentó de nuevo en la computadora y dato increíble, comenzó a escribir compulsivamente como si el espíritu salvaje de aquel animal, lo guiase, escribió tanto que duró incontables días en aquella entrega, al final quedó impactado por el resultado, había escrito más de quinientas páginas y le había dado forma, a la ahora su única novela.

Se paseaba por toda la casa pensando y pensando que nombre ponerle y una mañana mirando a la gata de su vecina, vagar por el jardín y recordando que ella y solo ella lo había inspirado a través del dolor que le infringió, con los arañazos, no lo pensó más, por fin ya tenía el nombre para su flamante obra. Ahora solo le faltaba publicarla y encontrar un buen vendedor.

Tiempo después se encontró con el hombre que se sentó junto a él y que jamás había vendido un libro, juntos vendieron decenas de ejemplares de aquella fascinante y extraña novela escrita por Genaro Picaflor...Mi musa... araña.

Primera infamia

Autor: Fabio Sánchez Navarro

La mujer cerró con parsimonia las cortinas, mientras una estrepitosa lluvia de estrellas inundaba el patio. Pensó que el hombre se demoraba demasiado, que ya no calentaría más la frugal cena y que lo mejor era acostarse. Como todos los días, se había sentado en la mecedora a tejer y destejer, esperando ver la aparición vespertina del hombre, a la vuelta del camino. También, como siempre, él llegaría a la hora menos pensada, con su ropa sudada, la mochila llena de golosinas para los niños, cantando canciones olvidadas en el vértigo de los años. La mujer sirvió la mesa en un rito nocturno de costumbres. Afuera arreciaba la tumultuosa llovizna de estrellas, que se deshacían furiosamente, atascando los desagües y los canales del tejado. Al amanecer, el hombre tendría que levantarse a limpiar el patio y despejar los desagüaderos, que ya se resistían a la desesperación de los diluvios. El hombre tardaba, pero la mujer siempre encontraba una razón para la espera: podía lavar y deslavar o planchar y desplanchar la escasa ropa que tenían, hasta que comenzaba a tomar un tono de transparencia insólita. Entonces se oían los pasos suaves pero firmes del hombre, enredados en su canto de años idos y la mujer se ponía de pie y abría la puerta con ansiedad. Le contaba sus sueños y deseos y cómo el cielo se había desgranado de estrellas furibundas y cómo el corredor y el patio se salpicaron de tinieblas, mientras ella aguardaba su aparición vespertina a la vuelta del camino. Él, como era su costumbre, la besaba con labios fríos y dejaba su mochila colgando en el clavo detrás de la puerta y asentía con aspecto grave a la charla de la mujer, que se desplazaba con rapidez entre el comedor y la cocina, en el fragor de los preparativos para la cena. El hombre se lavaba las manos y la cara, se enjugaba y se sentaba a la mesa, con su cabeza inclinada, oyendo, sin escuchar, la voz de la mujer, envuelta en el estrépito de las sombras. Luego cenaban entre palabras obscuras. La mujer recogía la mesa y el hombre se cepillaba los dientes. Luego salían a orinar en medio de la noche. El lecho, frío, hacía tiempo no les devolvía el calor. La mujer removi6 las cenizas en busca de brasas y sopló con angustia hasta que su cuello se tensó. No había fuego. Metió más leña y roció querosén. Tres veces había calentado la cena y siete veces se había asomado a la puerta, esperando ver la aparición vespertina

del hombre a la vuelta del camino. Rememoró sus largas vigili-
as, añorando el momento en que el esperma de su hombre hiciera el
milagro en su matriz. Pensó, con dolor, que el paso de los años
había inutilizado todos sus actos y que ya para ellos no existía la
esperanza. Todos los días el hombre se levantaba a jugar con los
niños: les ensuciaba de estrellas de la cabeza a los pies y ella los
oía corriendo desaforadamente por entre el jardín de las retamas,
gritando y alborotando los pájaros en el tropel bullicioso de sus
reclamos. Entonces, ella les sacudía el polvo de estrellas de la
cabeza, los bañaba y los vestía con los trajecitos que tejía y destejía
en sus dolorosas tardes de espera. Luego, él se marchaba a las
sementeras, con su mochila al hombro, después de besar, entre
risas, a los niños. A la vuelta del camino, él se volvía y les decía
adiós con la mano, en tanto ella, bañada en lágrimas, entraba en la
casa, sola, a esperar su regreso lavando y deslavando, planchando
y desplanchando, la escasa ropa que tenían y que había adquirido
la tonalidad insólita de las estrellas, que ahora desbordaban por los
canales del tejado y amenazaban anegar el corredor y el traspatio.
Ya la noche era un cúmulo de negruras cuando se oyeron los pasos
suaves del hombre, enmarañados en su canto. La mujer abrió y lo
miró, recortado en el marco nocturno de la puerta, con el cabello
escarchado de estrellas y el semblante cetrino. El hombre la besó
con labios fríos y colgó la mochila, repleta de chucherías para los
niños, en el clavo detrás de la puerta. Ella corrió a servir la cena,
mientras le iba relatando sus avideces, su desconcierto con la
turbulencia de las estrellas y cómo había tenido que espantar la
casa de sombras deshabitadas. Él se lavó y se sentó a la mesa
e inclinó la cabeza con desesperanza. Las palabras de la mujer
apenas se escuchan en medio del estruendo de la obscuridad.
Cuando ya cenaban, el hombre dijo tenemos que hablar y su voz
salió como un grito que sobresaltó a la mujer. Sí, dijo ella, la lluvia ha
estropeado el jardín; no sé dónde corretearán mañana los niños. Él
la miró con estupor: tantos sueños compartidos les había agostado
las infinitas posibilidades de la ilusión. Una profunda incertidumbre
se les estaba hundiendo en el cuerpo y les hacía evocar las noches
remotas en que amanecían acechando que el amor diera fruto, los
largos meses pretéritos que atardecían sin mies y los años anodinos,
que se desenrollaban como una culebra de cuarenta vueltas de
amargura. El lecho, frío, hacía tiempo no les devolvía el calor.

Cruz y Grama

Autora: Dannie María Villalobos Ramírez

Aquella noche, Francisco me despertó y estaba sudoroso, algunas lágrimas de dolor se divisaban en su rostro tosco; había tenido la misma pesadilla que lo había seguido desde hace tantos años. Un precipicio, fuertes vientos y la soledad angustiante que le carcomían la vida, en muchas ocasiones llegué a pensar que era solo un cúmulo de huesos, que iba dejando el hedor por donde caminar. Todas esas pesadillas se remontaban a su juventud, al parecer la única época de la vida que él vivió, el resto habían sido solo largos momentos letárgicos; no era para menos, Francisco padecía de una gran depresión; desde la muerte de su hermano gemelo Rafael.

En los años cuarenta y cinco, ellos trabajaban en el campo, allá en la zona sur del país, en una finca donde su padre era el encargado; A pesar de no tener madre, él les inculcó los valores necesarios, era una familia feliz, sin embargo, a pesar de tenerlo todo humildemente, el padre quería que salieran de aquel lugar, estudiaran y lograran un trabajo digno. A mucho esfuerzo obtuvieron el diploma de primaria; eso les permitió trabajar como policías en diferentes lugares. Los muchachos eran empuchados, con el tiempo también sacaron el bachillerato por madurez y con mayores posibilidades de acrecentar sus estudios se vinieron para San José, a Barrio México. En este lugar los conocí; eran altos y gruesos, con una personalidad muy definida, donde quiera que fueran no pasaban desapercibidos eran dos caballeros humildes, simpáticos y muy educados. La idea de venirse de sus tierras era para entrar a la Universidad Nacional o a la Universidad de Costa Rica, desgraciadamente, la situación económica no dio para tanto. Pese a esto no se desanimaron y continuaron laborando para la fuerza pública de la ciudad capital; su sueño de ser profesionales y algún día llevarle el título a su padre allá en la sierra, no se desvanecería, así que se juraron trabajar fuerte para obtener la subvención económica necesaria y conseguir sus sueños. Si algo tenían claro era que su viejo estaba muy orgulloso de ellos y que, a mucho esfuerzo de sol a sol, él los saco adelante desde la muerte de su madre en el parto.

Por mucho que intentaba comprender a Francisco no lo lograba, al parecer fue criado en un hogar de amor, por un padre orgulloso de ellos, y un hermano que fue la yunta de su vida, claro está que jamás me atreví a preguntarle nada al respecto, a pesar de ser mi amigo del alma, sabía que hablarle del tema le generaría pesar. Su rostro trasmitía dolor, sus ojos eran dos enormes piedras azabaches que no brillaban y cuando lo hacían era porque alguna lágrima las hidrataba. Sabía de corazón que lo mejor que podía hacer era solo permanecer en a su lado, respetar su silencio y su dolor.

- ¡Hola Francisco!, ¡Que tal Marco! ¿Cómo están? nos dijo un viejo compañero de mesa en el cafetín de la ciudad.
- ¡Muy bien, gracias! Respondió Francisco, le hizo un saludo militar, y se levantó a la barra de comidas...

Muy extrañado del semblante de Francisco, Carlos comentó la apariencia de nuestro viejo amigo... no es la misma que conocí a los 13 años y ellos a los 23, consentí con una mirada, mas no mencioné nada al respecto.

- Carlos Enrique siguió acotando su anécdota de vida, pero no dejaba de admirar la apariencia tan deprimente de Francisco... Tenía como quince años de no verlos, me fui al extranjero a estudiar medicina, me casé y tuvimos dos hijos, me devolví a mi querido país y lo primero que deseaba hacer era venir a mi viejo barrio; pues mírame aquí; decidí darme una vuelta y me encontré con mi compañero de escuela Marco Aurelio y al viejo Francisco. Nos sentamos en las afueras del café que daba al frente del Mercado Central, mientras Francisco se quedó dentro del negocio tomándose un café, cada vez que alguien se nos acercaba a conversar Francisco muy respetuosamente se retiraba para estar solo, al parecer solo mi compañía le hacía sentir cómodo, como ya lo conocía lo respetaba.

Al lugar llegaba todo tipo de personas sencillas y encopetados; El café, la tortilla con natilla, los emparedados de carne y el trato de las muchachas era insuperable. El lugar era del negro Ezequiel Ramírez, más conocido como paloma; hacía mucho

tiempo que no lo veía, después me contaron que murió de un infarto; era buena gente; pero más agarrado que un fresco de balines, nunca aprovechó lo ganado, todo quedó en manos de la esposa que era un dolor de panza. Este lugar era conocido por todos como el Titanic; el mejor lugar para tertuliar y comer. Por largo tiempo estuvimos conversando muy amablemente de nuestras vidas, sin embargo, era notable la intriga que Carlos Enrique tenía de Francisco, aunque conversaba conmigo no dejaba de mirar de reojo a nuestro compañero; en su mirada se reflejaba tristeza al verlo; en un largo momento de silencio le dije te voy a contar la realidad de Francisco, del amargo trago que llena sus entrañas y del motivo por el cual ya no vive la vida.

Francisco en su lucidez, fue un tipo normal, trabajador, soñador, valiente y le gustaba ayudar a la gente. En su afán por llegar alcanzar el sueño de ser un educador profesional, se le fueron yendo los estribos, veía como poco a poco su sueño era solo un sueño que volaba; si no era porque no le alcanzaba el dinero para para la universidad, era porque lo mandaban a otros lugares del país a cumplir con algunas labores de su oficio; esto lo fue frustrando y el detonante de todo fue el día en el que les avisaron que a su padre lo habían encontrado muerto en la sierra. Consumido en su dolor decidió seguir esforzándose por llegar a ser el educador que tanto soñó, se sumergió en la biblioteca pública de la capital, en los tiempos libres se le veía en cualquier lugar con libros; su trabajo se vio perjudicado por la actitud que Francisco había tomado. En muchas ocasiones su hermano le dijo que dejara esa obsesión, pero jamás le hizo caso, en la comisaría donde laboraba le ofrecieron ayuda profesional; era evidente que ya no estaba cuerdo, su obsesión acabó con su vida. En sus arrebatos era muy peligroso, había tiempos que pasaba internado en el psiquiátrico, atentó contra su vida en diversas ocasiones, el único que lo comprendía y acompañaba era su hermano; mientras estaba empastillado no había problema, era el gentil hombre que todos conocíamos. Lo cierto es que un día de tantos cuando más lúcido estaba, por accidente, mató a su hermano gemelo, cuando limpiaba el arma en la comandancia; ésta se disparó, el tiro le atravesó el pecho, murió dos días después en el hospital en brazos de su hermano; La desesperación de Rafael fue terrible...

- En ese justo momento se acercó Francisco y dejaron de hablar del tema.
- ¿Francisco, un café?, le dijo Carlos Enrique, éste aceptó seguidos de movimientos maquinales; Marcos se fue al orinal y me dejó con Francisco.
- Me llamo Carlos, me recuerdas, tu viejo amigo; ahora soy médico.

Francisco levanto su mirada y con voz baja le comento...

- ¡Qué bueno que puedo contarle algo que llevo muy dentro, no es a cualquiera que uno le puede contar ciertas adversidades... no las podrían entender!

Por mi parte le agradecí la confianza; Murmuraba para que sólo yo lo oyera.

- Maté por accidente a mi hermano gemelo Francisco; la gente no sabe que, en realidad soy Rafael; no quiero que se lo digas a nadie, al fin, yo estoy muerto desde el fatal accidente.

No dije nada, un hondo escalofrío invadió mi cuerpo. ¿Cuál era la realidad? Francisco murió, pero.... Rafael le cedió su lugar para que el mundo creyera que el que falleció fue Rafael.

El hombre se tomó el café, se levantó de la silla, me dio las gracias, me hizo el saludo militar y se fue hacía el mercado; al rato llegó Marco Aurelio y me dijo_ ¡Y Francisco?

- Se fue hace tiempos, respondí... hace tanto tiempo.

Manuela

Autora: Ana Lucía Mora Porras

Por las calles de aquel pueblo a horas exactas en cada punto cardinal, podría encontrarse con ella mirando hacía el vacío, a la nada.

Era un personaje del lugar, ya no se hacía notar, era parte inherente del paisaje. Con lluvia o en un día hermoso de verano ella recorría con sus pies desnudos cada trillo, cada calle hasta llegar o salir de su casa vieja, cubierta de plantas que casi bloqueaban en su totalidad la entrada.

La loca le decían algunos, los más viejos “la Profe” y los foráneos ni siquiera pensarían que alguna vez fue como cualquier miembro de la comunidad.

Esa tarde que yo la vi, estaba en uno de sus “*lapsus*” en la orilla de la finca de los Piedra, le pegaba el sol en su enmarañado pelo y se sostenía un lado de su estrecha cintura con una de sus manos.

Parecía que escuchaba alguna sinfonía del viento, su vestido le llegaba a la rodillas huesudas y sucias, despedía un olor a guardado, a húmedo, a pena, a sudor o quizás a todo junto.

- Manuela le dije, se acuerda de mí? Manuela soy yo Marta, fuimos compañeras en la escuela.

Siguió de espaldas sin siquiera mover un músculo. - Manuela regresé esta vez para quedarme, ya estoy cansada vuelvo a casa.

No insistí más, ella llevaba años absorta en su mundo, no le hacía daño a nadie. Los vecinos le dejaban en su corredor alimentos, algunas ropas y medicinas. Cuidaban de ella pero de lejos.

Los niños de la escuela le tenían miedo, aunque algunos le tiraban cosas cuando pasaba por la calle.

Tuvo un hijo, se había casado, estudió, era maestra de matemática, el niño cerca de cumplir los cuatro años murió de

una de esas enfermedades que les da a los niños de pueblo. Su esposo la dejó y se fue, dijo que ella viviría solo para la tristeza y no se equivocó.

La loca, la que recorre las calles descalza, sucia, callada, con sus ojos secos de tanto que lloró una vez...

- Manuela juguemos, Manuela vamos a casa, Manuela vamos, papá y mamá ya no están han partido al cielo, mírame soy yo, Marta. Súbitamente echó a correr calle abajo sin voltear, se dirigía a su casa a su rincón, oscuro de noche y en penumbras de día.

La seguí, pasé al frente, estuve a punto de entrar pero no lo hice.

Continué mi camino, ¿para qué decirle que soy yo su hermana?, para qué volverla a la realidad si ella decidió vivir en su mundo abstracto, con su pelo sucio, su vestido largo y roto. ¿Y su mente? solo Dios sabe dónde y cómo. Manuela la loca, la profe, hace mucho que no está para nadie... ni lo estará.

Cuento Infantil

Las gatitas Tashi y Mizu: Maravillosa conexión

Autora: Ana Isabel González Cordero

En una noche lluviosa cuando el sonido de los truenos y la luz de los relámpagos hacían una gran fiesta entre las nubes, nacieron tres gatitos y dos gatitas.

La mamá gata los limpió, los calentó y los alimentó, pues todos parecían haber venido al mundo con mucha hambre.

A las pocas horas, los gatitos empezaron a abrir sus ojitos y pudieron ver a su dulce mamá, una gata blanca con pintas negras, la cual, descansaba sobre una cobija anaranjada, siempre vigilante de que sus hijos no se alejaran del lugar.

Las primeras en abrir los ojitos fueron las dos gatitas, las cuales se miraban curiosamente una a la otra. Una gatita era toda blanca con ojos de un color verde claro y la otra era multicolor pues su pelo tenía partes blancas, otras negras, cafés y unas que eran una mezcla de café con anaranjado.

De inmediato las dos gatitas se hicieron muy unidas, dormían una al lado de la otra y hasta se limpiaban una a la otra con su lengua rasposa.

Los otros gatitos jugaban entre ellos, a veces peleaban y también venían a gruñirles a las dos gatitas para advertirles que la leche era de ellos. La mamá gata sabía que sus hijos e hijas estaban creciendo y que cada día necesitaban más alimento, que la leche no alcanzaría. Por eso decidió, que tendría que enseñarles cuanto antes a cazar ratones u otros animales pequeños.

El primer día que salieron de la casa y fueron a los alrededores, un gran perro los correteó y los asustó mucho, cuando regresaron a la casa la mamá gata se dio cuenta, que la gatita multicolor no

estaba, porque su hermana maullaba sin cesar. La mamá salió a buscarla por los alrededores, pero no la encontró y regresó triste a cuidar a sus otros gatitos.

La gatita multicolor se había escondido dentro de un tubo y como estaba tan asustada, no salió hasta que todo estaba en silencio.

Cuando salió del tubo caminó buscando la casa, pero más bien se alejaba de ella sin querer, pues no tenía mucha experiencia para orientarse ni para olfatear. Llegó a un hermoso jardín y se acostó sobre el césped recién cortado, saboreando aquel nuevo aroma y restregándose en aquella suave alfombra verde, hasta que se quedó dormida.

Estaba soñando con la leche que le daba su mamá y con su hermanita blanca y despertó de pronto cuando unas manos la alzaban y una voz muy cariñosa le decía: ¡Hola preciosa gatita! ¿Estás perdida? Parece que va a llover, ¿quieres venir conmigo a mi casa y te doy un poco de leche tibia? La gatita sentía tanto amor, que con sus ojitos y un *miau* aceptó la invitación.

La joven que la encontró se llamaba Mari y siempre quiso tener una gatita. Pasó tres días averiguando si alguien había perdido esa gatita, ya que si tenía dueño no podría dejársela. Al cuarto día decidió adoptarla para que formara parte de la familia.

Mari le puso el nombre de Mizu y a la gatita multicolor le gustó el nombre y se sintió feliz de tener un nuevo hogar lleno de cariño y atenciones. Extrañaba a su mamá, a su hermanita y a sus tres hermanos, pero en el fondo sabía que era lo mejor para todos.

A Mizu le gustaba mirar por la ventana, escuchaba las serenatas que hacían los pajaritos, veía pasar carros, gente y hasta perros.

Cuando llovía se acostaba sobre una repisa que Mari le había puesto cerca de la ventana, ahí escuchaba y veía llover. Para ella, la lluvia era el mejor concierto, sus orejas y las antenas de sus bigotes se concentraban en aquella sinfonía. Así, sumergida en sus pensamientos soñaba con volver a encontrar y jugar con su hermanita la gatita blanca.

Mientras tanto, sus hermanitos y hermanita crecían en el mismo lugar, hasta que uno a uno fue adoptado por familias del mismo barrio. Solamente faltaba la gatita blanca, ya que siempre que oía que llegaba gente se iba a su escondite secreto y nadie la podía encontrar.

A la casa llevaron un gran perro y en definitiva no quería ser amigo de ningún gato y siempre perseguía a la gatita, la cual corría por todos lados para escapar; por eso ella decidió, que la próxima vez que alguien viniera a querer adoptarla no se iba a esconder.

Una tarde de un hermoso verano, la dueña de la casa recibió de invitada a una amiga de la infancia, que de cariño le decían Pri. Ambas conversaron, rieron, tomaron café y comieron unas deliciosas galletas. Algunas boronas habían caído al piso y la gatita, que estaba debajo de la mesa, empezó a disfrutar también de la sabrosa merienda.

La joven Pri se acordó que le traía un regalo a su amiga, el cual estaba a su lado en el piso. Cuando fue a alzarlo vio a la gatita blanca; ambas se miraron fijamente y en aquel silencio hubo una maravillosa conexión.

Pri extendió sus manos y la gatita vino hacía ella y se dejó abrazar por primera vez en su vida. Ambos corazones latían emocionados como si se estuvieran reencontrando. La gatita no dejaba de ronronear y Pri no dejaba de acariciarla.

Cuando Pri preguntó a su amiga por la gatita, le contó que había nacido ahí y que estaba buscando quien la adoptara, pues su hijo tenía un perro que siempre la perseguía y ella temía que le hiciera daño. Además, la gatita casi no comía y esto le podía afectar en la salud.

Pri le dijo que ella la quería adoptar y que la iba a cuidar mucho, que su hermana tenía una gatita y se podían acompañar. Su amiga le dijo que estaba feliz, porque la gatita iba a tener un buen hogar y que sabía cuanto amaba Pri a los animales, pues recordaba que cuando estaban en la escuela, ella rescataba

gatos y perros abandonados, les llevaba comida y buscaba buenos hogares para ellos.

Esa tarde Pri envolvió a la gatita con su abrigo y la cargó hasta su casa. En el camino la miraba y le conversaba sobre el nombre que le pondría. Antes de llegar a su casa, Pri le dice a la gatita: ¡Te gustaría llamarte Tashi, significa dulce y tú eres como un blanco algodón de azúcar?

La gatita con sus grandes ojitos verdes llenos de emoción le dijo que sí y con un alegre *miau* ambas decidieron que el nombre sería Tashi.

Al llegar a la casa, la hermana de Pri estaba jugando con su gatita en la sala, Inmensa fue la sorpresa de Tashi al ver que la otra gatita en la casa era su hermanita multicolor y que tenía el nombre de Mizu. Ambas gatitas se reconocieron y corrieron una hacia la otra.

Pri y Mari, que no sabían su historia, se quedaron admiradas al ver como ambas gatitas se revolcaban felices, abrazándose sobre la alfombra, ronroneando y acariciándose.

Ese feliz encuentro quedó grabado en una foto enmarcada, que pusieron Mari y Pri en la sala. Desde ese día Tashi y Mizu empezaron una nueva vida juntas, llena de lindas experiencias y travesuras, porque estas dos jóvenes gatitas, además de chineadas eran muy curiosas y cada día iniciaban una nueva aventura.

El conejo que perdió su cola

Autor: Eduardo Sánchez Sánchez

En un rincón del bosque, debajo de un frondoso higuierón, cuyas gambas se refrescan en las mansas aguas de un riachuelo, tomar la siesta un pobre viejo, quien recolecta plantas medicinales para distribuir las en el pueblo.

Una jauría y los gritos de su amo incitándola a dar pronto con la presa, interrumpen el sueño placentero del anciano, quien se incorpora lentamente y recuesta su cuerpo al frondoso árbol; limpia sus ojos para poder mirar mejor lo que sucede y con temor observa a tres furiosos perros que se acercan ladrando estrepitosamente.

- ¡Quietos, quietos, dejen al viejo en paz...!
- Oye viejo... ¿viste pasar a mi presa por acá?
- ¡No joven, yo solo estaba...! el viejo no pudo terminar su frase, el joven y sus feroces mastines, corren desenfrenadamente tras su trofeo.

El hombre de delgada figura, cabello blanco y luengas barbas, toma su saco de guangoche, en donde guarda plantas medicinales y algunas frutas, recogidas en el bosque; lo pone sobre su espalda e inicia el camino rumbo al pueblo.

A la vera del camino, entre una planta espinosa, observa la cola blanca de un conejo; comprende que pertenece a la presa que busca el joven cazador, que la perdió en su huida. La tomó entre sus manos y con ternura la guardó en su viejo saco, mientras exclama:

- ¡Quizás me traiga suerte!

Tras una larga caminata y antes de ingresar al pueblo, agradece al Todopoderoso por los productos obtenidos y clama por una venta exitosa.

Recorre el pueblo ofreciendo sus productos de puerta en puerta, nadie compra nada y otros ni siquiera abren la puerta de su casa.

No entiende que sucede hoy y decide regresar al bosque. Exhausto, se sienta sobre la hierba y decide comer un poco de la fruta que no pudo vender.

De pronto, los gritos del joven amo arengando a su jauría, para encontrar pronto a su víctima, rompen la quietud del lugar.

- Oye viejo... ¿Viste pasar a mi presa por acá?
- No, contestó el hombre sin siquiera levantar la vista para contemplar al cazador, el que, con tanta insistencia, buscaba a su víctima para arrebatarse la vida.

Se dispuso a sacar una fruta para calmar el hambre y lo primero que encontró fue la cola del conejo.

- Pobre conejo, debió dolerle... ¡Ojalá no lo encuentre el cazador!

Mientras con una de sus manos sacude la cola, dice:

- Si fueras mágica me ayudarías a cambiar mi destino, pero eres consecuencia de la injusticia, del dolor de un indefenso animal que corre para salvar su vida...

De pronto, cientos de luciérnagas iluminaron el lugar y desde lo alto se escuchó una voz:

- “Haz demostrado amor y compasión hacia una indefensa criatura; de ahora en adelante dejarás de vagar, ya no pasarás necesidades y este bosque será tu hogar”.

Reinó el silencio y las luciérnagas desaparecieron, todo volvió a la normalidad.

El viejo pasó sus manos por sus ojos, no estaba seguro si había sufrido una alucinación o si había soñado. Desconcertado, se levantó para alejarse de aquel lugar. Trató de levantar su

saco para ponerlo sobre sus hombros, pero no pudo, estaba demasiado pesado. Incrédulo lo abrió y observó que los frutos silvestres, que había recolectado, lucían esplendorosos y de un hermoso color dorado. Tomó uno de ellos entre sus manos y descubrió que eran de oro puro.

Las plantas lucían hermosas y aromáticas flores que perfumaron el lugar y a su alrededor las aves cantaban alegremente. Agradeció al Creador por aquel milagro. Buscó el apéndice del pobre animal, pero había desaparecido.

Tiempo después, el viejo construyó una casa en el mismo terreno en donde había invocado a la suerte. Nunca olvidó el milagro recibido y fue generoso con los más necesitados, les brindó abrigo y alimento a los caminantes.

Cuentan que de vez en cuando, lo visita un hermoso conejo blanco...

El palacio danzante

Autora: Ana Isabel Salazar Gámez

Hace muchos años existió un lugar llamado El país de la alegría, ahí se construyó un edificio que bailaba y era conocido como El palacio danzante, cuentan que llegaron a la ciudad unos músicos que formaban una gran orquesta, se caracterizaban por tocar música popular. Era tanta su fama que fueron invitados por el rey Felipe y su esposa la Reina Casandra, cuando empezaron a tocar todos los que estaban escuchando se levantaron para bailar, fue tanta la alegría del palacio que le nacieron unos pies y unas manos que no dejaban de moverse al compás de la música, su ritmo cadencioso provocaba el asombro de todos.

Mientras adentro del palacio el rey la reina las princesas chocaban de frente a la pared y tenían que voltearse y dirigirse a la otra pared para no caer, al igual que la servidumbre preguntándose qué estaba pasando, aquello parecía un temblor de gran magnitud, el rey se enfureció al contemplar en el suelo jarrones, adornos, platones, tazas, pinturas y los apreciados libros de su biblioteca en el piso, mezclados con fragmentos de porcelanas rotas.

Una vez que los músicos terminaron de tocar El palacio se quedó quieto y todos decidieron ir a dormir, pues estaban cansados después de bailar por tantas horas.

Al día siguiente el rey se encontraba enojado y llamó a sus consejeros, pidió su recomendación, los mismos (con voces sombrías) le respondieron que debía prohibir que se escuchara música en el reino, así El palacio no volvería a bailar.

El rey quedó contento con la respuesta de sus consejeros, decretó que estaba prohibido tocar cualquier instrumento y despidió a los músicos exigiéndoles, muy alegre, que se fueran de la ciudad, a tocar su música a otra parte, al pasar de los meses y volver al silencio y la monotonía, los habitantes comenzaron a sentir un vacío que los volvían más pesimistas y una tristeza comenzó a albergarse en su sentir y en su pensar.

Esta situación no le fue indiferente a El palacio que se puso a llorar de día y de noche, fue tanto su llanto que comenzó una inundación, el agua afectaba gran parte del palacio y sus alrededores, la reina atenta a lo que estaba ocurriendo persuadió al rey de llamar a los músicos, estos fueron buscados con urgencia, una vez que se encontraron en el palacio, comenzaron a tocar, las personas (con el agua hasta la cintura) los rodearon y con las palmas de sus manos comenzaron a aplaudir, El palacio danzarín comenzó a bailar y con la primera canción el agua comenzó a escurrirse y abandonó el palacio y los alrededores del pueblo que, con dificultad, se las ingenió para bailar manteniendo el equilibrio.

Su fama se extendió, por todo el mundo, gracias a la curiosidad de los extranjeros que venían a conocerlo El palacio danzante contribuyó a prosperar a las personas del reino, el rey y la reina invirtieron en clases de música y baile para que sus habitantes tocaran música todo el tiempo y así se integraban en sus espectáculos en los que siempre el palacio se encontraba bailando y tanto los turistas, como las personas locales nunca se cansaban de ver y sentir sus movimientos cadenciosos.

Nina la ardillita parlanchina y Lula la tortuga dormilona

Autora: Cecilia Hidalgo Calderón

Saltando entre los abetos y los almendros la ardillita Nina, todos los días busca con quién jugar y conversar. Por allá ve a Tina, una castorcita que se pasea por la represa, mas, ésta al verla venir, se esconde entre el follaje de unos lirios y ve a la ardillita pasar, muy cerca.

- ¡Uy no, qué fastidio! esa chica cuando toma la palabra no la suelta.
- ¿Qué extraño me pareció ver por acá a Tina, la castorcita?
¡Tina, Tina, Tinaaaa!
- Ay no, no te voy a contestar ¡Fuchila, vete, vete sigue tu camino!

Comiendo zanahorias en el huerto de doña Clara, se encuentra un conejo blanco de orejas muy largas y manchas café en la cara y en el rabo.

- ¡Hola Bombín!, qué bello día, nos regala hoy el Señor ¿verdad?
- Ahora no tengo tiempo para charlar, apenas si alcanzo a desayunar. ¡Adiós Nina, otro día platicamos!

Y diciendo esto: se escabulló entre la hojarasca.

Nina siguió su caminata, pero todos los animales del prado se encontraban ocupados, o desaparecían de repente.

- ¡uy, no que desilusión, ya nadie quiere charlar!

Nina se sentía sola, su madre trabajaba todo el día recogiendo avellanas, nueces y bellotas y regresaba muy tarde a la casa y apenas si le ponía atención a sus cuentos y juegos de niña. Y aunque había hecho algunas amistades entre sus compañeritos de la escuela, estos siempre se cansaban muy pronto, de jugar y si no; sus madres los llamaban para que se recogieran en sus hogares: a tempranas horas.

La ardilla Mila: madre de Nina, ve a su pequeña muy sola, ella le ayuda con sus tareas escolares cuando llega a la casa. Su hijita es una ardillita muy inteligente, traviesa y juguetona, le preocupa su chiquitina, pues en su afán de buscar amiguitos: muchas veces la desobedece y sale de la vivienda sin su permiso, anda por allí buscando ser feliz con la compañía de alguien que la escuche y juegue con ella hasta que llegue la tarde. Aquella noche lloró mucho mientras su madre la consolaba.

- Ya no llores Nina, el nuevo sol te traerá muchas sorpresas, no todos los días son iguales.
- Mamá, es que quiero jugar, hacer amiguitos.
- Lo sé hijita, lo sé, lo que me preocupa es que andes por allí solita,
- Yo sé cuidarme, mami, siempre estoy cerca de la casa, donde las demás criaturas me conocen, no hablo con desconocidos y siempre estoy dispuesta, a salir corriendo por entre las ramas de los árboles de la fronda.
- Los pequeños nunca deben andar solos, lejos de sus padres. Hazme caso hijita y siempre te ira bien.

A la siguiente mañana Nina salió a caminar, como siempre en busca de hacer amistad. De repente el cielo se tornó oscuro y unas grandes gotas de agua invadieron el entorno. La ardillita quiso regresar a su hogar, mas ya era tarde, un torrencial aguacero se desató en la región. Los animalitos silvestres corrieron para buscar un refugio seguro, pero Nina se encontraba en apuros, corría de un lado, para el otro, sin poder encontrar su casa que estaba en el hueco de un árbol de abedul.

Imposible con un tiempo así subir a los troncos, entonces se dirigió hacia una cueva que se veía en medio del bosque, entró brincando, a todo lo que le daban sus patas traseras. Ya dentro, suspiró profundo ¡Al fin a salvo! La cueva pese a la emergencia se encontraba vacía, llorando de miedo y soledad se sentó sobre una piedra que estaba a la entrada. Sintió que la piedra se movía y se levantó de inmediato.

De repente de la piedra salieron: una cabeza y dos patas.

- ¡Pero si es una tortuga! ¡Una tortuga gigante!
- Disculpe señora tortuga, por sentarme sobre usted, creí que era una piedra.
- ¡Una piedra!, ¡una piedra!: todos dicen lo mismo, cuando se meten en mi cueva sin permiso y no te echo de inmediato, porque hay una tormenta.
- Por favor, déjeme estar aquí, tengo mucho miedo.
- ¿Cómo te llamas pequeña?
- Soy Nina y me apodan parlanchina, porque siempre estoy hablando y buscó siempre amigos, con quien conversar.
- Lo noté de inmediato desde que llegaste, no has parado de hablar. Soy Lula y me gusta estar acá pues amo la soledad. No me gustan los juegos de los pequeños revoltosos. Quédate, pero por favor no me interrumpas el sueño.
- ¿Duerme mucho usted?
- Sí, si duermo mucho, casi todo el año.
- ¿Podría venir todos los días para hacerle compañía y conversar?
- Ya te dije que amo la soledad, puedes venir y contarme tus aventuras que igual, no las escucho.

Y dicho esto se metió en su caparazón y volvió a roncar.

- Gracias señora tortuga, aquí estaré sin falta todos los días, después de la escuela.

Ese mismo día ya tarde y cuando ya había regresado la calma, Nina se despidió de la tortuga, quien seguía en su afán de dormir. Por el camino a casa, Mila la mamá de Nina, quién la buscaba desesperada,

al fin la encontró. La pequeña le contó acerca de -¡cómo la señora tortuga la había protegido de la tormenta en su cueva! -

- He oído de la señora tortuga y dicen que no le gusta que le interrumpen el sueño y que tiene muy mal carácter, pues le gusta estar sola.
- No vuelvas a salir cuando no estoy en casa, ¿entendido?
- ¡Déjame ir donde Lula!, con ella puedo hablar sin que ni siquiera se mueva de su sitio.
- ¿Pero, te escucha?
- Ella solo duerme y duerme.
- ¿No entiendes hijita, que le interrumpes el sueño?
- No mamá, yo sé que no
- ¿Cómo lo sabes?
- Pues, porque no para de roncar.
- ¡Ja, ja, ja, bonita amistad te conseguiste!
- Si muy bonita! ahora ya sé dónde ir cuando tú no estés! A la casa de la tortuga Lula. ¡Viva! ¡Viva! ¡Ya tengo una amiga!
- ¡Santo Dios! ¡Pobre tortuga Lula!, porque por más que ronque: no creo que no te escuche. ¡Con lo ruidosa, e inquieta que eres! Ahora sí que se le acabaron por siempre, la tranquilidad... y el sueño.
- y la soledad mamá.
- Si hijita y la soledad.

Y ambas volvieron a casa. La tormenta dejó algunos destrozos en la floresta, pero Nina tuvo una grata sorpresa, el encuentro con la tortuga Lula y una posible amistad con ella...en el futuro.

Poesía

Albert

Autora: Ana Teresa López Arrieta

Rey misterioso de las calles de San José,
obelisco andante del libre pensador,
bello espécimen de etíope alcurnia,
íntimo espacio de pureza en tu ser.

Nuestro astro se eclipsó al mundo por consenso propio.
Sentado cuan largo era en cualquier acera de la ciudad,
Osiris renacido de ancestral historia,
nevadas barbas contra tu piel de ébano,
amorosa y sabia mirada de romántico trovador.

¡Levántate de la tumba y canta tu calipso al sol!
llenando los cielos con tu cantar..
Bienaventurado serás en la morada de tu Creador.
¡Elevarás los ámbitos celestes con tu creación!
Reinarás feliz, recostado entre las nubes
desde donde tomarás en tus manos el bastón de emperador,

¡Oh!

Un mundo de tantos

Autora: Ana Lucía Montoya Gamboa

Hace tanto tiempo, tantas noches hace, / cuando protegía tu cuerpo en el mío, / cuando no sabía qué nombre tendrías, / ni el color de tus ojos, tu pelo, tu cara, / cerrando mis ojos, soñando con verte, sabía que vendrías. / Entre mil proyectos, pasaron los meses, / entre mil inventos, tantas ilusiones / llena de visiones, hubo tantos sueños. / Y llegó el momento, hace tantos años, / que ese cuerpecito, tan tierno, perfecto, tan lleno de encantos, / se posesionaba del mundo, su mundo, mi mundo, el mundo de tantos. / Y se abrió el capullo, y se dio la espera / y pasaron meses y pasaron años, / y el vuelo esperado no partió a Levante / y los mil proyectos fueron relevados por millares de horas de muchos trabajos, / de muchos tormentos y de muchos llantos. / Tantas ilusiones, ¿Sueños? ¡Fueron tantos! / Sería bailarina / la vería danzando su ballet azul, / con sus zapatitos de colores rosa / y su trajecito del blanco más blanco. / Saltando entre acordes de muchos violines, / girando extasiada, moviendo sus manos, / como alitas blancas de cisnes gigantes. / ¿Sueños? ¡Fueron tantos! / Verla ensimismada frente al negro piano, / con sus tiernos dedos como jugueteando, / recorrer teclados, / poner en sonidos el alma vibrante / de aquel que compuso sinfonías brillantes. /

¿Sueños? ¡Siempre fueron tantos! / Verla correteando, hacer travesuras, / crecer y crecer con mis mil inventos, / cumpliendo proyectos, haciendo visiones tan reales, / tan reales mis sueños. / Que si bailarina o dueña del piano / o regia escritora de cuentos, poemas, novelas / o bellas canciones que impregnaran almas. /

Que si soñaría en ir a las estrellas / y de un solo salto visitar la luna, / la luna creciente o la luna llena; / recorrer distancias y romper barreras, / nadar los océanos, llenar de colores mil pinturas bellas. / Y se abrió el capullo / y sus alas bellas no alzaron el vuelo hacía las estrellas. / No fue bailarina de danzas ajenas, / fue la propia intérprete de su danza interna, / cuando en puntillitas giraba y giraba, / bajo los sonidos de su propio ensueño. / Hoy sus tiernos dedos no tocan teclados, / se

mueven ligeros / y casi pegados al rostro sonriente que siente
la brisa / de aquellos sonidos de sus suaves manos. /

Sus propios inventos, sus cuentos, sus cantos, surgen de la
nada, porque nada es canto.

Y nace el capullo y queda pegado a mi propia vida, / un amor
profundo que nace en la calma / y crece en mi cuerpo, / levanta
su vuelo en mis propios cantos, / como el aire fresco, aunque
sin palabras, / su dulce mirada, me sopla en silencio lo que
escribe mi alma. / Y conoce el mundo, mi mundo, el de tantos.
/ Y elige su mundo / un mundo extasiado que descubre bello,
sin tantos quebrantos, / un mundo perfecto, sencillo. /

Clamor

Autor: Isaac Navarro Aguilera

Clamo a Ti.
-Cristo negro.
- Cristo de Esquipulas.

Por la sangre latigada
y llagado el cuerpo
de una raza bendita.

Raza indígena de América pura,
despojada de sus himnos,
sus ritos y
sus dioses.

Como a Ti.
-Cristo mío.
La han crucificado,
en la cruz del desprecio,
la indiferencia
y el olvido.

Clamo a Ti
-Cristo de América indígena,
por estos hermanos míos,
extranjeros en su propia tierra.

Se colgaron del tiempo

Autora: Ana Isabel Piza Escalante

De una vieja casona
cuna de mil amores.

Cuando rompen los “nortes”
y están frescas las noches,
los recuerdos se llenan
de luz de Navidad.

En el musgo se encienden,
bajan por las cascadas,
corren por los torrentes,
se posan en la paja.

Y en el espejo roto
que un lago se pretende,
finge flores de loto
su luz intermitente.

Al árbol se han trepado,
se colgaron del tiempo.
Saltan de mi pasado
para encender recuerdos.

Lucecitas de Pascua
de aquellas nochebuenas,
que alumbran los rincones
de mis memorias viejas.

Relato de Experiencias

El último abrazo

Autor: Rafael Ángel Abarca Jiménez

Todo comenzó a principios del año 2020 cuando la Organización Mundial de la Salud anunció en términos globales la terrible noticia de que una pandemia llamada “El Covid-19” afectaría a toda la humanidad, en especial a los más vulnerables como los adultos mayores.

Antes de la pandemia la humanidad caminaba a un ritmo estrepitosamente rápido sin darse cuenta de lo que se venía en un futuro próximo. Las escuelas, colegios y universidades atestados de niños y jóvenes en sus actividades le daban vida al planeta. Los estadios se llenaban de gente apoyando a sus equipos. Los que no podían ir, optaban verlos por la televisión desde sus hogares.

Corrían como hormigas a los cines, centros comerciales, bares, ciudades, calles, restaurantes de comida rápida, playas y todos los rincones de éste mundo estaban abarrotados de personas. Luego venían los atascos en carreteras, aeropuertos y vías ferroviarias. Las personas chocaban unas con otras por caminar viendo su celular. Se hacían filas en las tiendas, en especial los viernes negros para comprar cualquier cosa o el último iPhone de moda.

En medio del jolgorio, la sofocación y del mundanal ruido sin que nadie lo esperara el Covid-19 se colgó como un fantasma silencioso e inmundado y toda la tierra se paralizó. Una vez escuché unas palabras que decían: “Si quieres hacer reír a Dios, muéstrale tus planes”.

Millones de personas en todo el mundo se acababan de pensionar y todos se proyectaban a gozar de su jubilación. Ya habían cumplido con sus obligaciones de sacar a sus familiares adelante. Para muchos los planes eran terminar aquella carrera que quedó truncada en el camino, aprender un oficio nuevo, viajar al exterior o simplemente quedarse en casa durmiendo

hasta medio día sin tener que ir a marcar un reloj de puntualidad. ¡Pero no! Dijo el destino.

Yo, igual que todos, estaba lleno de ilusiones y planes para mi jubilación. Me preocupé desde joven por tener una salud mental, espiritual y física óptima para enfrentar las vicisitudes de la vida en especial para cuando envejeciera. Había cumplido con mi faena de hacer crecer a mis hijos con dignidad y sin que les faltara nada, pero sobre todo que crecieran con mis convicciones legales, morales y espirituales.

Ahora gozo de una pequeña pensión suficiente para seguir con mis sueños de jubilado. Soy feliz porque no estoy sujeto a horarios, tengo todo el tiempo disponible para mí y muchas cosas que hacer. Debo confesar que al principio me costó mucho aceptar la nueva vida de jubilado. De pronto tuve que desacelerar mi ímpetu por hacer las cosas perfectas. Debí ceder la rutina de 50 años de trabajo y en su lugar enfocarme a nuevas metas a corto y mediano plazo.

Antes de la pandemia me dediqué a pintar mandalas geométricas, sembrar plantas ornamentales, legumbres, árboles frutales. Recibí varios cursos en el INA de tratamiento de aguas, cultivos, abono orgánico, crecimiento de orquídeas y astronomía, cursos de emprendedurismo para mediana y pequeña industria. Le di continuidad a algunas reuniones sociales de grupos de amigos que tengo desde la infancia. Y desde hace muchos años pertenezco al Grupo AGECO, donde matriculé diferentes cursos: agricultura, literatura, pintura, tecnología y apreciación de cine y algunos más.

En marzo del 2020 ya tenía 10 años de jubilado y estaba completamente adaptado a mi nueva vida. Me encontraba en AGECO cuando nos avisaron del Covid-19. El encuentro de vernos de nuevo fue como la fiesta de la alegría de los niños de escuela. Allí estábamos todos los compañeros del año pasado y algunas caras nuevas. Estábamos muy alegres de reencontrarnos de nuevo. Eran las 10 de la mañana y nos disponíamos a entrar a las lecciones.

El profesor como siempre con su amabilidad y educación que le caracteriza nos saludó guardando cierta distancia y nos dio la mala noticia de que a partir de este instante se suspendían las clases por prevención del Covid-19 hasta nuevo aviso. La noticia nos cayó como un balde de agua fría, apenas nos dio tiempo de decir “hasta luego”.

Todos salieron espantados como si hubieran visto al mismo diablo y en cuestión de cinco minutos no había un alma en el edificio. Solo estaba el profesor y yo. Recuerdo que le dije: – “Dejémonos de cosas, permítame darte un abrazo de despedida”. Él soltó la risa y nos abrazamos. Ese fue mi último abrazo. Debo decir que después me entró pena y preocupación por él, pero a más de año y medio los dos estamos sanos y salvos.

Después de los primeros meses, poco a poco fui saliendo de mi burbuja como un ratón asustadizo saliendo de su madriguera. Las rodillas me pegaban una contra la otra, ya fuera por debilidad o por nervios. Me armé de valor y caminé dos kilómetros, luego aumenté hasta 6 kilómetros.

Los vecinos siguen llenos de miedo, se saludan unos a otros moviendo su mano como diciendo: – ¿Hola cómo está? Y de seguido salen corriendo a cerrar las puertas de sus casas como si con la vista se fueran a contagiar. Para mis adentros me digo: – “Bendito sea Dios.”

Cuando avisaron de la primera apertura, viajaba a San José una vez por semana para ir al cine o simplemente para caminar en la Avenida Central para ver gente. No me importaba tardar 5 horas de ida y vuelta, tomando 3 buses. Por su puesto había muy poca gente en la calle y en ocasiones yo estaba solo presenciando la película.

Pocas veces me sentí encerrado, porque vivo en el campo rodeado de muchas fincas y senderos montañosos. Se puede caminar libremente, disfrutar de las flores, aves, animales silvestres y respirar aire puro. Caminando por senderos un día vi a Chucho de 62 años, delgado y muy saludable. Ordeñaba y trabajaba con ganado. Como de costumbre intercambiamos ideas, sonrientes hablamos

de salud y me dijo que se sentía como un jovencito de 15 años. Le comenté que yo también me sentía muy bien y le dimos gracias a Dios por estar sanos.

Hablamos de seguirnos cuidando, guardando los protocolos que manda el Ministerio de Salud y hasta nos dimos bromas. Conversamos sobre ser positivos, tener paz, no mencionar la palabra viejo, no hablar de enfermedades, del Covid-19 y menos de la muerte. Al menos esa es una de mis convicciones sobre la salud mental en estos tiempos tan difíciles.

En medio de las risas nos despedimos y siguió su camino. Yo me quedé viéndolo unos diez segundos y sentí una sensación extraña. Unos tres días después me avisaron que lo habían encontrado muerto en su dormitorio. Algunos decían que murió del corazón y otros no dudaban de que fuera una víctima más del Covid. Llegaron las autoridades de salud, se llevaron el cuerpo y no permitieron que nadie lo viera. Así de fácil se fue de este mundo.

Había un señor al que yo llamaba con cariño “El Domador de Perritos Chihuahua”. Le decía así porque lo veía sentado en el corredor de su casa adormecido con dos perritos en su brazo y todavía le sobraba campo como para otros tres perros más. En ocasiones estaba paseando a sus dos perros y yo le bromeaba preguntándole: –¿quién pasea a quién?

Hablamos de la pandemia, la salud y de no dejarnos vencer por el miedo. Ser siempre positivos, cumplir en todo momento las reglas sanitarias. A la semana siguiente pase de nuevo y la silla estaba vacía. Lo más triste fue ver a los minúsculos perritos descansando cada uno en los extremos del patio, con los ojos abiertos, desorbitados y gruñendo desconsolados de tristeza. Presentí lo peor. A los días siguientes oí el sonar de las campanas de la iglesia como es la costumbre en este pueblo, anunciando el funeral de mi amigo el Domador de Perritos.

Para bien o para mal la vida social ha cambiado y va a seguir cambiando. Un amigo mío había viajado con su familia desde la capital hasta el Volcán Irazú, cerca de donde vivo. Me llamó entusiasmado diciéndome que iba a pasar para conocer mi

casa, saludarme y de paso tomarnos un café. Yo estaba solo y procedí a hacer unas buenas hamburguesas para compartir con él y su familia. Después de 2 horas de espera llegaron. Mi amigo me saludó sin salir de su automóvil y al otro lado de la calle me dijo: –“Hola, muy bonita su casa”.

Lo convencí que por lo menos él entrara a mi casa y lo logré. Duró máximo 3 minutos y se fue espantado. Su esposa, su hija y su yerno me decían adiós dentro del automóvil sin abrir las ventanas polarizadas y se fueron. Luego me llamó disculpándose porque era la primera vez que salían de su casa y estaban muy nerviosos de contagiarse.

Justifica que estemos en pánico constante, han muerto más de 4 millones de personas en 17 meses. El estrés siempre ha existido, pero en estos tiempos se ha acelerado. La preocupación ha bajado nuestras defensas exponiéndonos a otras enfermedades colaterales como del corazón, pulmones, presión arterial, articulaciones y padecimientos del cerebro. La Organización Mundial de la Salud, calcula que los adultos mayores han envejecido en este tiempo de pandemia un tercio más de lo normal, o sea tres años.

Los jóvenes están más que hartos de estar pegados a una pantalla recibiendo clases virtuales sin poder socializar con sus amigos y hacer una vida normal como antes. Los trabajos presenciales cambiaron a virtuales ahorrándose espacio, tiempo y dinero en sacrificio de las relaciones sociales que ya estábamos acostumbrados.

Hasta la vida de los bebés ha cambiado, he visto a niños de un año poniéndose la mascarilla después de haber tomado su biberón y a otros un poco mayores recordarles a sus padres que no olviden la mascarilla. Antes con los avances de la ciencia, redes sociales y la inteligencia artificial era de esperarse que el mundo cambiara, pero con la crisis todo se aceleró exponencialmente, la política, economía, sociología, salud y en definitiva todos los intereses que al hombre concierne.

Hace año y medio que todo esto comenzó. A ésta altura de mi vida tengo casi setenta y seis años. Estoy muy cansado.

Cuando camino el viento pega en mi rostro, no me deja avanzar y menos respirar. En las noches despierto sudoroso y debilitado. Desvelado espero con paciencia que las horas pasen hasta que llegue el nuevo día.

Anoche me levanté a ver las estrellas, eran las tres de la mañana, no quería pensar en nada, pero me acordé de otro amigo de 86 años que le dio el Covid y sobrevivió. Todos estaban felices pero cuatro meses después le avisaron que su hija que lo cuidaba, había muerto por causa de la pandemia.

Todo el mundo duerme en paz y silencio. A doce kilómetros al sur, veo la Vieja Metrópolis de Cartago y a mi derecha más lejos la capital de San José. Las luces de neón en medio de tanta quietud parecen millones de pequeñas luciérnagas que se prenden y apagan como una melodía de Mozart. De vez en cuando son interrumpidas por las sirenas y luces rojas de bomberos, cruz roja y patrullas anunciando accidentes.

Mis mejillas están mojadas por el llanto también silencioso. Alzo mi vista al cielo para respirar profundo. Me sorprende ver un firmamento azul lleno de miles de estrellas. Observo la constelación de Escorpión y en su dorso está la estrella “Antares”, luego “Alfa Centauro” y abajo “La Cruz del Sur”. Un cometa cruza el espacio por unos 20 segundos que se me hicieron como media hora viendo el vacío de la noche. El acogimiento espiritual y la tristeza es tanta que no tuve ánimo para pedir un deseo.

Me limpié mis lágrimas y me acordé que la Biblia dice: “Cuando veo tus cielos, obra de tus manos, la luna y las estrellas que tu formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?”

La salud mental en tiempos de pandemia

Autora: Susana María Quirós Mora

Pandemia, esta pequeña palabra, desconocida para muchos y temida por todos, la cual indica que una enfermedad se ha extendido a varios países y ha causado gran revuelo en el mundo. Tal vez en algún momento de nuestra vida o quizás en la primaria, nos hablaron escuetamente del significado de la misma, pero en estos momentos, en las noticias, en las redes sociales, en familia y a toda hora, se habla de los verdaderos estragos que causa una pandemia.

La vida cambió para todos, familias desempleadas y muy preocupadas, con deudas auestas, aumentos en la canasta básica a diestra y siniestra, empresarios que han tenido que reinventarse, pasando de ser profesionales, a vendedores de puerta en puerta y para colmo de males, la delincuencia en aumento, discordia entre el gobierno y el pueblo y un sinfín de calamidades que han afectado a nuestro globo terráqueo.

La Pandemia ha traído consigo innumerables tragedias y la muerte ha sido la más cruel de todas.

Este virus ha logrado que las personas estén en constante estrés, a lo largo del año muchas familias han perdido a algún ser querido, ya sea por el mismo virus o por otras circunstancias. Mi comunidad no fue excluida de estos acontecimientos, ya que dos varones, jóvenes aún, perdieron la vida, el más joven de ellos, víctima del desempleo y acosado por las deudas, decidió acabar con su vida, el otro muchacho venía apresurado de su trabajo para llegar pronto a su casa, tomarse un cafecito con el pan recién comprado, para después dirigirse a otro empleo de medio tiempo, pero no alcanzó a llegar a su hogar, murió atropellado, otro caso es el de un joven padre de familia, asediado por la situación tan difícil que afrontaba y con una fuerte depresión, decidió tenderse en las líneas férreas cuando el tren se aproximaba; pero la mano de un ángel lo rescató y después de varios tratamientos poco a poco va retomando su vida.

Al ver estos sucesos, entendí que si el virus no nos mataba, nos iba a matar el encierro y las preocupaciones.

Debido a tanta ansiedad desarrollé una alergia que costó mucho erradicar, es decir, mi salud comenzó a deteriorarse, y es por eso que a mediados del 2020, aprovechando un espacio en mi patio y con ayuda de mis hijos, construimos un pequeño gallinero, de inmediato nos dimos a la tarea de conseguir cuatro gallinas ponedoras. Cada día me entusiasma salir al patio y consentir a esas bondadosas aves, las saco del gallinero y ellas muy felices recorren el patio haciendo de las suyas en el mini jardín, que también hemos plantado en tiempos de pandemia.

El resto del día lo he dedicado a los quehaceres, a leer, a pintar mandalas, a remendar alguna ropa que algún vecino traía de vez en cuando, y ya al atardecer nos complace sacar a pasear a la consentida de la casa, una perrita Beagle que trajo a la casa mi hija menor, esa mascota nos enamoró a todos, ya que con sus travesuras nos entretiene y nos brinda una cálida compañía.

Los días transcurren, el mundo se vuelve al revés, malas noticias por doquier y la tan ansiada vacuna no llegaba, niños encerrados en sus casas, recibiendo la educación a medias por medio de la virtualidad, todo esto se ha convertido en un caos y con el tiempo ha generado un estrés inmanejable. La tensión acumulada en cada ser humano, llegó a sacar lo más bondadoso y lo más cruel de cada uno.

El mantenernos aislados, nos ha convertido en seres sedentarios, con problemas de salud muy severos, la obesidad se ha incrementado, la diabetes e hipertensión le han jugado alguna mala pasada a muchas personas, inclusive a mí, la falta de ejercicio me pasó la factura, aumenté de peso y eso me afligió, aun así no sentía ese ánimo, que me impulsara a ejercitarme, pero todo cambió en mayo cuando llegó mi cumpleaños y mi hijo mayor me regaló una bicicleta, él recordaba que yo en algún momento les había comentado, que en mi juventud, practiqué atletismo y también me encantaba andar en bici, pero de eso han pasado varias décadas.

A mis sesenta años, comenzar de nuevo a usar una bicicleta, era un reto, pero me animé y a partir de ese momento, me levanto cada día muy temprano, con la ilusión de montar en mi bici y recorrer junto a mi hijo, por una hora o más, las calles del vecindario.

Esta rutina la hacemos de domingo a domingo, y me ha llenado de energía y me permite estar saludable. Algo que disfruto es ver cada mañana a muchas personas haciendo su rutina, unos cuantos salen a caminar, algunos sacan a sus mascotas a pasear, otros se apresuran a ir por el pancito para el desayuno y los demás corren a su trabajo.

Algunas madres con sus hijos a cuestas, se apresuran a llevar a los niños a las casas de cuido, así son las mañanas de muchas personas que tienen que salir a trabajar, exponiéndose al contagio de este virus, y lo más triste, exponer a su familia, pero así nos toca, enfrentar con valentía lo que viene y confiar en ese Ser Supremo que nos da las fuerzas para salir adelante.

La vacuna al fin llegó, a paso lento, pero lo más importante es que ya contamos con ella, al fin llegó mi turno y ya estoy vacunada, no por eso dejo de cuidarme, ni de cuidar a mi familia.

Lo que más extraño es compartir con un grupo de adultos mayores con el cual colaboraba, cada martes nos reuníamos en el salón parroquial, hacíamos ejercicios, dinámicas, bingos y luego se compartía una merienda. Ellos son personas tan especiales, tan llenas de amor y ternura, que esos momentos vividos con ellos, escuchar sus historias y sus anécdotas, es algo que añoro.

Algo bueno de estar en cuarentena, es que se puede compartir más con los hijos, ellos, al hacer teletrabajo, permanecen más en la casa y se disfruta en familia, deleitarse con el desayuno sin prisas, el almuerzo recién hecho y un cafecito en la tarde, no tiene precio.

Muchos adolescentes trabajadores, también han sentido el peso del COVID, las empresas han recortado el personal y a muchos que aún conservan su trabajo, les han disminuido el salario, todo esto conlleva a padecer de ansiedad, por eso es imprescindible

tomarse el tiempo para relajarse, apartarse un poco de las redes sociales, que en muchas ocasiones nos invaden con informaciones que lo único que hacen es alterarnos.

En el caso de mis hijos, ellos construyeron una mesa de ping pong y en las noches cuando han terminado su labor, se enfrascan en un mini torneo de tenis de mesa, éste juego en particular los relaja y entretiene y hace menos pesado el encierro.

Cada uno a su manera trata de sobrellevar esta situación, procurando que la salud mental no se vea afectada, algunas personas son más fuertes, otras no tanto, por eso hay que estar pendiente de las señales que manda nuestro cuerpo y nuestra mente, ver lo positivo, agradecer por cada día, contribuir con pequeñas acciones para que nuestro entorno y el de nuestra familia, sea más agradable y sobre todo, tener fe en que lo vamos a lograr y que pronto esta Pandemia pasará.

Muerte y superación personal en tiempos de pandemia

Autora: Ana Cecilia Monestel Montoya

El inicio del 2020, comenzó pintando bien para los ticos, planes y proyectos estaban por concretarse en mi vida personal. Tras muchos años de soledad, tenía la certeza de que mi vida iba a cambiar este año al lado de Abelardo, el español que había sido el amor de mi vida por más de 22 años y que por diversas circunstancias de la vida, no habíamos podido estar juntos.

Con los adelantos tecnológicos, Abe y yo conversábamos a diario, el del universo del que tantos temas y libros había escrito durante su carrera como escritor, yo mostrándole siempre fotos de nuestro bello país del que él se había enamorado y donde pensaba radicar conmigo apenas estuviera más recuperado de una afección que tenía hacía años en sus pulmones a causa de fumar durante varios años, el vicio lo había dejado, pero su organismo ya mostraba secuelas irreparables.

Qué como nos conocimos...fue algo extraño, recién empezaba la era de las computadoras y la internet, me gustaba los fines de semana buscar información de otros medios de comunicación, leyendo un día un artículo de Abe, escribí para felicitarle por la nota que había escrito sobre los Agujeros Negros del Universo y contándole que también trabajaba para un medio de comunicación de mi país. Mi sorpresa fue mayúscula cuando un día mientras trabajaba, llegó la compañera encargada del fax del exterior. Solo me dijo, te mandaron esto de España. El texto decía “Gracias por sus palabras, le saluda Abelardo Hernández, veterano periodista de Radio Nacional de España y TVE, soy un verdadero amante de la democracia de su país, me gustaría que fuéramos amigos, te mando un beso a la distancia. Si me escribes estaré feliz y si no, igual te quedas con el beso de recuerdo, esta es mi dirección de correo...”

Lo pensé algunos días y luego me decidí a escribirle. Le conté un poco de mi familia, lo que me agradaba hacer y algunos aspectos personales. La química fue inmediata, a veces no nos escribíamos

a diario por su trabajo o por el mío y además, había que calcular la diferencia de horario entre España y Costa Rica que eran unas ocho horas.

No tenía la más leve idea de cómo sería Abe físicamente, pero eso no tenía mayor importancia para mí, poco a poco nuestra amistad fue consolidándose más y más, luego empezaron los galanteos y ya nuestra amistad se fue convirtiendo en un sentimiento más profundo. Él y yo, siempre teníamos temas interesantes de qué conversar y él fue un apoyo incondicional durante mis años de estudiante de periodismo. Los años fueron pasando y la tecnología mejorando, luego pudo enviarme su fotografía y la de sus hijos, nuestros encuentros en el ciberespacio empezaron a ser más frecuentes y más románticos también pues empezamos a tenernos mucho cariño.

Abelardo estaba por jubilarse y él tenía pensado venir a conocerme. Fue toda una expectativa, nuestro encuentro fue muy bonito y romántico, superamos las expectativas que sentíamos el uno por el otro, meses después, yo fui a España, conocí a sus hijos y su casa en las cercanías de Madrid. A mí me quedaban más años por jubilarme así que por mutuo acuerdo decidimos respetar nuestros espacios pero sin cortar la comunicación entre ambos.

Llegan malas noticias...Abe tenía meses de sentirse mal de su barriga, le hicieron exámenes y no arrojaban nada, luego de que le hicieran un examen completo del colon , el resultado no fue lo esperado...pólipos cancerosos, le quitaron unos con láser pero otros ya estaban avanzados, había que someterse a una cirugía más complicada, así lo hicieron los cirujanos pero tuvieron que tomar la decisión de quitar su ano, cerrarlo y hacerle una colonoscopia para que pudiera sobrevivir. La recuperación fue sumamente lenta, más de 3 años, ya no quería hacer más viajes por temor a la bolsita que siempre debía colocarse en su estómago para depositar sus heces. Estuvo mucho tiempo irritado y deprimido pero aún así, siempre fui su soporte y poco a poco fue superando tratamientos severos con quimioterapia a fin de eliminar cualquier célula cancerosa que hubiese quedado en su organismo.

Llegaron tiempos mejores, Abe más animado y yo a tres años de jubilarme. A pesar de no poder estar juntos, nos hablábamos a diario, conocí en ese lapso de tiempo a sus nietos y cómo iban creciendo, mientras tanto, él escribía artículos científicos y pudo terminar otro libro “La mente puede sanar o matar”, yo en mi país seguía trabajando y realizando paseos por cuenta propia a diferentes lugares del país los fines de semana. La fotografía de la naturaleza es para mí lo máximo y a Abe le encantaba la idea de que luego escribiera sobre los lugares que visitaba y adjuntara las fotos para que otras personas dentro y fuera del país, se enamoraran como el, de las bellezas de Costa Rica.

Y llegó en el 2016 mi ansiada jubilación, Abe todavía no se sentía capaz de subir a un avión así que yo decidí ir a verlo un mes, fuimos a Toledo que siempre habíamos planeado conocer, luego nos regresamos a Málaga, otros lugares de ahí y Granada. Esta vez, empezamos a construir nuestro sueño de estar juntos lo que nos restara de vida. Otra mala noticia. Abe tuvo un requebranto en su salud, esta vez fueron sus pulmones, habían colapsado a causa del fumado, el pronóstico no era bueno, le diagnosticaron un mal incurable así que en adelante iba a tener que vivir con varias crisis y más internamientos en el hospital.

De nuevo fue como empezar de cero, muchos medicamentos y cuidados especiales sobre todo en época de invierno. Aun así, seguíamos unidos a la distancia, siempre me animaba y decía... Tan lejos y tan cerca, nuestro amor, está escrito en el universo, así se llamará el próximo libro que escribiré.

Di un giro a mi vida y decidí dejar la ciudad, ya estaba gozando de mi jubilación y nada me impedía escoger un lugar más tranquilo para vivir, les hablé a Abe y a mi hijo de lo que pensaba hacer, ambos estuvieron de acuerdo conmigo. Años atrás, me gustaba venir a vacacionar al pintoresco cantón de Tilarán, uno de mis sobrinos me dio posada unos días para buscar alguna casa que alquilaran, luego de analizar varias opciones, me decidí por una casa bastante cerca del centro de Tilarán, desde ahí, podía desplazarme en el carro a otros cantones de la provincia de Guanacaste y las playas. Aparte el clima era más caliente y me iba a ayudar a curar mis continuas crisis de asma. Abe estaba encantado con el lugar cuando le envié

algunas fotos, a él siempre le había gustado el mar Pacífico que no hay en España y le agradó sobremanera las fotos del lago Arenal.

Ahora si, empezamos a hacer planes más concretos, sus ahorros alcanzaban para comprar acá o en Panamá una buena propiedad y pasar juntos lo que nos restara de vida. A inicios de diciembre del 2019, un fuerte resfrío obligó a Abe a recluirse una semana en el hospital, ya se empezaban a pasar noticias en Europa y esporádicamente acá sobre extrañas muertes de personas a causa de un virus que estaba matándose personas en un pueblo de China. Abe estaba algo inquieto con las noticias, ya había escrito otras veces temas relacionados con virus peligrosos. Seguimos hablando de nuestros planes y no le dimos más importancia al asunto, continuamos analizando varias propuestas de propiedades que habíamos visto en Panamá y cerca del Lago Arenal.

Antes de que llegara Año Nuevo Abelardo se subió a una pequeña escalera a quitar los adornos de navidad, ya contaba con 68 años y sabía que su salud era ahora más frágil. Recibo un mensaje desde su wassap: “Cariño, me rompí la cadera u una muñeca, otra vez en el hospital “, de nuevo tuvo que pasar por el quirófano, un amigo en común me mantenía al tanto de su salud.

Pasó enero, en febrero seguía él con fisioterapia. A finales de marzo del 2020, su último mensaje fue el siguiente:

“Cariño, estoy bien, me duele todo eso sí, tengo cositas todavía por solucionar pero no tengo ninguna enfermedad grave que me vaya a fastidiar, estoy bien y solo tengo un leve dolor de cabeza que no se va pero vamos, no pasa nada mi ángel de luz, quiero que estés tranquila y que ya hablaremos seriamente porque siguen en pie nuestros planes, hasta pronto amor...te amo” Luego silencio...silencio y más silencio. Su teléfono no sonaba y nuestro amigo no respondía mi correo.

Maldito COVID -19...A los ocho días de no saber nada de Abe, recibí un breve correo de mi amigo Bartolo Lo lamento mucho ... El virus se llevó a Abe emprendió su camino a otro lugar mejor, desde aquí te pido que le envíes luz y amor para que su viaje sea dulce y lleno de paz como a él le hubiese gustado “

El resto, ya podrán imaginarlo, muchos días de incomprensión y dolor que no salía con nada y lo más triste para mí, no haber estado a su lado para darle su última despedida. Mi hijo fue mi apoyo durante mis crisis de lloradera, su muerte no la he superado pero sigo pensando que él brilla ahora en algún punto del universo que tanto queríamos los dos y que en algún momento nuestras almas se podrán reencontrar.

¿Los dos meses siguientes fueron peor, ya la pandemia había llegado al país y yo enclaustrada en casa por ser una persona de alto riesgo...Qué hacer para mantener mi mente ocupada y no caer en depresión? Recordé que Abe siempre me motivaba a que nunca dejara de escribir, empecé a publicar notas y fotos de varios lugares que había visitado y por estar metida en labores de voluntariado, había dejado la costumbre de hacerlo.

Mis días empezaron a tener otro sentido y me sentía motivada de ver cuantos amigos y personas que no conocía me enviaban palabras de agradecimiento por las notas que publicaba, muchos de ellos me manifestaban que habían ido a pasear sin salir de sus casas, que la forma en que escribía las notas era tan descriptiva que se sentían transportados a los sitios donde yo había estado.

Luz en la oscuridad...Una mañana, salí al pequeño jardín de la casa, era ya el mes de junio y con algunas leves lluvias, habían salido variadas flores silvestres, Abe siempre fue un enamorado de las flores y piropeaba las fotos que tomaba de ellas. De pronto se posó en una de las flores, una hermosa mariposa Monarca, solo dije. Es el espíritu de Abe que cuida de mí, Abe me hablaba de ellas y de las largas distancias que volaban desde Canadá hasta México y en menor escala a Centro América para aparearse, poner sus huevecillos y luego morir.

Al día siguiente dos mariposas Monarca estaban en su vuelo nupcial en el jardín, yo dije es una buena señal, pasaron varios días y una mañana vi un punto diminuto amarillo en una hoja, luego apareció la diminuta oruga, que fue creciendo en el jardín, luego se convirtió en crisálida y finalmente una hermosa mariposa Monarca que me enseñó una gran lección de vida y acá estoy compartiéndola con ustedes.

Ideas de un viejo

Autor: Jorge Badilla Rojas

Toda mi vida no he sido viejo nací el 23 abril del 1927. Crecí entre cafetales, cañales, tabacales, potreros, montañas y toda clase de animales; chanchos, gallinas, patos, carracos, ganado y unas cuantas bestias.

Comencé a trabajar desde que tenía diez años, en todas las vacaciones, hasta que salimos de sexto grado. No había colegio. Mi papá nos mandaba a trabajar con los peones y jalábamos una calle entera entre mi hermano mayor y yo. Mi papá nos mandaba a hacer toda clase de trabajos, así aprendí albañilería y carpintería.

Cuando llegamos a los dieciocho años ya teníamos mucha agilidad para alzar sacos, nos gustaba competir con los peones. En esos tiempos no había máquinas para transportar el café, todo era al hombro y a mí me gustaba hacer fuerza. Alzaba del suelo doscientas diez libras hasta ponerlas en el hombro. Yo era un muchacho muy flaco y lo más que pesaba era ciento veintidós libras, pero eso lo hacía muy de vez en cuando porque quedaba muerto, agotado. Hay que tener agilidad y ser mañoso para poder hacerlo.

Por mañoso yo digo que sí llego hasta los cien años. Cuando llegue a los cien años no precisa que hagan fiestas. Si Dios quiere, en el 2027, cuando los cumpla, lo que quiero es un rosario con la familia y los que lleguen. Ya a mis hijos son los que les toca contar esa historia, pero yo digo que sí llego.

Hasta los setenta y cinco años fui un hombre muy trabajador y alentado, que hacía unas fuerzas de loco. A todo le ponía el hombro. Cuando iba llegando a los setenta años me operaron dos veces de las válvulas del corazón. Igual seguí trabajando de fisgón, porque tenía mucha energía y mucha experiencia. Con el tiempo igual se me fue escanciando el trabajo, no tanto porque no hubiera que hacer, si no porque casi ya no podía.

Siempre fui muy tímido, pero también noviero. Me casé a los treinta y tres años y siempre he sido muy feliz. Tengo seis hijos,

todos casados, bien casados, dieciocho nietos y un bisnieto. Este grupo de gente es la felicidad mía.

Dios me ha ayudado mucho. Yo le he pedido, para que me dé salud a mí ya mi esposa y a toda mi familia. Yo le pido salud para que puedan trabajar y que sean muy honestos, para sentirme orgulloso de toda mi descendencia. Yo estoy muy feliz y muy orgulloso de todos.

Llegando a los noventa y tres años, le pedí a mi hija mayor, que me comprara un celular. En esos días estaba empezando lo del Covid, y por eso ya casi no nos podían sacar, por seguridad ya nos visitaban muy poco.

Todos en mi familia tenían teléfono menos yo ¡Hasta los nietos! Cuando me trajo el celular, lo primero que hice fue contactar a mis hermanas para contarles que al fin tenía teléfono para que me llamaran. Yo me entretengo viéndolas, y algo les entiendo porque estoy sordito. Antes de tener teléfono, yo me había alegado porque me costaba mucho escuchar a la gente, pero ahora, mis hermanas, mis hijos y mis nietos me escriben y yo les mando audios, hablamos muy seguido.

Poco después le dije a uno de mis hijos que tenía ganas de que me comprara una computadora y que me enseñara a trabajarla. A él le pareció una buena idea, cuando me la trajo me explicó un poquito cómo usarla. Igual a ratos se me esconden las cosas y llamo alguno de los hijos para que vengan a ayudarme. Me siento a las dos de la tarde, me llaman a comer a las seis y yo sigo escribiendo. Justo después de comer me acomodo de nuevo y se me van las horas. Hay días que me han dado las once y doce de la noche.

Esta es mi nueva ocupación. Ya he escrito un montón de historias, más de cien páginas, una de mis nietas hasta me ayudó a imprimir unas en forma de un librito. Me faltan nueve meses para cumplir noventa y cinco años y ando con andadera. Esto es lo que me hace feliz, me entretengo mucho. Entre más escribo, más ideas me llegan a la cabeza.

20 de febrero del 2021.

Obras Extranjeras ganadoras: Poesía

De un hombre con sombrero

Autor: Domingo Hernández Varona

Un hombre que viene con sombrero, me detiene en una calle
que ahora no recuerdo su nombre, y el hombre que viene con
sombrero, me pregunta, por si en cuál sitio pudiera hallar una
paloma, una simple paloma que volase, incesantemente por
dentro de su casa; que el hombre que viene con sombrero,
quien me pregunta por si acaso yo conociera, dónde hay tales
palomas; se asombra cuando le miro

/atónito,

sin poder apenas pronunciar palabras, turbado como estaba
en ese instante de encontrarme de pronto, en una calle que
ahora no recuerdo su nombre, a un hombre con sombrero,
levantando en mi conciencia tanta expectativa; finalmente debo
responderle, y creo que lo hice negando no saber, dónde aquel
hombre con sombrero, podría conseguir una específica

/paloma,

una paloma cual volase dentro de su casa; y el hombre con
sombrero, plantado frente a mí en medio de aquella calle, que
ahora no recuerdo su nombre, me miró fijamente como si ahora

/naciera;

encendió un cigarrillo, lanzó la cerilla, que se deshizo en
carboncillos sobre el pavimento; me volvió a mirar, como si
hubiera vuelto a nacer en un siglo que no fuese el suyo; y al
hombre que viene con sombrero, quise indagarle si en realidad
existieran palomas, que volasen incesantemente por dentro de
las casas; entonces el hombre que viene con sombrero, el que
me atajó en una

/calle,

que ahora no recuerdo su nombre; me dijo que tampoco conocía de la existencia de palomas, de simples palomas que volaran por dentro de las casas; y dijo entonces el hombre con sombrero:

—es que tengo una nostalgia de miles de millas, sentada en los sillones de la sala; que un repicar de balances me despiertan cada noche, un repicar que invade el silencio de mi cuarto, y se hunde sin hablar en la bañera, y se mira inquisitivo en el espejo del baño, y pensé entonces que sólo una paloma volando sobre los muebles, posada en el respaldo de mi cama, pudiera hacer transparente esta nostalgia de miles de millas, que me tiende trampas a cada segundo, esta nostalgia que, de tan invisible, muda y persistente, se me mete como cientos de agujas, hasta el mismo corazón de los huesos...

El tratado

Autor: Emigdio Fidel Díaz Cedrón

BREVE TRATADO SOBRE DESEO I.

Un nombre pongámosle a estos encuentros.
Tal vez deseo.
Por la necesidad de tu piel, cerca de la mía, sentir.
Un deseo brota de manera innegable.
Cuando me miras siento que me provocas.
Que tú también tienes iguales deseos, traduzco.
De ti, me gusta disfrutar todo.
Que en pequeños besos, mi aliento llegue a tu cuello.

¡Excitarte!
Que tus ojos como si soñase lo cierres
Y ha de venir en ti, ese deseo...
En nuestros encuentros nos entendemos.
Cada accidente de nuestros cuerpos, no es secreto.
Sino puntos de continuar aumentando, el deseo.
De tu vestido de seda despojarte me encanta.
Como una cascada sin viento.
Muestrés tus hermosos senos,
Acercarte más a mí, para acariciarte una y otra vez.
Acomodada a nuestro gusto, como mantas en abrazos
Apagar ese deseo.
Tu desnudo cuerpo cubrirlo y sentir a mis espaldas
El juego de tus dedos;
Intentando de nuevo despertar, el deseo.

BREVE TRATADO SOBRE DESEO II.

Para muchos o para pocos.
En el amor, es la sensación de entrega.
Fusión de ideas y sentimientos.
La desnudez sin obstáculo para amar,
Toda esa espontaneidad como volcán
Se expresa en una plena erupción.
Se duplican como palillos de redoblante.
En un constante despertar.

LA ESPERA.

En cualquier parte mis versos
Nacen y crecen.
Con tu presencia, se visten
De diferentes colores,
En virtud, de las diferentes ocasiones.
Como sábana tu desnudo cuerpo cubre
En nuestros sitios de encuentros.
En la almohada,
El perfume de tus cabellos queda.
Las huellas del pubis humedecido por cada
Entrega.
Nada de falsedad.
Desde mi ventana el horizonte miro
Y siempre espero por tu llegada.
Por ese momento que abarca el deseo
De tenerte siempre.

Ámame

Autor: Antonio Omar Sánchez Méndez

Ámame, porque es la última vez que estaré amarrado a tu lado
Ámame como si fuera mentira en tu corazón.

Que yo te amaré por los dos.

Ámame, porque las estrellas lloran esta ansiedad de amarte
desesperadamente cual si fueras rosa purificada, eterna amante
Es la noche última que se va a las apuradas de la Luna enamorada.

Ámame, como si fueras mi reina y yo tu esclavo níveo,
penitente

Hazme lo que quieras, aunque me mates.

Hazlo con amor desesperado

Amor, bien lento, no humillado. Ámame, con furor exagerado

Que sabré soportar el dolor lastimado

Ámame, como si fueras espuma de mar.

Y yo seré el viento que te arrasa

Ámame, como si fueras estrella. Seré la luz que te embellezca

En todas las madrugadas. Quizás, enaltecida centella

Ámame, como si fueras ese Sol que se adormila en
paraísos celestiales

Ámame, como si fueras una soledad

Ámame, como si fueras una singularidad. Que yo seré la
onda galáctica

Que te lleve a la eternidad

Ámame, perdiendo los sentidos. Que yo por amarte, los he perdido

Ámame, con magnífica locura. Ámame, y que no tenga cura

No es momento de resolver dudas

Ámame, hasta el último latido. Ámame, porque así lo hayas querido

Ámame, con todas tus fuerzas. Que seré un niño, entre tus brazos

Ámame, totalmente desnuda. Que me acaricien tus senos

Suave brisa en mi pecho. En esta noche sin aliento, tan cruda

Ámame, si quieres, a los gritos. Que yo abriré mis puertas

Para arrancar el enjaulado hastío

Y si prefieres en esta apoplejía. Ámame, en silencio

Que yo gritaré a la noche. Que me amas con alegría

Y no lo haré en silencio, ni arrepentido

Ámame, porque llega la madrugada y no nos queda tiempo
ni esperas

Sólo soledad y angustias alargadas

Ámame, porque ya vienen las fieras y llevarán mi cuerpo sin
escamas
Sin alegrías y sin penas
Ámame, porque no habrá otra noche
Ámame, porque no habrá más mañanas
Ámame, en ese mar tuyo, de mareas tenues, azuladas
Que te amaré en sal de olas, de crespones, amortajadas
Ámame, hasta el último momento con tus labios en
cerrado lamento
Ámame con tu sangre entera que yo te daré mi última gota
Ya no hay regreso, sino esperas
Debo dejarte dolores, abrumadas penas
Ámame, con tus manos. Dibuja caracolas en mi espalda
Que yo escribiré mi nombre para que lo cobijes en tu alma
Ámame, hasta el último deliquio. Lo llevaré en mi boca cual delirio
Ámame, con tu cuerpo claro.
Si quieres, con las luces apagadas y apago la luz
O si prefieres a luces encendidas
para percibir el perfume que destila tu sexo
en esta última, infeliz madrugada
Ámame, que no hay tiempo que perder
Ámame, suave y muy lento
Hasta que termine el anochecer
Ámame, con tus alas extendidas.
Y arrúllame en tu seno
Cual paloma con heridas
Ámame, que ya tocan a la puerta
los corceles del espanto
ataviados con sangrados mantos
Ámame, porque hay sombras
y las humillas con tus ojos
Ámame, sin lágrimas. Ámame, sin reproches
Ámame, que es la última noche
Y ya no hay anochecer. Ya no hay estrellas
Ya llega la mañana
Y por favor, te pido humildemente

Que no llores, que me iré pensando en ti
Que me iré con tu nombre en mis labios
Que habitaré planetas deshabitados
Y en cada uno de ellos
Fabricaré castillos con tus cabellos
Que llevo aprisionados en mis manos

No me esperes. No me llores. Recuérdate
Es lo único que te pido.
Te he amado a quedarme sin suspiros
Me hiciste muy feliz.
Conocí tu corazón por los latidos
Y te juro por mi alma errante
Que jamás estaré arrepentido

Extrañaremos la casa

Autor: Carlos Eduardo Pérez Robayna

Meses de encierro,
escucho la cuenta de enfermos y muertos.
Me pregunto si alguien suma los amores nuevos,
las flores, los amigos y los colores del cielo.

Olvidé que tengo un auto,
la casa ya no me parece grande,
adentro no se mueve el aire, afuera
no se escuchan los perros ni los gatos,
tampoco el chirrido de triciclos,
solo uno que otro pájaro.

Días de máscaras,
de ojos gachos y esquivos de miradas,
caminan rápido.
Evitan pisar lo que he pisado,
pocos saludos,
añoro aquello de hablar con los vecinos.

Pasan los días y en las noches poco pasa,
a ella también le han pedido que no salga.
La tarde se abotona de lentejuelas y raso,
recoge las migajas de sol, apaga las luces,
se convierte en noche, y
es más noche cuando hincada en el silencio
le zurce los huecos al encierro con hermosas madrugadas.

Echo de menos el parque de la esquina,
se sentaban ancianos que hace tiempo no veo.
nos quedamos sin ancestros.
Dejan cajones llenos de lecciones,
respuestas a las preguntas que nunca les hiciste,
un vacío en las bancas de la plaza,
a veces un sombrero
y sus temores.

La ciudad estará de regreso,
las sombras y la gente.
Algunos volverán a las prisas,
buscarán atajos,
otros aprendieron a vivir,
con más tiempo y menos trapos.

Los días son todos iguales,
los domingos parecen martes.
Cuando esto pase, extrañaremos la casa,
en lugar de extrañar los parques.

XXXI
Concurso
Literario de
Personas
Mayores
2022

“Inés Trejos Araya”

La edición XXXI del Concurso Literario 2022 estuvo dedicada a la Señora Inés Trejos Araya, poeta, escritora y periodista, diplomática, política y líder defensora de las artes y las letras. Premio Periodismo Cultural Joaquín García Monge y Miembro de Honor del Ateneo Universitario. Fue ganadora, en tres ocasiones del Premio en el Certamen de Cuento del Colegio de Periodistas y en dos ocasiones en el Certamen de Prosa de AGECO.

Los géneros participantes a escala nacional fueron:

- Cuento
- Poesía
- Poesía Infantil
- Relato de experiencias

El género para participar a escala internacional:

- Cuento

En esta edición del concurso participaron 243 personas mayores de 60 años y un total de 284 obras literarias en los diferentes géneros: de cuento, poesía, poesía infantil y relato de experiencias.

Del total de personas participantes 118 fueron nacionales y 125 fueron de países como Argentina, Colombia, España, México, Chile, Venezuela, Cuba, Uruguay, Ecuador, Perú, Bolivia, Estados Unidos, El Salvador, Guatemala, Puerto Rico y Brasil.

Jurado Calificador

Alfredo Trejos Ortiz

El señor Alfredo Trejos Ortiz, es poeta. Nació en San José, Costa Rica, en 1977. Hizo estudios en Antropología y Filosofía en la Universidad de Costa Rica. A la fecha ha publicado nueve poemarios y dos antologías personales, siendo Sad Hill (Ediciones Perro Azul, 2019), y el poemario Omisión de Lejía (2022) su obra más reciente. Además, ha ganado el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en la rama de poesía en dos ocasiones, 2012 y 2018.

Anabelle Aguilar Brealey

La señora Anabelle Aguilar Brealey es bióloga. Residió en Venezuela, actualmente vive en Canadá. Se desempeñó como docente, fue consejera de la Embajada de Costa Rica en Venezuela y miembro de la Junta Directiva del Círculo de Escritores de Venezuela.

Ha publicado diversos libros en narrativa, siendo los más recientes, Poeta menor con petirrojo (2001), Laberintitis (2009), Errática (2011), Los codos del diablo (2014) y El caballo Grillo (2014), así como en Poesía en la cual destacan títulos como Desmesura (2008) Consumidas por fuego (2011), Canis lupus (2012), Profanación del Huerto (2016) y Niño empolvado por explosión de guerra (2019).

Mariamalia Sotela Borrásé

La señora Mariamalia Sotela Borrásé es licenciada en Ciencias de la Comunicación Colectiva por la Universidad de Costa Rica, poeta, escritora, acuarelista, incursionó también en el teatro profesional, tanto en nuestro país, como en Caracas, Venezuela. Agregada Cultural de Costa Rica en Moscú.

Entre sus escritos destacan: Ciudad de Cábano 1974, Memoria del Desencuentro 1981, Piel inconforme 2014, De Muñecas de Trapo y papalotes, cuentos infantiles, reeditado en el 2024, Poemario Abordajes, publicado por la EUNED 2020.

Resumen de obras ganadoras

Cuento

1^{er}
Lugar

Beto y el jaraguay
Diana Mosheim Castro

2^{do}
Lugar

La locura de Ligia
Alfredo Vargas Castro

3^{er}
Lugar

La poza del Tablazo
Hugo Alberto Alvarado Gutiérrez

Mención
Honorífica

Deshojando orquídeas
Elizabeth Gutiérrez Chavarría

Poesía

1^{er}
Lugar

Vitral
Olga Rivera Monge

2^{do}
Lugar

Al filo de la cama
Ana Teresa López Arrieta

3^{er}
Lugar

Contagiarme
Berta Figuls Rojas

Mención
Honorífica

El mar eres tú
Freddy Jesús Meza Sosa

Poesía Infantil

1^{er}
Lugar

La codorniz feliz
José Francisco Quirós Mena

2^{do}
Lugar

Estilistas en la granja
Leonardo Marín Mora

3^{er}
Lugar

Viene el tren
Diana Mosheim Castro

Mención
Honorífica

Canción de cuna para una niña inquieta
Xinia Murillo Siba

Relato de Experiencias

1^{er}
Lugar

No todo es lo que parece
Ana Lorena Hidalgo Solís

2^{do}
Lugar

Mamá ¿qué son las penas?
Julio Enrique Quirós Rodríguez

3^{er}
Lugar

Pistoladas del Colorado (disparates)
Víctor Julio Méndez Mesén

Mención
Honorífica

Pinceladas de prisión
Walter Francisco Hernández Bonilla

Cuento Extranjero

1^{er}
Lugar

No hay genio sin mezcla de locura

Ernesto Aníbal Portilla Zoller

Argentina

2^{do}
Lugar

Ramito de violetas

Jorge Cristian Bustos Patiño

Chile

3^{er}
Lugar

Un pequeño huerto

Lauro Cruz Sánchez

México

Mención
Honorífica

Revelador encuentro

Miriam Estrella Persiani Santamarina

Uruguay

Obras ganadoras

Cuento

| Beto y el jaraguay

| Autora: Diana Mosheim Castro

Con el celaje de verano, las hierbas exhalan aromas vastos sobre el pastizal. Las hojas abanican el riachuelo que salta por saltar. En el playón, unas rocas se estiran como animales echados recibiendo el sol.

Beto recoge jícaros, mientras otros van a la escuela. Tiene un discernimiento lánguido que descifra el canto de las aves, pero no las letras del pizarrón. Las manchas son la reseña que le narra el cuerpo y por más que lo frotan, nadie logra quitárselas.

- Tampoco se pueden borrar las constelaciones del cielo - les había dicho el curandero.

No daban con un acontecimiento que explicara las salpicaduras en la piel del niño.

Lo único, recordó la madre en un descuido de la conciencia, fue aquel día cuando ladeando el jaraguay, reparé en unos jaguares que correteaban lustrando el resplandor de su moteada hermosura. Entonces me vino esa exuberancia. Sentí empinarse una lumbre en mi vientre anidado. Al retomar aquel inusitado acontecimiento, cayó en cuenta.

- Fue la fascinación - exclamó en voz alta.

Corrió a abrazar a su hijo. Lo arrulló cantando. Observó con ternura que, cuando dormía gruñía y mientras soñaba, reía.

La locura de Ligia

Autor: Alfredo Vargas Castro

En mi tierra centroamericana, la cosecha del café —“el grano de oro”—tiene un gran significado y forma parte importante de la vida de los pobladores de importantes zonas del país.

Gracias a las “cogidas de café” (así se le llama localmente a la acción de recolectar los granos de las matas) muchas familias llevan sustento a su hogar, especialmente en la apretada época navideña, más apretada aún desde que la publicidad la convirtió en el sueño dorado de los niños y al mismo tiempo, en la oscura pesadilla de los padres

Mis tiernos recuerdos, por allá de los años sesenta, tienen matices gratos y no tan gratos, pues la escasez de recursos con que contábamos, nos obligaba a realizar ciertos sacrificios.

Aunque a mis escasos ocho años, no era nada fácil levantarme a las cinco de la mañana —con aquel bendito frío que hacía en esa época del año— nunca me dejaba seducir por las tibias y deshilachadas cobijas, cuando mi madre me despertaba, amenazándome con que el café se estaba enfriando y mis hermanos me dejarían sin pan. Y es que el desayuno no se llamaba “desayuno” en mi casa, sino simplemente “tomar café, acompañado éste con un pedazo de pan, untado de margarina —para bendición nuestra— porque para muchos, era “pan pelado” o “café solo”.

Sin pronunciar palabra, me levantaba y vestía de inmediato para no sentir el ingrato contraste entre el cálido camastro y el mundo exterior. ¿El baño? Claro que lo visitaba, ¡pero para orinar nada más! Luego me lavaba las manos y me humedecía la cara, para entonces acercarme a la mesa. Unos minutos después y habiendo recibido la infaltable bendición de mi madre, partíamos hacia el trabajo.

Con el canasto colgando en la espalda y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, ponía la cara de frente al helado viento. A los pocos pasos, los ojos se enchilaban y lloraban,

mientras las orejas dolían, tanto como si la maestra Aída —la más estricta que alguna vez conocí— le estuviera aplicando a uno su temido método correccional.

Cuando llegábamos al cafetal —algunas veces después de caminar por espacio de una hora o más— el capataz o “mandador” nos asignaba la “calle”, o sea la hilera de matas de café, de unos cincuenta o setenta y cinco metros de largo que sería nuestra área de trabajo. Una vez ubicados, nos ajustábamos el canasto a la cintura y comenzaba la jornada.

“¡Uy carajo!”, solíamos exclamar cuando al jalar las primeras ramas, se nos venía encima un chorro helado de agua que se colaba por detrás de la nuca y se deslizaba, como un dedo electrificante, por la erizada espalda. Luego el sol comenzaba a calentar y uno iba quitándose un trapo tras otro y entonces el ambiente se tornaba alegre y bullicioso. Las conversaciones de calle a calle y muchas veces con gente de calles más allá, hacía que la vida se volviera vida en común, alimentando la malicia de los más despabilados, quienes utilizarían todo lo que allí oían para poner en ridículo a los demás, a la hora de la “medida”, o sea, cuando terminaba la jornada y el encargado medía lo que cada cogedor había recolectado.

Cerca de las once de la mañana, llegaba una ocasión celestial: la hora del almuerzo. Era ese el momento más ansiado, aunque lo que se fuese a comer estuviese frío como “pata de muerto”. No importaba; era realmente glorioso saborear el arroz, los frijoles, la torta de huevo, y con suerte —la que muy pocos tenían— un pedazo de carne.

Entonces poníamos al lado el canasto y nos sentábamos en el suelo, al estilo de los indios, con la taza entre las manos y la botella de “fresco” al lado. Y por unos instantes no hablábamos. ¡Nadie podía hablar con la boca llena a reventar! Luego comentábamos cómo nos había ido en nuestra primera mitad de la jornada y en unos minutos veíamos a los que no les estaba yendo bien, terminar de tragarse el almuerzo e inmediatamente levantarse y comenzar de nuevo la labor, pues nadie quería quedarse atrás. ¿De dónde nos nacía ese espíritu de responsabilidad tan

grande? En realidad, no lo sé y ciertamente es hasta ahora que me lo pregunto. ¿Es que acaso no sería plausible que niños como nosotros estuvieran simplemente jugando, en lugar de estar doblándonos el lomo en un cafetal? Sin embargo, eso no nos lo permitíamos, sino hasta después de las cinco de la tarde, cuando el sol ya se despedía, y uno –niño al fin– rogaba porque el día no acabara aún, pues nos faltaba todavía mucho trompo por bailar, o muchas canicas por acarrear de chόcola en chόcola, o mucha bola por patear...en fin, ¿cuándo quiere un niño parar de jugar?... Entonces, con oídos sordos a nuestros ruegos interiores, la noche extendía su capa y nos obligaba a buscar la casa, donde con gusto queríamos seguir los juegos, pero había que rezar el rosario, tomar el jarro de aguadulce, escuchar algunos programas de radio —que divertían más a los mayores que a los chicos— y finalmente, ir de nuevo a la cama, “a darle de comer a las pulgas”, como solía decir mi papá.

La noche se hacía corta, como cortas serían las semanas y los años que nos hacían ir dejando la ropa para los hermanos menores y de igual manera heredar la de los mayores. Y así, de forma trepidante, fui creciendo y llegó el momento en que me percaté de que, además de trompos, canicas y balones, existían las muchachas.

Fue entonces —al iniciar la temporada de recolección de café de ese año— que apareció Ligia en mi mundo; una chica un par de años mayor que yo, quien de pronto insistía en que tomáramos calles contiguas en el cafetal, dizque “para que le ayudara con las ramas más altas”, aunque en realidad yo no era mucho más alto que ella. No le encontré mucho sentido a la situación, mas tampoco me opuse a que fuéramos “compañeros de calle”. Ligia era rubia, pecosa y según la imagen que aún flota en mi memoria, tenía un bonito trasero, apretado en un pantalón vaquero, desteñido, que siempre llevaba al cafetal y era algo así como su uniforme. Recuerdo también que hablaba mucho y que tenía un radio de transistores, con el cual competía, pues se sabía —y cantaba— todas las canciones que en ese tiempo estaban de moda.

Un día de tantos Ligia se volvió loca. Estaba más habladora que nunca. El tema de esa mañana era que había ido al cine el domingo

anterior a ver una película de vaqueros, la cual le había encantado pues resultó ser, además de emocionante, muy romántica. “Muy romántica” me repetí para mis adentros, sin tener muy claro a qué se refería. También le dio por acercárseme mucho, tanto que me estorbaba en mi labor y eso ya me estaba comenzando a molestar, pues no había logrado llenar ni un canasto y casi era hora de almorzar. Sin embargo, guardé silencio, pensando: “ya se le pasará lo que sea que le esté pasando”.

Llegó la hora del almuerzo y como ya se había hecho costumbre de los últimos días, compartimos el momento, aunque, ese día en especial, a mí no se me quitaba de encima la preocupación por el poco grano que había recolectado durante la mañana. Terminando de comer quise reanudar la labor y fue entonces que Ligia se puso más loca todavía y de repente, muerta de risa, enganchó mi canasto con el suyo y echó a correr hacía lo profundo del cafetal. Instintivamente me puse de pie y corrí detrás de ella que iba zigzagueando entre las matas de café, sin preocuparse de que su rubia melena se enredara entre las bandolas, limpias ya, pues ésa era precisamente el área en que habíamos estado trabajando durante la mañana...

¿Qué si la alcancé? ¡Claro que sí! y recuperé mi canasto, a pesar de que ella se guindó del cuello de mi camisa y me hizo caerle encima y forcejeó para no dejarme levantar, como si quisiera jugar a las luchas. Pero como pude me solté y me fui presuroso a reiniciar el trabajo; “¿quién habrá visto locura más grande?”, me dije enojado, mientras un extraño cosquilleo, en cierta parte del cuerpo, transformó mi enojo en algo así como en un deseo...un deseo de algo que en aquel momento no supe definir.

Días más tarde, habiendo reunido dinero suficiente, pude ir al cine. En aquel tiempo, era normal que las películas estuvieran en cartelera varias semanas y ésta por ser de vaqueros, o sea de las más gustadas, llevaba algún tiempo exhibiéndose.

Entré muy serio a la vieja sala, sintiéndome muy grande por haber podido comprar mi boleto. Con cierto aire de rebelde, recién me senté, subí los pies sobre la butaca de en frente y me dispuse a disfrutar la película. Entre los personajes había

una chica rubia, la cual, en cierta parte de la película aparece conversando con el galán de la historia y de súbito, ella le roba el sombrero y echa a correr rumbo a un enorme granero. El hombre la sigue y la alcanza precisamente al llegar a una montaña de heno. Por el impulso de la carrera, ambos caen y él queda encima de ella, momento en que se cruzan las miradas llenas de pasión y luego se besan frenéticamente...

Al observar la escena, el “cosquilleo” que había sentido no hacía mucho tiempo, recorrió de nuevo mi cuerpo, al momento en que mi mente, como sogueada por uno de los vaqueros de la película, giró en reversa y voló hasta el cafetal, donde la imagen de Ligia corriendo delante de mí, vino a ser una violenta bofetada a mi torpe inocencia.

¡Qué bruto!, ¡ese pudo ser mi primer beso!

La poza del Tablazo

Autor: Hugo Alberto Alvarado Gutiérrez

Que tus sueños ganen a tus miedos.

Autor Anónimo

Cuando las últimas paladas de terrones rojizos se desmoronaban al chocar con las desnudas tablas del ataúd, sentí su mano sobre mi hombro.

Un bigote espeso no lograba esconder la cálida y amplia sonrisa de Lorenzo. Su incipiente pelo canoso le daba un exótico atractivo, acentuando el brillo de sus ojos azabaches y su pizpireta mirada.

El abrazo fue profundo, cálido...cariñoso. Nos había convocado la muerte prematura del amigo común, Domingo Rojas, pariente mío por los Ortega Rojas.

Sólo nosotros habíamos cambiado después de tantos años; el pueblo perdido en las planicies de la bajura guanacasteca, al igual que sus ancianos, era el mismo: tosco, macilento, aferrado a la tierra... y ese día, más triste.

La madera despintada de sus añosas casas y sus techos de tejas disparejas y ennegrecidas por el hollín de fogones, cansados de asar tortillas, apenas distraían la vista cautivada por los frondosos guanacaste, islotes verdes en el mar de pastizales amarillentos y amorronados a su alrededor, que lo hacían parecer más pequeño y solitario.

De Domingo no hablamos mucho. Más bien nos preguntamos del acontecer de nuestras vidas, después de separarnos aún adolescentes, con el bachillerato bajo el brazo, y marcharnos para la capital con la mochila cargada de planes y temores, a estudiar en alguna universidad.

Algunas mujeres apocadas por los prejuicios habíamos regresado al pueblo, como el ganado flaco, que al atardecer de los calurosos días del verano, deja los rastros de la sabana y se

acerca a beber en el abrevadero, construido en un viejo tronco de cedro; a dos pasos del pozo de los corrales de las haciendas.

Solo que esas bestias, - le confié quejosa a mi amigo - cuando las lluvias llenan de nuevo los cauces empedrados de las correntadas que la atraviesan y el pasto reverdece, vuelven a corretear libres y a aparearse en la inmensidad de la llanura, mientras nosotras, asidas al brocal del hoyo de los miedos, nunca nos despegamos del hogar patriarcal.

Absortos en esos hitos de la vida y aventuras que nos habían alejado y ahora nos reunían, recorrimos, en medio de losas y montículos dispersos, los trillos irregulares del polvoriento camposanto, rodeado de árboles de mango, de los que sólo los negros zanates, comían sus frutos.

Epítafios clavados en lo alto de los cruceros de metal herrumbrado o concreto agrietado, dejaban entrever nombres que contaban historias de nuestras raíces, perdidas en las migraciones del norte y el mestizaje con los chorotegas y uno que otro gamonal venido del Valle Central, quien pretendía mantener su efímero sitio con una lápida pintada de azul o verde brillante, aunque los gusanos engordaran por igual con sus despojos.

A pesar de haber abierto mi sombrilla buscando algo de frescor, el ropaje formal para la ocasión nos hacía sudar copiosamente.

Familiares y vecinos, luego del póstumo ritual de avemarías y padrenuestros, a boca de la tumba abierta a pico y pala en la calcinada tierra de finales de abril, se habían marchado presurosos, huyendo de la asoleada meridiana.

Algunos dolientes se alejaban al trote de sus caballos, dejando una leve nubecilla de polvo tras de sí, por el camino desgastado por las carretas con dos surcos paralelos, que solo llevaba al cementerio...como el destino de nuestras vidas.

Sin unirnos a su prisa, creyéndonos los últimos, emprendimos el regreso al pueblo. Tomamos el atajo por las fincas colindantes con el río; sombreado por floridos roble sabana

y malinches colorados. Lo frecuentábamos desde niños, cuando nos escapábamos por esos arrabales a bañarnos en las pozas del manso torrente de aguas limpias.

Al pausar la animada conversación inicial, dejando espacio al envolvente canto de las chicharras, Lorenzo se detuvo y me besó en los labios. Sintió que consentí, por la sonrisa que esboqué, tratando de disimular mi sorpresa ante el inesperado arrebató en la soledad del campo,

Quizás recordó las primeras caricias insinuantes que siempre conducían a una separación repentina y nerviosa de cuerpos acalorados, advertidas como estábamos de evitar a toda costa una relación que “malograra” nuestras vidas y nos estigmatizara con un hijo extramarital.

Sin propuesta previa, la frescura de una arboleda ribereña de almendros de ramas aplanadas y jícaros de verde follaje, impregnada de recuerdos, nos condujo como imán misterioso a la poza del Tablazo.

Nos despojamos de la incómoda ropa que nos asfixiaba de calor y nos colamos desnudos en aquel líquido remanso del río ensanchado. Me había adelantado y con unas cuantas brazadas alcancé la orilla distante, donde la umbría era mayor.

Lorenzo empezó a acercarse caminando lentamente, su musculoso torso se reflejaba en el casi inmóvil espejo acuático. Sonreía, parecía jugar tomando en sus manos ahuecadas agua para derramarla sobre su cabeza y luego peinar con los dedos su lacio cabello humedecido.

De pronto sorprendidos escuchamos un crujir de palos quebrados, muy diferente al de los cocos cuando ruedan al caer o al de las iguanas corriendo asustadas entre la hojarasca seca.

Ana María surgió en el playón arenoso junto al lío de nuestras ropas. Impasible nos observó por instantes que se alargaron. Ninguno pronunció palabra. Después supe que nos había seguido desde el cementerio.

Era la joven profesora de educación física del Colegio Técnico inaugurado hacía un par de años en la villa más cercana, y yo su directora. Su presencia me inquietó y por supuesto dejó perplejo a Lorenzo, quien no la conocía y a mí me enmudeció, imaginando excusas.

Se desnudó con soltura, permitiendo que el sol acentuara sus femeninas formas de amazona. Sabía de su afición por el surf, determinante para aceptar el puesto docente en nuestra institución, cercana a una de las playas preferidas por los amantes de la naturaleza prístina y las emociones intensas.

Haciendo gala de su habilidad se zambulló y emergió frente a mí. Sacudiendo su larga cabellera, tomó mi mano y me miró a los ojos. A pesar del calor ambiente, me estremecí... los vellos se me erizaron. Lo que siguió fue un sinsentido deseado, alocado y liberador de mi esencia transgredida.

Lorenzo se había devuelto y empezaba a vestirse, comprendió que la pasión era multicolor. Sólo atiné a decirle adiós con un gesto de mi mano.

Caballeroso y comprensivo con un ademán me envió un beso mientras se alejaba. Adiviné que su noble corazón nunca traicionaría la intimidad descubierta, al verme feliz y realizada.

A las dos semanas Ana María alquiló una habitación disponible en la vieja casona, herencia de mis padres, a los que había acompañado hasta su muerte, y por lo que todos tenían como causa de mi soltería, e igualmente se habituaron a vernos llegar y salir juntas.

A Lorenzo no lo he vuelto a ver. Si regresa conocerá mejor a Ana María, nuestros sueños y afanes compartidos.

Reiría si le cuento que con su ayuda superé el miedo a la turbulencia del mar y empecé a surfear. Ahora no lucho contra la fuerza de las olas, he aprendido a fluir con ellas... al igual que con mis nuevos sentimientos.

Deshojando Orquídeas

Autora: Elizabeth Gutiérrez Chavarría

Conducía rápidamente a su hogar. Sus reflejos eran ágiles, aún era joven. Le recorrían en la mente múltiples pensamientos acerca de lo que había vivido en el último año. Su vida había dado giros inesperados.

Ese día había sido particularmente difícil en la oficina. Sentía hambre, pero más que alimentos, ansiaba ternura, comprensión.

Al llegar a su hogar, prepararía la cena. Su esposo no llegaría a comer como siempre hace un año. Se había hecho de noche y trató a oscuras de encontrar la llave de su casa. Abrió la puerta con dificultad; encendió la luz y súbitamente lo que vio le hizo retroceder. Cerró los ojos, ¿tal vez soñaba? Al abrir los ojos se encontraría con lo habitual. No fue así.

Su hogar era diferente, algo extraño había pasado. Una asombrosa cantidad de exuberantes orquídeas de diversos colores y formas se encontraban en la casa. Sobre los sillones se encontraban flores de color amarillo pálido con puntos rojos, otras eran purpura con tallos altos y hojas alargadas que semejabán mujeres engalanadas conversando sobre el último té.

En la mesita de aquella esquina cerca del balcón, unas flores de color azul marino parecían tendidas tomando una siesta sobre un tronco. En la mesa colocada con esmero múltiples macetas y troncos con musgo; algunas con flores en forma de mariposas y de pájaros de colores claros, con pequeños capullos. Amaba las orquídeas, su esposo le había regalado un enorme libro sobre ellas cuando eran novios. Pero aquello era sencillamente maravilloso.

No entendía, hace solo horas ella había salido de la casa y colocar aquellas flores era cuestión de días.

El aroma que se percibía era sutil, pero vibrante; por momentos una fragancia de vainilla invadía cada esquina de la habitación. El ambiente era etéreo.

De cada una de las lámparas del techo caían como lluvia de oro, hermosas florecillas doradas, algunas casi tocando el suelo. En la cocina y en la mesa, vasos y platos contenían decenas de ellas.

¿Pero cómo había podido ocurrir esto? Y recordó, la última vez habían discutido acerca de la falta de magia en su relación.

- ¡Nunca me das un gesto de amor, un regalo, un bello detalle! ¡Sólo rutina! -le dijo ella gritando.

Él le dirigió la mirada y sus ojos brillaban intensamente.

- ¡No sabes cuánto te amo! - dijo brevemente, al salir de la casa abruptamente.

En la pila una enorme orquídea violeta, especialmente exquisita, exhalaba su precioso aroma. El agua corría del grifo y le tocaba suavemente, como cuando te toca suavemente una caricia.

En el cuarto su esposo había dejado su suéter en la silla frente al escritorio y múltiples libros en desorden. Le encantaba leer. Solo en ese lugar no se habían dispuesto flores, era su espacio íntimo. El gato estaba en un rincón entre las hojas, profundamente dormido.

Su alma se desbordó al saber con certeza que había sido él y exhaló un profundo suspiro de felicidad. Y, por primera vez, en mucho tiempo sonrió, pero unas lágrimas lentamente se escaparon de sus ojos, recordando la realidad.

Aturdida, buscó la cama queriendo descansar, pero exactamente ahí, orquídeas purpura y amarillo semejando las zapatillas de dama reposaban entre las sábanas. En la alfombra colocadas al azar pequeñísimas florecillas azules, y al intentar salir, pedazos de troncos con orquídeas inmensas casi le impedían el paso.

La ducha también estaba abierta y el agua salpicaba el piso. Dos grandes bellísimas y azuladas orquídeas rociadas de agua se entrelazaban como dos amantes. Casi resbala en el piso y al

apoyarse en un tronco, algo la hirió sangrando unas gotas; el dolor le verificó que no era un sueño.

Volvió a la sala y sin encontrar donde sentarse se quedó de pie desconcertada y triste, viniéndole a la mente aquellas palabras dichas por su esposo hace un año.

- Hay fuerzas que superan los límites de nuestro mundo-.
Meditó sufriendo.

Si no hubiera ocurrido esa discusión aquella noche; y si no hubiese salido perturbado de la casa, aquel accidente mortal no hubiese ocurrido.

Poesía

Vitral

Autora: Olga Rivera Monge

La distancia nos agita, la distancia nos convoca;
la distancia siempre es lejos cuando el corazón nos toca,
más si nos llena de habitantes, de momentos, de congojas,
de alegrías y nostalgias, de añorar las cosas locas,
no hay distancia entre los seres, si hay raíces, si hay historia
porque la distancia deja, despoblada la memoria.

i

En la mágica risa de un sueño, tu carita dulce se quedó enredada,
con ositos de algodón de azúcar y chupones de luna plateada,
mientras en tus diminutas manos rosadas,
dos ángeles secan sus alas mojadas.

i

Que el corazón de dolor está lleno y para ver en sus rojas entrañas,
me abrí el pecho y en mis manos estrujé la víscera,
escurriéndole hasta la última gota de la mágica savia.
Y aún seco en mis manos, el dolor punzaba.
Lo partí en pedazos, laceré sus capas y en vano buscaba
del dolor la carne, porque allí no estaba.
Así seco, lacerado, de nuevo lo tomé en mis manos
y en el pecho encontró la calma.
Fue entonces ¡oh milagro! que el enigma quedó descifrado:
no era el corazón lo que dolía! ¡jera el alma!

i

Frené mi vuelo con las alas rotas y busqué la tibieza de aquel nido.
Escondí la cabeza entre las plumas para darle cobijo a mi dolor;
cerré los ojos a la noche fría, sin luceros, sin perfume de azahares,
sin canto de grillos de azabache, de flores sin color.
Cerré los ojos a mi desencanto y viajé al país de la esperanza;

soplé burbujas que llenaron de arco iris mi ventana.
Me bañé en la fuente del olvido y formé con estrellas una danza
y terminé tragándome la vida, cuando no quise despertar a la
mañana.

i

Voy por sendas de guerra: escuchada la diana parpadea filosa
navaja.

No me detiene la sangre en la lucha ganada.
Voy por sendas de guerra: escuchada la diana la luna de plata
se vuelve acerada; la nube de azúcar, granizo perlado.
Apocalípticas crines aplastan las flores rosadas.
VOY POR SENDAS DE GUERRA: ¡ESCUCHADA LA DIANA!

i

Hoy se ha perdido en el ayer; del ayer no queda nada.
Se marcharon ambos en pos de una aventura deshojada.
Cuando venga mañana también se marchará con la alborada
en busca de su ayer desesperada.
Para entonces, en vano soñaré con el ayer, con el hoy, con el
mañana.

i

Miré aquellos luceros pequeñitos,
y con risa simulada, acaparé tu atención.
Aquel sonajero escandaloso, vibrante, estrepitoso
a tus pasos vacilantes de emoción estremecidos
a tus manos anhelantes, de mariposas perdidas
por mi ruta conocida, te enseñaron una nueva dimensión.
Poco a poco el sonajero se convirtió en un sonido
necio, necio y aburrido que terminó en un rincón.

Pero sin querer queriendo, con el paso de los años
ya con besos o regaños me convertí con el tiempo
en sonajero dentro de tu corazón.
Y este arrugado remedo sin atrayente sonido
no ha quedado en el olvido de tu maduro inconsciente

y aunque finjas que no escuchas
seré tu sonajero por siempre.

i

Mariposa escondida en un capullo, que no puede volar;
con las alas dobladas bajo un velo, que no deja mirar.
Cada día se asoma a la mañana y no puede despegar
y de nuevo retorna a su guarida, hasta el nuevo despertar.
Rompe ya las cadenas de tu encierro,
prisionera que añoras libertad.
solo abriendo tus alas mariposa
¡al fin podrás vola !

i

Por calles oscuras vagaba mi alma; sombra acorralada entre
espada y pared.
Exhausta detiene su andar vacilante, junto a un perro seco
que lame la huella,
de sangre marchita de sus rotos pies.
Por las calles rotas, rota iba el alma; vestida de harapos,
regalos de un rey.
Se miró desnuda, con la piel por fuera y torciéndose toda, se
volvió al revés.
Pobre alma vestida, aún sin harapos, nunca serás rey.
Extendió la mano, en son de pregunta y con tierno abrazo yo
le contesté;
me dio mil razones mientras no escuchaba y cantando triste
se enjugó la risa
que guardó en la caja de su corazón.
Navegó por playas de ardientes arenas y no había agua en
todo ese mar;
con la caracola puesta en el oído, escuchó las olas que no vio
jamás,
mientras se arrullaba con las tempestades que hacía su barca
en la soledad.

Al filo de la cama

Autora: Ana Teresa López Arrieta

Sentada al filo de la cama,
ante la boca desdentada de la noche,
la espalda erguida para derrotar al tiempo,
me arropo con la cobija del recuerdo.

Los bocados de higos de tus besos
en la sonoridad de la escalera,
diálogos como cinceles
irrumpen
llamando a la suave terquedad
del ritual
que anuncia un nuevo día
y promete la llegada de la mano
en cuya palma me acurruco,
y me entrego
a su amor.

Contagiarme

Autora: Berta Figuls Rojas

Que no se caiga el sol
y hoy me deje
soltar sonrisas atrapadas
y meterme en amores
no sentidos.

Contagiarme en un instante
de la sonrisa de la gente.

Que un remolino de emoción
pueda dar vuelta
y soltar mariposas amarillas,
barcos de papel
y caminos en las manos.

Que en el agua del río
se dibujen
todas las sonrisas
que he perdido.

El mar eres tú

Autor: Freddy Jesús Meza Sosa

El encanto
De tu sombra
Me confunde
Marifer.
Solo das besos
A las estrellas,
Donde el camino
Es largo y extenso
El mar
Eres tú
Y el cielo te acompaña
Solo tus pasos
Penetran la tierra,
Como raíces
Sosteniendo el mundo
Déjame acompañarte
En el arcoíris
De tus ojos,
Donde fluye
Y palpita
El corazón
De tu silencio.
Te siento caminar
En la palma
De mis manos,
Y no hay heridas
Que cierren
Solo caminos
Dibujados en mi mente,
Y todo trazo
Que surge en mi pensamiento,
Sale de tu vientre
En el brillo
Del mar, para alcanzarte.

Poesía Infantil

La codorniz feliz

Autor: José Francisco Quirós Mena

1

Ríe que ríe
la codorniz
cuando le pica la nariz.
Ríe que ríe
la codorniz
dice que no, dice que sí.

2

Ya no hay flores
lagrimeó la abeja
llevaba poco polen
hasta su colmena.

3

Jarro de café
tortilla en la mano
Mi abuela rezaba
devota al rosario.

4

Me levanto de mañana
enciendo el fogón
Uno a uno los leños
Se vuelven carbón

5

Carreras de cinta
Tamales y asado
Arroz con leche
Y buen estofado.
Vamos al turno
Que hay en el pueblo
Al juego de argollas
Llegó el abuelo.

Estilistas en la granja

Autor: Leonardo Marín Mora

La patita Luisa,
andaba en chancletas,
y dijo a su madre,
ocupo zapatos.

Todas mis amigas
andaban luciendo
botines de lujo.

Yo te ayudaré
contestó Patricia:
mi finada madre,
fue buena estilista
y me enseñó su oficio.

Y oí un comentario,
entre las vecinas,
decían que no hay donde,
peinarse las plumas,
ni arreglarse alas,
ni pintarse uñas:

te irás anunciando por toda la granja,
que desde hoy tendremos, salón de belleza.

¡Qué genial idea de doña Patricia!
pues desde ese día, visten ropa fina,
y buenos zapatos,
y son muy felices,
las dos estilistas.

Viene el tren

Autora: Diana Mosheim Castro

Chu chu
Viene el tren
Trae animales
De tres en tres

El maquinista
Es un campeón
Empuja fuerte
La caja de cartón

Corra corra
Ya va llegando
el jabalí pardo
viene empujando

El dinosaurio
De larga cola
Se queja fuerte
Por la demora

Chu chu
Viene el tren
Den campito
En el andén

Canción de cuna para una niña inquieta

Autora: Xinia Murillo Sibaja

Hay una niña
que debe dormir.
Bajó una estrella
y la quiso arrullar
pero a la niña
lo mismo le da.
Quiso la luna
su cuarto alumbrar,
mas, la niña
se puso a llorar.
Vino la lluvia
dispuesta a cantar,
pero la niña
se negó a escuchar.
Llegó la madre
Y un beso le dio.
Entonces la niña
feliz se durmió.

Relato de experiencias

No todo es lo que parece

Autora: Ana Lorena Hidalgo Solís

*Nada se parece tanto a la ingenuidad
como el atrevimiento.
Oscar Wilde*

Medía aproximadamente 11,5 x 20 centímetros y su extensión no sobrepasaba las 125 páginas. Estaba forrado con un papel bond rosado para travestir sus misterios.

Era libro de texto de los estudiantes de quinto año en el curso de ética cristiana. Nosotras, en tercero entonces, habíamos conseguido una copia gracias a un profesor amigo y alcahuete.

Ese día las lecciones parecían especialmente largas, aburridas, interminables. Nuestra mente, en otra parte, expectante, era incapaz de concentrarse. La imaginación inquieta, ansiosa, no podía esperar para sumergirse en las promesas que se atisbaban en sus páginas.

Sonó el timbre del almuerzo. Caminandito-corriendito, el libro bajo el sándwich, buscamos la esquina más alejada del campo de fútbol. Confirmamos que nadie estaba cerca y lo abrimos.

Letra pequeña. Páginas y páginas de texto. Ninguna ilustración, dibujo o fotografía. Lo acostumbrado en esa época.

Empezaba con anatomía. Aquello nos resultó tan extraño como desarmar un motor de gasolina. Partes grandes, pequeñas, de formas desconocidas. Mecanismos que subían y bajaban, que se calentaban y enfriaban o que se activaban gracias a la acción de propulsores invisibles que corren por la sangre y el sistema nervioso.

La demanda sobre la imaginación era mucha para unas chicas que nunca habían visto su cuerpo desnudo ante un espejo, tanto por la inexistencia de ese tipo de reflector de imágenes en las

casas como por el hecho de que la exploración de los propios cuerpos no se recomendaba. Ni qué decir de otros cuerpos. A razón de traer al papel aquello que leíamos, ¡quién sabe cuáles raras criaturas habríamos dibujado!

Sin volvernos a ver y sin dejar traslucir nuestra mutua perplejidad, seguimos adelante. Pero la cosa se complicó cuando dejamos los prolegómenos y llegamos a la mera-mera pregunta central de nuestra mente adolescente.

La descripción del acto nos resultó de una complejidad tal que nuestra imaginación se paralizó ante palabras de uso común pero cuya combinación en el texto no comprendíamos. Con lujo de detalles, el libro indicaba que el tan mentado acto demandaba no solo conocer los actores y actrices involucrados, las partes, sus funciones y la puesta en escena.

Como buen manual técnico (moderno también, a juzgar por su nombre) instruía a las personas lectoras que el éxito de ese emprendimiento exigía alcanzar un cierto acoplamiento rítmico y que no era suficiente asegurarse que cada pieza estuviera en su lugar. Cual sinfonía, el acto se descomponía en múltiples actos menores. Cada uno de ellos con diversos tiempos; cada uno con su cadencia respiratoria, movimientos específicos y sonidos recomendados. El libro los describía en detalle aunque sin videos ni audios adjuntos.

Si se lograba cumplir con todos estos requisitos, el libro prometía como recompensa el más excelso clímax, una soberbia apoteosis de humores, olores y colores... como corresponde cuando se ha logrado una gran hazaña.

Estábamos agotadas. No solo no entendíamos cómo se lograba organizar ese molote y barahúnda (entre dos, además) sino que nos parecía que aquello exigía mucho entrenamiento y destrezas. Para decir verdad, tampoco parecía tan emocionante como se veía en las películas y la lectura furtiva resultó incapaz de responder a los ritmos de nuestras alocadas hormonas interesadas en resultados rápidos y no en complejas elucubraciones.

En definitiva, solo pudimos concluir que eso del sexo era algo más complicado de lo que pensábamos. Requería una gran maestría y mucha técnica para poder dominar simultáneamente la respiración, la gimnasia, la anatomía, la música y el verbo. Para entonces en clases de educación física solo nos enseñaban cómo hacer la vuelta de carnero por toda gimnasia, un poco de voleibol y algo de atletismo.

Frustradas, desoladas, confundidas, pero, ante todo, enojadas volvimos a clases.

Técnicas sexuales modernas. Título sugerente. Título traicionero.

Mamá ¿qué son las penas?

Autor: Julio Enrique Quirós Rodríguez

*En memoria de mi madre Elisa y
de mi hermana Teresa (QDDG)*

Tendría quizá siete u ocho años. En la vieja radio de la casa se escuchaba la voz de Jorge Negrete, el Charro Cantor, quien interpretaba “Amor con amor se paga”.

En una de las coplas de la canción, Negrete decía: “... pero el mundo está lleno de penas/ y esas penas serán tu castigo...”

Me llamó la atención la palabra “penas “. ¿Qué serían las penas?

Me volví a mi madre, quien junto a mi hermana mayor realizaban labores de costura en la máquina de coser, y le pregunté: “¿Mamá, ¿qué son las penas?”

Recuerdo que mi madre y mi hermana se miraron una a la otra y balbucearon una respuesta vaga: “Las penas son las pruebas que Dios nos pone en el camino”.

A mi edad, era difícil captar el sentido de lo que ellas trataron de darme a entender, pero lo acepté sin reparos y seguí escuchando a Negrete, quien repetía: “...amor con amor se paga/ y algún día te cobraré...”

Pues bien, con los años, me he topado con las penas, he tenido que enfrentarlas y aceptarlas tal y como son. Pero debo confesar que, al igual que cuando era un niño, no logro comprender aún lo que son las penas. Sé que duelen, que lastiman, que hacen derramar lágrimas y que dejan cicatrices en el alma.

También sé que hay penas y penitas, penas grandes y penas chicas, penas gordas y penas flacas, penas blancas, penas individuales, penas colectivas, penas sin nombre, penas de olvido, penas de sueños rotos, penas de desamor, penas de raíces perdidas, penas de promesas incumplidas, penas de desesperanza, penas de añoranza, penas de rencores, penas imaginarias, penas íntimas,

penas necias, penas burlonas, penas de indiferencia, penas sangrantes, penas desafiantes, penas manipuladoras, penas cómplices, penas taciturnas, penas errantes, penas ancestrales, penas virginales, penas recurrentes, penas estresantes, penas de escarmiento, penas merecidas, penas inocentes, penas invernales, penas encubiertas, penas como puñales, penas de exilio, penas de insomnio, penas heredadas, penas discriminatorias, penas xenofóbicas, penas maternales, penas de omisión, penas de locura, penas de remordimiento, penas de negligencia, penas de senectud, penas de infortunio, penas de duelo, penas de desempleo, penas de invalidez, penas de ayuno, penas de soledad, penas de orfandad, penas de abandono, penas de indigencia, penas como espinas, penas lujuriosas, penas masoquistas, penas románticas, penas de celos, penas de años malvividos, penas como témpanos, penas de familias rotas, penas futboleras, penaltis fallados, penas adictivas, penas de honor mancillado, penas de identidad sexual, penas por los mártires de antes y de ahora, penas de difuntos olvidados, penas por las vocaciones frustradas, penas por la falta de reconocimiento, penas por el aislamiento pandémico, penas por las glorias pasadas, penas por la juventud lejana, penas por la belleza perdida, penas por las enfermedades que nos aquejan, penas marciales, penas capitales, penas máximas, penas mínimas, penas maquiavélicas, penas de heroísmo, penas de trabajos forzados, penas carcelarias, penas de arresto domiciliario, penas de tobilleras electrónicas, penas tributarias, penas por las víctimas ucranianas, penas de eternidad, penas cuaresmales, penas místicas, penas indulgentes, penas redentora, penas de reconciliación, penas de ángeles caídos, penas de paraísos perdidos, penas de hijos pródigos, penas de hecatombes nucleares, penas por la eventual colisión de un meteorito contra la tierra, penas por la amenaza del cambio climático, penas porque todo tiempo pasado fue mejor, penas de lo que pudo haber sido y no fue, penas por olvidarnos de Dios...

Algún día, quizá algún erudito o algún filósofo, escriba un tratado sobre las penas y las categorice, según su grado de importancia y su origen y hasta nos recomiende cómo tratarlas, cómo evitarlas y cómo superarlas.

Pero, mientras tanto, seguiré deleitándome con la voz barítona de Negrete, recordándonos que el mundo está lleno de penas...

Pistoladas del Colorado (Disparates)

Autor: Víctor Julio Méndez Mesén

El tepezcuintle y su método de sobrevivencia

En una de esas veces, cuando yo tenía unos siete años, acompañé a mi padre —Víctor Luis— a cazar tepezcuintles. Papá andaba con un perro, un perro siempre lo acompañaba. Ese día se fue a jornaliar allá donde Juan Félix, pero cuando la quebrada estaba muy pesada de agua, tenía que pasar por un palo, quebrada más abajo, y se salía a un charralón ahí en el alto donde Pancho. Ese día, ¡diay!, pasamos la quebrada, y al momentitico, comenzó a latir (ladrar) el perro. Y al momentitico ya yo vi que, venía el perro latiendo p'al bajo, p'la quebrada. Yo me pensé, “ese perro era así”, era muy chiripero, cuando le daba la gana se encontraba un tepezcuintle. ¡Diay! yo me juí con un cuchillillo —♪ Ay Gracias a Dios.♪— ¡Yai! yo me fui con el cuchillillo por el trillillo y cuando llegué a la quebrada, ahí donde había una posa, ya estaba el perro sentado ahí cerquita, latiendo y latiendo. Ese perro le tenía un miedo al agua pero tremendo, entonces lo que hacía era que se sentaba ahí a latir. Ya, yo calculé que sí, que ahí estaba un tepezcuintle. Y cuando vi a papá que venía atrás del perro, estuve más seguro. Entonces me dijo: vaya, váyase allá abajo, y ahí lo puede atirbar (atisbar) que no pase pa'bajo. —Ja, ja, ja.— Y él se quedó registrando la posa, a ver si... —♪¿Qué será el cuento? ♪ ♪El cuento de patio.♪ — Y yo juepuña suspirando con ese susto. Y me fui y me paré en una piedra, como a unas cincuenta varas abajo, donde había como una posilla, y una correntada con un chorrón, ahí pa'rriba. Y estaba así, cuando yo vi un tuco que se hacía así: (gestos) se volcaba pa' un lado y se volcaba pa'l otro. —♪Diay, ¿qué sería eso?♪— Y yo me dije: que curioso, ¿porqué viene un tuco, a estas horas, hay, si la quebrada no está ni llena? Y en eso me quedo viendo, y me cae la peseta, esto debe ser seguro el tepezcuintle. Y cuando me quedé viendo, vi que era el tepezcuintle que venía haciéndose el muerto. Y cuando ya pasó, sin pensarlo mucho le metí un machetazo, —♪¡Ahh!♪— y se fue al güeco, a un hoyo de la posa, de esas que se hacen en el río. Y yo le gritaba a papá: aquí está el tepezcuintle. —♪¡Ahh!♪ Y él me decía: agárrelo, agárrelo. —Ja,ja,ja.— Y que, lo iba a agarrar yo, si yo le tenía un miedo

tremendo. Y es que, cuando se sienten acorralados se ponen bravos, y son muy escurridizos los juemilp. — Ja,ja,ja,ja,ja,ja. — Y ya se vino papá... — ♪y lo agarró, ja, ja, ja. ♪— Y ahí en la posilla como que el agua daba vueltas, entonces el tepezcuintle, — ¡Ja, ja, ja, ♪que risa! ♪ El tepezcuintle daba vueltas ahí. Yo lo había trozado casi a la mitad, y ahí papá le dio fin, agarrándolo por las patas y dándole en la cabeza. — ♪Me da tanta risa a mi. ♪— Diay, de adónde sacó mi tata... — ♪risa de oír eso. ♪— Diay, papá no fue a trabajar, se devolvió p'la casa, a arreglar el tepezcuintle. Como éramos tan pobres ese día almorzamos, banano verde con tepescuintle, cosa que era una fiesta. Y a mi, se me hacían las patas así... (gestos). Me temblaban. — ♪¡Ah, cochinateda de hombre! ♪— Ja, ja, ji, ji. Yo. Yo. Yo me meneaba p'que papá no me viera, que estaba temblando. Mi mama me decía: si... ???— ♪!!!Ahh! ♪!!!, ♪eso fue lo que pasó con el tepezcuintle. ♪— ♪¿Y era grande o chiquitillo? ♪ Si, era grande. Algunos tepezcuintles son grandecillos, largos, si,si,si. — ♪Con razón no se animaba. ♪— A bueno, después yo le pregunté a papá: ¿por qué el tepezcuinte venía como muerto? Me dijo: ¡diay!, es que se hacen los muertos, para despistar a los perros,... él piensa que es un tigre que viene atrás de él, él no sabe que es un perro, o... El sabe que es un animal que lo viene persiguiendo. Son muy inteligentes, si, si, si para sobrevivir, se dejan que el agua se los lleve, — ♪¡Ah,ah! ♪— Ahí se van, y se van donde la corriente se los lleve. Yo al principio creí que era un tuco, que venía ahí en el agua. Pero, después me pensé, por qué un tuco, a estas horas. En eso, miré, y ahí fue que le mandé el machetazo, y ya vi que era el tepezcuintle.

Montados en la carreta por el camino de la virtudes

En Marsella de Venecia, los dolores de parto de —Etilma— mi mujer se volvieron más fuertes. Desde las tres de la madrugada, me dijo que le dolía mucho la espalda. Así que como a las cinco o seis de la mañana me fui a traer los bueyes de Paco Mora, ya que mi papá era el bueyero, y que vivían como a una hora de camino de nosotros, y le dije a mi mujer que se fuera alistando.

- Como a las seis de la mañana llegaron Victor y mi suegro? ♪con la carreta y los bueyes, por supuesto. ♪Me subieron

en la carreta y ya en el camino yo no aguantaba los dolores, porque la carreta golpeaba mucho en el camino de piedra.

- Diay, ya en Venecia fui a pedirle ayuda a los muchachos de Emilio Vargas que tenían un carro pick up para que nos llevara al Hospital de Villa Quesada. En ese momento, diagonal a la Iglesia, doña Victoria que solía ir muy seguido a la Iglesia y era muy servicial, nos ofreció un colchón para que Etilma se acostara.
- No, no, no fueron los Vargas, es que Víctor no se acuerda.
- Bueno, ya estaba Etilma subida en el Pick Up, cuando Victoria una conocida nuestra, ve que Etilma iba embarazada, acostada, con dolores... Ella nos dijo: que como se nos ocurría llevarla así..., que se esperaran y que ella nos prestaba un colchón. Ella se fue en una carrerita, y regresó con el colchón.
- Lo curioso del caso es que mi hija Victoria, creía que su nombre procedía del nombre de mi marido Víctor, y por eso Victoria. Hasta que un día hablando le dijimos que, gracias a la buena voluntad de esa señora, Víctor había decidido ponerle ese nombre.
- A esa señora Victoria la conocimos mi hermano Manuel y yo, en una ocasión que estábamos recogiendo una vaca en los bajos del Toro, que un arriero la traía desde Sarchí... Y mientras esperábamos, temblábamos del tremendo frío que estaba haciendo. Estábamos todos entumidos y no podíamos dejar de temblar. En eso, esa señora nos vio ahí esperando en ese frío. Entró a la casa y nos hizo una aguadulce caliente con un pedazo de pan. Y yo nunca olvido, ¡lo bien que nos calló esa aguadulce!, porque estábamos muertos de frío.
- Chiripa o no, dos veces esa buena señora nos había socorrido. Por eso decidimos llamarla como ella, Victoria, en agradecimiento.

La chancha, el mecate y las muchachas

... Yo le pagué la chancha. Después de una media hora me dice: “¡vení acá! Decime así, la pura verdad. ¿Yo le vendí a usted la

chancha con mecate o sin mecate?” Diay, ahora sí que... Yai, no, no, no hablamos nada del mecate. Me dice entonces: ¡yai!, entonces me puedo llevar el mecate. ¡Ja.ja.ja! Como después de media hora, Ronulfo se acordó que no habíamos tratado todo sobre la chancha, y el mecate y entonces regresó. Yo creo que, esos Murillo eran muy vacilones, creo que, lo hacían más por vacilar, que por el mecate.

Y apenas llegábamos nosotros de Marsella a la Colonia Toro Amarillo, Urías hermano de Ronulfo, decía: ¡Ay juemialma!, hubiera sabido que ustedes venían, hubiera traído las muchachas. — Diay vaya tráigalas, vaya tráigalas. — Diay, no, no, es que no se habían bañado. — ¡Yai!, no importa, no importa que no se haigan bañado. Ja.ja.ja. De feria Urías tenía como cinco muchachas... — ♪Eso fue lo que pasó, que se desmayó♪, termina, Etilma.

Cuento que le sacan a los Santos

Una vez que fui de testigo al matrimonio de mi amigo Billo... “Voy a contarles un cuento que le sacan a los santos”, dijo el padre Bolaños: Dos amigos se murieron el mismo día, y de camino al cielo iban pensando, ¿si para entrar al cielo tenían que ser sacerdotes o ser casados? Y tenían esa duda porque los dos eran solteros. Y cuando llegaron al cielo, le tocaron la puerta a San Pedro. San Pedro abrió y ellos le dijeron que se habían muerto y querían saber a dónde les tocaba ir. Y san Pedro les dijo: siéntense en esa banca, ahorita los atiendo. Y al rato abrió San Pedro la puerta, y dijo que pasara uno. Y San Pedro dejó la puerta media abierta y le preguntó al primero que si era casado o soltero? Y este contestó jugándosela, que era casado. Y entonces San Pedro le dijo: váyase por aquí, y dando la vuelta, y dando la vuelta y la vuelta... hasta que llegue al cielo. Y el otro que estaba oyendo lo que estaba pasando, se pensó que cuando lo llamaron a él, iba a decir que era casado dos veces, ‘jugando de vivo’, para que el camino fuera más corto. Cuando le preguntaron lo mismo, qué si era casado o soltero, él contestó que era casado dos veces, para según él, irse por derecho al cielo. Y San Pedro le contestó, ja.ja.ja, ¡váyase, directo, directo, directo, a los infiernos por baboso!

Pinceladas de prisión

Autor: Walter Francisco Hernández Bonilla

No es sencillo aceptar los delitos que hemos cometido y dicen que hay que tener mucha valentía en divulgarlos y en reconocerlos. No sé si hay más valor en reconocer los errores en el espejo de la verdad que ocultarlos en el falso ego de la mentira, pues el prejuicio social cae sobre uno manchando su vida como un fatal estigma que lo señalará para siempre. Pues la sociedad es más dada a criticar que a comprender y a valorar al privado de libertad que se ha auto transformado y sobre todo a un adulto mayor que ya aprendió y ya comprendió sus equivocaciones.

Por deseos mal sanos e impulsos irracionales cometimos, delitos que me llevaron a prisión, uno fue dar el curso de manipulación de alimentos sin estar autorizado por el Ministerio de Salud. Hice el curso en el INA, saqué 95, pero no estaba acreditado para. El motivo de este hecho ilícito era obtener dos millones y medio de colones para hacerme un trasplante de corneas, tengo miopía muy alta, no tengo ningún título profesional, aunque un profesional no es un título es una actitud.

Actualmente soy estudiante en la UNED en la carrera de Administración de empresas, casi llegaba al monto para la operación cuando fui detenido y en prisión se fue toda la plata pagando abogado y otros gastos. Mi travesía carcelaria inicio en el penal de Guápiles, después de estar 15 años en las celdas del congelador (OIS) 18 tipos fuimos enviados a ese penal, llegamos pasadas las 7 p.m. nos tocó dormir en el suelo y me cobije con el frío polvo de la noche durante varias semanas. Al día siguiente al visitar el comedor-taller vi la bella imagen de la virgen de Guadalupe dibujada en una pared en tamaño grande. Sentí que me estaba recibiendo y me acordé cuando en mi casa se me reveló de manera sobrenatural con el baile de las 12 llamas, incrédulo de ese extraño fenómeno busqué una explicación científica que nunca encontré y en un momento sentí, no escuché que ella decía: hijo mío nunca te he abandonado siempre he estado contigo, y las lágrimas brotaron conmoviendo las fibras sensibles del corazón.

Solicité un traslado al CAI Adulto mayor por mis enfermedades, pero me rechazaron porque no tenía 65 años, tenía 61, entonces no entiendo cómo han ingresado otras personas sin tener la edad requerida como Juan Carlos Bolaños y otros más. Me enviaron a la reforma, el pequeño mundo donde rige la ley del jachudo, hay reglas intrínsecas de la población penal que se debe respetar y un dibujo pintado en una pared lo advierte, son tres esqueletos sentados uno a la par del otro, el primero se tapa los oídos y el otro se tapa los ojos y el último se tapa la boca, con un mensaje que dice: El silencio es tu mejor amigo.

Es muy lamentable ver como caen los buitres con sus terribles garras (fierros, cuchillos) sobre la carnada (otro semejante a ellos), con una lluvia de puñaladas de sangre mala pobre hombre que por su estúpida ignorancia no paga la froga que pidió fiada. El 18 de enero del 2021 cumplí 65 años también celebro el día que mi madre que partió a la dimensión del espíritu (1985). Tenía aprobado mi traslado al penal A. M, pero duré tres meses para ingresar. Otros han durado más tiempo como mis amigos Danilo Gonzales y Carlos Delgado que son poeta y escritores empíricos y autodidácticas.

Los seis años detenido los aproveche leyendo libros, desde los 13 años soy lector, escribiendo y haciendo un estudio exhaustivo y metódico de la biblia. Fui guiado por el espíritu santo para reconocer sus discrepancias y ambigüedades, descubriendo que ni el infierno ni el diablo existen que solo son dogmas impuestos por la iglesia, que, si se disciernen y se verifican a la luz de la verdad, a la luz del espíritu se comprueban que no son reales. Eso y más revelaciones las he escrito en 14 libros sin publicar que son: Interpretación del Padre Nuestro. 7 verdades que te harán libre, Despertará a la luz, El apocalipsis del diablo, Amor divino versus amor humano, El oráculo de los asesores de Yahve, La biblia de Lilith, La biblia fue inspirada por Dios o no, Lo positivo del Karma 1 y 2, Los cristos Sutra, El evangelio del purito, Dios conversó conmigo y vivencias místicas en lo divino.

La revelación más bella y sublime fue y es la divina presencia de amado Jesús, el despertó mi fortaleza interior para soportar

el “cañazo” (prisión) a un nivel de más conciencia, la cual ha permanecido para siempre en mi corazón y en mi ser, no necesito repetir constantemente “todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. Él me enseñó a ver la adversidad como una oportunidad, por eso no me quejo ni por estar detenido, ni por el cáncer de próstata que tengo. He sido resiliente con todas esas cosas que llaman “tragedias”. Mis proyectos van desde editar los libros, crear un grupo espiritual no religioso y otros posibles negocios lícitos. No tengo pensión ni un cinco, pero la divina luz las hará realidad, si es su voluntad un pequeño grupo de compañeros estamos tratando de defender nuestros derechos pues consideramos demasiado injusto tener prisioneros de 70 y 90 años con muchas enfermedades y solo les queda ser internados en un geriátrico hasta envejecer o salir en una bolsa negra directo al panteón, ya se han dado este tipo de casos, por eso nos gustaría que algún político filantrópico y altruista se interese en ayudarnos a promover que se nos conceda el monto mínimo de prisión de 10 o 12 años, que el año penal sea de 8 meses y se decrete un nuevo protocolo para valorar nuestras recomendaciones que son enviadas a criminología que siempre son rechazadas por ellos.

A pesar de que el consejo a técnico nos recomienda favorablemente parece que criminología desconfía de sus criterios y capacidades que dando estos por el suelo como si ellos fueran simples profesionales de una categoría inferior. Se cometen muchas injusticias porque sistema penitenciario nunca estuvo preparado para considerar que los adultos mayores no somos delincuentes habituales, la mayoría somos primarios y ocasionales, nos encontramos en la recta final, por eso valoramos más nuestra auto transformación y la reincidencia del A.M no existe en el sistema penitenciario, sin embargo, recordemos que una golondrina no hace verano. Por estas razones y otras más merecemos una mejor calidad de vida, pues estamos más cerca de decir adiós a nuestros seres queridos, no entendemos cómo es posible que el artículo 260 del código procesal penal dice: “No se decretará la prisión preventiva de las personas mayores de setenta años o valetudinarias. Si el tribunal estima en caso de condena no se les impondrá pena mayor a 5 años de prisión... En estos casos si es imprescindible la restricción de la libertad

se deberá de decretar el arresto domiciliario o la ubicación en un centro médico o geriátrico” y en los centros judiciales y en el sistema penitenciaria no se cumple esta norma legal.

Nuestras sentencias vistas desde un ángulo humanitario en realidad son condenas que se pueden catalogar como verdaderas cadenas perpetuas casi sentencias de muerte pasiva, sabemos que nadie está exento de cometer un error. Comprendemos que nosotros hemos cometido un delito que debe ser pagado, pero no martirizado, en pocos años de prisión hemos entendido y aprendido la lección que nos dio la vida y no necesitamos tantos años prisioneros para simular la verdad. Dice la opinión pública que una persona que ha cometido un delito merece una segunda oportunidad, pero nos preguntamos nosotros los adultos mayores cuál segunda oportunidad podemos tener con sentencias tan altas y edades que se aproximan a la recta final de la vida.

¿Será que la segunda oportunidad la tendremos cuando ya estemos en el “cielo”? Hemos redactado “Soy el secretario del comité de Pl.” un documento con aspectos legales y humanitarios, pero necesitamos un abogado o algún político que nos asesore para modificar nuestro estado jurídico con la nueva visión de las petitorias que mencionamos antes. Nosotros no somos jovencitos, ya no tenemos los mismos ímpetus jocosos e impulsivos de la juventud y sabemos muy bien que no volveremos a delinquir pues ya no estamos para esos trajines, estamos para concluir nuestros años a la par de nuestros seres amados mientras nos llama el señor, pero mientras sigamos prisioneros nunca llegaremos a una vejez feliz o la muerte nos separe del penal.

Obras Extranjeras ganadoras: Cuento

No hay genio sin mezcla de locura

Autor: Ernesto Aníbal Portilla Zoller

Su laboratorio, abarrotado de toda clase de instrumentos, probetas y reactivos, lo esperaban cada día, estaba considerado un genio como investigador, dueño de un gran prestigio, pero a veces se sentía agobiado por tanto trabajo y tanta responsabilidad, sin tiempo como para despejar su mente con otras tareas más cotidianas, o simples distracciones, cosa que los genios también suelen disfrutar, y lo necesitan tanto o más que otras personas.

Un día de pronto, aprovechando la circunstancia de encontrarse solo en el lugar de trabajo, se le ocurrió mirar un rato por la ventana, descubriendo un día soleado que atrajo su atención y sus ganas de despejarse un poco y olvidarse por un momento de los complejos experimentos que estaba realizando.

Sin pensarlo demasiado salió a la calle cerrando cuidadosamente la puerta, sintió el llamado de la naturaleza, tan llena de misterios como los de su laboratorio, una naturaleza que solo había explorado a través de un microscopio.

Caminó despacio unas cuantas cuerdas, disfrutando cada paso, contemplando jardines y observando a través de los cristales de las ventanas, que en muchas casas tenían plantas de interior a modo de decoración, eso le hizo pensar en su lugar de trabajo, tan despojado de algo natural como una planta.

Continuó su marcha hasta detenerse frente a un hermoso jardín, en donde le llamó la atención una planta que le resultó algo familiar por haberla visto antes en otro lugar que ahora no recuerda, se acercó un poco más para arrancar un par de hojitas que examinó con más detenimiento, pero, para no quedarse con más dudas le arrancó un gajito que llevaría a su laboratorio para examinarla más minuciosamente, y estudiarla científicamente, ya que le parecía recordar que tenía algunas propiedades de interés posiblemente medicinal.

Volvió a su laboratorio y colocó la ramita en un vaso con agua para mantenerla en condiciones y, analizarla más tarde, cuando haya terminado con otros ensayos.

Pasaron varios días hasta que una mañana al ingresar nuevamente a su lugar de trabajo, se encontró con la grata sorpresa de que su plantita le había dado una flor, quedó un rato como maravillado contemplándola, se dio cuenta que nunca antes había mirado una flor de ese modo.

Decidió estudiar sin más demora esa especie con mucho entusiasmo, y en un par de días ya estaba en condiciones de redactar un informe con los resultados de los estudios realizados.

Cuando sus superiores tuvieron acceso al memorándum, creyeron que el científico había perdido la razón, el informe, solo contenía una poesía.

Ramito de violetas

Autor: Jorge Cristian Bustos Patiño

1

Milena abotonó su blusa y con su mirada le dio a entender a Andrés que debía marcharse. Giró su cuerpo y de espalda alargó su brazo para coger el paquete de tabaco y encender un “Gitanes”. Su olor pastoso impregnó la habitación al tiempo que desataba su trenza que peinó parsimoniosamente entre los dedos. Andrés quiso acercarse para despedirse de un beso, dio un paso y se detuvo. Ella no estaba para romanticismos. ¿Podría entender que se había enamorado cuando la veía bajar de ese bus de latas carcomidas, tanto como el pavimento de la villa? No, seguramente, no comprendería que tenía 11 años cuando comenzó a observarla desde su ventana, mientras desayunaba antes de partir a la escuela, y ella desfilaba como una diosa ante él. Sólo que Milena volvía cansada y las más de las veces casi congelada.

Los muchos años a la intemperie sobre esos inmensos tacones comenzaban a provocar los primeros síntomas de una columna dañada. Aunque no se lo preguntaba intuía que los días finales corrían a la misma velocidad que los automóviles que en otros tiempos se frenaban cuando ella les hacía un gesto provocativo. Una época en la que se sentía bella y deseada. Cuando ese cuerpo era apetecido e insinuaba el placer. Cinco, seis por noche. Pero ya no era lo mismo. A veces, uno... y con suerte dos.

Ya no eran tiempos para elegir. De poco servía haber soltado la blusa para ocultar esos rollos sobre las caderas o la capa de maquillaje para borrar las líneas del rostro que difícilmente escondían esos surcos que se hundían en la piel y quedaban impresos en torno a los ojos y la comisura de los labios.

Milena ya era una puta vieja, golpeada por la vida, que esperaba el último aliento antes de empezar a trapear suelos arrodillada como vio desde niña a su madre. La historia volvería a repetirse. Odiaba esa imagen que volvía a su cerebro embotado por antidepresivos y que presencié de niña cuando la llevaba a las casas donde

hacía el aseo. A los 8 años uno de los patrones abusó de ella. No lo contó, porque no lo entendió. Sólo vino a tomar conciencia de lo ocurrido años después cuando a los 14 años en la villa fue violada por una pandilla.

Andrés olió el ramito de violetas con el que llegó a esa puerta que por tanto tiempo observó desde la calle antes de extenderlo y sonreírle. Todos los días sus ojos se pegaban al vidrio cuando ella voluptuosa, con esos senos grandes y sostenidos con firmeza por un sostén puntiagudo, avanzaba desde el terminal de buses, y recorría las dos cuadras hacía el pequeño apartamento que alquilaba. Caminaba rauda, erguida y él la seguía con la mirada encaramándose en una silla, hasta que se abría esa puerta blanquecina del edificio del frente en el cuarto piso, sin ascensores, que la obligaban a realizar un último esfuerzo antes de desplomarse en la cama.

Andrés partía al colegio e introducía una de sus manos al bolsillo para sentir mejor la erección en el bus. A esa hora no iba con muchos pasajeros y estando solo en la última fila de asientos se masturbaba pensando en sus piernas torneadas y esos pechos turgentes. Imaginaba su cabeza reposando en esos senos y besándola por todo el cuerpo. Llegaba al límite y volaba al baño del colegio a limpiar su ropa interior antes de entrar a clases.

Milena hizo un movimiento buscando el cenicero que resbaló de sus manos. Andrés se lo pasó ágilmente y sus cuerpos nuevamente se acercaron. Lo atrapó en el aire con la misma rapidez con que sus piernas escalaron ese edificio, la vez que decidió por fin a cumplir con el sueño de estar con ella. Las piernas subieron de a dos y tres escalones. Tuvo que tomar aire antes de voltear la vista y comprobar que no había nadie mirando. Ya tenía 15 años y al fin llegaría ese momento que deseó mil veces en su cama, cuando el rostro de ella se aparecía en esas alegorías oníricas y que dejaban huellas en sus sábanas. Trabajó los domingos en la feria de verduras acarreando carros por propinas hasta reunir el suficiente dinero.

Ella se había sacado ya sus botas de tacones cuando sintió el timbre. Quiso ignorarlo. Un segundo chirrido más largo la llevó abrir la puerta. Andrés con su ramo

de flores la miró. Tiritaba por dentro. Milena lo recorrió con la vista y se fijó en su mano con el dinero... Entró a ese lugar que nunca pudo imaginar por más que lo intentó. Varias veces caminó por ese pasillo tratando de adivinar cómo sería en su interior.

Milena no le dijo nada. Si no fuera porque en la noche no había ganado un peso, quizás, hasta le habría dado un portazo. Pero sintió también que ese joven la necesitaba y éste era su trabajo. Rápidamente con sus dedos transformó los billetes en un diminuto rollo que guardó en un oculto bolsillo cosido al elástico del calzón. Movié sus manos para que Andrés fuera al dormitorio. El piso de dos ambientes lo recorrió extasiado con la vista. Desde el cielo una lámpara de tulipanes arrojaba una luz con tres de sus cinco focos quemados. Una mesa redonda al centro y un sofá de cuero negro que su pierna rozó en uno de los brazos que enfrentaba el televisor y sobre él un macetero con flores plásticas rojas y amarillas.

Andrés la volvió a mirar y sus ojos se encendieron cuando ella abrió la blusa y sus brazos se alargaron hacia la espalda buscando el broche para abrir el sostén. Sintió la erección de inmediato y como un autómata introdujo la mano al bolsillo. Lo palpó duro como un riel.

Milena se sentó en la cama y sus manos se movieron con aplomo desnudándose. Andrés, embobado, no sabía si mirarla o contemplar ese dormitorio ocupado por una marquesa blanca de dos plazas, y que lo llevó por un instante a pensar que allí tienen que haber dormido otros. La vio de frente con pezones parados que ella había empapado con sus dedos para erizarlos. Si iba a trabajar con este cliente debía hacerlo bien cualquiera fuera su edad. Pegó su espalda al respaldo, abrió sus piernas e invitó a Andrés a montarla.

Andrés, estupefacto, miró esos vellos del pubis que veía en esas revistas porno que tanto lo excitaban. De pronto en su cerebro una llamada lo sacó de su estado crepuscular y sus manos hurgaron en la mochila. Sacó el celular con la canción del viejo trovador español Manzanita, "Ramito de Violetas". Haría el amor con Milena

escuchando esa melodía, recordando una conversación de su padre con amigos, de que nada mejor que amar a una mujer con música romántica.

Quién te escribía a ti versos

dime niña quién era...

quién te mandaba flores,

en primavera...

Milena tuvo un minuto de calidez con este niño que quería ser hombre. Pensó que como una trabajadora sexual debía lograr que Andrés se iniciara llevándose la mejor de las experiencias. Lo acarició y él con torpeza cayó a la cama al bajarse los pantalones quedando atrapado en los tobillos, que lo hicieron perder el equilibrio y que provocó que sonriera.

... y cada tarde al volver su esposo

cansado del trabajo va y lo mira de reojo...

Andrés no duró mucho. Todo fue muy rápido y ya estaba al lado de ella que le pasó un papel higiénico para que se limpiara. En su mente se veía encimándola para iniciar luego el galope frenético. Fueron minutos... o segundos, como para saber qué había sentido realmente. Pero, estaba feliz. Trató de grabar cada momento en su cerebro que estallaba en imágenes...

...como siempre y sin tarjeta

le mandaba un ramito de violetas

Milena terminó de soltar su trenza y sus largas uñas estiraron el pelo en el epílogo. Un modo sutil y hasta delicado para que Andrés comprendiera que era el momento de la retirada. Con el “Gitanes” entre sus dedos, confirmó que se había levantado de la cama cuando una de sus piernas palpó las sábanas vacías.

Había cumplido una vez más con ese ritual de ser la primera mujer de muchos que pasaron por su vida. Sintió que si no fuera por trabajadoras sexuales como ella –así le gustaba que

5

le dijeran-, cuántos, quizás, no habrían sabido cómo dar ese paso tan importante en las vidas de todas las personas. Concluyó que pese a todos los prejuicios, su oficio era tan digno como cualquier otro, y se levantó para ir a darse una ducha antes de acostarse.

Andrés miró la hora y se vistió rápido. Era su primera experiencia y debía ir al colegio. Correría a la primera estación del Metro. Miró agradecido a Milena sintiendo que había sido su primer amor.

Un pequeño huerto

Autor: Lauro Cruz Sánchez

LA TIERRA SUELTA RECIBÍA con agrado la calidez de sus nalgas. Su cabellera, lacia y castaña, lanzaba destellos de simpatía al recibir los rayos del sol. Ella seducía a la tarde con su nobleza; a mí, me tenía hipnotizado, al reptar sobre el piso, adecuando la tierra, reacomodando la empalizada –formada por trozos de madera.

- ¡Ay, la gente es muy mala, no tiene conciencia de nada! —lanzando suspiros con las cejas arqueadas, la chica continuaba su labor—. Mira, Lauro, todas estas tablitas que ahora están regadas, la última vez que estuve aquí, las dejé bien acomodadas. Y ahora ve, ¡todo revuelto!... ¡Qué fea es la gente, la verdad! Aunque, bueno, la tierra no se dejó vencer por “esos”. ¡Mira, ya está brotando vida!

Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa al descubrir pequeñas hojas que asomaban de la tierra, como pequeñas manos vegetales. Con la mirada anclada en el piso, Lupita se afanaba. Parecía acariciar la tierra mientras colocaba los maderos en su lugar, sin poder ocultar la emoción que le producía el contacto con el suelo —esta agitación, aparecía en su rostro más intensa que un orgasmo o un merecido reconocimiento.

Un olor a mierda de perro mezclado con orines de humano deambulaba por el parque. Yo la observaba a prudente distancia, de pie. Su voz parecía venir de muy lejos. Por un instante, creo que la estoy soñando. Llegado el momento, decidí pasar de mi estado de contemplación a la acción.

- A ver, déjame ayudarte, preciosa, no tengo ninguna experiencia en el ramo de la agricultura, pero de algo puedo servirte. Bajo tu dirección, claro. Aunque debo aclararte que, en mi casa, requerimos el auxilio de un técnico hasta para cambiar un foco, ja. Bueno, eso es en mi caso, porque mi mujer sí sabe maniobrar herramientas.

Me agradaba hacerle bromas y decir barbaridades sólo por el placer de mirar su perfecta dentadura y descubrir la indulgencia

de sus veintidós años en la comisura de sus labios. Por un instante, su rostro abandonaba los característicos rasgos de melancolía y adquiría brillantes tonalidades, provocando que la tarde se tornara maravillosa. Nació con el raro don de la simpatía, pensé de pronto, se hace querer sin proponérselo. Aquel aire de desamparo era capaz de conmover a los corazones más perversos, como el mío.

- ¿Sabes, Lauro? Cada vez que hago esto me siento renacer, fuerte, independiente, sana y poderosa; el contacto con la tierra me entrega una alegría muy pocas veces percibida. Incluso, puedo decirte que adquiere matices sexuales.

Su silla de ruedas se encontraba al lado, como inseparable guardián. Apenas unos momentos antes, había decidido descender de ella, de un salto. Pudimos llegar hasta este punto no con pocos esfuerzos de mi parte, venciendo al camino, pues el tezontle se tragaba las ruedas del vehículo. Me sentí obligado a filmar aquel escenario. Se ruborizó ante la cámara. Sus enguantadas manos removían la composta depositada a pocos centímetros del pequeño huerto –conformado en un terreno de tres metros por uno y medio. A mí me pareció que arropaba, con extremada delicadeza, el cuerpo de un bebé.

Al sentirse parte de una película, Lupita clavó sus ojos en la tierra. La masajeaba, en lugar de esparcirla. Por momentos, alzaba la vista hacía la cámara. Sonreía. No hablaba para nadie. Parecía conversar con la tarde y con el viento. El suelo se mostraba jubiloso. Lanzaba pequeñas cortinas de polvo. Polvo brillante. Polvo alegre... polvo que acariciaba el rostro de la chica. Mi vista se sintió privilegiada al ser testigo presencial de un acto propio para los “ecosexuales”.

La tarea que Lupita me encomendó consistía en enterrar una estaca como de medio metro, que en uno de sus extremos presumía una gruesa cartulina cuadrada, sobre la cual se podía leer: HUERTO JARDÍN ALIMENTARIO SAN AGUSTIN, ECATEPEC. CUÍDALO, POR FA-VOR, ES DE TODOS, escrito con plumón grueso, por su puño y letra. Me prometí que, días después, le traería algo mejor elaborado, con diseño e impreso

a todo color. El asombro y admiración hacía ella desbordaban todos mis sentidos. Al descubrirme golpeando los maderos con una piedra y surcando la tierra con las manos gritó:

- ¡No, profe, así no! ¡Ahí, en mi mochila, traigo un martillo! –¿Neta? ¿Cargaba un martillo? Lo consideraré una broma. Tardé unos instantes en asimilar el eco de sus palabras. Me dirigí a revisar el lugar señalado por su dedo índice.

En la parte trasera de su silla, encontré, colgada en el respaldo, una desvencijada mochila negra que mostraba al sol sus deterioros en algunos lugares de la parte baja. El cierre que la atravesaba de lado a lado se encontraba en estado lamentable. Lupita había encargado la seguridad de sus pertenencias a dos pinzas de plástico.

En el fondo de aquella mochila, dentro de un morral de franela sucia, se encontraba el martillo, acompañado de una pinza para mecánico, un lazo, dos desarmadores, una cinta canela y una bolsa de plástico que contenía clavos de diferentes tamaños–oxidados, todos ellos– junto a varios libros, papeles y folders que parecían rescatados de un basurero. Con las herramientas adecuadas, pude ahondar en la tierra y enterrar debidamente aquella pancarta. Sin embargo, mientras martillaba, de hinojos, durante los largos instantes de silencio, se me atropellaban las perversiones. La observaba con el rabillo del ojo... El monstruo que habita en mí me incitaba a poner en práctica las lecturas del Marqués de Sade... Coger con una muchachita de 22 años sería un verdadero agasajo... Presumirle mis técnicas amatorias... Enseñarle de qué manera sí y por dónde cómo que no... Siciar mi sed en aquel núbil abrevadero... Restregar mi marchita piel contra el resplandor de la suya... Aspirar la lozanía de su carne viva... Penetrar mis pulmones con su fragancia de verano... Y, si me aceptara dinero a cambio, la faena sería redonda, absoluta... Mostrar el placentero camino de la prostitución a una joven, en sus endebles condiciones –de acuerdo con el Marqués–, sería la corona para mi vejez. La posesión de esa joya, podría convertirme en una rara especie de monarca inteligente.

No obstante, al finalizar la tarea e intentar ponerme de pie, algunos mareos repentinos, aquella vieja dolencia que me había

condenado a portar una faja elástica por el resto de mis días y ciertos calambres muy cerca del culo –síntomas inequívocos de la próstata inflamada–, me regresaron a mi avejentada realidad de los 64 años. Todos mis pensamientos, junto a Justine, Julliette y Los 120 días de Sodoma, se fueron por el caño de la demencia senil, acallando así a los grillos sádicos que se habían despertado en mi cerebro. De espaldas a ella, me puse una mano sobre mis genitales. Cerré los ojos. Me concentré. En mi mano encontré algo bastante muerto. Mi cuerpo me entregó un puñado de órganos estériles rodeados por tinieblas, plomo impenetrable. Procuré calmarme y aceptar aquella sequía que me atrapaba por entero, mientras me asaltaban imágenes del pasado.

- Te sientes bien, Lau?

- Eeeh, sí, preciosa, no es nada... sólo intentaba descubrir a las aves entre las ramas –mentí.

Al finalizar nuestra labor agropecuaria, la cargué –soportando estoicamente mis molestias— para colocarla en su transporte; sus brazos me regalaron un cálido abrazo; sus manos frotaron mi espalda con indecible gratitud. Su sonrisa adquirió un matiz mucho más brillante. Aquellos frescos labios dejaron un rasgo de humedad sobre mi mejilla –que el viento se encargó de refrescar–, doblegando así al sádico que habitaba en mí desde mi juventud pero que ya se encontraba sin vida, para dar paso a un romántico y estúpido vejestorio, que ahora sólo tenía en mente arrimar el hombro a la joven –ya que no podía arrimarle otra cosa.

Haría viral su video en redes sociales. Debo solicitar ayuda económica a mis amistades, para apoyarla, pensé en ese momento. Yo mismo proporcionaría alguna cantidad mensual. En fin, el anciano bonachón salió victorioso en su lucha contra el sádico escritor.

La tarde yacía a nuestro alrededor, sin percatarnos. A pesar de habernos conocido apenas unas horas antes –gracias a un amigo, el cual tuvo que retirarse–, Lupita y yo conversábamos a la sombra de un abeto, en un espacio sin tiempo donde ambos nos habíamos instalado, como grandes amigos.

Me habló de algunas batallas que había librado contra las autoridades, que se oponían a la existencia de su pequeño huerto. También mencionó la serie de atrocidades que le dispensan las empleadas del Centro Cultural Hermanos Revueltas –donde dirige un grupo de lectura para personas adultas.

- Hay veces que la gente llega a buscarme, pero las secretarias me niegan. Prácticamente las corren, con sus insolencias... en fin, debo acostumbrarme... es lo que hay...
- Todos ellos, los burócratas –le respondí, solidario–, son mierda de la misma cloaca, pequeña. Procura ignorarlos. No te enganches, que no te dañen. Esas reacciones forman parte de su vida miserable –concluí. Ella me premió apenas con una sonrisa vaga, aunque aquella mueca no logró borrar el regocijo ni el entusiasmo de sus ojos.

Momentos después, seducíamos al viento y a los árboles del parque con una imagen que impactaba a los transeúntes. Algunos se detenían a fotografiarnos. Ella, sentada en su silla; yo, leyendo con mucho agrado para su mirada viva, en voz alta, de pie, con lentes oscuros y mi sombrero negro de pachuco. Sentía el aire regodearse en mi cuello. Mi larga cabellera ondeaba sobre mis hombros.

- Tus relatos me recordaron a Edgar Allan Poe –me dijo, lanzando un alegre suspiro, al término de la lectura.

No pude menos que sentirme halagado. Le devolví el abrazo de gratitud. A ella, a su gusto por la vida y a su loable labor, en territorio agreste, como lo es el barrio de Ecatepec.

Nuevamente sentí ligeros restos de saliva en mi mejilla. Es probable que, si tuviera sanas sus piernas, no haría ni diría cosas tan bellas, pensé.

- Oye, Lupita, cuando es preciso viajar en metro, ¿cómo le haces?

Algunas tortolitas bajaron de los árboles en busca de alimento, muy cerca de nosotros.

- ¡Ah!, je, je, siempre existen almas solidarias. Así como hay gente mala en el parque, también encuentro personas que me ayudan. Aquí, en este sector, hay mucha gente que me ha cargado, je, je.

La sonrisa descansando sobre la comisura de aquellos labios gruesos... sus grandes ojos que te abrazan cálidamente... el timbre de su voz, que te paraliza el entendimiento, al posarse en las ramas de los árboles...

- Sí, ya me di cuenta que eres tan popular como Beatriz Gutiérrez Müller, nuestra primera dama –Su carcajada espantó a los pájaros, que huyeron con gran algarabía.

Al despedirnos, su figura se fue perdiendo entre los coches. Se encontraba a cuarenta minutos de su casa. Toda una proeza diaria. Con la mirada clavada en sus encantos, la vi alejarse. La vetusta mochila, con su balanceo –acompañada por mi congoja—, parecía correr tras ella, importándole un carajo los grandes esfuerzos de las pinzas plásticas por mantener unidos ambos extremos.

- Que te vaya bien, pequeña... –dije, en voz alta.

Mi voz se perdió entre el rugir de los autos. Mi zozobra respiraba a bocanadas, como un pez fuera del agua. La vida me pesaba. Un tambor sordo resonaba en mi pecho. Estaba seguro que la presencia de aquella chica me acompañaría durante mucho tiempo. Su recorrido hasta su domicilio me parecía interminable. De pronto, percibí el silencio y las sombras de la noche, que ya se acercaban a toda carrera. La bruma del crepúsculo fue borrando, de a poco, la línea intermitente que su enjundia dibujaba, al impulsar la silla de ruedas.

Deambulo solitario, de regreso a la Ciudad, absorbiendo el silencio solemne de aquel barrio, templo a la inseguridad. Aspiro, sin remedio, el aire contaminado, preguntándome dónde carajos estará ubicado el río con aguas negras, que nos comparte su aroma a mierda, helada y húmeda de fango. Se me tuercen los pies en la alfombra de baches y piedras sueltas, sobre la que transito. El olor de la inmundicia me penetra como una espada.

No obstante, más adelante, las paredes me oyen caminar presuntuoso, sintiendo timbales de rumba en el pecho. Tres calles antes de llegar al metro Olímpica, enciendo un cigarrillo, hablo con la noche:

- Tal vez, el estupendo ánimo que ahora me cargo, me lo contagiaron las nacientes vidas del pequeño huerto... o quizás, es la actitud de aquella extraordinaria joven que no puede caminar, pero sabe volar...

Revelador encuentro

Autora: Miriam Estrella Persiani Santamarina

Desde muy pequeña le habían gustado las fotografías. Las guardaba como el tesoro más preciado dentro de una caja de cartón que había contenido una camisa, forrada prolijamente con un papel con corazones rojos.

Y precisamente, el contenido de la caja representaba el recuerdo de seres amados que deseaba tener vivos en su memoria.

Bajaba esa caja desde el estante más alto de su ropero de estilo inglés, para mirar las imágenes como una actividad en sí misma. Tras preparar un té cargado en invierno o una fresca limonada en verano, observaba cada una de las fotos en el sofá junto a la chimenea o debajo de las glicinas en el patio lateral de la casa.

En su mente había una persona que debía estar en uno de los retratos en blanco y negro, de la época de su juventud. Sin embargo, a pesar de tratar de reconocer los rostros uno por uno, no lograba encontrarlo.

Ella sabía muy bien, que aquel primer amor en algún momento le había regalado su imagen y que en el dorso le había escrito una dedicatoria, con letra algo desapareja, a la que le había añadido su rúbrica y la fecha.

Pero era inútil, porque a pesar de haber buscado durante décadas en períodos estivales e invernales, terminaba cediendo la pesquisa, distraída por fotos más recientes de sus nietos y bisnietos a todo color.

El ritual de la caja se fue haciendo cada vez menos espaciado, reconociendo que el tiempo de búsqueda era cada vez más breve, dado que el cansancio la sorprendía más deprisa.

Los té y las limonadas se hacían entonces más frecuentes con el ávido propósito de retomar su labor y poder reconocer aquel rostro joven que la había hecho tan feliz en otra época de su vida.

Desde muy pequeña le habían gustado las fotografías. Las guardaba como el tesoro máspreciado dentro de una caja de cartón que había contenido una camisa, forrada prolijamente con un papel con corazones rojos.

Y precisamente, el contenido de la caja representaba el recuerdo de seres amados que deseaba tener vivos en su memoria.

Bajaba esa caja desde el estante más alto de su ropero de estilo inglés, para mirar las imágenes como una actividad en sí misma. Tras preparar un té cargado en invierno o una fresca limonada en verano, observaba cada una de las fotos en el sofá junto a la chimenea o debajo de las glicinas en el patio lateral de la casa.

En su mente había una persona que debía estar en uno de los retratos en blanco y negro, de la época de su juventud. Sin embargo, a pesar de tratar de reconocer los rostros uno por uno, no lograba encontrarlo.

Ella sabía muy bien, que aquel primer amor en algún momento le había regalado su imagen y que en el dorso le había escrito una dedicatoria, con letra algo despareja, a la que le había añadido su rúbrica y la fecha.

Pero era inútil, porque a pesar de haber buscado durante décadas en períodos estivales e invernales, terminaba cediendo la pesquisa, distraída por fotos más recientes de sus nietos y bisnietos a todo color.

El ritual de la caja se fue haciendo cada vez menos espaciado, reconociendo que el tiempo de búsqueda era cada vez más breve, dado que el cansancio la sorprendía más deprisa.

Los té y las limonadas se hacían entonces más frecuentes con el ávido propósito de retomar su labor y poder reconocer aquel rostro joven que la había hecho tan feliz en otra época de su vida.

¿Acaso lo había imaginado?, ¿Lo habría soñado? No, ella sabía de su lucidez y de cómo aún se acordaba del nombre y de los domicilios de algunas de sus amigas de la infancia, transcurrida

en aquella lejana y pequeña aldea de montaña.

Inclusive, con poco esfuerzo, recordaba aromas y sonidos que la retrotraían a aquellos días tranquilos y alegres que habían transcurrido sin las preocupaciones que empezó a tener cuando se trasladó a la ciudad, una vez casada con el padre de sus tres hijas.

Una mañana fría en el mes de agosto, alguien tocó la aldaba de su puerta con mucha delicadeza. Se extrañó porque a esa hora sus hijas trabajaban y los niños estaban en la escuela o en el jardín maternal.

Se asomó por el patio repleto de las aromáticas glicinas y ahí lo vio. Era él, con una fotografía en blanco y negro en la mano, quién tímidamente le preguntó: - “¿Te acuerdas de mí?”-; y extendiéndole el papel le acotó que eran ellos.

Entraron a la casa tomados de la mano y prepararon un reconfortante chocolate como cuando eran adolescentes. Cuando estuvieron sentados en el sillón cercano al fuego del hogar, ella tomó la cartulina y leyó: - “Para mi querido Florencio, con todo mi amor. Adela, agosto de 1932”.



XXXII
Concurso
Literario de
Personas
Mayores
2023

“Ani Brenes Herrera”

La edición XXXII del Concurso Literario 2023 estuvo dedicada a la Señora Ani Brenes Herrera, escritora alajuelense de literatura para niños, quien colabora en periódicos y revistas de educación y cultura e imparte talleres de literatura para niñas, niños, docentes y estudiantes de universidad dentro y fuera del país. Participante activa de los programas de AGECO y integrante del jurado del concurso literario en diversas ediciones.

Los géneros participantes a escala nacional fueron:

- Cuento
- Relato de Experiencias
- Poesía
- Haiku

El género para participar a escala internacional:

- Poesía

En esta edición del concurso participaron 133 personas mayores de 60 años y 178 obras literarias en los diferentes géneros de cuento, relato de experiencias, poesía y Haiku.

De estas personas: 116 fueron nacionales y 17 extranjeras de países como Argentina, Chile, Colombia, Estados Unidos, Cuba, Ecuador, México, Perú, Uruguay y Venezuela. Las edades de las personas mayores participantes van desde los 60 años hasta los 86 años.

Jurado Calificador

Alfredo Trejos Ortiz

El señor Alfredo Trejos Ortiz, es poeta. Nació en San José, Costa Rica, en 1977. Hizo estudios en Antropología y Filosofía en la Universidad de Costa Rica. A la fecha ha publicado nueve poemarios y dos antologías personales, siendo Sad Hill (Ediciones Perro Azul, 2019), y el poemario Omisión de Lejía (2022) su obra más reciente. Además, ha ganado el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en la rama de poesía en dos ocasiones, 2012 y 2018.

Ana Cristina Rossi

La señora Ana Cristina es una escritora costarricense con una amplia producción narrativa, en la que destacan las novelas María la noche, traducida al francés y publicada en Francia; La loca de Gandoca, de la que se han vendido más de setecientos mil ejemplares; Limón blues, Limón reggae, y La Romana Indómita, entre otros. Ha publicado también cuentos de ciencia ficción y ensayos académicos, el libro de cuentos Situaciones conyugales y un libro para niños sobre cambio climático. Asimismo, ha recibido diversas distinciones a nivel nacional e internacional por su labor literaria.

Floria Jiménez Díaz

La señora Floria Jiménez es licenciada en Filología y Lingüística Española de la Universidad Nacional de Costa Rica. Trabajó en el CIDE de la Universidad Nacional de Heredia por más de veinticinco años como formadora de formadores en las áreas de Lenguaje, Literatura Infantil y Expresión Creadora. Ha recibido diversos premios en el campo literario y en el 2009 recibe el Doctorado Honoris Causa Litterarium Cultrix por la Universidad Católica de Costa Rica.

Esteban Alonso Ramírez Hernández

El señor Esteban Alfonso es poeta, ha sido parte de diversos talleres literarios en Heredia y San José. Ha publicado poesía, traducción y crónica, además de dar talleres y organizar eventos culturales como parte de diversas organizaciones y de modo independiente. Invitado y colaborador en distintos festivales y eventos literarios en su país. Publicó el libro de haiku y ensayo Corazón de los Días y Ser un Tercero. Textos de su autoría han sido traducidos y publicados en revistas de Costa Rica, Italia, México, Estados Unidos y Suecia.

Mariamalia Sotela Borrásé

La señora Mariamalia Sotela Borrásé es licenciada en Ciencias de la Comunicación Colectiva por la Universidad de Costa Rica, poeta, escritora, acuarelista, incursionó también en el teatro profesional, tanto en nuestro país, como en Caracas, Venezuela. Agregada Cultural de Costa Rica en Moscú.

Entre sus escritos destacan: Ciudad de Cáñamo 1974, Memoria del Desencuentro 1981, Piel inconforme 2014, De Muñecas de Trapo y papalotes, cuentos infantiles, reeditado en el 2024, Poemario Abordajes, publicado por la EUNED 2020.

Tuvo a su cargo la Presidencia de la Asociación Costarricense de Escritoras 2012-14, de la que es miembro desde el 2007. Es miembro activo de la Asociación Costarricense de Acuarelistas. Desde el año 2015, como promotora cultural, echa a volar el Festival Aracari, nacido en Sarapiquí, y que ahora une a artistas de todo el país.

La señora Cristy van der Laat es graduada en el campo de la Administración de Empresas; cuenta con una Maestría en Literatura Española por la Universidad de Costa Rica. Durante la mayor parte de su vida se ha desenvuelto en el ámbito empresarial y de forma paralela se ha dedicado a la labor de gestión y promoción cultural. En el año 2000 publica el libro de Haiku “Vértice de asombro”, considerado el primer libro de este género poético en Costa Rica.

Resumen de obras ganadoras

Cuento

1^{er}
Lugar

Confesiones
Jeannette Soto Segura

2^{do}
Lugar

Agua que no has de beber
Filadelfo Sancho Ramírez

3^{er}
Lugar

Solo en Puntarenas
Álvaro Bolaños Arquín

**Mención
Honorífica**

Mamá, ¿cuándo viene papá?
Olga Marta Mesén Sequeira

Relato de experiencias

1^{er}
Lugar

El panóptico celestial
Ana Lorena Hidalgo Solís

2^{do}
Lugar

Temporada de mariposas
Germán Antonio Cedeño Volkmar

3^{er}
Lugar

Un día soleado
Eduardo Navarro Abarca

**Mención
Honorífica**

Una petición inusual
Adriana Boccalon Acosta

Poesía

1^{er}
Lugar

Amo lo
José Francisco Quirós Mena

2^{do}
Lugar

La gotita enamorada
Ana Lucía Montoya Gamboa

3^{er}
Lugar

Elena
Carlos Marvin Zúñiga Gutiérrez

Mención
Honorífica

Remembranzas de mi tierra
Alba Rosa Pastora Olivares

Haiku

1^{er}
Lugar

El fluir de la conciencia
Marlene Yamileth Monge Arias

2^{do}
Lugar

Haiku
Xinia Murillo Sibaja

Poesía extranjera

1^{er}
Lugar

Nuestros abrazos
Jorge Alejandro Naveda Sosa
Venezuela

2^{do}
Lugar

Ancestral
Luz Miriam Muñoz De Díaz
Colombia

3^{er}
Lugar

Ochenta soles
Baltazar Cordero Tames
México

Mención
Honorífica

Nada y todo
Olga Alfaro Ramos
Estados Unidos

Obras ganadoras

Cuento

Confesiones

Autora: Jeannette Soto Segura

Con ansias las esperaba, en especial a aquella que no veía desde hacía tiempo.

- Rosita, ¡qué feliz estoy de verte!

Y entre abrazos se fundieron todos los años de ausencia. Las unían —con un lazo invisible— los juegos compartidos en la infancia. Durante el café, hilvanaron sus vidas entrejiéndolas con los hilos frescos del presente.

- ¿Te acordás?, cuando tía Ofelia gritaba: ¡Miguel de Jesússss! ¡Venga ya!

En medio de risas, tenues surcos revelaban la belleza tallada en esos más de trescientos años ahí acumulados.

- Cuando jugábamos en la calle, ¡cómo disfrutábamos!

Continuaron conversando por horas como en una danza de evocación: a ratos, traían a los vivos y, a ratos, a los muertos, uniendo recuerdos que desataban carcajadas.

La tarde languidecía. De pronto, el tema de conversación dio un giro.

- ¡Teníamos que andar zafándonos de ellos!, replicó una.

- A mí, tío Fabio —una vez— me ofreció una peseta. Quería ver mis calzones. Tendría yo... seis años.

- Con tío Julio... yo tenía que quitarme. Siempre quería besarme en la boca. ¡Me daba un asco...!

- Yo, con tío Verny. ¡Ay, no! ¡Por eso le creí a Julia cuando contó aquello!

A través del ventanal, el cielo —amarillento— salpicaba los rostros de las lobas.

- ¡Tíos machistas y abusadores!... ¡Y un abuelo sátiro!, sentenció la mayor de las primas en medio de la quietud que reinaba.

La sala se inundó con silencios a gritos. De la esquina, tronó la voz de Rosita:

- ¡Mi abuelo abusó de mí!

Transcurrieron segundos que parecieron siglos.

- Si abusó de vos, seguro también de mí. No lo recuerdo, pero Yeny cuenta que nos hacía cosas...

Se respiraba un aire denso, cargado de confusiones, vergüenzas y rabias. La atmósfera no se había despejado del todo cuando Violeta intervino:

- ¡Esto no se lo he dicho a nadie, jamás! ¡A nadie! Abuelo también abusó de mí.

En ese instante, un celaje rosáceo pintó la habitación con tonos suaves. Entre lágrimas, se abrazaron las cinco como si sus abrazos las pudieran sanar.

A la distancia, un ave solitaria surcó los cielos

Agua que no has de beber...

Autor: Filadelfo Sancho Ramírez

La luna llena, en ocasiones es símbolo de abundancia, bondad, energía y emociones; pero también puede manifestar desbordamientos y tensión en los seres humanos.

A veces, cuando no conectamos la mente con el corazón, las emociones suelen jugarlos una mala trastada. Los impulsos de la testosterona pueden más que los llamados del corazón y entonces nuestra mente se pierde por laberintos donde es imposible salir.

Aquella noche de luna llena, noche de navidad, como muchas otras, María tuvo que dormir sola, pues Mario se la pasaba jugando, bebiendo alcohol y revolcándose con las mujeres de aquel maldito burdel, que solo causan amargura y dolor.

En una de las tantas salidas, María se lo había advertido: -Mario, presiento que algo malo te va a suceder, si sigues amaneciendo en ese lugar de prostitución y derroche, donde la vida no tiene remedio. Por qué no puedes pasar una noche buena conmigo, que soy la única que puede darte tu verdadero y leal cariño. ¿será que te has enamorado de otra mujer, tal vez de un amor que no es sincero?

Mario la volvía a ver de reojo, mientras se vestía y perfumaba todo su cuerpo.

- Y, si fuera así, a usted no le importa, es mi vida.

Tomó su abrigo, salió y tiró la puerta con fuerza.

Aquel corcel descarriado que galopaba por su sangre, lo impulsaba a seguir buscando lo que no había perdido y, no era de su propiedad.

En efecto, Mario estaba enamorado de la mujer más bella de aquel antro de perdición.

El salón estaba deslumbrante, música alegre caribeña, las luces color vino, risas y el tintineo de las copas, hinchaban de deseo el corazón desbocado de Mario.

Con ansiedad bestial escarbó con mil ojos todo el salón buscando aquella mujer hermosa que le tenía comprimido su corazón.

Todos los conocidos suyos lo miraron con lastimosa piedad y fueron saliendo lentamente, como presintiendo que algo malo iba a suceder.

Al fondo, recostados a la barra del bar, una pareja de enamorados se quería comer a besos. Era el gobernador provincial y el adorado tormento de Mario.

Impulsado por una galopante cascada de celos y rabia, sacó un puñal y quiso abalanzarse contra el rival, pero el cantinero y los saloneros lo detuvieron de golpe.

La mujer lo miró con una sarcástica risa y le dijo a Mario: - te agradezco el tiempo y dinero que desperdiciaste en mí. Eres casado y, deberías dedicarte a tu esposa. Nunca tendrías un futuro promisorio conmigo, en realidad jamás te he querido, solo hago mi trabajo.

Mario sintió deseos de destrozarla y, a su acompañante, pero la fuerza de aquellos cantineros no lo permitieron.

Por sus mejillas corrían lágrimas de odio y desconcierto.

Agachó la cabeza y la golpeó contra la barra.

Después que se hubo tranquilizado, el cantinero lo abrazó y le dijo: -Anda, vete a su casa, busca a su verdadero y sincero amor. Recuerda amigo, agua que no has de beber, déjala correr.

Solo en Puntarenas

Autor: Álvaro Bolaños Arquín

Yo ya era un niño grande, que podía movilizarme y cuidarme por mí mismo; puedo ser muy claro, que en esas vacaciones podía tener alrededor de los ocho años, Para ese viaje en tren fui solo; sin ninguna compañía, ahí me dejaron, en la terminal después de haberme comprado del tiquete de pago hasta el destino final, Además, no existía peligro; “los tiempos eran otros”, como decía mi ágüela’; por lo que; ese día pasadito el amanecer y muy tempranito, ya estaba en la estación del ferrocarril al Pacífico; ese era el lugar donde debía tomar el expreso de las siete de la mañana. Iba con rumbo a la ciudad de Puntarenas pasar unos días al pequeño apartamento de trabajo de mi papá a un costado del parque Victoria.

Ya una vez que se abrieron los portones plegables con forma de resorte de la sala de abordaje hacía el andén, sin demora, me apuro a abordar el último vagón de pasajeros que ya estaba ocupado casi en su totalidad; por suerte, logró tomar un asiento junto a la ventana, al lado izquierdo, para poder ver el mar justo después de pasar el túnel.

Puntual es la salida; el convoy se pone en marcha hacía mi destino. Desde mi posición de privilegio en la ventana del vagón, no pierdo detalle de la ruta en un zigzagüe sin fin, donde observo a las personas de a pie, saludando a “no sé a quién”, además, puedo disfrutar de la naturaleza siempre verde a orilla de la línea férrea. Casi de inmediato, después de iniciado el viaje, no aguanto el hambre y lo primero que hago es sacar de la bolsa que llevo para la merienda, un juguito de tarro “del Campo” y unos “sangüchitos” de queso y jalea de guayaba, los que rapidito desaparecen. Ya comido, en completo silencio y “en paz conmigo mismo”; solo me queda: admirar el verde paisaje, seguir el ritmo sonoro de los durmientes, contar una y otra vez los postes sin fin, y disfrutar del viaje en un día lleno de sol y naturaleza

Al llegar a Puntarenas, después de ese largo viaje, en la estación me está esperando mi padre; sin demora, caminamos bajo el

ardiente sol de medio día hacía el centro de la ciudad, justo a un costado del parque a su pequeño apartamento de dos plantas; la primera una oficina de ingeniería y la segunda, compuesta por dos o tres pequeñas habitaciones. Ahí me acomodan en la que está junto a las gradas. Esa habitación casi bacia, está amueblada por dos tijeretas que sirven de cama, una pequeña cómoda, una herrumbrada lamparilla de un bombillo de luz amarilla, y un ventilador de mesa que refresca completamente el ambiente. Sin esperar mucho, pongo sobre la tijereta mi pequeña maleta confeccionada de cuero grueso; decorada con un repujado de unos diminutos dibujillos, una agarradera también de cuero con remaches de dos argollas, dos delgadas fajas con sus hebillas de cierres metálicos, donde llevo los cuatro trapillos que junto a unas chancletas color azul y muchas ilusiones, eran lo único que tenga para disfrutar de unos días de playa y sol en Puntarenas.

Al medio día, siento que el hambre aprieta; entonces, salimos del apartamento atravesamos el parque y caminamos unas dos cuadras a un lugar con el rótulo de “Pensión Ángulo”; en ese lugar haría las tres comidas de cada día; y lo único que tenía que hacer, era llegar a comer cada vez que me picaba el gusanillo del hambre. Por lo demás, la comida de ese lugar era muy apetitosa, variada, surtida y exquisita; esta tenía un gusto muy bueno y lo que más me agradaba era una sopita de entrada, con un sabor que perdurará en mí, para siempre.

Justo después de comer, emprendía camino a cualquier destino, ya que tenía todo el tiempo del mundo para recorrer los más variados rincones de la ciudad: el estero, donde observaba las pequeñas embarcaciones de pesca y de pasajeros; el bullicioso mercado, donde veía a los vendedores ofrecer a grito pelado’ todo tipo de productos; además, de la cantidad de ventas de comidas con sus deliciosos olores; el barrio El Carmen, lugar que me sorprendía al pasar frente de las viviendas que siempre mantengan sus puertas abiertas de par en par: con dos, tres o más sillas, banquitos o mecedoras, ubicados estratégicamente en el corredor de las viejas casas de madera. Ese era el lugar más fresco de la estancia y los residentes no perdían detalle de lo que acontecía y de quién pasaba por el frente, ofreciendo el acostumbrado saludo desde el corredor que era cortésmente recibido.

- Adiós chiquito.
- Adiós señora.
- Que Dios lo acompañe
- Gracias.
- Tenga mucho cuidado.
- Sí señora, lo tendré.
- ¡Que le vaya bien!
- Muchas gracias, adiós.

En ese ir y venir, seguí mi camino hacia la “punta” con la curiosidad de ver donde se juntaban el mar y el estero. La libertad y ese incontrolable deseo de aventura, me llevó a ir a brincar piedras en una especie de pequeños rompeolas; donde también, me di uno que otro chapuzón por aquí y por allá, hasta prácticamente llegar a lo que llamaban el muellecito; ese era el lugar donde salían las lanchas de pasajeros hacia otros destinos de Puntarenas y el Golfo de Nicoya.

Ya cansado y acalorado por el largo recorrido, atravesé el barrio El Carmen hacia la playa; ahí frente al hotel Tioga, me detuve a darme unas merecidas zambullidas en el mar picado de la tarde; también, me entretuve haciendo güecos en la arena y enterrándome en ella. Igualmente, me di un tiempo único para mí, sintiendo el calorcito de la tarde y la brisa marina en espera del esplendor de la puesta del sol; eso era algo que disfrutaba al máximo.

Al ser casi de noche; cansado y hambriento, recogía las chancletas que habían quedado junto a la camiseta justo al lado de una palmera; era el momento que emprendía la caminata hacia el parque; fatigado por una tarde de mucha actividad; lleno de nuevas aventuras, diversión y paz interna.

Al llegar, paso a cambiarme la ropa mojada por una seca; no tardo mucho en salir a gastar un poco más de energía recorriendo

de un lado a otro el parque, que para horas de la noche estaba completamente iluminado y con muchas personas pasando el rato y haciendo tiempo con el fresco de los árboles y la suave brisa marina antes de irse a dormir.

Llega la hora del descanso; y como siempre no tardo un minuto en caer en el profundo sueño de una noche muy provechosa que se hace muy corta; puesto que, el siguiente día estará lleno de grandes y verdaderas aventuras que quedarán marcadas por siempre.

El día comienza muy temprano con un fuerte desayuno en la pensión, dejándome lleno de vitalidad y energía. Sin nada que me atrase ni tiempo que perder, me dirijo al cálido mar en total tranquilidad a sortear las olas, y disfrutar de la arena. En ese ir y venir por el paseo de los turistas, paso por los quioscos donde veo gente aun tomando el desayuno; ahí despuesito, está el monumento de los cañones y por supuesto termino encaramado ellos, paso por la capitanía de puerto donde hay muchas personas haciendo no sé qué; y sin detenerme, tomo camino hacía el interior del muelle para poder admirar desde lo alto y más de cerca el azul de las aguas.

Mientras observo a lo lejos desde lo alto del muelle la tranquilidad de ese mar en calma; se me ocurre una genial y brillante idea: como un chispazo en mi cabeza, sale a relucir algo que me deja completamente frío de emoción; un pensamiento, que solo una vez en la vida se da... hacer un espectacular salto al agua desde esa altura. Ahí de pie, frente al barandal, analizo todas las posibilidades de hacer ese clavado. Solo tenía que treparme en él, hacer equilibrio en el último barrote metálico y saltar a las cálidas aguas de ese mar color azul profundo.

Unos segundos utilicé para tomar una de las más importantes decisiones de mi vida... sin pensarlo mucho, me quité la camiseta, las chancletas; no hubo marcha atrás... sin darme cuenta de lo que hacía, ya estaba encaramado en la parte alta de ese pasamanos. En voz alta, casi a grito pelado, hice un conteo: ¡tres!, ¡dos!, ¡uno!... y “ya”; desde lo más alto del muelle: ¡salté loco de emoción! Solo dejó que la gravedad llevara mi cuerpo a la más grande sensación de mi vida; poco a poco, como en la cámara lenta de una película “a todo color”, iba cayendo al agua desde esa considerable altura.

Al hacer ese imponente salto desde el barandal, solo llené mis pulmones con una gran bocanada de aire; al caer el agua, esta me envolvió completamente; con los ojos abiertos logré ver las burbujas cuando solté la respiración. Por la conmoción, mi cuerpo me llevó hacia la superficie junto a un millón de burbujas en el agua calma... al salir a flote mi cabeza; hago una profunda respiración, llenando mis pulmones de una alegría desbordante; extasiado por la gran proeza, comienzo a nadar hacia la orilla. Con unas cuantas brazadas ya estaba afuera del agua; parado en la playa de frente al mar, admirando sorprendido la gran hazaña que había logrado. Loco de felicidad, emprendí la carrera nuevamente hacia el muelle con la ilusión de repetir otra vez ese gran clavado; sin un segundo que perder, volví a escalar el barandal, ahí encaramado desde lo alto, volví a saltar al agua.

Este maravilloso encuentro con el mar se repitió muchas veces durante varios días; principalmente durante las mañanas, porque el mar estaba muy calmo, pero en las tardes la marea estaba alta y el mar un poco picado, así que prefería brincar las olas en el reventadero.

Al día siguiente y los demás días, regresaba al muelle justo después de tomar el desayuno. Desde muy temprano estaba haciendo mis saltos, clavados y piruetas. Pero de repente, ya no estaba solo; otros chiquillos al ver lo que yo hacía, se envalentonaron a tirarse del muelle junto a mí. Solo éramos un grupo de niños felices, haciendo del mar su diversión. Entre clavados, brincos, carreras, risas de alegría y competencia, pasaba la mañana tirándome del muelle junto a unos güilas' desconocidos. La mañana se iba en: lanzarse al mar, nadar, correr, llegar al muelle, treparse por el barandal y otra vez saltar al agua...

Poco a poco los alegres amiguitos de un corto tiempo, se iban retirando de la diversión. Al quedarme solo; nuevamente, recogía las chancletas y la camiseta que dejaba junto a la baranda del muelle. Ese era el momento de tomar camino a la pensión a comer, ya que tanta actividad durante la mañana hacía que el hambre me picara la panza; una vez dentro del amplio salón, repleto de mesas de madera y decoradas con un fino mantel blanco y sus servilletas de tela, no esperaba ni un minuto y ya estaba almorzando.

Mamá, ¿cuándo viene papá?

Autora: Olga Marta Mesén Sequeira

Olek, un agraciado niño de seis años amaba los carritos de juguete. Para navidad y para su cumpleaños siempre pedía que le regalaran carritos. Los tenía de todos los estilos, colores y tamaños: de carreras, de carga, ambulancias, camiones de bomberos tractores, vagonetas, grúas, autobuses, carritos de lujo y los más comunes y corrientes Su locura eran estos juguetes y su mayor felicidad era inventar juegos, con sus vecinitos y primos de edades parecidas a la suya, con aquella colección que había venido acumulando en sus escasos seis años

En los ratos libres de deberes escolares, salía a la puerta de su casa a llamar a sus compinches que sin dilación corrían a reunirse con él, que ya se encontraba con la imaginación a tope. Todos parecían alucinar inventando carreras de bólidos, emergencias que eran atendidas por ambulancias y carros de bomberos a gran velocidad, paseos en autobús con ocupantes que cantaban y chillaban, vagonetas cargadas de materiales camiones abarrotados de palos y piedras con destino a puertos fantásticos y, claro está él, Olek, era el infatigable conductor de los más veloces, los que iban de primero, los que encabezaban las caravanas. Así se divertían a sus anchas sin que nada ni nadie los perturbara.

La familia de Olek vivía en Mariúpol, Ucrania, cerca del puerto. De hecho, su padre, Dimitri, trabajaba como ingeniero naval allí mismo; en sus vacaciones siempre llevaba a su pequeño para que viera el trajín del puerto y cómo cargaban los barcos con maíz, trigo y cebada, semillas de girasol, azúcar de remolacha y muchos otros productos. Y, por supuesto, también los desembarcos tanto de materiales como de turistas.

Olek se quedaba embobado en aquel mundo de ruidos humanos, grúas que levantaban contenedores, ir y venir de camiones, hombres y mujeres vestidos con overoles azules, grises y amarillos dedicados a distintos quehaceres, vendedores ambulantes y algunos de puestos fijos que pregonaban las “kovbasas”. deliciosas salchichas, con algo de picante,

los “varenykys”, una especie de empanadas rellenas con vegetales, carnes e incluso frutas, que estaban siempre como para chuparse los dedos y, por supuesto, no podían faltar las “nalysnykys”, con su característico aroma a queso que invitaba a comerse no una, sino varias si el hambre era mucha. Olek siempre le pedía a su papá que le comprara una “nalysnyky”, que se la devoraba así calientita como se la habían servido, acompañada por un vaso de “kysil” de frutas variadas; mientras Dimitri prefería una ración de “kovbasas”, que se componía de dos o tres hermosas y brillantes salchichas acompañadas de un montoncito de repollo morado. Le encantaba ese sabor picantito que le quedaba en la boca, que anulaba un poco la cerveza fría que siempre tomaba.

La madre de Olek, Lonna, era maestra en la misma escuela a la que asistía el niño. Era un lugar limpio, amplio, con áreas verdes, jardines que los mismos estudiantes se encargaban de cuidar y espacio para juegos infantiles. El grupo que le habían asignado ese año era un tercer grado, niños entre ocho y nueve años. Lonna era una apasionada de su trabajo; sus clases las preparaba con todo esmero: combinaba el trabajo de aula, con lecturas, dramatizaciones que protagonizaban los propios estudiantes, y con juegos que utilizaba como recurso pedagógico. La clase comenzaba, cada mañana, con un agradecimiento a la vida, de esta manera los niños aprendían a valorar la salud, la paz, la armonía de sus hogares, los alimentos, los amigos e incluso el poder asistir a la escuela, pues habla muchos otros niños en el mundo que no podían hacerlo, y ellos lo sabían. Luego, formaban coro para entonar canciones infantiles orientadas a fortalecer valores como el cuidado y conservación de la naturaleza, la tolerancia, la vida saludable, el respeto hacía todos, el amor por su país y los buenos hábitos de la convivencia.

Debido a experiencias anteriores de sucesos inesperados, las autoridades del gobierno habían dispuesto como obligatoria la enseñanza de los protocolos establecidos en caso de terremotos, inundaciones, catástrofes naturales, conflictos bélicos y otras amenazas. Por lo tanto, era también parte de la rutina mañanera, participar en simulacros, para instruir a los niños en la forma de

comportarse si se presentaban situaciones alarmantes. Así, los niños conocían cuáles eran los lugares más seguros, en caso de emergencia, qué cosas debían llevar consigo, y cómo actuar, siempre bajo la tutela de sus padres o maestros. De seguido, comenzaban las lecciones, similares a las de otras escuelas del país.

Dimitri, Lonna y Olek eran una familia de clase media, trabajadora y con una vida como la de muchas otras. En época de vacaciones, Dimitri y Lonna llevaban a Olek a visitar a sus familiares que vivían fuera de Mariúpol o hacían viajes cortos a otras ciudades para que el niño aprendiera a conocer su país, sus gentes, sus costumbres, sus festividades, su gastronomía.

Sin embargo, una mañana de febrero, todo cambió. El día a día se alteró de manera brutal, como nadie lo habría podido imaginar. Las noticias difundidas por la radio, la internet y la televisión no dejaron lugar a dudas: el país había sido invadido por Rusia, su país vecino, con el pretexto de una supuesta “operación especial”. Había que prepararse para lo peor. Los temas de conversación de los padres de Olek cambiaron radicalmente. Había que ponerse de acuerdo en una serie de aspectos ante lo que se les venía encima y barajar opciones, en caso de una situación extrema. El niño también debía ser preparado adecuadamente. La madre consultó con expertos psicólogos de infantes. Sí, había entendido bien: había que enterar al niño mediante una estrategia adecuada con las palabras apropiadas; también a los niños del tercer grado a su cargo. Ella y sus colegas, sin perder tiempo, se reunieron con la directora y diseñaron el camino a seguir, no sin antes consultar con las autoridades políticas, militares, educativas y sanitarias y las brigadas de emergencia que ya estaban en alerta máxima.

Lo que más temían no se hizo esperar. Dimitri fue convocado para que de inmediato se pusiera a las órdenes del ejército nacional, en uno de los cuarteles de Mariúpol. ¡Qué doloroso era esto para todos; especialmente para Olek! Pero no había alternativa: había llegado la hora de asumir, con todo coraje, la realidad. Retiraron del banco los ahorros que tenían, se abastecieron de alimentos, agua, medicinas, ropa y zapatos adecuados y seleccionaron un

mínimo de provisiones, en caso de que Lonna y su hijo debieran dejar su casa por una larga temporada.

El ambiente se empezó a poner sumamente tenso y se temía lo peor. Lonna le compró a Olek un pequeño salveque para que él mismo escogiera cuáles carritos quería llevarse. Le explicó que todos no podían ser y que, así como en situaciones de amenaza debían dejarse compañeros de escuela, amiguitos y vecinos, con mucha más razón las cosas materiales, a pesar de que les tuviéramos afecto. Olek no hizo rabieta alguna: parecía haber entendido bien.

Los habitantes de Mariúpol sabían que esta ciudad portuaria era una plaza estratégica en una acción que lejos de parecer “operación especial” circunstancial y pasajera estaba tomando tintes de una clara invasión militar que desembocaría en una cruenta guerra, como todas las que han azotado la humanidad desde que tenemos memoria. ¡Ay, la guerra, la guerra! ¡La brutalidad humana en su máxima expresión!

En ocasiones anteriores, familias enteras debieron ocultarse en sótanos, refugios antiaéreos o en estaciones del metro, sorprendidos por el sonido alarmante de las sirenas, según ordenaban los protocolos difundidos por las autoridades nacionales y locales. La situación se iba tornando cada vez más compleja, en todo aspecto: no había garantía de seguridad en ninguna parte. El enemigo podía atacar en el momento menos esperado.

Cada día se transmitían noticias sobre ataques rusos en distintos puntos de Mariúpol. Un domingo al amanecer, Dimitri y su familia se despertaron sobresaltados porque habían escuchado un estruendo de grandes proporciones, su casa se había tambaleado y se llenó de una ola polvorienta, que impedía ver a un metro de distancia. ¿Qué había sucedido? Pues que un misil ruso había impactado un edificio de apartamentos vecino, había destruido gran parte del inmueble y matado a un centenar de personas, incluyendo muchos niños. Se escuchaban lamentos por todas partes, había personas en estado de “shock” y muchísimos heridos. Algunas de las víctimas eran amigas de Dimitri y de Lonna. A ese ataque siguieron otros.

La ciudad se empezó a quedar cada vez más vacía; algunos negocios cerraron sus puertas y se clausuraron las escuelas. Había que abandonar el lugar, que ahora presentaba enormes daños en su infraestructura, faltaba el agua, la electricidad y las conexiones telefónicas y de internet.

Los habitantes fueron informados de que se debían proteger y salir cuanto antes hacía destinos más seguros. Lonna llamó a su marido, para comunicarle que se preparaban para salir de la ciudad. Llenó una valijilla con lo más necesario y alistó su bolso de mano, en donde colocó los documentos de identidad y un mínimo de implementos; le pidió a Olek que pusiera en el salveque sus carritos más queridos, un abrigo, una muda de ropa y el chubasquero que utilizaba para ir a la escuela, porque pronto saldrían hacía la estación más cercana, para tomar el tren que los sacaría de Mariúpol.

Aquel día, el cielo estaba oscuro, como si amenazara lluvia. El viento marino que soplaba con fuerza presagiaba tormenta. La atmósfera así de cargada parecía profetizar el futuro incierto de las familias que ya abarrotaban las salas de espera y los andenes, según se veía en la televisión. Lonna y el niño llegaron a la estación y se pusieron en la fila. Era posible que en la próxima hora estuvieran abordando el tren. En medio de la aglomeración, divisaron a Dimitri, vestido de soldado, que con otros compañeros de batallón se abría paso entre la multitud. Los esposos se besaron una y otra vez fundidos en un abrazo interminable; después, Dimitri alzó al pequeño Olek, lo colmó de caricias y trató de infundirle valor. En un esfuerzo final, les pidió a ambos que abrieran su corazón a la esperanza; que todo iría bien; que el Dios supremo en el que creían no los dejaría abandonados. Fue un momento muy emotivo. Los sentimientos de Dimitri estaban divididos entre su entusiasmo patriótico por defender a su país y el dolor de dejar a Lonna y a su pequeño Olek.

Por fin, el tren en el que habían puesto su esperanza –a pesar de que en realidad nadie sabía hacía dónde los llevaría, pues todo parecía estar en manos del azar–, pitó para hacer su entrada en la estación. Lonna y Olek fueron casi los últimos en abordarlo. Había llegado el momento más fuerte para todos: la despedida. La pareja se abrazó de nuevo con la fuerza de un huracán y

cuando le tocó a Dimitri despedirse del niño, que se aferraba a las piernas de su madre, el chico sacó de su salveque una pequeña ambulancia y se la entregó a su padre, quien no pudo disimular el enorme escalofrío que recorrió su cuerpo y con los ojos anegados le dijo a su pequeño Olek: “Hijo mío, ten valor. Quiera Dios que no tenga que utilizar tu ambulancia. Cuando regrese de esta guerra absurda, jugaremos juntos con todos tus carritos”. Lo abrazó tan fuerte como pudo y se despidió con un último beso. La madre y su hijo subieron la escalerilla y en la puerta del vagón se dieron vuelta para decirle adiós a Dimitri, quien con los ojos enrojecidos por el llanto, sostenía la ambulancia en la mano izquierda, mientras con su derecha en alto los despedía desde el andén.

Mariúpol, otrora una ciudad llena de vida se quedó vacía, porque muy pronto las tropas rusas la rodearon, lanzaron misiles poderosos, bombardearon sin discriminación alguna, se ensañaron con cuanta edificación había, destruyeron cañerías, cableado eléctrico, escuelas, hospitales, edificios de apartamentos, museos, iglesias; mataron a miles de personas, tanto militares como civiles. Las calles eran intransitables, estaban llenas de escombros y metales retorcidos, juguetes de niño, zapatos, muebles y ropas desperdigadas. ¡Solo la demencia humana es capaz de tales atrocidades! El ejército ucraniano tuvo que replegarse, después de muchas bajas; otros fueron tomados prisioneros. Las noticias eran confusas al respecto.

Lonna y su niño, luego de una odisea no exenta de zozobra y angustia, que duró varios días, fueron acogidos en Polonia. Olek puede jugar con otros chicos de su país que se encuentran en el mismo centro para refugiados ucranianos; pero sus ojitos se han vuelto tristes, se le nota agotado e inseguro, como si tuviera el miedo instalado en el alma. A él y a otros niños, Lonna les ha improvisado un aula, para que sientan que van a la escuela: ahí dibujan con lápices de colores en cuadernos que les han donado; leen historias, cantan y preparan obritas de teatro. Cuando Olek, se queda solo con Lonna, salen del campamento, para que el niño se entretenga con sus carritos amados. Sin embargo, cada tanto, Olek interrumpe el juego y con sus ojitos, como perdidos en un horizonte borroso, le pregunta: Mamá, ¿cuándo viene papá?

Relato de Experiencias

El panóptico celestial

Autora: Ana Lorena Hidalgo Solís

“Cuando siento una necesidad de religión, salgo de noche para pintar las estrellas.” Van Gogh

- Pase, pase, mijita. Vea que lindo.

Así nos recibió una señora gruesa y sonriente, embutida en su horno personal de telas grises y sombrero-novicia-rebelde.

- Aquí está la capillita. ¿Qué linda, ¿verdad? Venimos todos los días para la misa.

Continuó, orgullosa, mientras nos enseñaba las aulas y demás instalaciones.

Desde que se abrió la puerta y hasta que salimos mi piel se fue erizando y los escalofríos se paseaban por mi cuerpo. No era miedo. Era desagrado. Un malestar se apoderó de mi por razones que aún no puedo explicar.

- ¡Yo no quiero estar aquí!

Casi grité desde el fondo de mi ser, firmemente agarrada de la mano de mi hermano Francisco, con un convencimiento poco usual en una niña de 5 años. Andábamos buscando una escuela que me aceptara sin tener la edad. No sé de dónde ni por qué, pero estaba segura que en una escuela como esa, más parecida a una iglesia, yo no quería estar ni un minuto. Tal vez un trauma de vidas pasadas.

No sé ustedes, pero mi relación con Dios - o, talvez deba decir, con la religión - ha sido siempre complicada. A esta relación coadyuvieron diferentes eventos de mi infancia.

Mi primera comunión fue particular. Una tía era maestra de religión en una escuela de varones, la Juan Rudín. Ahí me preparé y desfilé bendita entre todos los chiquillos.

Me motivó en esa ocasión la promesa de los premios: las uvas y manzanas que nos darían al final. Con el vestido me peleé desde el principio. Logré que fuera corto, no minifalda, pero sí por encima de la rodilla. Tampoco duró mucho. La vida del vestido fue corta porque los tafetanes, hilos y telas picaban en paleta. Así que, una vez engullidas las uvas, manzanas y queques, salí corriendo a quitármelo. No sé si rompí alguna ilusión de verme desfilar por casas de familiares y vecinos recogiendo moneditas, pero ese vestido era sencillamente jinsoporable!

Para agregar a la situación, la esperada hostia – alrededor de la cual giraban muchas expectativas – no sabía a nada y se me pegó en el cielo de la boca. Acongojada no sabía cómo atender esa emergencia sin violentar su gracia bendita pues – cómo es sabido – no se debe tocar, menos morder. Era complejo el equilibrio entre esas angustias terrenales y la primera vivencia directa con la divinidad.

Perdura de esa ocasión una foto que para nada deja entrever estas vicisitudes. Por el contrario, prevalece una mirada angelical y unos colochos ajenos a mi natural pelo lacio. Ese look me costó lágrimas, muchas horas enchufada en rulos de papel aluminio y la exposición a una sustancia capaz de drogar a cualquiera. Y, todo ello, en medio de los regaños y jalonazos de pelo de la tía Ana.

No se vaya a creer que mi familia era lo que se podría denominar atea. Oficialmente se declaraba católica. Recuerdo que en una ventana había una pegatina que decía, más o menos, “*en esta casa somos católicos, no insista*”. Resabio de la lucha infructuosa contra lo que entonces se percibían como sectas peligrosas y amenazas a Roma.

Sin embargo, en mi familia, tanto la religión como la política, se vivían desde la individualidad. Eran espacios de ejercicio del libre albedrío y las decisiones personales se respetaban tal cuales.

Pese a ello, a veces, ese código no escrito ni verbalizado se rompía por la irrupción de alguna poderosa fuerza externa. Por ejemplo, cuando los domingos, mi amiga Carmen (en ese momento no muy querida amiga) gritaba desde la acera: *“Lorena, vamos a misa”*.

Mi mamá se recordaba entonces que era día de ritual. No sé si movida por alguna culpa extraña, el qué-dirán o – simplemente – para deshacerse de mí un rato – ¡me mandaba a misa!

Las grandes bóvedas de la iglesia de la Santísima Trinidad en Barrió México me resultaban lúgubres, más aún si una tenía que ponerse un velo que picaba y agregaba oscuridad a lo ya oscuro. Todo para ir a escuchar a un señor que hablaba de espaldas y que nadie sabía lo que decía, aunque todos fingían comprender lo que estaba pasando con devota atención. No entendía cómo se hablaba en la iglesia de un libro sagrado, de donde derivaban todos los saberes santos y normas de conducta, pero nadie lo conocía. Nadie lo tenía. Nadie lo leía.

Seguro por eso, cuando tenía 11 años y pude vivir un tiempo con una familia adventista norteamericana, me pareció más transparente y más real esa religión pues ellos sí leían la Biblia. La entendían y comentaban. Los rituales parecían inteligibles, cobraban sentido. (No tenía idea entonces de la existencia de un señor Lutero y de su revolución.)

Las cavilaciones infantiles sobre esas incongruencias, contradicciones y oscuridades fueron parte de mis debates internos. Pese a mis resistencias, suficiente exposición he de haber tenido, con todo y todo, cuando compruebo que, en automático, durante sepelios y otras ocasiones sociales de corte religioso, una voz interna repite casi sin equivocación los rezos, misterios, letanías y demás. Un inconsciente colectivo aprendido de manera imperceptible, indolora, casi por osmosis cultural, de la misma manera como he ido constatando que se aprenden los patrones de género y de raza.

Los periodos de confesión fueron también estelares en esta convivencia. Me debatía entre no saber si era culpable de alguno

de los pecados contenidos en el inventario oficial (de muchos ni siquiera conocía su significado) o si, ante su ausencia, debía inventarlos para que el tiempo del cura cobrara sentido. Tampoco tenía claro si, por el contrario, era la peor pecadora del mundo por aquello de que se pecaba por *pensamiento, palabra, obra u omisión*. O, sea, cualquier cosa que una hiciera desde el momento que abría los ojos en la mañana era potencial pecado. (Freud agregaría que los sueños tampoco son tan inofensivos como aparentan.) Desde mi perspectiva de entonces por cualquier lado podía una resbalarse. Era terreno minado la vida.

La culpa y los miedos sembrados en la tierna conciencia no eran poca cosa, sobre todo cuando la mente infantil no había abandonado aún el pensamiento concreto. Esa imagen de la gente cocinándose en el fuego eterno, sin tregua, por siempre jamás, había que tomársela en serio.

Poco ayudaba ese cajón oscuro, de duras maderas, donde una entraba para decir sus verdades y recibir sentencia. No sabía con exactitud quién estaba detrás de esa ventanita con picaporte que se abría y se cerraba. Tampoco si la persona que estaba allí la estaba mirando a una con ojos inquisidores para escrutar e identificar posibles mentiras o, bien, si leía un libro para no aburrirse. Lo que sí recuerdo, pero sobre todo siento, es ese ambiente, esa puesta en escena, destinada a crear misterio y generar miedos.

Un poco más adelante supe que existían recursos mediante los cuales una podía eludir las calurosas consecuencias del pecado. Por ejemplo, *aquello de quien peca y reza empata* me resultaba una estrategia curiosa, pragmática y muy democrática. Aunque creo que abonó más a mi percepción de la inmensa hipocresía y mentira en la cual parecían vivir muchos de los que acudían a las iglesias. También me resultaron asombrosas, casi mágicas, esas puertas por donde una podía pasar en algunas pocas ocasiones especiales y se borraban todos los pecados. Se empezaba de cero.

Ni las travesuras infantiles empezaban nunca de cero, siempre había un poco de desconfianza y sospecha que se iba acumulando sobre la declarada inocencia. Definitivamente había

que encontrarle la comba al palo en esto del binomio pecado-perdón. La sobrevivencia al fuego eterno tenía su maña.

En otro orden debo mencionar que la omnipresencia de Dios me resultaba, cuanto menos, incómoda. ¿Es que ni siquiera debajo de mis cobijas podía tener privacidad? ¿Es que los ojos de Dios atravesaban todo tipo de paredes, distancias y materiales? ¿Es que no podía tener al menos un pensamiento chirrisquítico sin que él se diera cuenta?

Ese panóptico celestial me perturbaba. Esa sensación de vigilancia continua, inescapable, me hacía dar vueltas y vueltas en la cama. Tenía que existir alguna vía de escape.

Hubo también algunas cosas divertidas en esta relación. Recuerdo una semana santa cuando mi tía Mary me llevó a una procesión en la catedral metropolitana. No era una procesión cualquiera. Era una carrera por las calles aledañas. Me explicaron que las vírgenes corrían, una tras otra, como jugando escondido, hasta encontrarse. Me causó risa ver unas estatuas de señoras, pesadas a juzgar por la cara de quienes las cargaban, correr por las calles y a un montón de gente de todas las edades y presentaciones corriendo tras ellas como gúilas desbocados.

Mi risa se desvaneció cuando nos acercamos al santo sepulcro, ese que aún está en la catedral. Todavía hoy me da miedo ese cristo, de color gris-morado, traslúcido, anorético e inasible en su tristeza. Acostado en su gran caja de cristal y oro, lujos que parecían servirle poco para atenuar su pena.

De la navidad me encantaban los villancicos. Fue también esa navidad en Estados Unidos la que más me gustó pues toda la iglesia, especialmente las niñas y los niños, salíamos a repartir regalos a las familias que lo necesitaban mientras cantábamos villancicos. De alguna manera percibía que esta práctica era más cercana a las prédicas cristianas, una forma de vivir las creencias más allá de solo rezar que era lo que me parecía pasaba en la iglesia católica.

También me gustaban los rezos del niño. El rompopo, las acemitas, los bizcochos eran un placer después de los misterios

gozosos. Premio suficiente para decidirse a acudir. Eran un plus después de la navidad.

Pasó el tiempo y otro acontecimiento sumó a la cuenta negativa. Tenía un tío llamado Jesús, distinguido señor a quien como muestra de clase le gustaba la ópera y coleccionaba discos que escuchaba en su tocadiscos de época. Era y murió siendo un solterón empedernido, de incuestionados valores católicos, y que tenía una novia a quien mandaba traer a su casa los sábados. Presumo que para que lo acompañara a rezar. Especulaciones éstas pues hasta allí no llega mi conocimiento.

El tío Jesús iba a misa, daba limosna, guardaba los días y no comía carne los viernes santos. Pero, de poco le sirvió toda esta devoción cuando quiso el diablo hacer de las suyas en la familia. Una prima adolescente quedó embarazada y fue el caos. Mi tío, cual patriarca auto ungido, la expulsó de la familia y la pobre terminó en casa de mi hermana mayor sufriendo la vergüenza y el castigo. Injusto y doloroso me pareció porque mi prima me caía muy bien y no entendía cómo se podía causar tanto daño a alguien de la propia familia en nombre de Dios.

La verdad sea dicha: Dios no me caía muy bien, la aritmética no le favorecía.

No obstante, más mal me caían los representantes que hablaban en su nombre. Debo decir que, en este caso, mi intuición no me falló pues, años después, conocí lo que pasaba detrás de algunos pulpitos, conventos y seminarios. ¡Cuánto dolor, cuánto sufrimiento, en las casas de Dios!

Este conocimiento lo adquiriré muchos años después cuando ya me había declarado oficialmente atea militante. Retrospectivamente, creo que fue una rebelión no planeada frente al *Dios-establishment*, el *Dios-temor-de-Dios*, el *Dios-panóptico*.

Probablemente porque ya pasaron las edades con sus necesidades específicas: la infancia de los miedos, la

adolescencia de la diferenciación y la joven adultez de la reafirmación, puedo tomar distancia reflexiva sin preocuparme por la censura ni la autocensura. Sobre todo, cuando eso que llaman Dios puede renombrarse, reconceptualizarse y pasar a ser madre-naturaleza, energía, ...

Lo que creo y no creo hoy día, es asunto en proceso. Pero, de lo que no tengo duda, es del sentimiento de profundo asombro que me embarga cada vez que contemplo la perfección del diseño de una orquídea, los plácidos, aunque también a veces furiosos, colores de un atardecer o la majestuosidad de un tigre de bengala en cuya carrera se aprecia la coordinación perfecta de su musculatura. ¡La magia de la vida! ¡El asombro continuo! NAYURIBE.

Temporada de mariposas

Autor: Germán Antonio Cedeño Volkmar

Año: 2023

Ha sido, sin dudas, una de las más grandes alegrías que me ha regalado la vida y que aún atesora mi memoria. Ocurrió hace ya mucho tiempo, en aquella casita, al pie del cerro que se imponía con solemnidad.

Es más que un sentimiento la vida feliz. Esa que se vive como Niño Jesús, en pañales de algodón y que de tanta cotidianeidad no la adviertes.

Amanecía aquella calle llena de colores, ante la mirada atenta, plena de asombro. ¿Qué es esto? No es el arcoíris. Había algo más que, aunque queríamos, no podíamos atraparle. Ese otro que habitaba también allí en aquel cerro lo era todo. La ilusión de lo que no es posible tocar. La enseñanza de descubrir la calma, la tranquilidad y la paz, luz y silencio. Un gran amigo, en aquellos rústicos predios.

Las inquietudes e interrogantes no cesaban, ante la calle parida de amaneceres conmovedores, con nubes colmadas de motas de algodón. ¿Qué será eso? La niñez todo lo ve con asombro, indaga y se interesa por conocer. Así el camino, salpicado de tomates y mostazas, ofrecía las deseadas hamburguesas, que abrían el apetito infantil. Gusto que trascendía el hambre por el conocimiento.

Alcaserío levantado en aquel cerro esa mañana llegó: ¡La Temporada de Mariposas! ¿Tienen una idea, en el corazón de aquella niñez, lo que aquello puede significar? Llegaba ese acontecimiento mágico, ver y sentir tanta vida en esos seres alados revoloteando a nuestro alrededor. Eso era inevitable. Se presentaban sin aviso, aleteando tan cerca, a manera de salutación.

La calle era empedrada. Y el cotidiano escenario en el que ocurría aquel majestuoso fenómeno de la creación. Era así como la niñez se vestía de pregoneros, con los periódicos

doblados en la mano, como sonajero que soplabá y cantaba la melodía sinfónica de aquel vuelo. Al que las mariposas sucumbían cautivadas en el embeleso de aquellas aireadas luces y tonalidades, entre risas infantiles.

Aquello parecía una secuencia fílmica que se repetía, sin cesar. Una película continuada, de la temporada de mariposas en la que llegaban en bandadas, de manera reiterada y copiosa.

En ese escenario luminoso, se podía distinguir el vuelo de la rigurosa mariposa amarillo mostaza, símbolo del saber abundante. Especie con la que se quedaba Jorge Vinicio, quien tenía gusto por conocer y estudiar los insectos.

Yiyo, quien se deleitaba de las pastas y salsas en la mesa, solía quedarse con las mariposas de color tomate y zanahoria.

Las mariposas blancas inmaculadas y de hermosos ojos eran las predilectas de las niñas: Marielos, Cecilia y Kathia quienes corrían y jugaban en una danza de manierismos arriba, abajo, escapaban a un lado y otro hasta alcanzarlas.

En ese torbellino de mariposas iban de igual manera las negras, con la riqueza exótica de variados matices rojos, morados y anaranjados. “Déjenmelas a mí”, gritaba Simón, quien quería de grande ser mecánico.

La Reina, la mariposa Monarca, símbolo de lo trascendente, lo resolutivo y de la muerte ancestral, nos tocaba a todos por igual. Cada quien lidia con ella, desde sus diferentes modos de ser tras aristas del mismo prisma. Ya luego solo queda esperar el viaje por venir, para toparnos cara a cara con la verdad de la vida. Así, lo enfrentamos todos juntos desde la niñez en aquel caserío, al pie de aquel cerro con la lamentable y sentida partida de Manchita la mascota del amiguito Carlos Luis.

Otro grupo numeroso de mariposas tomaban otros senderos y no sucumbían al llamado de la melodía del periódico aireado y soplante en mano de aquella niñez plena de ternura, sino que seguían en su búsqueda hipnótica de otro porvenir.

Desde allí, esa naturaleza viva del cerro me enseñó la migración como opción colectiva cuando se expone a riesgo el desnudo de la fragilidad de la vida. Un arrostrar de las sombras en un juego de verdades claro - oscuras del poder de la razón fuera de sí, que desalma; y el poder de la razón instintiva en sí que anima la búsqueda en defensa dinámica de la propia vida.

Los del cerro vivíamos con el privilegio de presenciar y participar en tan mágico espectáculo de experiencias, ilusiones de los sentidos. Y los modos de existir consciente en las luces del saber natural, que da respuesta a los cuestionamientos propios en ciudadanía.

Por tanta emoción, Oswaldo, mi hermano, no quería ir a la escuela y jugaba al escondite con mamá, quien viendo la hora de ir a la escuela lo buscaba y lo encontraba, dentro del pipote lleno de ropa.

Cuando Oswaldo, lograba salir a soplar su melodía del vuelo en amistad conjunta con el colectivo infantil, la naturaleza era generosa con él y le regalaba una esplendorosa mariposa Morpho, de alas celeste relampagueantes.

Yo solía quedarme con los espejitos, mariposas “alas de cristal” no tan preciados. Casi sosos, volaban con la parsimonia meditativa de la paz, estaban allí para entregarse y ser tomados entre manos sin hacer tanto uso de la fuerza ni el revoloteo de la mente. Con el vuelo melodioso de estos espejuelos puedes descubrir el valor de la transparencia y su posibilidad de refractar, reflejar y descomponer la propia luz de la verdad que se es en los diferentes colores que la componen, y elegir los colores del mundo que quieras ver.

Con esa variedad de colores, luces y pasta de la que se está hecho, ante el juego de verdades de la razón, conseguía detenerme, cuestionar y discernir la diferencia entre amigos, y elegir quién soy de verdad. Verme a mí, a los míos y a los demás. Con esta transparencia, tal vez aprendí los otros modos del ser, la abundancia y la gratitud justo medio donde no tienes que reñir. Las cosas que no tienen precio y por lo tanto no se compra ni se pagan.

Creo que, con tanta majestuosidad, el arcoíris y aquel cerro vivo, van al estilo del arte cinético de la vida como obra de arte y creación. Orden divino que se teje sin tejedor. Hoy, no me mueve tanta tecnología, ni sus máquinas deseantes de negocio.

Al parecer, en aquel cerro, la naturaleza y la maravilla del Creador, dieron el ticket que da paso al disfrute de ese escenario con tanta alegría para la niñez, con ese Amor que viene de lo alto. Así lo he recibido muy dentro de mí.

El Amor y la creación de la naturaleza como un todo, lo sabe y lo puede. En ese caserío no había mucho para pagar el precio de los otros juguetes en las vitrinas de entonces. A nosotros, los arraigados en la tierra del cerro, con uñas y dientes, nos dio los mejores regalos: un arcoíris, una melodía sinfónica de vuelos y hasta espejos de prisma que permiten advertir con la luz, lo propio y lo ajeno y lo que conviene de lo que no.

Son esos otros modos de abundancia y gratitudes, los que construyeron principios que han echado raíces dentro de mí y me han dejado satisfecho. No me cabe duda que, al inocente, lo salva la naturaleza divina providente en sí.

¡Viva la naturaleza divina junto a la niñez del mundo!

Un día soleado

Autor: Eduardo Navarro Abarca

En un día soleado me dispuse a caminar por ahí y aprovechar la bondad del mes. Con el ánimo entre el límite de la lágrima y la sonrisa. Confuso sin saber si me dolía recordar o me hinchaba de paz y felicidad. Mis pensamientos estaban en los allases de mi corazón, en los rincones de mi memoria, columpiándose en las fibras de mi corazón; recuerdos de días felices, de momentos inolvidables con caritas hermosas, sonrientes, amorosas y felices. Satisfechas de su seguridad, con rasgos de sueño despierto y haciendo planes para el momento después. Siendo niños no se vive con miedo, ni a mucha distancia del tiempo. Nuestra mente no se aleja mucho del “ya” y menos siente miedo del “después” porque no lo piensa; menos lo prioriza.

Esos pensamientos saltaban de un sonido de carcajadas, chistes, bolinchas chocando y jugando libremente entre ellas lanzadas por una mano despreocupada y alegre a una expresión de amor y cariño para quienes se los proveían. Días hermosos de lecturas interminables en voz alta para interiorizarlas y sacarlas luego satisfechos de conocimientos adquiridos y hechos propios. Campanitas llamando ángeles de protección y ruidos de trastes, vajillas y cubiertos que llaman a la mesa. Mesa a la cual se dirigen con jolgorio por lo que significa y representa. Mañanas, tardes y noches de conversación a las que seguirán ruidos de juegos de mesa, música y canciones hasta que Morfeo los abraza con cariño y los lleve a camitas limpias, tibias, con olor a sueño, más sueños perfumados con oraciones de agradecimiento al Hado por terminar con bien y con medallas de oro un día feliz, que esperan se repita al día siguiente cuando una voz cariñosa les distraiga del sueño y los haga seguir soñando pero ahora... despiertos para llenar otro día de sonidos maravillosos que se pegan a las paredes, a las cortinas que bailan al son del viento y se mesen en los rayos de luz que entran raudos por las ventanas; felices de que hay vida que les da vida y se les paga con cobijo y paz.

A distancia y en dirección contraria viene y me golpea una visión. Esos recuerdos de esas caritas se aproximan a mi y dudaba fueran por el tiempo, la distancia y las circunstancias que nos

separan ahora. Mi corazón saltó de emoción, miedo y alegría en un confuso coctel de sentimientos. Apresuro el paso para aligerar el encuentro y esgrimo palabras en mi mente buscando qué decir en cuanto estén frente a mí. De repente su paso aminoró y súbitamente cambiaron de dirección, una dirección que los alejaba rápidamente de mí me apresuré aún más para no perderlos, pero el miedo a que mi impulso fuera muy agresivo y les produjera temor por la conducta de un desconocido, que se les abalanzaba, fuera la causa de su reacción, aminoré el paso poco a poco y su visión se fue perdiendo en la multitud y el tránsito hasta perderlos totalmente.

Quedé paralizado de pena, por mi actitud y acción. Pensé volverme loco y que esto fuera evidente. Busqué miradas de extrañeza en las gentes que caminaban a mi vera apresurados y vi que nadie notó mi impulso, tal vez, por la prisa de todos y de todos sus pensamientos que al igual que yo, se te tiran desordenadamente, caóticos, te distraen y te hacen ver lo que tu alma desea ver, lo que tu corazón anhela y no lo que tus ojos perciben.

Aminoré el paso casi hasta el mareo, mis pensamientos cambiaron a otros; a la duda, al miedo, a la pena que rayaba en el dolor. Eran esas personitas las que bailaban y sonreían hacía muy poco en mi mente y en nuestra casa, sólo unos pasos atrás. Eran esas caritas que me hicieron levitar por calles y aceras hasta que me hicieron olvidar el riesgo de cruzarlas, avenidas y aceras sin percatarme del peligro.

Eran? No podían ser! No podían ser las mismas; me decía y repetía una y otra vez como un loco. Esas mismas almas que me apretujaban en un sillón de uno y lo hacían de tres, haciendo que la física por del amor no valiera nada. No podían ser las mismas que otrora me llenaban los oídos de “te quiero” de “Dónde estás y para dónde vas” preocupados de perderme de sus vistas y acabar así con su seguridad y tranquilidad que mi presencia les daba. Simplemente no podían ser. Mi corazón y alma, hasta mi razón de humano se negaba a creer que fueran.

Me inundó un miedo enorme de olvidar, de estar perdiendo sus recuerdos, de perder sus imágenes y me culpé y aterró

creer que tal vez nunca fue y que todo eso habría sido un sueño, una fantasía de enajenado mental necesitado de ser, de estar y permanecer por siempre en la memoria y corazón de otros. Para no llorar, me dispuse a creer que fue un espejismo generado por las ganas de tenerlos cerca. Comprimí mi pecho, retuve el poco aire como para ahogar mi duda y continué mi camino; ya en una dirección diferente: a mi casa.

Lentamente el tiempo fue dejando su prisa casi hasta detener el reloj, el sonido de mis pasos se tornó quedos, el ruido de la calle opacó el de mi mente y alma cuando poco a poco se acercó a mí mi casa. El ruido del portón al abrirlo violó el silencio que reinaba dentro en el cual me sumergí para no salir más; un silencio sólo interrumpido por el miedo y la tristeza, además de la caída de la “monedita de la suerte” que hice sonar en una cajita de metal dispuesta a eso y que junté de la acera, olvidada, no vista por un sin casa o por una falta de necesidad, costumbre que recordaba de unas manitas que me las daba para que por sí mismas se multiplicaran y ya no me ocupara de eso: un buen augurio puesto ahí, tal vez, por un ángel que descuidadamente llamé al abrir la puerta al hacer sonar la campanita de la entrada avisando que ya llegué.

Me sumergí en ese silencio y me dispuse a soñar y a implorar que todo fuese una visión que emergió de mis entrañas para hacer brotar las lágrimas que habrían de regar mis sueños y hacerlos convertir en esperanza. Me recosté en mi cama y soñé con un día soleado en el que me dispongo caminar al encuentro de esas caritas, que un día me hicieron feliz y hoy casi no las recuerdo.

Una petición inusual

Autora: Adriana Boccalon Acosta

Hijos míos que me regaló la vida, les pedí que vinieran a verme para compartir con ustedes unas ideas que tengo en mente. Quiero organizar una celebración que no tiene fecha, por ahora. Claro que los pequeños detalles quedarán a juicio de ustedes, una vez que llegue el momento. ¡Eso lo dejo en sus manos! Pero, por ahora, sí quiero contarles cómo deseo que sea mi fiesta de despedida...

—Madre, ¿una fiesta de despedida de qué...?, ¿se puede saber de qué estás hablando?, ¿vas a viajar sin boleto de regreso?, ¿te vas a internar en un claustro religioso?, ¿o será que vas a aceptar la propuesta de matrimonio de ese japonés amigo tuyo que está loco de remate?, porque si no es nada de eso, entonces ¿qué clase de locura estás inventando ahora? —saltó JC cortándome la inspiración.

No me extrañó la inmediata reacción de mi hijo mayor, pues entre su empeño por ser siempre mi fiel protector y el ángel guardián de su única hermana, su manera de ser tan apasionada y siempre impaciente, y esa chifladura que suele endosarle a casi todas las decisiones que he tomado en mi vida, ¡esa reacción era de esperar!

Y, aunque su chorro de preguntas tuvo alguna respuesta, esta no pasó de ser un tremendo ataque de risa al que, irremediablemente, él también se unió para formar un trío risueño y festivo. Ese relajar de mandíbulas resultó ideal para desvanecer un poquito el aire de seriedad que marcó el inicio de la conversación con este par de amados hijos míos.

—Ok, ahora vamos a ponernos serios porque así lo amerita esta conversación. Para comenzar les aseguro que no me voy a meter a monja, ni pienso internarme en un sanatorio. Tampoco me va a dar por casarme con mi amigo japonés. ¿Qué si voy a hacer un viaje?, pues precisamente de eso se trata, aunque no tengo idea de la fecha, como ya les dije. En ese sentido, reconozco mi ignorancia. Pero, como ya veo que si le damos charla libre a este asunto no vamos a terminar hoy, si es que

algún día nos ponemos de acuerdo, les pido entonces que me escuchen atentamente con los ojos cerrados, y la boca cerrada también, imaginando que están leyendo esta carta que ahorita mismo les voy a escribir:

Queridos hijos míos:

... ¿Alguna vez se han preguntado cómo me gustaría que celebren mi partida, ese último adiós, mi despedida de este plano terrenal? ¡Ya imagino sus caras! Por supuesto que los entiendo; sin embargo, creo que es justo tanto para mí como para ustedes contarles cómo me he imaginado esa celebración. Sí, porque quiero que sea una celebración, una fiesta, unas risas, un abrazo, un brindis, un jolgorio...

¿Acaso no le damos la bienvenida a la vida? Cuando ustedes nacieron fue todo un acontecimiento lleno de bendiciones, alegría, flores y regalos. ¿Acaso no soplamos las velitas en cada cumpleaños?, ¿acaso no vestimos de fiesta en cada aniversario o bailamos el vals de los 15 años y de las bodas? Imagínense, hijos míos, que ahora a la gente le ha dado hasta por festejar los divorcios. ¡Es que todo es una fiesta!

Entonces, si la vida nos ha dado tantas razones para celebrar, desde las limitaciones y los tropiezos que terminan enseñándonos a convertir debilidades en fortalezas y a vencer los obstáculos que nos impone esta existencia, hasta toda meta alcanzada y todo afortunado acontecimiento, yo me pregunto ¿por qué no planear una celebración para cerrar con broche de oro la etapa final de este tránsito terrenal?

Sé que mi partida los pondrá muy tristes, tristísimos, pero les prometo que, si toman en consideración mis deseos, por más locos, absurdos y fuera de lugar que ahorita mismo les parezcan, esa temida despedida no solo va a resultar menos dolorosa, sino hasta divertida. Además, si no soy yo quien les dice cómo me gustaría que organizaran mi fiestecita de despedida, nadie lo hará por mí.

¿Recuerdan cuando se fue el Nono? Ustedes estaban muy pequeños, pero sé que lo piensan con amor. Los últimos años

del abuelito fueron muy dolorosos, no solo para nosotros sus dolientes, sino para él mismo que se sabía ya tan limitado. A escondidas, lloraba su impotencia. ¡No había modo de darle consuelo! Ustedes no saben cuántas veces le pedí a Papá Dios que se lo llevara para que no sufriera más. No entendía el porqué de esos años de padecimiento, aunque más tarde supe que en la vida no hay que preguntar cuál es el por qué, sino cuál es el para qué, supongo.

Cuando ya sus órganos gritaban su renuncia, cuando ya pulmones, hígado, riñones y corazón se declararon en huelga definitiva, aquella humanidad noble y llena de valores entró en estado de coma. Yo, en lo más recóndito de mi ser, descontaba las horas, los minutos, los segundos, mientras repartía las tareas de rigor entre mis tres hermanos. Hice lo que mejor se me ocurrió. El tío Mikel fue por el sacerdote para que le diera la extremaunción, el tío Luis Alberto permaneció a la par del viejito mientras el tío Claudio y yo nos ocupábamos de los arreglos de rigor en la funeraria.

Ese mismo día, comenzando la tarde, cuando estuvimos de nuevo todos juntos en el hospital, el médico de cabecera nos dijo que había llegado el momento. Previendo el desenlace, yo le había pedido a la doctora de la UCI que devolviera al viejito a su habitación para estar todos junto a él en sus últimos momentos. Y esa fue la mejor idea, hijos míos, pues contando al abuelito hicimos un círculo cerrado tomándonos de las manos para bordear su lecho de muerte. Así, todos calladitos y, por supuesto, con lágrimas en los ojos, lo despedimos en silencio animándolo a alzar vuelo.

Cómo lo hicieron mis hermanos, no lo sé. Yo sí les puedo decir que en esos minutos sagrados le agradecí a mi padre por haber estado en nuestras vidas, por todas sus enseñanzas, por mostrarnos el valor de la existencia, de la educación, de la amistad, del alimento, de la naturaleza, del techo, del dinero, de la familia, del amor... Yo le dije: viejito, vete en paz, alza el vuelo satisfecho por todos los buenos ejemplos que nos dejaste en herencia. ¡Nunca te vamos a defraudar!

Hijos míos, ustedes se preguntarán qué tiene que ver todo esto que les cuento con mi fiesta de despedida, pero ya entenderán...

Y es que después de ese espontáneo ritual para acompañar al Nono en sus últimos momentos, acepté que, en efecto, la muerte es lo más natural que podemos esperar después de haber puesto un pie en esta tierra. Entonces, ¿por qué no prepararnos para ese adiós?, ¿por qué dejar a otros todo el peso de tan inevitable trance?, ¿por qué no decir cómo nos gustaría despedirnos?

Claro que los planes siempre están sujetos a cambio ¡siéntanse libres de hacerlos convenientemente! pero nunca está de sobra expresar los deseos, ¿cierto?... Todo esto me hace recordar, y agradecer infinitamente, que años más tarde también tuve la dicha de acompañar a la abuela a morir. Estuve solísima con ella durante su última etapa y hasta su último suspiro. Y digo 'dicha' porque me siento privilegiada de haber podido escoltar a los abuelitos, en paz, a transitar lo que para cada uno de ellos representó su adiós al mundo terrenal.

Podría apostar que la abuela habría elegido vivir hasta los 100 años o quién sabe si hasta decretar su inmortalidad solo para alejar la muerte o evitarla para siempre. ¡Y es que le tenía tanto pánico! Pero ella sospechaba que no llegaría al centenario y que aquello de ser inmortal era solo una quimera. No se pueden imaginar lo que me costó ayudarla a morir, darle fuerzas para que emprendiera el vuelo con la certeza de haber hecho una gran obra en este plano. Tuve que construir dentro de mí una fuerza que, en aquel momento, yo aún no tenía.

La abuela siempre le pedía a Papa Dios que, llegado el momento, se la llevara de un infarto fulminante para restarle oportunidad a las penurias que suelen anteceder al desenlace final. Obviamente, no estaba en mis manos cumplirle estos deseos; sin embargo, sí pude complacerla en un par de peticiones que inteligentemente pudo hacerme en vida.

La primera fue que mandara a cremar su cuerpo porque si se me ocurría enterrarla, me jalaría los pies en la noche. Y, por aquello, dije: mejor pido cremación y me ahorro el riesgo de morir de un susto. Y la segunda petición fue medianamente satisfecha, digamos, pues mi madre siempre expresó el deseo de exhumar el cuerpo del abuelo para guardar sus cenizas

y, llegado el momento, que nosotros nos encargáramos de juntarlas con las de ella. Pero, lo más cercano a su designio fue esparcir sus restos mortales sobre la tumba de mi padre, cuyo cuerpo nunca se exhumó.

¡Ya sé lo que están pensado! Me los imagino gritándome: ¡Mamá, basta ya, por favor...! Pero, les cuento que este solo ha sido el preámbulo, pues ahora es que voy a entrar en materia, dando por sentado que ya saben a qué clase de fiesta de despedida me refiero, ¿cierto? Quiero que me celebren la muerte terrenal tal como yo les he enseñado a celebrar la vida; sin más llanto que el necesario y con toda la gratitud por lo vivido.

Les prometo que no me voy a poner ni muy exquisita ni muy exigente, pues eso sería mucha desconsideración y un tremendo abuso de mi parte, ¿cierto, hijos míos? Entiendo que todos los arreglos de última hora dependerán de aspectos que pueden escapar de sus manos o son, como mínimo, impredecibles.

Sin embargo, una condición sine qua non es que vistan de colores, no quiero luto. Entiendo lo del duelo ¡no soy insensible! pero quiero ver caras alegres celebrando mi transcendencia espiritual, no llorando mi muerte corporal. Por eso quiero que haya muchas más risas que llanto.

Les propongo que armen el sarao mientras mi cuerpo espera campo en el crematorio, que inviten solo a la gente que me quiso y tiene cuentos o anécdotas sobre travesuras que compartimos en la infancia, la adolescencia, la juventud o hasta donde sea que la vida me haya llevado, o vivencias comunes que nos permitieron ir fortaleciendo la caja de herramientas para afrontar tanto lo bueno como lo menos amable de la vida. ¡A los criticones y curiosos no los quiero allí!

Y, como todo jolgorio amerita un brindis, se me ocurre que un buen vino tinto, mi bebida espirituosa favorita, sería bienvenido. ¡Ojalá puedan tener algunas botellitas a mano! Si se ven muy enredados, los amigos que se encarguen de la bebida; sé que lo harán con gusto. Importantísimo es que no olviden ni las copas, ni el sacacorchos. Tampoco se

descuiden con los pasabocas porque no quiero que mi fiesta de despedida se convierta en un mero bar abierto...

Como ambiente musical ya se imaginarán que quiero trova. ¡Ni se les ocurra ponerme un reguetón! Quiero canciones con letras sublimes. Quiero a Joan Manuel Serrat cantando sus poemas o la trova de Facundo Cabral y Alberto Cortez, o Pablo Milanés, o la lírica de El Arrebato que, aunque es mucho más actual, parece un alma vieja en un cuerpo joven. En fin, ya ustedes me conocen...

Hijos míos, no sé si será mucho pedir, pero me haría muy feliz que pudieran prometerme que, sea cuando sea que me toque partir, se secarán las lágrimas para que puedan imaginarme comenzando a andar el camino de la trascendencia sin mochila al hombro, ligerita y libre, y con la sonrisa extendida que define a esta digna andariega. A mi edad estoy segura de haber vivido la mitad de la vida, como mínimo, pues competir con Matusalén está muy lejos de mis pretensiones o deseos.

Me iré contenta porque con todos sus altos y sus bajos, sus alegrías y tristezas, sus derrotas y sus victorias, sus risas y sus llantos, la vida y yo nos hemos entendido muy bien. Y, porque, aunque la muerte sea un tema de conversación tabú y nadie se haya atrevido a agregarla como materia de estudio en las escuelas, tengo muy presente que el boleto que me trajo a este plano terrenal, venía con retorno asegurado.

¡No hay manera de entrarle a la vida sin el pase de vuelta...!

Poesía

Amo lo

Autor: José Francisco Quirós Vega

Amo lo que tengo
La gallina con cara de asombro
después de poner su huevo de viernes.

La vaca ordeñada,
por manos presurosas.

La música enredada en la niebla
de un atardecer.

El llanto del niño sin traje
y la cálida sonrisa de su madre.

La niña que viste
de júbilo para alegrar la mañana.

La madre que corretea gansos de luz.

Al padre que transgrede la nostalgia
y colma de besos al anciano.

El poema de pie ante la lluvia.

El libro en una madrugada,
de orgasmos
trémulos
silenciosos.

La noche.

La boca que escribe mi nombre
con la punta de la lengua.

Viajar de polizón, en el tren de los ayeres.
y el auto que nunca compré.

La bicicleta hurtada mientras dormía
las mejengas frente al cementerio
con difuntos sonrientes.

A mi madre que soasaba tortillas,
y hacía gallos de frijol.

El vaso de agua dulce con leche
y el pan añejo.
a mi padre, que dobló el lomo
para encontrar el bocado.

Amo lo que tengo que amar,
a mi abuelo que doblaba crucifijos,
a la abuela que blanqueaba molederos
con el ácido de la mandarina,
y tapizaba el piso con ceniza.

Amo el pañuelo que secó mis lágrimas.

La gotita enamorada

Autora: Ana Lucía Montoya Gamboa

El sol brillaba radiante
y muy lejos dibujaba
con sus rayos juguetones
el paisaje en la cañada.

Cuantas sombras delineadas
en montañas, en crestones,
algunas oscurecidas
por chubascos cachetones.

El calor que regalaba
el astro tan fulgurante
era el que se esperaba
tras la lluvia fulminante.

Secaban sus tibios rayos
la humedad que se filtraba
por hendidias y paredes
en los techos y alambradas.

¡Cómo danzaba la lluvia!
¡Qué feliz luego esperaba!
Que esos rayos tibiecitos
muy pronto la rescataban.

Una gotita traviesa
suspirando embelesada
esperaba subir pronto
hacia el sol que calentaba.

Con su tierna vocecita
con su forma delicada
tímida por tanto amor
la gotita suspiraba.

Yo te refresco solcito
decía ella enamorada.
Yo te doy el calorcito

¡Claro! Mi gotita amada.

Elena

Autor: Carlos Marvin Zúñiga Gutiérrez

Brilló su noche blanco plumaje,
cual ave libre ya sin condena,
pues siempre pudo la luna llena,
vestir a su alma de gracia y traje.

Tendió sus alas sin maquillaje,
libre de juicios y de cadena;
a veces triste, a veces plena,
a veces dulce, mas sin linaje.

Quiso su fuego pintar paisaje,
contra marea venció la pena.
Ya lo anunciaba la dulce Elena,
desde su cuna de fino encaje.

Voló sin rumbo, sin equipaje.
Ha de sentirse, si bien serena,
feliz, contenta, tal vez amena,
al fiel recuerdo de aquel pasaje.
Y agradecida por cruento viaje,
quedose quieta, quedose ajena;
no perseguía la dulce Elena
tesoro alguno, sino coraje.

Remembranzas de mi tierra

Autora: Alba Rosa Pastora Olivares

La neblina arropa la colina,
la bruma satinada desciende y me envuelve,
despiertan mis recuerdos,
el cerro de Nando en Jinotega,
“La quinta Angélica” del Crucero,
el anciano reloj de Diriamba que le rinde culto a Cronos,
¡Cuántas imágenes te evocan!
El aroma del humeante atol blanquecino
adherido a la piel del huacal,
o la güirila caliente que le coquetea al queso fresco,
¿Qué decir del quesillo apretujado en la batea?
Intentando hacer mancuerna con la cebolla y la crema.
Y con eso, mi corazón revolotea.

Significado:
Que extraño a la Nicaraguita que dejé atrás.
Sueño, añoranza, congoja
Por el pedacito de tierra olorosa a níspero,
Mangos, jocotes, nancites....
A lo lejos canta un guis,
¿Será que me visitarán más recuerdo vestidos de azul y
blanco?

Haiku

El fluir de la conciencia

Autora: Marlene Yamileth Monge Arias

sobre la acera
ruedan las buganvillas
los fuertes vientos

tarde lluviosa
una ave desplumada
con su ala rota

era verano
sobre su tumba flores
secas y rotas

jabón de escamas
tendidos de ropajes
que vuela el viento

colores índigo
una puerta maciza
las mismas llaves

Haiku

Autora: Xinia Murillo Sibaja

Naranja en flor.
aroma de azahar
baña mi patio.

Despunta el día.
Milagro en el jardín:
se abrió la rosa.

Tímida y dulce
se asoma la violeta.
Como mi amor.

Ropa tendida.
Pasos acelerados.
Gotas de lluvia.

Rojo maduro
entre las verdes hojas.
el grano de oro.

Obras Extranjeras ganadoras Poesía

Nuestros abrazos

Autor: Jorge Alejandro Naveda Sosa

Nuestros abrazos cubren,
todas las dimensiones
del universo y la vida,
cubren nuestros cuerpos,
tocan nuestra piel,
alma, corazón, sentimientos,
nos dan regocijos y alegrías.

Nuestros brazos,
no son solo extremidades,
que abrazan el uno al otro,
son flamas de fuego vivo,
que alimentan nuestro calor,
de un indescifrable sentimiento,
que nació en nuestras miradas
y en nuestras conversaciones,
siendo la pasión que enamora,
ese fuego lento que nos funde,
mezclando nuestras almas
y nuestros corazones.

De eso se tratan nuestros abrazos,
de esa colosal protección,
que al apretarnos mutuamente,
nos brinda seguridad,
sentimientos de cariño y amor,
conectando nuestros pechos
y fundiendo nuestras almas,
indicándole el uno al otro,
con señales de intimidad,
de caricias, besos y pasión:
*“sigue adelante vida mía,
que a donde vayas tú, voy yo”.*

Cómo no recordar así,
aquel suave y dulce momento,
en que nos dimos el primer abrazo,
el primer beso, las primeras caricias,
esas que marcaron nuestras vidas,
sembrando sentimientos extraños,
insondables, amables,
cálidos, carnales,
códigos de idiomas indescifrables,
de un lenguaje incomprensible,
que solo entendimos,
tu y yo, 23 años después.

Y aunque deambulamos,
disímiles caminos,
recogiendo vivencias distintas,
unas buenas y otras no tanto,
recuerdos imborrables,
de lo que realmente somos,
hoy, al abrazarte cada mañana,
me renuevo en ti y tu en mí,
generando sentimientos locos,
donde estalla la alegría,
tu sonrisa que me da vida,
como el sol al universo,
entregándome la energía,
con la que inicio todos los días.

Hoy, cuando lo cotidiano y la alegría,
incluyen esos abrazos de cada día,
nuestros cuerpos se reconocen,
como antesala al desayuno,
complemento de las frutas frescas,
que con esmero preparo,
cada mañana,

para que junto a nuestros abrazos,
conformen el ritual del día a día,
donde tus brazos y los míos,
le dicen felices al universo,
aquí estamos de nuevo juntos,
no me sueltes nunca más,
bésame eternamente vida mía.

Ancestral

Autora: : Luz Miriam Muñoz De Díaz

Pies de barro y camino Siembran
de bondad la tierra. Polvo, piedras,
tercas plantitas Avivan bajo sus
pasos cansados.

Manos de iraca y cabuya Tejen
atávicas memorias.
De finas hojas y altas palmas
Emergen tejidos del arcano.

Voces de serenas certezas Murmullo
de fluir inagotable. Voceras de
historias todas

De aquello que hacen y los hace.
Miradas de acuosos visos Cielo,
estrellas, cimas, ríos, Absortas
descansan
En las tejedoras manos del otro.

Extasiados de ceremonia y ritos
Cantos, aguamieles y bailes Sin
dejar su esencia única
Son el otro, se funden con él

Clamorosos sonidos de ayer y hoy Arroyuelos,
trinos y truenos Apoteósicos celebran, su
Esencia de hombre sagrado.

Persevera la entrañable sabiduría,
Se apuntala entre nudos y risas,
Se entrelaza con puntos y gritos
Que el espíritu al oído infunde.

Pasos, manos, voces, nudos y piel
Con hilos, palabras y sudores,
Entretejen la esperanza
De un mañana bruñido de ayer.

Ochenta soles

Autor: Baltazar Cordero Tames

He contado ochenta soles
esperando migajas de amor por la ventana
por las que casi nadie se asoma ya,
tras la pandemia, alguien vendrá
y preguntará de prisa ¿cómo estás?,
me regalará algo que no podre lucir,
un pastel con velas que no puedo apagar,
manjares que ya no puedo disfrutar,
después, igual se irán.

He contado ochenta soles,
y aquellos a que formé en la vida,
después de madrugar, lavar y cocinar,
contar historias, que el ritmo de estos tiempos,
ya se empiezan a olvidar.
Mis deseos son tan simples,
y mis manos secas del bregar
con este cuerpo sostenido a una silla de metal,
pide tan poco, una sonrisa, una caricia,
quiero que estén, un minuto, una hora
o el tiempo que me quieran regalar
para hablares de mis otros sueños
o de los que no pude realizar,
siempre tengo respuestas para dar,
consejos para el alma
y un corazón de lenta velocidad
ahora que el tiempo se quiere agotar.

He contado ochenta soles
y ya no puedo llorar pues Cronos
ha secado mi glándula lagrimal.
He cumplido mi tarea, y con Dios
pero siguen mis derechos,
No soy un mueble viejo,
quiero vivir, igual que todos, vivir.
No quiero un mariachi en este día,
no quiero sus regalos o un manjar,

mi amor no se vende ni se compra
o se envuelve en papel de celofán.

He contado ochenta soles,
fui madre y padre, por el luto familiar
y mi tiempo se empieza a desgastar,
anhelo que a mi ventana se asome
la presencia de mi sangre en carnaval,
hijos, nietos, y otros tantos que olvidaron
que el amor, su historia y su destino,
han brotado de este cuerpo
olvidado en esta silla de metal,
viendo el desfile a través de mi ventana
de todos estos soles que en mi espalda
no han dejado de brillar.

Nada y todo

Olga Alfaro Ramos

Algún día seré eterna, dispersa en el universo,
pues seré, parte de nada y seré parte de todo.

Quizás seré el suave viento que te acaricie la cara
o quizás claro de luna que filtra por tu ventana.
Quizás sea estrella lejana titilando en el firmamento,
o aquél recuerdo borroso que llega a tu pensamiento.

Me convertiré en la lluvia, me convertiré en el viento;
en la ola festoneada que en la playa va muriendo,
o en aquella mariposa que posa de flor en flor.

Y por fin yo seré libre . . .vagando a través del tiempo
algunas veces ruidosa y otras veces en silencio.
Y si me quieres buscar, búscame en el universo,
viajando libre y feliz, más allá, en el infinito;
fundida así para siempre en la nueva dimensión,
de ser la nada y ser todo ...

XXXIII
Concurso
Literario de
Personas
Mayores
2024

“Mariamalia Sotela
Borrasé”

La edición XXXIII del Concurso Literario 2024 estuvo dedicada a la María Amalia Sotela Borrásé, licenciada en Ciencias de la Comunicación Colectiva por la Universidad de Costa Rica, poeta, escritora, acuarelista, incursionó también en el teatro profesional, tanto en nuestro país, como en Caracas, Venezuela. Vivió en Barcelona, España, cerca de 13 años. En 1975 se ausentó del país para afincarse en Moscú, como Agregada Cultural de Costa Rica, hasta 1978. Luego reside en Caracas, Venezuela, desde el 1978 hasta 1982. Ambas permanencias fuera del país, unidas a su infancia y juventud en Barcelona, imprimen particular carácter a su obra. Ha publicado libros como Ciudad de Cádiz, 1974, Editorial Líneas Grises; Memoria del Desencuentro, 1981, Editorial Costa Rica, reeditado en el 2015 por EDINEXO; Piel inconforme, poesía, 2014, reeditado en el 2015; De Muñecas de Trapo y papalotes, cuentos infantiles, reeditado en el 2024, Poemario Abordajes, publicado por la EUNED, 2020. Cuenta con escritos inéditos como: Sin Bitácora, poesía; Cuentos azules para niños de colores, cuentos. Sendero entre mis senos, prosa poética. Más allá de la orilla del mundo, en proceso. El amor por la palabra le viene de familia. Con tinta en la sangre desde sus ancestros, es nieta de José Borrásé Rovira, periodista, fundador de La Prensa Libre y del pensador, académico y poeta costarricense Rogelio Sotela Bonilla. En AGECO ha colaborado de forma activa como integrante del jurado calificador del concurso literario en diversas ocasiones.

Los géneros participantes a escala nacional fueron:

- Cuento
- Relato de Experiencias
- Poesía
- Haiku

El género para participar a escala internacional:

- Cuento

En esta edición participaron 144 personas mayores de 60 años y un total de 187 obras literarias en los diferentes géneros de cuento, relato de experiencias, poesía y Haiku.

De estas personas: 162 fueron nacionales y 25 extranjeras de países como Argentina, Chile, Colombia, Estados Unidos, Cuba, Ecuador, Panamá, México, Perú, Uruguay, Suecia y Venezuela. Otro dato importante es que 80 participantes fueron mujeres y 64 personas fueron hombres. Las edades de las personas mayores participantes se encuentran en el rango de 60 a 90 años.

Jurado Calificador

Floria Jiménez Díaz

La señora Floria Jimenez es licenciada en Filología y Lingüística Española de la Universidad Nacional de Costa Rica. Trabajó en el CIDE de la Universidad Nacional de Heredia por más de veinticinco años como formadora de formadores en las áreas de Lenguaje, Literatura Infantil y Expresión Creadora. Ha recibido diversos premios en el campo literario y en el 2009 recibe el Doctorado Honoris Causa Litterarium Cultrix por la Universidad Católica de Costa Rica.

Alfonso Chase Brenes

El señor Alfonso Chase Brenes es poeta, novelista, cuentista y ensayista costarricense. Destaca como docente e investigador, resaltando la obra de otros escritores costarricenses como Lisímaco Chavarría, Vicente Sáenz y Eunice Odio. Recibe el galardón por su aporte a la literatura costarricense con sus cuentos, novelas y poemas, vinculados al folclor, la literatura infantil y la poesía amorosa. Su producción literaria se enmarca en la Generación Urbana, que surge con la modernización de las ciudades latinoamericanas. Ganador de diversos premios literarios a escala nacional como el Aquileo J Echeverría y el Magón. Algunas de sus publicaciones son: Los reinos de mi mundo, 1965, Los juegos furtivos, 1967, Cuerpo, 1972, Las puertas de la noche, 1974, Mirar con inocencia, Editorial Costa Rica, 1975., El libro de la patria, 1976, Los pies sobre la tierra, 1978, Fábulas de las fábulas, Editorial Costa Rica, 1978, El tigre luminoso, Editorial Costa Rica, 1978, Entre el ojo y la noche:

1983- 1985, Editorial Costa Rica, Historia de las tierras del tigre de agua y el colibrí de fuego:, 1988, El soñador que se quedó dentro del sueño, EUNED:, 1994, Jardines de asfalto (1986–1990) Editorial Costa Rica:, 1995, La pajarita de papel, Editorial Costa Rica:, 1995, El pavo real y la mariposa Editorial Costa Rica:, 1996, Nuestra señora de los ángeles: madre de la cultura, Editorial Costa Rica, 1996, Los herederos de la promesa: ensayo de literatura costarricense, Editorial Costa Rica, 1997, Ella usaba bikini, EUNA, 1999, Cara de santo uñas de gato, Editorial Costa Rica, 1999, Cuaderno de vida: antología poética, Casa de poesía, 2015, Piélagos, Editorial Costa Rica, 2018, Puro Cuento, 2018.

Laura Zúñiga Hernández

La señora Laura Zúñiga Hernández, es escritora y educadora. Realizó en la Universidad de Costa Rica sus estudios en la Enseñanza de la literatura y el castellano. Obtiene también en la Universidad Americana un Diplomado en Educación Primaria. Estudia actualmente la Maestría en Literatura Latinoamericana en la UCR y danza contemporánea. Ha recibido formación en artes escénicas, bailes folclóricos y flamenco. Participa en la Asociación Costarricense de Escritoras y el Grupo Literario Poeisis. Labora como docente de secundaria y ha sido profesora universitaria.

Algunas de sus publicaciones son: “La corporalidad como metáfora visual del poder en la novela gráfica Alicia en el País de las Maravillas: un enfoque educativo para secundaria, Revista Pórtico 21, número 10, año 2020, Editorial Costa Rica, Mujeres al centro. Relatos y ficciones de escritoras centroamericanas. Seminario de Literatura Feminista y Ciudadanía, 2019, Guatemala, Sin nombre”, (poema mención honoraria), Nuevas voces para la paz, certamen internacional de poesía 2019, Estados Unidos, “El cazador de libélulas”, Revista LOLA, San José: Costa Rica, 2019, “Empoderamiento de la mujer en la novela gráfica Persépolis” Revista Umbral, 2019, Varios cuentos, Líneas de mujer (antología), Editorial ACE. 2018, “Lucas” (micro relato), Revista Íkaro, Costa Rica, 2017, Desde la torre la ciudad. Editorial Poiesis, 2017, “Análisis comparativo: Los siete contra Tebas, de Esquilo y “Los siete

samuráis” de Akiro Kurosawa a partir de la intertextualidad. Revista Acta Académica. Universidad Autónoma de Centroamérica. (2017), Mitófagos (microrrelatos). Editorial BBB Producciones, San José, Costa Rica, 2015. Colaboración en la antología electrónica “Mil poemas por el pueblo Saharaui VII”. País Vasco, 2015.

Alfredo Trejos Ortiz

El señor Alfredo Trejos Ortiz, Alfredo Trejos. Poeta. Nació en San José, Costa Rica, en 1977. Hizo estudios en Antropología y Filosofía en la Universidad de Costa Rica. A la fecha ha publicado nueve poemarios y dos antologías personales, siendo Sad Hill (Ediciones Perro Azul, 2019), y el poemario Omisión de Lejía (2022) su obra más reciente. Además, ha ganado el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en la rama de poesía en dos ocasiones, 2012 y 2018.

Esteban Alonso Ramírez Hernández

El señor Esteban Alfonso es poeta, ha sido parte de diversos talleres literarios en Heredia y San José. Ha publicado poesía, traducción y crónica, además de dar talleres y organizar eventos culturales como parte de diversas organizaciones y de modo independiente. Invitado y colaborador en distintos festivales y eventos literarios en su país. Publicó el libro de haiku y ensayo Corazón de los Días y Ser un Tercero. Textos de su autoría han sido traducidos y publicados en revistas de Costa Rica, Italia, México, Estados Unidos y Suecia.

Cristy van der Laat

La señora Cristy van der Laat es graduada en el campo de la Administración de Empresas; cuenta con una Maestría en Literatura Española por la Universidad de Costa Rica. Durante la mayor parte de su vida se ha desenvuelto en el ámbito empresarial y de forma paralela se ha dedicado a la labor de gestión y promoción cultural. En el año 2000 publica el libro de Haiku “Vértice de asombro”, considerado el primer libro de este género poético en Costa Rica.

Resumen de obras ganadoras

Cuento

1^{er}
Lugar

Pedrito
Miguel Hernando Mateus Téllez

2^{do}
Lugar

De cómo salir del closet
y no morir en el intento
Ana Lorena Hidalgo Solís

3^{er}
Lugar

Nos encantaba la gente
José Eugenio Zumbado González

**Mención
Honorífica**

Entre la vida y la muerte
María Elizabeth Gutiérrez Chavarría

**Mención
Especial**

Asquerosas aliadas
Sandra Ribas Solano

Relato de experiencias

1^{er} Lugar El manco
Sonia Lidia Cervantes Umaña

2^{do} Lugar Adiós Madre Casa
Manuel Guillermo Morales Navarro

3^{er} Lugar La libreta
María Marta Retana Meléndez

Mención Honorífica El confesionario
Hugo Alvarado Gutiérrez

Mención Especial A la deriva en Cabo Blanco
Jorge Enrique Chaves Villalobos

Poesía

1^{er} Lugar Mi columpio
Mario Díaz Corrales

2^{do} Lugar Viaje de retorno
José Luis Obando Fuentes

3^{er} Lugar El color del tiempo
María Cecilia Bonilla Rodríguez

Mención Honorífica Un sueño
Walter Blanco Zamora

Haiku

1^{er}
Lugar

Momentos y poesía
Xinia Murillo Sibaja

2^{do}
Lugar

Haikus de esperanza
José Luis Obando Fuentes

3^{er}
Lugar

Apenas, facetas de la vida
Adriana Boccalon Acosta

Mención
Honorífica

Aquí y ahora: Una zen...da poética.
¡Haikus de asombros!
Renato Quesada Castro

Cuento Extranjero

1^{er}
Lugar

Distancias
Héctor Masseilot Chávez
Uruguay

2^{do}
Lugar

El comandante
**Pablo Juan Manuel de los Ángeles
Duchez De León**
Guatemala

3^{er}
Lugar

... y me fui de casa
Alberto Díaz
Argentina

**Mención
Honorífica**

Los fantasmas de mi pueblo
Ilsa Elena Merlano Paternina
Colombia

**Mención
Especial**

Tandem
Luz Miriam Muñoz Arbeláez
Colombia

Obras ganadoras

Cuento

Pedrito

Autor: Miguel Hernando Mateus Téllez

Arrodillados en la tierra ejecutaban su trabajo.

Sudaban, y las gotas de sudor empapaban las camisas color verde camuflado; color del uniforme de aquel grupo de guerrilleros que plantaban en el suelo las horrendas minas quiebrapatas.

Y en los ojos de aquellos hombres había un brillo de odio, y en sus mentes el deseo intenso que cada uno de aquellos artefactos cobrara una víctima. No tenían contemplaciones. No se pensaba siquiera que las potenciales víctimas pudieran ser sus compatriotas. Sus hermanos.

Pero si en aquellos hombres eventualmente pudiera haber un ápice de duda o de temor, en su comandante: alias “Minero”, no. En él no había lugar para vacilaciones ni remordimientos. Creía que su lucha era justa, así se derramara la sangre de inocentes.

Lejos de aquel sitio, en otro Departamento, Mariela recibía la invitación de un familiar suyo para que en compañía de su hijo Pedrito fueran a pasar unos días a una finca. Mariela vaciló por un momento. José está lejos, en su trabajo, Pensó. Y yo aquí sola. Tal vez pueda ir con mi hijo a esa finca a descansar unos días, a Pedrito le encantará, y probablemente le siente bien el clima caliente.

Llegaron al día siguiente a la finca donde eran aguardados por sus familiares, y allí Pedrito no tardó en hacer amistad con Julián el hijo del mayordomo.

Pedrito contaba con unos nueve años de edad, pero se entendió bien en los juegos con Julián, que era mayor que él.

Robledo – Sounds of the Sea

Una tarde, el alegre par de pilluelos, con la venia de sus padres y armados de una pelota, salieron a corretear por el campo. A cada carrera una risa, y cada patada que daban a la pelota, no era dada por ellos sino por una gran estrella de fútbol que ejecutaba una hermosa jugada y anotaba un gol. Y a sus oídos llegaba el sonoro festejo de la imaginaria multitud que cantaba la anotación.

De pronto, la pelota rodó por una falda y fue a parar cerca de un camino que era usado algunas veces como paso de militares.

Pedrito corrió tras su pelota sin saber que era la última vez que lo hacía sobre sus dos piernas. Pero no la alcanzó; porque un fuerte estallido lo privó del sentido y lo dejó tirado en el suelo con las piernas deshechas. Por allí había estado alias “Minero”.

De cómo salir del closet sin morir en el intento

Autora: Ana Lorena Hidalgo Solís

*Nada nos engaña tanto
como nuestro propio juicio.
Leonardo da Vinci*

El clóset, protagonista de esta historia, era minúsculo. Un poco más de 1 x 1.5 metros y poca profundidad.

Correspondía al llamado cuarto de servicio y estaba ubicado en el extremo de la casa, en una esquina, contiguo a la pila de lavado.

La casa tenía dos cuartos principales ocupados por la madre y la hija mayor. Este cuarto, el de servicio, permitía apenas una cama individual, una pequeña mesa de noche y el ya mencionado clóset. Era ocupado por la otra hija de la dueña de casa, la menor.

El pequeño espacio vivía amodorrado en su rutinaria vida. Cosas nuevas que llegan, pocas, otras que se van o se mueven de sitio sin razón aparente. Nada especial, más bien un exceso de chucherías propias de una adolescente.

En su interior, durante los largos periodos de soledad intimista, ensoñando, el clóset pensaba cómo sería ser un *walking-closet*. Uno donde su contenido se renovara al menos una vez al año trayendo memorables sorpresas de cuando en vez. Raras y valiosas joyas, zapatos de todos los colores y tamaños, finas telas con olor a extranjero como sacadas de un añoso baúl mágico... Eso sí era vida.

Y así transcurría su tiempo, entre sueño y sueño... hasta ese día.

De repente un barullo, rápido movimiento de sábanas y asustados cuchicheos. Apresuradamente, un hombre joven, de escasos 21 años y poco más de 1.65 metros de estatura, ingresó al clóset y se acurrucó encorvado.

El inesperado visitante no me era del todo desconocido. Algunas veces había escuchado su voz ronca. Sin embargo, nunca se había adentrado en mi territorio y menos de esa forma. Como se ha mencionado, he sido receptáculo de muchas cosas, inertes en su mayoría, pero nunca mi espacio había sido invadido de manera tan atropellada.

De momento me asusté, pero, luego, intuí que tal vez algo de aventura llegaba a mi vida.

Poco a poco empecé a entender la situación.

La conmoción ocurrió cuando, contra todo pronóstico, los felices yacientes, flacos suficientes para compartir una cama individual, escucharon la voz de la hermana mayor. Y, peor aún, también la de la señora de servicio.

Nada de eso debía estar sucediendo en un día cualquiera de la semana. No era feriado, fin de semana o día de guardar. La hermana cumplía un riguroso horario de enfermera con estrictos turnos de 8 horas: 6am-2pm-10pm. Siempre el mismo previsible horario que les había permitido estas licencias. Por otro lado, tampoco era el día cuando la señora de servicio acostumbraba visitar la casa.

Ya voy comprendiendo: las estrellas les estaban jugando una mala pasada. Todo tan bien calculado que lo tenían: entrar cuando ambas dormían y salir antes de que regresara la hermana mayor del trabajo. ¡Un plan perfecto!

La madre era relativamente fácil de birlar, pero ya dos personas no. Menos tres.

- *Fulanita, ya está el desayuno. Venga para que no se le enfríe...escuché.*
- *Voy, ahorita voy... es que no tengo hambre.*

Al rato:

- *¿Puedo entrar a limpiar, fulanita?*
- *No, no, doña Zutanita, más tarde por favor.*

Entretanto, yo escuchaba la barriga de mi visitante reclamando al menos un vaso de agua... algo que acallara sus tripas que se movían tanto por el hambre como por el susto. Pero, el dilema de mi ama seguía siendo cómo salir sin que nadie entrara. Era como dejar la trinchera vulnerable. Todo olía a peligro.

Planear estrategia en conjunto era imposible: Zutanita estaba en la oreja del cuarto ya sea lavando ropa o el trapo del piso. La madre y la hermana eran menos amenazantes, es cierto, pero no había forma de flanquear, sin ser avistados y aprehendidos, la distancia entre el cuarto de pilas y la puerta principal y de ésta los 15 metros de patio hasta la puerta de la calle.

Pasaba el tiempo. El entumecimiento de mi inquilino aumentaba sin que se vislumbrara una pronta escapatoria cuando la chica, preocupada y valiente, decidió hacer un sprint a la cocina, cerrando bien la puerta del cuarto, para traer un vaso de café y un poco de pan al encorvado y hambriento Romeo.

Este lo engulló mientras pensaba qué sería peor: caer de un balcón al ser descubierto o emerger del clóset sin poción de invisibilidad. Evidentemente, la primera alternativa tenía más ventajas: siempre era posible caer y huir hacia la izquierda como Melquiades.

Las horas continuaban su camino sin cambios en el frente, cuando, cerca del mediodía, la Zutanita se despide:

- *Bueno, ya me voy. Hasta el martes, se escuchó lejanamente.*

Una menos pensamos los tres. A estas alturas ya había tomado partido y simpatizaba con los aventureros amantes que habían traído un poco de alborozo a mi cotidianeidad.

Para entonces habían pasado poco más de cuatro horas del súbito despertar, cuando escuchamos que la hermana se preparaba para irse. ¡Claro! Esa era la clave: había cambiado de horario: ¡entraba a las 2!

Fue en ese momento cuando empezamos a respirar. La paciencia, virtud en la cual se habían graduado con maestría los muchachos ese día, solo exigía un poco más de dedicación y confianza.

Al salir del closet mi querido visitante – a quien ya quería entrañablemente, como se quieren aquellos que comparten experiencias cercanas a la muerte – emitió extraño ruido.

Crack, crack, sonaron aquellos huesos que, aunque jóvenes, acababan de sobrevivir a una experiencia traumática.

No se despidieron. El solo quería salir de allí lo más pronto posible.

De vuelta a mi solipsismo, solo una pregunta me hacía: ¿lo volverán a intentar?

Nos encantaba la gente

Autor: José Eugenio Zumbado González

Para nadie es un secreto que los aeropuertos son zonas de alto movimiento, no solo por su naturaleza de transporte, sino también por todo lo que conlleva: la logística, carga, descarga, control, tráfico de aviones, de personas, en fin, una serie de actividades aledañas para que usted pueda finalmente sentarse en un avión y lograr lo más preciado, viajar. Gracias a un buen amigo, que me consiguió el trabajo, para una temporada alta, tuve la oportunidad de laborar en ese lugar, en los veranos las aerolíneas se reforzaban con personal extra para dar abasto con los vuelos chárter.

La verdad el sueldo de un interino era muy bajo, y todo trabajo duro descansaba sobre sus espaldas, nuestras espaldas, era agotador, los empleados fijos y viejos, se dedicaban más a los pasajeros en la aduana o cuidar la chiza. La chiza era algo así como una caja “B”, ésta consistía en recoger todas las propinas que los viajeros daban a los cargadores a cambio de que sus maletas llegaran hasta un taxi o su carro particular, luego se depositaban en un casillero, con el número de vuelo y día respectivo, cada semana se repartían las ganancias por igual. Todos echábamos algo y todos nos dejábamos algo, es la verdad, recuerdo un turista norteamericano al que le llevé una maleta muy pequeña, me pidió una dirección, le di una recomendación en inglés y me regalo un billete de \$50, nunca había recibido una propina tan alta, no sabía qué hacer, entre todos nos vigilábamos, unos a otros, pero aquel billete no podía entrar en aquella caja, una de las estrategias era llevar en una mano un billete de a \$1 u otro de diez colones, el asunto era echar algo, mientras pensaba que hacer, el camino se acortaba, veía a lo lejos aquella caja que a cada paso que daba se iba convirtiendo en un baúl, cada vez más grande y ahí te vas a quedar, le hablaba al billete de 50 dólares, no, no puede ser, se me terminaban las estrategias, de pronto me ataca un fuerte estornudo y por fin, a la boca, solucionado el asunto. En varias ocasiones me llamaron la atención porque llegaba un día después a cobrar el sueldo, claro, como la chiza era mejor, eso nos pasaba a muchos. El ambiente era acogedor, donde casi

todos nos conocíamos, empleados de aerolíneas, trabajadores de aduana, de oficinas gubernamentales, de la policía, etc, hubo personas que empezaron trabajando con una línea aérea directamente, después los veía en una agencia aduanal, unos meses después estaban botando la basura del restaurante y por último me vendían unos pedazos de lotería frente al edificio principal, o copos en la malla, otros tuvieron mejor suerte, como manejar un taxi en el aeropuerto. El asunto era estar cerca del bendito aeropuerto. – Mae, es que este ambiente lo envuelve a uno – Me decía Carlos mientras buscaba el 17 de los chances.

El aeropuerto es una zona exclusiva, trabajar en ese lugar significaba para mí, estatus, estilo, caminar con un uniforme donde se leía el nombre de una línea aérea, hasta gente que no conocía me saludaba en el bus. Pero no solo era eso, en aquellos años ochenta, una de las actividades domingueras de muchos ticos era el paseo a la malla del aeropuerto a ver el despegue de las aeronaves. Y cuando había que atender algún “carguero” nos arrimábamos a la malla a comprar un granizado y las muchachas hasta piropos nos hacían, yo me sentía como un astronauta.

Recuerdo que por aquellos años se instalaron las primeras cámaras de vigilancia en el edificio principal, en la zona de carga y descarga de equipaje, toda una novedad, aparecieron muchas caras largas, huelga de brazos caídos, reunión con todo el personal de equipo de tierra, al día siguiente que entramos a trabajar ya todas las cámaras estaban dañadas, nunca se supo que pasó.

- Levanten la mano los interinos solteros – Gritó Jota a todos los cargadores que jugábamos naipe mientras esperábamos la llegada del vuelo de Miami.

Y este baboso fue el primero que defendió su codiciada libertad –. ¿Qué pasó jefe? –

- ¡Necesito voluntarios para descargar un avión de Aeronica que está carreteando a Coopesa en estos momentos, tiene aviso de bomba – ¡QUÉ!! - Un escalofrío me recorrió todo

el cuerpo. Lo más triste de todo, era ver a los compañeros viejos decirnos adiós, nos persignaban, nos saludaban con las manos allá donde estaban cargando equipaje para otros aviones y nosotros... al matadero.

Por aquellos años se vivía todavía un ambiente caldeado por el conflicto centroamericano, Nicaragua libraba una pugna contra los insurgentes financiados por USA, por eso, que nos dijeran que aparecía una bomba en un vuelo de un avión nica, no era nada raro. Cuando bajé del carro que nos llevó al avión, no sentía

las manos, era algo extraño, iba por una maleta y se me caía, no aguantaba sostenerla, el temor de que una bomba estallara en mi cara, hizo que por unos minutos mi vida transcurriera enfrente de mí, calculo envejecí unos cinco años.

Ya después hablando con el jefe, resulta que, en algunos casos, se trataba de una falsa alarma, provocada por la esposa celosa de algún viajero, que logra averiguar que su marido posiblemente viaje con la querida y dé ahí la falsa información en una llamada, bastante suele suceder.

- La gente no entiende cuánto gasta un avión en tierra – Me decía el jefe mientras se quitaba aquel casco azul para rascarse la cabeza.

Cuando trabajas como cargador de aviones, muchas veces te puedes topar con personas sin escrúpulos, a los que no les interesa mucho el trabajo como tal, sino que buscan la oportunidad de ver cómo sacar el máximo provecho al mismo, ya sea, esquivándose, zafando el lomo o viendo que sustraer de los equipajes, por eso se recomienda cerrar las maletas con buenos candados de seguridad para evitar el robo al ser transportadas. Estudios dicen que esto sucede en todos los aeropuertos del mundo.

- Si no se apunta, se tendrá que apuntar – Nos decía un compañero con fama de granuja. Había en la empresa un guarda, que tenía fama de sapo, él era una persona honrada, muy honrada, pero el tipo les incomodaba a varios compañeros por su forma de trabajar, entonces uno de estos compas, en una noche de carguero, con una cuchilla abre una caja de cartón

llena de pantalones y le tira uno al guarda, que por instinto lo toma, para que no caiga al suelo, mientras otro compañero le toma una foto con una camarita desechable.

- No se preocupe mi estimado, la póliza paga –

Pero al amigo no le sirvió de nada porque al día siguiente estaba pegado de la malla viendo aviones por fuera.

Por aquellos años, en el verano tico, existía un comercio fuerte con EEUU, era la exportación de flores, principalmente para el 14 de febrero, todos los vuelos a Miami, que eran diarios, la prioridad uno, era cargar en el compartimento # 1 de esos aviones cajas con flores. Mi tío José era el cargador que tenía el récord de meter más cajas en ese vuelo.

El trabajo de cargador era entretenido, a veces me ofrecía de voluntario para ir a despachar un vuelo, consistía en hacer señales a los pilotos, mientras un mecánico hacía las últimas revisiones ya sobre la pista, cuando éste terminaba gesticulaba con el pulgar hacía arriba para que yo a la vez le transmitiera al piloto por medio señales con dos linternas que ya podía carretear. En varias ocasiones que hice este trabajo, pude ver como muchas manos me saludaban por las ventanillas, le comenté al mecánico y me dice: - Como no lo van a saludar, son compañeros de brete – En esa aerolínea muchos trabajadores fijos viajaban muy a menudo.

Logré quedarme ese año, si bien es cierto, el trabajo con los pasajeros mermaba, no así con los cargueros, la paletizada del pescado era un trabajo duro, las cajas eran de un cartón encerado muy pesadas, sobre todo por el hielo, después de una buena sudada a jugar naípe.

Al verano siguiente me envían al Departamento de Limpieza, el trabajo era más suave, pero el ambiente espeso, era más tenso entre los compañeros. Cuando un vuelo llegaba, la primera persona que tenía orden de entrar era el guarda, luego tocaba entrar al equipo de limpieza, pude ver como se peleaban por la revisión de asientos, ya que muchas veces los pasajeros dejaban algún objeto olvidado y la persona que

lo encontraba se lo entregaba al guarda para su custodia, al cabo de un par de meses, usted preguntaba, si el dueño no hacía el reclamo, se le daba al limpiador que lo encontró. Aquí se repetía la historia de los fijos con los interinos, siempre quitando chicles pegados y limpiando vomitadas. Solo en una ocasión encontré unos aretes muy finos, se los entregué al guarda, pasó un mes y por curiosidad pasé a la oficina a ver si había aparecido la dueña y me responde uno de los compañeros más viejos: - Este mae, parece nuevo -.

En esta parte del trabajo lo más interesante para mí, era cuando un avión iba a mantenimiento, el departamento de limpieza aprovechaba para hacer trabajo profundo, recuerdo una vez que estando en la cabina un ingeniero abajo me grita, que ponga los flaps abajo, pero que hago, le contesté bien asustado, me vuelve a decir que lleve la palanca a 40 grados, cuando veo aquellas aletas moverse, me sentí piloto. Al día siguiente y en el mismo avión, un compañero y yo limpiábamos unas piezas al frente de la cabina, cuando un ingeniero nos llama la atención muy fuerte, tremenda regañada, nos indica que nos quitemos del frente del avión porque tenían trabajando el radar que se encuentra en la nariz y produce ondas radioactivas, al rato a raíz de eso perdí la tiroides.

Bueno, el trabajo sigue, como era interino, esta vez me envían al Comisariato, era el departamento que suministraba asistencia a todos los vuelos de la compañía, así como a otras, pero a menor escala, se manejaban asuntos como servicio de licores, café, periódicos, cobijas, bolsas para vómito, para basura, pastillas para los mareos, toallas, las comidas fuertes las proveía una compañía externa. Había un control estricto, ya que, por ejemplo, si se abría una botella de refresco, una caja de leche o una botella de vino ya no se podía subir al avión, tan solo por darle vuelta a la tapa rosca. Por eso la bodega de los licores estaba muy bien resguardada con un empleado de mucha confianza.

Una tarde nos entra una orden, más bien un pedido de favor, hacer un ceviche porque iba a haber una reunión urgente de la junta directiva y el gerente había pedido comerse un ceviche, (ahí no se hace ceviche) esa tarde noche éramos solo tres los que quedábamos, nos llegan con el pescado, cebolla, culantro, los

limones, y a ponerle, ninguno de los tres habíamos hecho nunca un bendito ceviche, llegamos a Río Segundo a una finca privada, allá estaba toda la crema y nata de la compañía. De pronto entra un carro pequeño como de juguete, era un Amigo, de esos ensamblado en Costa Rica, se baja un señor gordo, interrumpe muy decentemente la reunión y pide ayuda para bajar un equipo de sonido, los señores de la mesa se levantaron, se quitaron el saco e hicieron fila para ayudar al señor, al primero le dio un redoblante, al segundo una corneta, al tercero un micrófono y por último el gordo tomó el güiro y les dijo: - Tranquilos, éste lo llevo yo je, je, je, je, je, je – Gorgojo la había vuelto a hacer.

Después que un avión salía, la orden en Comisariato era esperar 15 minutos, esto por cuanto si había algún problema o emergencia y el avión tenía que regresar, este departamento tenía que atender a los pasajeros de nuevo en las salas de abordaje, era un lunes 23 de mayo, a las 5:00 pm ya habíamos despachado el vuelo 628, solo esperábamos el despegue y cumplir con los 15 minutos de espera reglamentarios, cuando ocurrió lo impensable, el avión pasó frente a nuestras narices a una velocidad descomunal, con los neumáticos todavía en pista, nos volvimos a ver unos con otros, sabíamos que no iba a levantar vuelo, se llevó la malla y se incendió en un potrero allá al este de la pista, por suerte y la gracia divina nadie murió. De los sustos de mi vida.

Como dice la canción, / en el mar la vida es más sabrosa /, aquí se podría decir, / en la aduana la vida era más hermosa /. Por aquellos años existía mucho desorden administrativo, este asunto tenía mucho que ver con el pasajero, que venía siempre recargado de mercancía y los aforadores no daban abasto, entonces apareció un señor como jefe de aforadores de apellido Zumbado, se rumoraba que había sido puesto por Oscar Arias directamente para poner orden en aquella tierra de nadie, curiosamente se echó a toda la población de aquel pequeño país llamado Aeropuerto encima. Tal vez se preguntarán ustedes porqué el que escribe estas letras nunca aplicó para trabajar como empleado directo y no más como interino, claro que apliqué, pero hubo un pequeño detalle, todo se vino abajo cuando dos de mis compañeros me llamaron por mi apellido. Hasta ahí.

Entre la vida y la muerte

Autor: María Elizabeth Gutiérrez Chavarría

La vida, ese instante de luz en el espacio-tiempo. ¿O acaso, es eso la muerte?

EliGut

Alguien grita angustiado: - ¡PARO! -

En un instante todo el personal médico y de enfermería estaba listo y preparado; la adrenalina circulaba rápidamente por el cuerpo de las personas que acudían al lugar del desesperado llamado.

Eran las 2 de la madrugada y no había mucho personal. Se apresuró hacia el lugar de donde provenía aquel grito.

Y ahí estaba el paciente, inerte sobre la camilla. Sin trazo en el monitor, sin signos vitales.

Coloca una vía aérea intentando no fallar.

El hombre era enorme, podía pesar más de 100 kilos, obeso, tabaquista, amante de fines de semana de chicharrones y cerveza, repelente al ejercicio.

Duda por un momento si iniciar las compresiones torácicas o brincar sobre aquella masa inmensa.

Inicia la secuencia de reanimación con las 30 compresiones:

1,2,3...Mientras sus brazos se elevan y bajan en el pecho de aquel cuerpo inmóvil e indefenso, meditaba sobre él. Su familia estaba afuera del salón, podía oír de lejos sus voces de aflicción. Una mujer grita angustiosamente, un niño llora; alguien trata de calmarlos. ¿Le habrá confesado este hombre a su mujer su infidelidad? ¿Les habrá dedicado a sus hijos el tiempo necesario la noche anterior? ¿Habrá besado a sus padres? ¿Tendrá un perro que le espere esa noche? ...28,29,30 compresiones.

Alguien recalca: - ¡No hay pulso! -

1,2,3...A esta altura se pregunta si tendrá la fuerza necesaria y se promete volver al gimnasio la próxima semana. Percibe su pequeñez y no solo físicamente. ¿Qué puede hacer el ser humano ante la impredecible inminencia de la muerte? ...28,29,30 compresiones.

Y repiten: - ¡No hay pulso! -.

1,2,3...El sudor se desliza por su frente goteando sobre el paciente. Los brazos le empiezan a doler, observa sus manos sudorosas subir y bajar repetitivamente sobre aquel fuerte tórax y parecen extraños a ella...28,29,30 compresiones.

Insisten: - ¡No hay pulso! -

1,2,3...Afuera, la gente que viene a consultar ajena a la tragedia que se libra en ese instante sobre el destino de este hombre, se quejan del retraso en las consultas. Están molestos. Mira al personal, la tensión marcada en su rostro. Algunos dudan... 28,29,30 compresiones.

- ¡No hay pulso! -

1,2,3...Transcurre rápidamente el tiempo. Está en plena batalla, todo su ser en este momento está inmerso en ese hombre y en mantener su vida. Se siente cansada, sus brazos hacen un gran esfuerzo. Piensa que este paciente no sobrevivirá, sin embargo, se niega a darse por vencida. Percibe la sombra de la muerte que espera pacientemente en aquella oscura esquina del salón y le oye reírse de la dantesca escena.

Divaga; ¿Está viendo este hombre el muy famoso túnel de esperanza que conduce a la claridad, destello de luz que narran los sobrevivientes? ¿Revive acaso en un instante toda su vida? ¿Estará pronto en la presencia Divina? ¿O más allá de nuestra existencia terrena, no hay eternidad? ...28,29,30 compresiones.

La misma noticia: - ¡No hay pulso! -

1,2,3 ... ¿Qué le dirá a la familia? ¿Podrá expresar la penosa noticia? ¿Logrará verlos a los ojos si se rinde? ¿Les explicará, que su padre, esposo, hermano, murió porque no pudo más? El cansancio le hace alucinar y escucha a la muerte burlarse de su penoso esfuerzo. Le vocifera que ha vencido a más fuertes, que, desde el principio de los tiempos, la vencedora es ella...28,29,30 compresiones.

- ¡No hay pulso! -

1,2,3 ... Advierte por un momento que no es sudor lo que se desliza en su faz, sus ojos están húmedos y entiende a los que crean una coraza que les impide sufrir ante el dolor ajeno. Pero a ella la empatía le hiere el alma y siente una opresión en el pecho, que no es dolor sino desesperación. Y se da tiempo para orar mientras sigue reanimando...28,29,30 compresiones.

Y alguien grita la esperada frase: - ¡Hay pulso! -

Observa un trazo débil pero regular en el monitor: el corazón late nuevamente.

El personal otrora en tensión, sonriente, espera órdenes, los pasos por seguir.

Es solo una batalla, pero al menos tiene una oportunidad.

Asquerosas aliadas

Autora: Sandra Rivas Solano

Cuánto había pasado desde que le dije: una vida no será suficiente para amarte. Sellamos ese amor con anillos y la bendición de las familias. Tan jóvenes y llenos de sueños comenzamos un camino.

Él trabajaba en el laboratorio de un amigo mientras concluía los estudios de química industrial y, además, recibía clases avanzadas de ajedrez. Yo, con ilusión, acondicionaba nuestra casa de madera, la que fue de mi abuela.

Pronto, el embarazo pintó de alegría nuestra vida.

En esos tiempos, el lugar de la mujer —decían— era su casa, aunque se oían lejanos vientos de libertad; jugar de casita era lo que tocaba aprender y cumplir. Tan jóvenes, tan inexpertos, pero, sobre todo, sin modelos de estructura a seguir o renunciar y, para acabarla, ambos poetas, románticos o ilusos.

Caminamos juntos, amándonos y viendo cómo crecía en mi vientre nuestro hijo. Una tarde él fumaba en la habitación, asomado al celaje de la ventana. El humo me provocó asco y náuseas; le pedí que apagara el cigarro, me contesto mirándome a los ojos y contundente:

—¿Yo? ¿dejar de fumar?, ¡ni pensarlo!

El susto me duró el resto de la vida.

La primera navidad le regalé un ajedrez tallado en mármol, con el que jugábamos algunas noches.

Como en una línea de ferrocarril en la que, por equivocación, una piedra desvía la simétrica paralela, al rato, las líneas se desencuentran y ni se reconocen, así pasó el tiempo, lentamente. Los días tenían veinticuatro horas o más; por el trabajo, los estudios y sus ocupaciones; casi no compartíamos. Cuando tenía torneo de ajedrez, no me llevaba. Yo, en la casa.

Sentada, meciendo los días en la antigua mecedora de la abuela, llegó la primera lluvia. ¡Qué hermoso canto y ver por la ventana el soñoliento paisaje interrumpido sólo por un goterón cayendo de la canoa rota al patio de atrás! Coloqué un balde y corrí a guarecerme mientras veía atónita un aterro de cucarachas marchando mudas y cabizbajas, hacía las rendijas del cuarto de chunches. ¡Cuánto agradecí que él no estuviera!

Al rato, un tímido arcoíris sonrió despidiendo al aguacero.

Nuestro hijo nació. Él festejaba con sus amigos, cualquier cosa era celebrable. Tomaba mucho y, al llegar a la casa, traía gritos y me golpeaba por alguna ocurrencia. Al terminar, decía: ¡No me vuelva a provocar! Al día siguiente y sin memoria, pedía amorosamente su desayuno.

Esa madrugada le oí llegar pateando el portón. Cerré la aldaba y él, sorpresivamente, entró por el techo. Pensé que no lo podría lograr, pero se metió por la tapia. Corrí con mi bebé a esconderme dentro del armario, metí el pezón en su pequeña boca para que no llorara. Eso funcionó por unos minutos. Su tosecita nos delató. ¡Pánico!

Sacándome del pelo, me pateó por la espalda hasta que mi bebé rodó por el piso. No supe más hasta que me vi en una ambulancia que atendió el llamado de los vecinos. Mi hijo estaba bien, decían. El refirió a los oficiales que yo le cerré la puerta, que me encontró en el piso con el bebé llorando; los moretes en mi espalda y las marcas de zapatos en los muslos no parecieron significar nada. No fue fácil reponerme de esto; mi mamá decía que era la cruz del matrimonio.

Papá también era tomador.

Cuando fui a la iglesia a rezar, el cura me confesó y me acarició las rodillas. No volví a la iglesia. Yo tampoco tenía amigos, ni amigas. Así fui olvidándome de mí. Yo, la culpable siempre; yo, la bruta, la inútil; yo, no sabía hacer nada bien.

La casa iniciaba en una pequeña sala que era biblioteca y oficina. Luego, un largo zaguán, dos dormitorios y al frente, el baño, al

fondo la cocina grande con puerta al patio y a la pila de lavar. Había un pedacito de tierra donde pensé sembra. Más allá, una pequeña acequia cantarina y el árbol amarillo de nísperos. En el cuarto del fondo, cosas viejas, herramientas y chunches. Acomodé un poco e intenté vender la podadora dañada y, cuando él me vio sacándola, me insultó y, por patearme le dio a la puerta, haciéndole un hueco al lado de la cerradura. El era bueno en ajedrez y un buen día le invitaron a Puerto Rico a una final. Por supuesto, no nos llevaría. El torneo era de jueves a sábado. Antes de salir, me advirtió que no hiciera ninguna estupidez, que cuidara la casa y al hijo. Y se fue, Hacía tanto tiempo que no pensaba en mí. Esperaría la noche sin temores. Limpié la casa y saqué chunches del cuartillo de atrás para aprovechar una campaña de recolección de basura no tradicional en el barrio. ¡Todo quedó limpio! ¡Pensaba hacer allí el cuarto de costura, jclaro!, luego de arreglar, tapar las rendijas y pintarlo bonito.

Había ratas y cucarachas allí. Él nunca entraría porque le daban pavor esos bichos. Si aparecía alguna, me despertaba para que yo la matara y le enseñara el cadáver. ¡Ese cuarto de costura sería mi refugio! Y también podía ir haciendo mi buchaquita, Amanecemos, era viernes. Me sentí linda y apreciada por mí misma, -si no, ¿por quién? Salí al parque muy contenta con mi bebe. Escuchamos pajaritos, una ardilla trepo por un árbol para vernos y un coro de chiquillos jugaban rondas Pasamos a la ferretería para conseguir unas sogas y un rollo de cinta tapagoterías

Ya era sábado!

Llegó borracho, con los ojos inyectados. Al ver la vieja podadora recostada a un árbol vecino, corrí al cuarto de atrás mientras él escupía insultos, alzando los puños llenos de golpes contra mí. Tropezó aparatosamente con la escoba, cayó lentamente mientras sardónico reía, vomitaba y maldecía. Dejó un zapato por allá y la camisa rasgada por las astillas de la puerta rota. Loco y jadeante cayó inconsciente.

A como pude lo amarré bien enrollándolo con la cinta tapagoterías que alcanzó hasta para sellar su boca y, con el cabito que quedó, los ojos verdes. Estaba orinado y defecado.

Ahí quedó.

Exhausta, dormí en el centro de la cama con los brazos abiertos.

A medianoche, llovía serenamente. Regresé temblando, sin saber que encontraría. Vi con horror cientos de cucarachas: pequeñas, medianas y algunas voladoras; caminaban encima de él en un diabólico rito sincrónico. Se metían por los calcetines y entre la jareta, por las rasgaduras de su camisa, por las axilas o enredándose en los vellos del sudado pecho; entre los huecos de la nariz y por las hendidias de la cinta que no cubría del todo los ojos, las cucarachas chiquitas se quedaban pegadas pataleando entre los párpados. Otras, seguían hacía el vómito en su cabello ensortijado. Por la nariz chorreaba sangre con una espuma etílica amarillenta que acababa con las cucarachas de más adentro. Después de ahogados estertores, se quedó quieto.

No me fui. Me quedé impávida, viendo algo parecido a su alma que se despojaba con dificultad del cuerpo, escapando de un horrendo y viejo harapo gastado y maloliente.

Cuánto había pasado desde que le dije: una vida no será suficiente para amarte.

Relato de Experiencias

El manco

Autora: Sonia Lidia Cervantes Umaña

Fue una mañana durante unas vacaciones. Papá y mamá no estaban, mis hermanos tampoco. Por ser la única mujer de los cuatro hermanos, debía quedarme en la casa y hacer algunos quehaceres. Entonces tenía doce años

La casa era pequeña, de madera, tres habitaciones, una detrás de otra, sin puertas y un pasillo que las comunicaba: en lo que podría ser una sala y en el único cuarto, se distribuían tres camas individuales y un ropero viejo y desvencijado, como únicos muebles y después la cocina: la mesa tosca de madera, cuatro bancos más toscos aún, un moledero de madera pegado a la pared, un armario despintado que mostraba los muchos colores con que había sido pintado a través de los años – amarillo, celeste, verde - y un mesa pequeña y rota de madera, con una cocina de carbón en un rincón.

No había ventanas en el único dormitorio sin puerta. No había cuadros en las paredes, ni espejos, ningún adorno. La pared que compartíamos con la vecina, estaba tapizada de revistas de colores y periódicos en blanco y negro, como única forma de cubrir las hendidias que formaban los nudos de la madera.

Pero había algo de mucho valor en la casa, sobre todo para mamá. Era una máquina de coser, de marca Singer, con pedales. Cuando no se estaba usando, podía guardarse en el mueble de madera y metal y entonces el sobre se convertía en una mesita, donde mamá no permitía que se colocara nada. Para evitar dañar la madera, que brillaba de nueva.

La había comprado en abonos en alguna tienda del pueblo. Era su mayor tesoro. Sin haber recibido ninguna capacitación, comenzó a aprender, sola, a coser. Nos confeccionaba la ropa a los hijos: pantalones cortos para mis hermanos menores, algún vestido para mí y también los vestidos de ella. A partir del momento en que adquirió la máquina, siempre tuvimos “estrenos” para navidad.

Tocaron la puerta, separada de la acera por un pequeño corredor, cuyo portón no tenía cerrojo. Abrí sin temor y ahí estaban: el intendente municipal y un policía joven. Lo reconocí porque todo el pueblo decía.....adiós señor intendente.... ¿Cómo está don Melciades?

El intendente municipal era algo así como un jefe en el pueblo. Era un puesto importante, - eso decía papá - que en cada campaña política trabajaba por su candidato, buscando precisamente que le dieran el puesto de intendente municipal. Nunca lo logró y entonces hablaba y hablaba y repetía una y otra vez, en la casa, en las esquinas del pueblo donde se reunía en las noches a conversar con los amigos, que había habido “chanchullo”que la próxima vez.... que ya verían.....que iba a lograrlo.

Por eso papá odiaba a don Melciades. Porque ocupaba el puesto que debió ocupar él.

Preguntó por papá, por mamá, por mis hermanos. Respondí que no estaban, que estaba sola. Entonces los ojos de don Melciades se iluminaron y haciendo un gesto al policía que lo acompañaba, lo hizo pasar y cerró la puerta detrás de él y caminó hacia el interior de la casa.

- Debo llevarme algo de la casa porque su papá tiene una deuda con una tienda donde compró ropa y no ha pagado..... dijo con voz fuerte, mientras observaba todo a su alrededor, buscando algo de valor en medio de la pobreza.
- Esta máquina puede servir. No hay nada más de valor en esta casa ... musitó entre dientes y con tono despectivo, mientras movía el mueble hacia la puerta.

El policía parecía asustado, no se movió de donde estaba cuando don Melciades cerró la puerta. Yo comencé a llorar, cubriendo mi cara con las manos, en un rincón para no estorbar al señor intendente, como tratando de no hacerlo enojar.

- No se lleve la máquina, supliqué. Mamá se pondrá muy triste, por favor señor.... Por favor.

El policía dijo algo, con voz suave, como un ruego....

- Don Melciades, no sea grosero, sólo es una chiquita. Mejor nos vamos.

El no respondió. Don Melciades sonreía y continuó moviendo la máquina sobre los rodines hacía el corredor de la casa. Yo me aferraba al mueble, poniéndome al frente para impedir que la sacaran de la casa y se la llevaran.

- Por favor, por favor.... No se la lleve, mi mamá la necesita
Por favor, por favor señor...gritaba llorando, aterrorizada.

El policía me miró como pidiendo perdón con la mirada y ayudó a mover la máquina e introducirla en un vehículo estacionado frente a la casa.

- ¿Quiere que le devuelva la máquina a su mamá? Preguntó. Yo solo lo miraba, tratando de entender qué me estaba diciendo.
- “vaya a mi oficina al final del día, cuando ya no hay nadie y le devuelvo la máquina de su mamá”. Sabe dónde está mi oficina, me preguntó?. No recuerdo haber respondido.
- Usted quiere que ella la recupere, verdad? Me preguntó. Y sin esperar respuesta, continuó....pues bueno....depende de usted recuperarla y que ella ya no llore más.

Ahí estaba yo al día siguiente, al final del día, mirando fijamente la ventana de la oficina del intendente. Las luces estaban prendidas y podía observar a dos hombres conversando o discutiendo. Uno era él, sin duda. Era pequeño y viejo, con un vientre protuberante. Podía reconocerlo a través de la ventana. Mi corazón se me quería salir del pecho y me costaba respirar. Tenía miedo, pero no sabía de qué. Repasaba las palabras que me había dicho:

- “vaya a mi oficina al final del día, cuando ya no hay nadie y le devuelvo la máquina de su mamá”

Parada ahí en esa esquina, cuando ya el sol se ocultaba y la noche empieza a caer, intentaba adivinar ¿qué me pediría el intendente para devolverme la máquina?.

Tenía mucho miedo y todo mi cuerpo temblaba. El corazón latía muy fuerte y seguido. Tenía un susto en el estómago como un vacío... como una amenaza.

Entonces observé salir a un hombre de la oficina, bajando las gradas que había a un costado del edificio. Sabía que había llegado el momento de entrar, sino el intendente también se iría y no me devolvería la máquina de coser.

Si me la devolvía, si yo pudiera llevarla a la casa esa misma noche....¡Qué sorpresa y qué alegría para mamá ! Sin duda se sentiría muy orgullosa de lo yo que había logrado.

La imagen de mi mamá sonriendo, el orgullo que adivinaba en sus ojos por mi hazaña, fue el último pensamiento que necesitaba para decidirme. Respiré fuerte y di el primer paso para cruzar la calle que me separaba de la oficina del intendente.

Entonces una mano fuerte se posó en mi hombro y me detuvo. Volví a ver quién era y lo reconocí.....era el manco. El amigo de mi papá, el que me decía princesa.

Lo conocí años atrás, cuando me sentaba en los regazos de mi papá en los “pollitos” que había debajo de las palmeras que bordean la línea del tren en Turrialba, donde nacimos y crecimos los cuatro hermanos.

Me gustaba el manco. Era alto, fuerte, con un rostro hermoso, tostado por el sol. Usaba sombrero, botas y un machete al lado derecho del pantalón, en una funda. Montaba un caballo que amarraba a una de las palmeras.

Mostraba con orgullo muchas cicatrices en su cara y en sus brazos y la mayor de ellas, el brazo izquierdo cortado por debajo del codo, donde colocaba una especie de protección de cuero al final del muñón.

Pertenecía a una familia de varios hermanos, famosos porque les gustaba pelear a machete - narraba papá – Todos mostraban cicatrices por las muchas peleas que habían tenido.

Yo escuchaba al manco narrar con orgullo a mi papá cuándo y cómo había adquirido cada una de sus cicatrices.

- Era muy valiente el manco, pensaba yo.... No le tiene miedo a nadie, decía papá ... era buen hombre el manco. Bueno y valiente.....
- Probablemente había perdido su brazo peleando a machete para defender alguna buena causa, concluía yo en mis pensamientos –

Me gustaba el manco, lo miraba con admiración y asombro. Tendría unos 45 años y me parecía muy guapo, a pesar de sus cicatrices y su brazo mutilado.

¡Hola princesa ! ... me decía cuando yo llegaba a buscar a mi papá donde sabía que lo encontraría, sentado en los “pollitos” y conversando con algún parroquiano.

Y le afirmaba a papá que yo llegaría a ser una reina, la reina del pueblo, porque yo era una negra linda.... decía.

¿Sabría el manco para dónde iba yo cuando me tomó del hombro al anochecer?. ¿Desde cuándo estaba junto a mí?. ¿Habría escuchado mis pensamientos.?

- ¿Qué haces aquí?.... Me preguntó. ¡Es tarde ! ¿Para dónde vas princesa ?.

No tenía mucho tiempo... el intendente se iba a ir y yo no recuperaría la máquina ...

Miraba una y otra vez hacía la oficina con angustia.

Entonces le dije que iría a la oficina de ese señor que se había llevado la máquina ... que yo podía recuperarla ... que mamá lloraba todas las noches ... que no tenía plata

para pagar la deuda que papá no había pagado ... que le daría una gran alegría si se la llevaba esa noche..... repetía atropelladamente, casi llorando, tratando de que él comprendiera la urgencia de que me dejara ir.

Dobló su cuerpo alto y fuerte hasta ponerse a mi altura. Observé su rostro, quemado por el sol, sus cicatrices, su brazo cortado por debajo del codo. Aún así, con el brazo cortado y con el brazo completo, me tomó de los hombros y me dijo:

- Princesa, usted no va a entrar a esa oficina, ese hombre no le va a devolver la máquina. Yo no permitiré que usted vaya, él va a hacerle daño. Me miraba fijo a los ojos y las lágrimas contenidas brotaron sin control.
- Si él le hace algún daño, tendré que matarlo, a machetazos, me dijo.... - Había rabia y fuerza en su voz.
- ¿Usted no querrá que yo pierda el único brazo que me queda, me preguntó ? Le dije que no, con un movimiento de cabeza.
- Pero ¿y la máquina ? le pregunté.
- Sus papás lo resolverán... me dijo. Usted no tiene que hacer nada. Tiene que volver a la casa. Yo la acompañaré....; Vamos princesa !

Por alguna razón, cuando lo miraba a los ojos entre lágrimas, supe que él decía la verdad y sentí un alivio en el corazón.

Dándome un ligero empujón por la espalda, me impulsó a caminar. Yo iba adelante y él me seguía unos 20 metros atrás. Yo, cada tanto, volvía a ver para comprobar que me seguía y me sentía segura al observar su figura a pocos metros, que se recortaba en la penumbra de la noche. Cada vez que volvía a verlo, centraba mi atención en el brazo cortado debajo del codo y el machete al lado derecho de su pantalón, en su funda.

Cuando llegamos a la esquina de mi casa, cuando sólo faltaban 50 metros para llegar, me volví y lo miré por un rato, que me

pareció muy largo. Supe que él sabía que había dejado de llorar y que estaba segura.

Entonces me volví y corrí y corrí, hacía mi familia, hacía mi casa, la casa de donde el intendente se llevó la máquina, donde me pidió que fuera a su oficina y me la devolvería.

Nunca supe si el manco le habló algo a papá de su encuentro conmigo. Papá nunca me dijo nada. La máquina.....no se cómo, pero mamá la recuperó algún tiempo después.

Al manco lo seguí viendo por algunos años más, sentado en los “pollitos”, debajo de las palmeras que bordean la línea del tren.

- Adiós princesa Me decía.

Yo le sonreía y le decía adiós con la mano y aunque pasaban los años, me parecía que continuaba siendo guapo. Siempre tenía el machete en la funda, al lado derecho del pantalón. Y hasta la última vez que lo vi, tenía intacto su brazo derecho.

Aún hoy, varias décadas después, tengo clara en mi memoria la figura de aquel hombre y aún a mi pesar....como una pesadilla.....también la del intendente municipal.

Adiós Madre Casa

Autor: Manuel Guillermo Morales Navarro

Son la cinco de la mañana, es el amanecer del último día del mes junio del 2024, desde de la acera del frente, yo Ángel Bueno, miro con ojos de amor y el corazón triste, mi hermosa casa. La casita de mi vida, de mi familia. Cincuenta años de bellos sueños, de risas abiertas, de juegos cambiantes, de bienvenidas y despedidas, de múltiples emociones y recuerdos mágicos. Hoy es el final, el definitivo momento de cortar lazos, de despedirme, del adiós a la Madre Casa, casita, de carita blanca, ventanas como ojos negros, techo de pelito rojo, jardín que se asemeja a un collar de flores multicolores y rejas que son como brazos abiertos. Empiezo a caminar hacia los dulces y amorosos brazos que extiende la Madre Casa. Cada paso que doy es porque la amo, porque es un acto realizado desde mis veinte años, porque caminar hacia la Madre Casa fue siempre la mejor respuesta a mi vida, a mi existencia. Mientras cruzo la calle, los primeros rayos del sol acarician mi rostro, escucho el canto de los pájaros, los sonidos del viento y el latido del corazón. Siento alegría y tristeza. Advierto tensión por las huellas emocionales dejadas con el paso de la Madre Casa en mi vida. Son regalos eternos, imposibles de borrar. Estoy llegando al encuentro. Ahora “Ella” me invita a “abrazarla”, no sé qué decir, o pensar, si alzar mi voz, evocar recuerdos, escuchar o hacer el más profundo silencio. Bendigo este momento de cercanía y respeto mutuo que a nuestra historia arropa. Al abrir el portón, abro mi corazón para que toda la felicidad y agradecimiento entre y pueda sentir el alma pura de la Madre Casa. Portón de hierro enflorado, cómplice, testigo fiel de innumerables entradas, salidas y conversaciones “autorizadas” y “prohibidas”. Ingreso, ahora estoy en el jardín, bello y paciente acompañante, de coloridas flores que semejan un collar, respiro su exquisita fragancia y parece que el mundo es perfecto. Despierta en mi nostalgia de la buena. Siempre encontramos en ti, esplendoroso jardín, la paz, la calma, la inspiración, la reflexión, como si te habitara un ángel del cielo. Envolviste por años nuestra amada Madre Casa y por ello, clamo a Dios para que te conserves por siempre. Quedo frente a la puerta principal que está cerrada, tiembla mi mano que se aferra a la llave que abrirá la puerta a tu alma. Madre Casa, abriré tu iluminado interior, escuchando la

hermosa canción de bienvenida que entonaste durante estos felices cincuenta años. Ya en el vestíbulo, punto de encuentro y despedida de innumerables personas buenas, siento la comodidad de tus espacios, la privacidad de tus rincones, la luz natural y exquisita de tu ser interior. Resalta el lugar donde estuvo el viejo espejo que cientos de bellas imágenes reflejo, luego contemplo el cielorraso artesonado de madera de pino que no se cansó de mirarnos desde las alturas, obsequiándonos elegancia, encanto, protección, finalmente toco las firmes paredes de ladrillo rojo que te sostienen, dando un estilo único del gran compañero que fuiste del vestíbulo. Al continuar este último encuentro, desde el pasillo principal, Amada Madre Casa, compruebo una vez más que tu interior es un mundo de amor, un santuario donde germina la vida del hogar, y se consolida la familia. Observo en la sala, el comedor, la cocina y las habitaciones, la luz que disipo el miedo, la paz que nos llenó de tranquilidad, la verdad que ilumino nuestros corazones ante la mentira. Por un instante, al pasar a la terraza, miro a mi derecha, en la pared cuelga el único objeto que permanece en la casa, el antiguo reloj, que indica que son las ocho treinta de la mañana. Reloj principesco del tiempo, que tantas veces nos evocó lo efímero del ritmo de la vida. Esto me recuerda que, a la una de la tarde, vendrán los nuevos propietarios y que poco antes hare junto con mi familia, una ceremonia, del Adiós, de agradecimiento y bendición a la Madre Casa. Esta terraza, un lugar acogedor, culminante, donde la luz abraza, el aire sosiega, donde se fraguaron y celebraron los más tiernos encuentros, escenario de bailes, música, tertulias, reuniones y miles de aprendizajes que cimentaron nuestra bella familia. La terraza, mi lugar preferido y el corazón de nuestra amada Madre Casa. De pronto huelo a café, a libros, a imaginación, ideas, papeles, escritorio, pizarras y pantallas, es mi oficina que se alza serena, calma, al fondo de la Madre Casa. La recordare por siempre como mi mundo del quehacer, mi aula abierta, donde hice lo que más amo, educarme, reducirme y facilitar el aprender a otros. Siempre aquí, me sentí libre de consumir mi tiempo y talento. Ahora, escucho dulces cantos de aves que entonan bellas melodías de profundas inocencias y alegrías. Me encuentro en el precioso patio de la Madre Casa. Nunca lo vi, ni sentí que llorara de pesares. Amigo inseparable del sol, la lluvia, el viento, el día, la noche y de nuestros viajes frecuentes para respirar el destino. Estuvo rodeado

de bellas plantas y flores de mágicos colores, de figuras prehispánicas referentes a la familia extensional que invitan a la inclusión de todos y todas. Desde el patio diviso la amplia cochera, con su piso desgastado, las paredes recién pintadas de blanco hueso y un caudal de historias maravillosas. La cochera, protectora, confidente, lista para amparar nuestros vehículos. Espacio de despegue y regreso de cientos de viajes que nos hicieron vibrar y disfrutar la vida. Me dispongo a subir por las gradas exteriores a la azotea. Gradas que simbolizan ascender a un espacio de liberación que la Madre Casa nos obsequió para llenarnos de confianza, equilibrio y estabilidad. Desde la azotea el paisaje es esplendoroso, vasto, bello, como lo son los más hermosos sueños. Se divisa buena parte del valle central, la ciudad de San José y los innumerables pueblitos que adornan las montañas como un maravilloso portal de navidad. Hoy el cielo resplandece y fluye una ligera briza aromada que canta una bella melodía de amor y despedida. Madre Casa, naciste en un lugar pleno de paz, entre dos apacibles ríos, bosques guardianes de tu belleza, pequeñas lomas, delicadas calles y gente de bien. Ahora comprendo más porque hemos sido tan felices. Madre porque apaciguaste nuestra dura faena, imprimiste esperanza, respecto, alegría y la capacidad de amar y perdonar. Madre Casa gracias, gracias, gracias. De pronto, escucho un timbre sonar, unas voces exclamar ‘papá Ángel, abranos por favor, observo mi aparato celular, las doce medio día, son mis hijas, hijo y esposa que vienen a la ceremonia del Adiós. Rápidamente bajo por las gradas y me dirijo a la puerta principal. Ahí están, puntuales como siempre. Surge un río de emociones de felicidad y gratitud que sellamos con besos y abrazos en medio del vestíbulo, en medio del alma de nuestra amada Madre Casa. Mientras nos desplazamos hacia la terraza, la Madre Casa parece decirme Ángel Bueno, las despedidas son parte de la vida y un buen recordatorio de que el tiempo compartido fue valioso, esta será una ceremonia para celebrar lo vivido y el inicio de algo nuevo y emocionante. Iniciamos la ceremonia, de pie, formados en círculo, tomados de las manos, mirándonos de frente, en un ambiente donde danzan las emociones. Mi esposa Paccia, inicia con una bella oración de agradecimiento a Dios y a la Madre Casa, por el maravilloso tiempo que nos regaló, por la ternura incondicional que nos demostró, por haber ayudado a transformar nuestras vidas, nuestros seres

en aprendizajes significativos y valiosos. Ahora nos dirigimos al interior de la Madre Casa, y cada persona elegirá su espacio preferido y reflexionará sobre el mismo. Alba, nuestra primera hija, se dirige a la que fue su habitación, repasando divertidas experiencias que llenaron de luz su infancia y adolescencia. Señala en una de las paredes del closet, un mensaje de despedida que escribió cuando tenía diez ocho años, poco antes de partir a su ceremonia nupcial, en el subraya lo relevante de enfrentar y aceptar la vida con alegría y optimismo. Luego Zoe, la segunda hija, nos invita al pasillo principal, mientras expresa con vitalidad, lo que fueron en este espacio, sus muchos momentos de alegrías, secretos, vivencias y cruces de sueños, especialmente con sus hermanas y hermano que le dejaron profundas huellas para emprender su vida. Toma la palabra Ebba, la tercera hija, dirigiéndose hacia la sala, detallando los innumerables recuerdos de niña y joven, sobre todo, la sala como el espacio, acogedor, cálido, con sus bellas lámparas que iluminaron como estrellas cientos de noches en calma familiar y abrazaron muchos pretendientes. Un lugar donde crecieron con fuerza y delicadeza nuestros corazones. Las lágrimas surgen denotando las dulces emociones de Ebba. Gael, el cuarto hijo, se ubica en la sala comedor, suspira y toma aire, para rememorar con gran generosidad, el encanto, la inspiración y la calidez de este lugar. La sala comedora, donde fueron protagonistas deliciosos alimentos, que inspiraron el mutuo amor de ser parte de esta familia. Finalmente, Nadia, nuestra quinta y hermosa hija, la niña de la gran esperanza, nos lleva a su sitio preferido, su habitación, agradeciendo a la Madre Casa, la fuerza vital que nos imprimió para despertar todos los días con ganas de vivir, seguir adelante con determinación y lograr los objetivos esenciales de la vida. Como has escuchado y sentido Madre Casa, te amamos y siempre lo haremos, usaremos los sueños y el amor infinito que nos diste, para traerte en lo profundo de nuestros corazones. Ahora debemos despedirnos, ya suena mi móvil, con la llamada de los nuevos habitantes, son la una de tarde. Sabemos que son lindas personas que se han enamorado de ti, te amaran y renovaran. Un último abrazo amada Madre Casa, llegó el momento de decirte Adiós.

La libreta

Autora: María Marta Retana Meléndez

¿Y dónde está la libreta? - le pregunté a mi mamá, que muy firmemente me contestó -

¡Ay, es que si yo voy y la encuentro no le va ni regular!

Entonces, ante esas palabras, presurosa busqué y rebusqué, abrí gavetas, registré armarios y hasta debajo de las camas me asomé. Le pregunté a mis hermanas si ellas la habían cambiado de lugar y por eso no aparecía, hasta que ya con mi esperanza perdida, la encontré escondida en una gaveta, entre los individuales que usábamos para comer. Era delgadita, color verde y tenía aún muchas hojas en blanco; en las ya escritas podíamos leer: una piña de pan, mantequilla, frijoles, azúcar, huevos, y muchas otras cosas que probablemente se habían agotado, de las compras quincenales que mis papás realizaban en el Mercado Borbón y en los Estancos del Consejo Nacional de Producción (CNP). Sí, esta maravillosa libreta, era nuestro modo de comprar fiado en la pulpería del pueblo.

Con la lista en mano, de lo que debía comprar, me enviaron a la “Pulpería de Vincho”. En realidad, su nombre oficial era Pulpería El Recreo, pero nos era más sencillo decir “vaya donde Vincho”. A pesar de mis reclamos, porque yo había ido la última vez y ahora era el turno de alguna de mis hermanas, al escuchar un “porque lo digo yo”, otra de las frases preferidas de mi mamá, bastaba para dirigirme resignada a donde Vincho, eso sí, no sin antes hacer la última consulta - ¿y me puedo comprar algo? - ¡Nooo!, fue la respuesta de mi mamá.

Al salir de mi casa, pude ver con gran tristeza, a mis hermanas y a mis vecinas Nuria y Mary jugando rayuela y mecate; una razón más para que a mis nueve años, yo considerara la gran pérdida de tiempo, que significaba ser la mandadera. ¿Qué era lo importante en ese momento, las compras o que yo participara de esos juegos?, pues la respuesta era obvia, que yo demostrara mis cualidades brincando mecate. Así que tenía que apurarme para integrarme a este grupo lo antes posible. Vincho, dueño,

administrador y dependiente de El Recreo, me recibió con un - ¿qué quiere chola? - frase típica de él. Me gustaba cuando él me atendía, siempre me cayó muy bien. Me llamaba la atención su pelo rizado, y un colochó le caía de forma natural en la frente, me hacía muchísima gracia. Siempre estaba alegre y le hacía bromas a las personas. Su hermano Daniel, que también atendía la pulpería, era más serio que Vincho y a mí me daba un poquito de temor, por lo tanto, prefería esperar mi turno con este simpático señor. Una vez que pedí lo que necesitaba, tenía que presentar la libreta. Empecé a buscarla y fue cuando me percaté de que la había olvidado, por lo que Vincho al ver mi cara de decepción, me pidió que regresara a traerla.

La pulpería quedaba aproximadamente a seiscientos metros de mi casa, y aunque yo era una chiquilla llena de vitalidad y energía, el tener que ir y volver no dejaba de significar un gran esfuerzo, sumado al tiempo que iba a perder, para poder participar de los divertidos juegos que me estaban esperando en la calle. Con estos contratiempos, era posible que al llegar mis hermanas y mis vecinas estuvieran cansadas y no quisieran jugar más, ¡Ay no!, sería el colmo de la mala suerte, y todo por haber olvidado la libreta, o ¿será que en el camino la perdí?, eso sí sería mi perdición.

Pero eso no era lo peor, el susto se daba al volver sin las compras y acusarme de haber olvidado tan importante herramienta de negocios: la libreta. Después de escuchar la retahíla entre la que sobresalía “no deja perdida la cabeza porque la tiene pegada”, regresé a la pulpería, ahora sí con la libreta bien agarradita, maquinando en mi cabeza cómo comprar alguna golosina, que creía merecer por tanto contratiempo, sin embargo, debía pensar la forma de que mis papás no se dieran cuenta de este pecadillo que estaba a punto de cometer.

Entre las delicias que quería pedir para darme un gustito, estaban los helados de cajita que ya traían su paleta para comerlos de una vez, así no se dejaba evidencia, también podía comprar marcianitos, esos deliciosos confites que se derretían en la boca, pero lo que más y más y más quería, era un chocolate Jockey, eran tan grandes..., con un empaque que yo guardaría por lo lindo que se veía y de un sabor exquisito,

eso sí era un verdadero placer que a lo mejor me podía permitir. El precio, aunque era alto, no importaba porque lo iba a anotar en la libreta, así que no había problema.

Sin embargo, había un inconveniente, y era cómo decirle a Vincho que me lo incluyera en la libreta, camuflada, de manera que a la hora de revisarla no se notara, o bien, que me lo insertara dentro del precio, por ejemplo, del azúcar, y así no dejar evidencia de la compra. El problema era que el avisado pulpero, no se iba a prestar para este engaño y además estaba muy apegado a las reglas del mandamás de mi casa: nada que no viniera en la lista de compras, era permitido. Sabía que me iba a preguntar ¿tiene permiso cholito?, y mi audacia no daba para tanto, así que desistí de comprar alguno de esos merecidos manjares. Me tendría que conformar, con la feria que me daría por la compra. Bueno, si era una melcocha La Estrella, valdría la pena, porque además de que eran muy ricas, podía ganarme otra, si la etiqueta que venía en la melcocha, traía la leyenda de premiada. En fin, si ese día Vincho no estaba dadivoso, corría el riesgo de que la feria fuera un confite de mora envuelto en un papel de pan, nada especial para mi refinado paladar.

En la libreta, el pulpero anotó cuidadosamente las compras de ese día:

1 onza de Café Dorado, 25 céntimos

1 libra de azúcar, 55 céntimos

Achiote, 10 céntimos

1 libra de manteca, 50 céntimos

5 viscotelas, 25 céntimos

Jalea, 25 céntimos

1 chocolate Jockey (en mi imaginación)

Ya con los artículos en bolsa, la feria del confite de mora y la libreta debidamente resguardada, llegaba a mi casa, cansada no solo

físicamente, sino mentalmente de tanto pensar cómo hacerme un regalito en la pulpería y no haber logrado mi cometido. Antes que nada, la libreta debía guardarse en su lugar: la segunda gaveta del trinchante que está en el comedor. Ahí se protegía, esa era, digamos, su caja fuerte.

Y es que la libreta debía de custodiarse como un tesoro. ¿Qué pasaba si se perdía?, no había un duplicado, era única, irremplazable. La memoria RAM de ese entonces, era la cabeza, y no daba para recordar todas las compras que se hacían casi todos los días. Así que pensar en que se podía perder, no era permitido.

Y ahora sí, llegó el fin de mes, momento de ir a cancelar lo adeudado en la libreta. Mi papá, un hombre muy responsable y proveedor nato cuando se trataba de su familia, era comerciante, agente viajero se denominaba. Por su trabajo, hacía largas giras a todos los cantones de Guanacaste y a la Zona Sur: Golfito, Pérez Zeledón y otros pueblos que quedaban en ruta. Estas giras lo mantenían fuera de la casa, por lo menos dos semanas. Así, que además de las compras que realizaba en demasía para suplir esos días que no iba a estar en el hogar, hacía hincapié antes de marcharse, en que la libreta era única y exclusivamente para compras de emergencia, con ella se compraba lo que hacía falta, sin despilfarrar en artículos no necesarios o bien, que podían esperar. La consigna para el uso de la libreta, era “ES PARA EMERGENCIAS”, no había más que alegar.

Por lo tanto, antes de ir a pagar lo adeudado, la libreta se revisaba minuciosamente, se hacían las cuentas a mano, se sumaba una y otra vez, y por último para verificar que los números fueran los correctos, mi papá conectaba al tomacorriente una enorme calculadora que guardaba con gran cuidado. ¡Ay por Dios!, que en esa revisión no aparezca ningún producto que no estaba autorizado, porque si eso pasaba, encontrar a la culpable era difícil, ya que no quedaba consignado cuál de las hermanitas Retana, había efectuado la dudosa compra, y el discurso de reprimenda iba parejo para todas. Recordemos, la libreta “ERA SOLO PARA EMERGENCIAS”.

El confesionario

Autor: Hugo Alvarado Gutiérrez

*All is fair in love and war.
(Todo vale en el amor y la guerra).
Anónimo.*

Las penitentes, muchas con velos blancos y negros, algunas con el hábito carmelita y otras con los ojos entreabiertos viendo al San Vicente del Altar Mayor, hacían fila en las bancas cerca del confesionario del templo parroquial.

Como todos los primeros viernes del mes Maribel, trigueña de anchas caderas, tobillos redondeados, sonrisa bobalicona y unas pestañas que abanicaban los destellos de su mirada sensual, acudiría a las tres de la tarde en busca del perdón.

El padre Varela, sudoroso y malhumorado, era también puntual a la cita. Anciano célibe y medio sordo, había que hablarle duro y vocalizando, sobre todo en las confesiones que, según su apreciación, solo él escuchaba.

Pero al igual que sus feligreses simulaba desconocer la causa de aquella aglomeración femenina cuya intención atribuía a la purificación de las almas de su feligresía por la clemencia divina.

Lo cierto era que la confesión de Maribel se había convertido en un informativo de insinuaciones e infidelidades con detalles de nombres, lugares y hasta de posiciones, que sin desenfado describía al padre Varela.

Se escuchaban despelotes en el cafetal, en las bodegas de la talabartería de los Castro, o en los secanos de achiote, por las pozas del Virilla o en los potreros aledaños a la Calle de la Carreta o la de Guayabal

“¡Ay Dios mío!” Se le escapó a más de una y al padre se le cayó el birrete cuando el famoso Palenque, galerón adosado al templo parroquial donde se hacían los turnos, fue testigo de un arrebató promiscuo de Rómulo el sacristán, según le relató Maribel.

La voz de Maribel se acrecentaba con el silencio de las pecadoras, quienes interrumpían sus rezos mientras esperaban para confesarse, cediéndole campo en la banca más cercana al Confesionario.

Ninguna quería perderse los detalles libidinosos de aquella arrepentida confesa, que cada mes reciclaba sus aventuras que complacían sueños fantasiosos y libertades sexuales prohibidas por la represión ancestral de sus clientes.

Cuando no escuchaban bien lo que se ventilaba en la caja de resonancia donde se destapaba el lenocinio pueblerino, se preguntaban entre ellas: “¿Dijo Mauro o Mario?” “¿De cuál José habló?”

En fin, ¿quién necesitaba una radionovela cuando se tienen las confesiones periódicas de Maribel en la iglesia?

Solo que el espectáculo de chismes y traiciones se desbordó como agua de alcantarilla rota salpicando a culpables e inocentes, hasta el punto de que muchos de los atribulados vecinos se estremecían si se topaban a Maribel y de acera se pasaban.

Las voces y las recriminaciones familiares recrudecieron, algunas con fundamento, la mayoría engordadas por la imaginación, los rumores y el resquemor.

Sin embargo, los más atrevidos, ahora con el morboso atractivo del peligro, siguieron buscando a la seductora trigueña, aprovechándose de la duda de alcahuetas que afirmaban que sus revelaciones eran falsas.

Por lo que el deterioro de los matrimonios siguió, algunos noviazgos se deshicieron y hasta unos casamientos se cancelaron, pues en las confidencias se develaban detalles íntimos que garantizaban su veracidad.

Otoniel, viejo solterón de mostacho blanco teñido de amarillo por fumar puro y mascar tabaco, decidió romper el ruido de las tacadas de las bolas de marfil entre los jugadores y espectadores del Billar de los Ferllini, una tarde de mayo.

“A esto de Maribel, hay que buscarle remedio”, dijo en voz alta para que todos le escucharan. Él tenía autoridad para iniciar el debate por su vejez avanzada y forzada castidad por lo que aún no había sido mencionado en la lista de cogidos por Maribel.

Y es que, aunque las aventuras habían sido tiempo atrás, ella en sus confesiones las actualizaba, algunos insinuaban que era por desquitarse con los que le habían quedado debiendo algo por el servicio amatorio.

Los vecinos más desacreditados hasta en una barbaridad habían pensado: quemarle la casa que alquilaba, ahogarla en el Virilla, empujarla al despeñadero cercano al Puente Negro... en fin.

Pero ninguno, por más que fanfarroneara, se atrevería a tan deleznable acción; por eso, como de un mesías cayó el comentario de Pachico Murillo, excombatiente de la Revolución del 48 y formado en la Academia Militar en tiempos del dictador Tinoco:

“A mí me enseñaron que al enemigo hay que atacarlo con sus mismas armas y se me ha ocurrido que lo que le falta a Maribel es enamorarse de un buen hombre para que se sosiegue y deje de andar bajándose los calzones”.

A todos los expectantes parroquianos les pareció, pero la inevitable pregunta surgió alrededor de las mesas de panas verdes. “¿A quién le encomendarían la ejecución de la gesta para salvar la vilipendiada reputación pueblerina?”

Silencio fue la respuesta, el cortante silbido del viento pasando por la celosía quebrada del frente del garito lo alargó...

De pronto detrás de la nube de humo de cigarrillos y las exhalaciones silbantes entre dientes faltantes y gargantas enrojecidas, se oyó a Facafá decir:

“Si me ayudan, yo les hago la vuelta”.

Facafá, sin padre conocido, era un joven taciturno que algunos tildaban de loco, pues le gustaba raparse el pelo a la usanza

de los que estaban internados en el Psiquiátrico Chapuí, sin embargo, conocía de muchos oficios y era muy apacible.

Su ofrecimiento fue unánimemente aceptado, estaba soltero y su audacia rozando la temeridad era reconocida por la comunidad, pues hasta acostumbraba ir a dormir al plácido cementerio municipal en las calurosas noches del verano.

Superando su analfabetismo con la destreza de sus manos y la fuerza de su musculoso torso, se especializaba en podar cipreses, poros y árboles enfermos de gran altura sin más arnés que un mecate arrollado a su cintura.

La estrategia del plan se empezó a fraguar. Lo primero era conseguirle trabajo estable a Facafá. Don Julián Rodríguez, accedió a colaborar, algo temía, y ofreció contratarle como guarda en el *Beneficio* de su propiedad.

Además, Facafá, mejor dicho, Emilio Solano su nombre de pila, viviría en la amplia caseta a la entrada del complejo donde se procesaba el grano del café, con cocina y espacio para un camión, y la persuasión de Maribel se completaría con otros ardides de seducción sugeridos aquella tarde de complot.

Emilio se dejó crecer el cabello, remozó su porte gracias a la ropa nueva y a la fragancia del *Old Spice* que compró y lo predecible pasó, Maribel no solo se redimió, sino que genuinamente se enamoró de un afortunado Emilio, que ahora tenía trabajo fijo.

El día que se ennoviaron Emilio hasta un chal y una buena cartera le regaló; los fines de semana se iban de paseo a los parques de la cercana capital y almorzaban en las sodas del Mercado Central y en ese periodo cesaron las confesiones de Maribel.

Al cabo de medio año hubo revuelo cuando se casaron, las campanas sonaron en Viento Fresco, todos - castos, infieles y alcahuetas - contribuyeron con regalos, el Palenque se llenó de vivas y el guaro de contrabando corrió en la celebración.

“Los Bolaños” aunque no tuvieron hijos, - Maribel era estéril - al tiempo se fueron a vivir a una finquita que Emilio compró en las llanuras de San Carlos.

Desde entonces, la paz a los hogares regresó, volvieron los noviazgos y más familias se formaron, el padre Varela descansó de tanta confesión, pues el perdón ennobleció a un pueblo lleno de humanidad, sin héroes ni próceres, pero con más niños.

“Un milagro del patrono San Vicente Ferrer”, argumentaba el cura mientras que los asiduos del Billar sabían que sin las artes de la guerra combinadas con las del amor, otro hubiera sido el desenlace de aquella conmoción.

Esta historia se veló por varios años en las penumbras del imaginario colectivo, hasta que mi abuelo, medio tragueado en una noche lluviosa, me la narró finalizándola como si de un cuento de hadas se tratara:

“Así que gracias a loco y a la puta del pueblo todos vivimos por siempre felices”.

A la deriva en Cabo Blanco

Autor: Jorge Enrique Chaves Villalobos

Octubre de 1964, Estoy sentado en el corredor del negocio de Miguel Durán y Berta Baltodano, junto a unas quince personas, poco más o menos, vecinos de Manzanillo de Arío y pueblitos cercanos, que esperan abordar la vieja lancha con rumbo a Puntarenas, Una brisa constante sopla desde el mar hacía la tierra, no es fuerte, pero los más viejos saben que se trata de un viento del norte y eso les preocupa.

Tenía pocos meses de trabajar como maestro en un pequeño pueblito llamado Bajos de Arío, y tuve que viajar a Puntarenas por encargo de la Junta de Educación del lugar. Para comprar unos materiales que se necesitaban para la construcción de un pozo en la escuela.

Amaneció oscuro, a eso de las cinco de la mañana, Ricardo, el hijo menor de la familia Agüero, la que me hospeda en su casa, llegó con dos bestias para llevarme a Manzanillo, donde me embarcaría rumbo al Puerto.

Hace un poco de frío, pero el zarpe está pronto y en la lancha podré tomar café con pinto.

No me equivoco a las siete de la mañana empieza la operación de traslado de pasajeros a la lancha. Se utiliza igual protocolo que con los animales y la carga. Nos quitamos los zapatos, nos arrollamos los ruedos del pantalón, caminamos unos cuantos metros con el agua a la rodilla y llegamos hasta donde está el bote. Los marineros nos ayudan a subir, mejor dicho, los pasajeros nos tomamos del borde del bote y los marineros terminan de echarnos dentro del mismo. Las mujeres son más afortunadas algunas son llevadas a caballito por los marineros para que no se mojen los pies ni el ruedo de sus vestidos y junto con los niños son alzados o llevados sobre los hombros.

Con todos los pasajeros a bordo, el bote, impulsado por los remos que mueven cuatro robustos marineros se dirige rumbo a la lancha que se encuentra a unos cien metros de la playa,

Una vez sobre la cubierta del Don Bosco, me dirijo a la proa y observo el horizonte. El sol va asomándose de manera intermitente sobre una línea cargada de nubes oscuras que no presagian nada bueno. Una bandada de pelícanos se desplaza casi a ras del agua en busca de su sustento diario. Vuelan en una impecable fila india que ninguno abandona a no ser para dejar su posición en la vanguardia e inmediatamente ubicarse en el último lugar de la retaguardia. De pronto el que ocupa la punta asciende de manera vertiginosa, los demás le siguen sin romper la formación, y luego, plegando sus grandes alas, entran todos en picada y desaparecen en las aguas del mar, para reaparecer segundos después entre un espumarajo sobre la superficie del mar, sacudiendo su largo pico y engullendo los peces capturados,

Admiro estos animales, son magníficas aves, disciplinadas, talentosas, conocedoras del magnetismo terrestre, con una visión fantástica, preparadas y equipadas para volar grandes distancias sin motor y sin otro instrumento de navegación que las estrellas. Venerados por los antiguos egipcios como conductores de las almas en su paso al más allá.

El capitán de turno emerge de una de las dos bodegas del Bosco, no se su nombre, pero sí su apodo. Le dicen Fincho, es un hombre moreno, curtido por el sol y el agua de mar. Cara redonda y morena, pelo lacio y profundamente negro como una mala noche, sus ojos sin embargo son azules y cuando alguien le pregunta de donde los sacó, responde poéticamente: “de tanto mirar el mar”.

Mientras se dirige a la cabina de mando saluda con un ¿Qué tal, como le ha ido? a los que estamos sentados en la banca lateral de estribor, o sea el lado derecho de la embarcación, cuando pasa frente a mí se detiene y me tiende la mano.

¿Qué tal maestro, a pasear al puerto? Y desaparece en el interior de su cabina. Su deferente saludo sirve para que mi ego se agrande.

Fincho hace sonar fuerte y repetidamente una sonora campana, es la orden de zarpar. Esa campana y el número de toques es la forma de comunicación entre el capitán y el maquinista de la nave.

Dos marineros recogen el ancla y el motor diésel estornuda fuertemente, vomita grandes bocanadas de humo, el Bosco se estremece de proa a popa y de babor a estribor, las élices de su propela revuelven las aguas del mar y de pronto el motor se empareja y la lancha comienza a navegar a poca velocidad. Pasan dos o tres minutos y se escuchan tres toques de campana, entonces el maquinista obedece la orden de su capitán y acelera a media máquina. El Bosco avanza más rápido cinco minutos después se escuchan otra vez la campana, esta vez son cuatro toques y la lancha acelera una vez más hasta alcanzar su velocidad crucero.

La llovizna se ha convertido en aguacero, el cielo se ha oscurecido y allá por el Cabo Blanco está tronando. En los rostros de los más viejos se nota preocupación, ellos no están ajenos a que estamos navegando en mar abierto, que no es lo mismo que navegar protegido de los vientos por las islas y las costas del Golfo de Nicoya.

Hace apenas cuarenta minutos que salimos de Manzanillo y el mar comienza a blanquear producto del viento que se ha encargado de encresparlo. El Bosco comienza a balancearse primero rítmicamente hacia babor y luego a estribor, luego se convierte en un en un balanceo muy brusco, peligroso según los entendidos, porque la lancha puede volcarse y naufragar. Fincho, el capitán moreno, empacado, curtido por mil viajes y otras tantas tempestades, cambia el rumbo haciendo que la embarcación ya no se balancee hacia sus costados, sino que ahora topa las olas de frente y comienza a moverse cabeceando según la jerga de los viejos lobos de mar,

Yo voy sentado en la cubierta detrás de la cabina del capitán y la tapa de la primera bodega (El Don Bosco cuenta con dos, una es la que acabo de referir, la otra separada de esta un metro y medio hacia la popa) Esa posición en la que voy me protege del salpique de las olas.

El aguacero arrecia, el viento también, ya no se divisa el Peñón ni la costa de Santa Teresa ni la del Carmen,

tampoco puedo divisar Mal País, todo está oculto tras una inmensa y densa cortina de bruma, que en realidad no es

neblina, sino el descomunal aguacero y el fuerte viento que se han extendido por todo el mar. Los marineros proceden a bajar las cortinas de lona porque la gente se está mojando y el agua está entrando en la embarcación cada vez que la lancha cabecea, movimiento que conforme va pasando el tiempo se torna más violento.

Algunos niños y sus madres empiezan a llorar y otras a rezar, Fincho se ve obligado a dejar el timón, lo entrega a otro marinero y procede a calmar los ánimos explicando que si bien hay mal tiempo no hay peligro de naufragio, que nos estamos acercando al Cabo Blanco y que ya después de haberlo superado el tiempo mejorará, “No tengan miedo, si hubiera peligro yo no hubiera salido de Manzanillo, tengan calma yo sé lo que estoy haciendo, carajo” pero no logra convencer a las mujeres, ni a mí. Después de escuchar la palabra naufragio estoy verdaderamente asustado. Para empeorar las cosas comienza a relampaguear y a tronar. En medio de la congoja me acuerdo de Luisa González con sus truéganos y cusingas.

El Bosco sigue navegando entre una espesa cortina de lluvia y grandes olas que se empeñan en no dejarlo avanzar, pero ya estamos a la altura del Cabo, así lo evidencia un islote que medio se divisa a estribor, tal vez a unos doscientos metros de donde nos ubicamos. Ignorante del peligro en que me encuentro, divisar el islote me serena un poco, de aquí en adelante la tormenta disminuirá según aseguró Fincho.

Todavía llueve torrencialmente y la maldita rayería no termina, de pronto no se escucha el ruido del motor de la lancha y la campana vuelve a entrar en acción, esta vez no sé cuántos toques o repiques, lo que sé es que algo grave está pasando, porque Fincho y otros marineros corren presurosos y entran en la bodega donde se ubica la casa de máquinas.

Se apagó el motor me dice en voz baja uno de los pasajeros, como para no alarmar a los demás y sin pensarlo dos veces se abalanza sobre uno de los costados de la lancha y aparta una de las cortinas, para ver la ubicación de la nave. El viento se

encarga de que la lluvia penetre al interior empapándonos de pies a cabeza y el hombre exclama: “estamos cerquítica del islote si no salimos de aquí, encallamos y nos lleva puta”.

Entro en pánico como ya lo habían hecho las mujeres y los niños, pero de pronto se oye el motor, arranca, pero unos segundos después se vuelve a detener. Me arrimo al pasajero que ha estado informando, es un hombre alto y seco con una barba mal cuidada y con ropa sencilla que se ve muy usada. No parece ser una persona instruida o conocedora de las artes del mar, pero me atrevo a preguntarle: ¿Y qué nos puede pasar si encallamos? “Pues que las olas y las rocas pueden despedazar la lancha y ahí mismo nos ahogamos todos, porque, así como tienen poder para romper la madera imagínese que puede hacer con nosotros”. Otra vez se oye el motor, pero otra vez vuelve a enmudecer.

Así van transcurriendo el tiempo, no sé cuánto tiempo ha pasado, los minutos parecen horas, la madera del viejo Bosco se estremece con fuerza y parece que no va a resistir el embate del oleaje. Escucho traquear la madera de la embarcación, los traquidos son como los quejidos del Bosco avisando que ya no puede resistir más, las olas invaden la cubierta y los pasajeros gritan alarmados. Alguien desde el otro costado de la lancha grita con voz fuerte: “Tenemos el islote encima, o arrancan ese puta motor o aquí quedamos para que coman los tiburones”.

No hay chalecos salvavidas a bordo y el bote que remolcaba la lancha para el transbordo de pasajeros y para una emergencia, la última esperanza de salvación, se desprendió durante la tormenta y ahora es solo un montón de astillas que se revuelven en el espumarajo de las olas.

El mismo miedo que me invade me obliga a comprobar las cosas, me voy a un costado de la lancha y levanto la cortina de lona, la lluvia me da de lleno en la cara, el viento me arrebató la cortina y me golpea en los ojos. De pronto quedo a ciegas. Recupero la visión a medias, aparto de nuevo la cortina y ante mis ojos se presenta el mismito infierno, un infierno inédito, un infierno de agua salada que se revuelca furioso entre las rocas amarillas y rojas del islote. Siento las piernas temblorosas, apenas si me sostienen.

Fincho sale rápidamente de la bodega pasa a mi lado y me grita:

- Maestro apártese de ahí, ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué un tumbo de agua lo tire al mar? No sea bruto.

La regañada de Fincho me hace volver al lugar en donde estaba, ahora sí tomo en serio lo que está pasando, tengo mucho miedo, estoy empapado, y por mi mente pasan una serie de recuerdos, mis padres, hermanos y hermanas, mi novia que hoy en la mañana dejé en Bajos de Arío.

La idea de morir ahogado me recorre todo el cuerpo como una descarga eléctrica, como un aviso de que la muerte está a mi lado.

Morir ahogado, no, ese no puede ser el final de mi existencia, siempre he querido apartar esa idea de mi pensamiento porque me traumatiza y ahora, paradójicamente, el destino me pone frente a frente con la muerte menos deseada. Los ojos empiezan a dolerme y entonces los cierro con fuerza y me viene a la imaginación lo que me espera. Por más que trato no puedo evitarlo, me veo nadando desesperadamente en aquel torbellino de aguas embravecidas, que me pasan por encima y me mueven a su antojo, sigo luchando por mantenerme a flote, pero poco a poco me voy quedando sin fuerzas y empiezo a hundirme lentamente en las aguas del Cabo. Conozco muy bien esas aguas, ¿Cuántas veces he estado pescando en ellas?, sé que están llenas de tiburones, desesperadamente vuelvo a ver hacía un lado y hacía el otro para comprobar que no vengan los tiburones, pero no alcanzo a ver muy lejos, todo se ha vuelto azul y todo está en calma, no hay tormenta, no hay olas, pareciera que me muevo en un mundo de paz color azul, no hay duda, me estoy hundiendo en la profundidad del Océano Pacífico, siento el agua entrando por mi boca y por mis fosas nasales, trato de respirar y no puedo, siento un fuerte dolor agudo sobre mi pecho, me desespero, no quiero morir ahogado, trato de nadar hacía la superficie pero mis brazos y mis piernas permanecen inertes e inmóviles. Ahora entiendo, me estoy asfixiando. Mis oídos comienzan a zumbir como si un montón de abejas estuvieran dentro de ellos, siento un terrible dolor de cabeza y el agua sigue entrando y llega hasta mis pulmones, tengo la sensación

de que una enorme fuerza me comprime todo el cuerpo, pierdo mi deseo de sobrevivir, sé que estoy empeñado en una lucha desigual e inútil: he muerto, lo sé porque ya nada me duele y todo se ha tornado oscuro como la noche.

El Bosco da un bandazo a estribor haciéndome rodar por la cubierta y me saca de la horrible pesadilla que tenía, me doy cuenta que estoy vivo, pero en peligro de muerte, entonces vuelvo a la realidad y comienzo a rezar el Padre Nuestro, única oración que me sé completa, e inevitablemente las lágrimas comienzan a bajar por mis mejillas. Nadie se da cuenta si son lágrimas o gotas de lluvia lo que corre por mi cara, solo yo lo sé, porque siento su tibieza.

Otra vez se escucha el motor, de nuevo arranca con fuerza, de pronto baja su intensidad y todos esperamos lo peor, pero el ritmo se fortalece, ahora se empareja y se escuchan los cuatro toques de campana que ordenan navegar a toda máquina. El viejo timón, apoyado por la fuerza del motor, logra que la lancha realice un viraje de ciento ochenta grados y poco a poco comenzamos a alejarnos del islote del Cabo Blanco. La tormenta persiste, pero todos aplaudimos y las mujeres dan gracias a Dios

La tempestad nos sigue azotando, pero conforme avanzamos el cielo disminuye su llanto y el mar su terrible fiereza. Una hora rumbo noreste y poco a poco aparece por babor el Bajo del Arbolito y la Bahía de Tambor flanqueada por sus dos cocodrilos, el cielo ya no es negro y la lluvia se ha convertido en un aguacero normal.

El cielo es ahora azul y el sol brilla esplendoroso. Fincho ha entregado el mando a su segundo y charla animadamente con los pasajeros.

Poesía

Mi columpio

Autor: Mario Díaz Corrales

Hoy volví al parque aquel.

Me senté en el columpio, un impulso tímido
y comencé a mecarme.

El viento limpiaba mi rostro
ya cansado del tiempo.

Mis pies volaban,
y mis manos gastadas,
se aferraban a las cadenas
como el óxido al hierro.

Abajo se detenía el mundo.

Arriba se escapaban los recuerdos
quedando esparcidos en el aire.

Yo trataba de agarrarlos y...

Tome uno entre mi boca,
era la grata evocación de aquel beso.

Otro recuerdo se pego a mis ojos,
entonces vi tu piel desnuda seduciéndome.

De pronto una remembranza atrapo mis oídos,
pude escuchar de nuevo a nuestros hijos

Jugueteando por la casa, riendo, llorando.

Y me reí como un loco en el columpio de la vida.

Hasta que mis pies ya no tuvieron fuerzas,
poco a poco fui perdiendo la energía.

Sintiendo como mi columpio se detenía
lentamente, muy lentamente.

No pude contener las lágrimas
melancólicas de la existencia.

Hasta que percibí tus manos en mi espalda,
que suavemente me mecían.

Entonces te hice un campo al lado mío
y aquí estamos meciéndonos,
hasta que se nos acaben las fuerzas...
Y tengamos que bajarnos de esta vida.

Viaje de retorno

Autor: José Luis Obando Fuentes

El homus se levanta con algarabía
para una nueva caminata;
mueve horizontes de luz -avanza-
y se acuesta al anochecer en el barro...
Mientras camina, relucen diamantes
en los pasos abiertos bajo el sol...
Su búsqueda de claridades libera
remolinos en sus pies;
es un viaje que tarda desde el clarear
hasta la oscuridad,
un recorrido total por el instante.

Se desprenden destellos en los viajes
y alcanzan la trascendencia del arco iris;
en los ojos reluctantes del oro,
en el pétalo ardiente, en las horas consteladas,
en las bienvenidas inocentes de arrebol,
hay viajeros haciéndose luz
cuando la noche recoge las almas y la mano
se extiende ganchuda sobre planetas y tejados ...

En su andar, el homus se convierte
en guerrero del camino,
ama a las sirenas,
persigue sus gigantes,
se fatiga...

Y entonces los destellos se hacen cenizas;
el guerrero se hace polvo
y se entrega silencioso al retorno.

La tarde ya no está tibia en las laderas
emancipadas de la piel.
La risa ya no es cercana bajo el sol.
Solamente nos conminan laderas plateadas,
valles pertinentes, moradas, aposentos, sitios del retorno,
cuerpos antiguos sembrados para el hábito final,

sedimentos contumaces.
¡Cómo clamar en el gélido desierto
de estos días nevados desde antaño!
Cómo clamar:
cansado fue mi péndulo de levantar auroras
entre soles de algarabías, consejos inauditos,
silenciosas nieblas de otro aliento.

¡Cómo llamar a donde fueron clausurados los amaneceres;
donde ya no vienen tibias las mañanas
con sus frentes enhiestas y doradas,
diademas prestas al calor del contacto!

No tengo el color de los ojos
en las cuencas serenas del ensueño.
Si clamare
aun con liviandad de golondrina,
las voces de los silencios responderán
por entre edades despiertas
con aliento intransigente de estancias
que muestran siempre bienvenidas eternas...
Reina un sol sin destellos ni calores,
luz blanca, inefable;
gobiernan las edades entregadas
bajo otra niebla y esta otra espera,
mayor, imperdonable, la de la final estación
-esperanza de cielos-
donde solamente aguardo.

El Color del Tiempo

Autora: María Cecilia Bonilla Rodríguez

Amanece el alba y corre la sombra y va amaneciendo.

El susurro del viento sacude el rocío plateado en los sauces
que lloran.

La humedad acaricia la tierra y el color amarillento se
asoma en la cordillera.

Las copas de las montañas se calientan con el sol y aparece en
el firmamento un color azul.

Un puño de rocas teñidas alumbra los colores de la recién
primavera, nace un rocío y un olor a calma tiñe el color del tiempo.

Un Sueño

Autor: Walter Blanco Zamora

¿Saben?, me encontré un sueño tirado en el suelo.
Estaba arrugado, mal trecho, daba lástima verlo.
Cuando lo miré, mi mirar devolvió con ojos lastimeros.

¿Quién te perdió pequeño sueño?
Si la vida es tan vacía sin sueños; y es tan fácil tenerlos.
Alguien me concibió alguna vez e intentó forjarme, contestó,
Y no estaba solo, éramos muchos compañeros.

Pero fue dura la vida para mi dueño, uno a uno fueron muriendo.
Yo fui el último, me guardó tanto tiempo acurrucado en su pecho.
Y me soltó al final cuando acabaron sus fuerzas.
Dejándome solo aquí, camino del cementerio.

Haiku

Momentos y poesía

■ Autora: Xinia Murillo Sibaja

Motas de polvo
en un rayo de sol
chispas flotantes.

Zaguán a oscuras.
Los ojos de un gato
única luz.

Atardecer.
Chirrido de pericos
en desbandada.

Estrecha senda
por la montaña.
Del río, sólo el rumor.

Bajo el puente espuma de jabón
y turbias aguas.

Haikus de esperanza

Autor: José Luis Obando Fuentes

La noche es grande
y en su fuga el relámpago
la vuelve inmensa.

Bajo un poró,
enjambre de luciérnagas:
chispas de amor.

Al alba, el sol
levanta hilos dorados
de la hojarasca.

El calor gesta
entre hojas amarillas
retoños verdes.

Risas de abril
son las flores de itabo
en su apogeo.

Apenas, facetas de la vida

Autor: Adriana Boccalon Acosta

Se oculta el Sol
detrás del campanario.
¡Hora del té!

Por la vereda,
retahíla de pasos
sobre hojas secas.

Nave al garete...
Mortal traspié en cubierta
del timonel.

Viejo en harapos
arrollado en cartones
en la otra esquina.

¡Oh, desnudez!
Al vaivén de las olas,
placer carnal.

Aquí y ahora:
Una zen...da poética.
¡Haikus de asombros!

Autor: Renato Quesada Castro

Marzo muy seco.

Deshojando sus ramas:
¡hay...indios desnudos!

Blanca la arena
Siempreverde el bosque
Vaivén de olas.

Un fresco arroyo: fluyendo entre robles.

¡Trucha arcoiris!

En Tortuguero:
bajo la ardiente arena.

¿Machos o hembras?

Entre altas nubes: fértil tierra volcánica.

¡Brrr...bruma y frío!

Obras extranjeras ganadoras: Cuento

Distancias

Autor: Héctor Masseilot Chávez

Una volátil, leve y envolvente brisa, de fresca a cálida, acarició el rostro de Carmelo ni bien cerró la puerta de calle, saliendo a la vereda aún con mucha sombra, es una mañana de febrero espléndida, que mantiene el intenso calor con que se despidió enero. La panadería no le queda más de cuadra y media por esa misma vereda, se siente un poco cansado, no durmió bien, le pesaban las palabras de Luz María la última vez que la vio y las conversaciones con Palmiro sobre el viaje de hoy, le preocupa porque debe manejar muchos kilómetros y hace años que no conduce grandes distancias.

Todo empezó meses atrás, cuando en el velorio del primo Gabriel se encontró con su hermana, no se veían desde hace más de diez años, desde que Luz María se mudó a La Paloma solo han tenido algunas comunicaciones telefónicas, como aquella que recibió avisándole de la muerte de Gabriel, que viajaría al velorio y esperaba verlo allí.

Ambos reflejaban en este desapego mutuo, la elocuente actitud de lo que han sido los vínculos entre los cuatro hermanos en las últimas cinco décadas, a partir del fallecimiento de sus padres y el reparto de la herencia del predio rural familiar de unas cuarenta hectáreas, la cual tuvo múltiples desavenencias, desacuerdos y muchas malas interpretaciones desde entonces y a través de los años, los cuatros se fueron adormilando en una nebulosa de sentimientos encontrados, enmarañados en desconfianzas mutuas, originadas en hechos de escasas certidumbres, con un sobredimensionamiento de la situación y dando por sentado la veracidad en sospechas de dolos en asuntos vanos, muy puntuales, rutinarios, intrascendentes durante la administración del hermano mayor, la cual duró unos años y se culminó con un acuerdo de compra de este a los otros tres hermanos, nunca más se volvieron a ver o comunicar con Alejandro ni tampoco hubo vínculos entre los otros tres.

Carmelo ingresa a la panadería, compra una bolsa con biscochos, pan y unos fiambres *-ah....dame también un paquete de yerba, la mateada va a ser larga-* al pagar recibe la obvia pregunta del panadero si se va de paseo *-un viajecito, así que no te preocupes si no me ves por unos días-* El sol ya calentaba la vereda, emprende lento el regreso retomando sus pensamientos de esos meses atrás.

El velorio fue en la capital, cuando llegó a la sala, parada en la puerta como esperándolo, identificó a Luz, con aquel sacón gris de cada invierno y un chal negro por los hombros que había sido de su madre, le sorprendió verla tan delgada, con el pelo muy corto, ella que siempre mantuvo una cabellera lacia y larga. Fue un saludo breve, remiso y tímido, con un tenue roce de mejillas y un intento de abrazo que solo fue posar la mano derecha de él en el hombro de ella, ambos sentían la necesidad de disimular un pasado de resentimientos y desencuentros. *-Como estás Luz?-.bien, bien, y vos? Te miraba caminar hacía aquí y te veo ágil aún -.* Carmelo hace un instante de silencio con un gesto mínimo de simpatía *-Si. Bueno, me mantengo bastante bien, los años se han venido encima, ¡a todos!-* La referencia era para los cuatro hermanos, ya muy adentrados en los setenta años con excepción del mayor, Alejandro, con ochenta. *-Has visto a Palmiro?* Carmelo se sintió como emplazado con la pregunta, Palmiro era el más joven y él que vivía más cerca de su casa, en Ciudad Del Mar, a solo unos cincuenta kilómetros. *-bueno...no, verlo no lo he visto, si hemos hablado por teléfono algunas veces...está bien, siguen juntos con Anita y algunos de sus chicos.-*

Mantuvieron silencio por unos segundos – *Deberíamos entrar-* Sugirió Carmelo, tras lo cual Luz lo toma del brazo con firmeza, en la sala había poca gente y no reconocieron a nadie, a los diez minutos salieron buscando un bar en la esquina.

Carmelo bebía un café largo y humeante, sin apuro, como pensando, para no iniciar la conversación, presentía que Luz María quería hablar, ésta bebió un largo sorbo de agua mineral y comentó – *pobre Gabriel, todo tan rápido, el ataque cardíaco fue fulminante, por lo menos no sufrió, andaba cerca de los setenta no?* El quedó pensando *-Si, yo le llevaba cuatro años y tengo setenta y dos-* Luz asiente con un gesto, tras lo cual corre el vaso

poniendo sus manos con los dedos entrelazados sobre la mesa, - *hace un tiempo que vengo pensando en comunicarme con vos y conversar, pienso que debemos dejar resueltas viejas cuestiones de familia entre hermanos, nuestras vidas ya están en su último tramo...además, no se sabe nada de Alejandro, si aún vive, o si vive en la vieja casa...* - Carmelo comprende que su hermana tiene un propósito firme de encarar el tema del distanciamiento y la desvinculación entre ellos y que la sorpresiva llamada del día de ayer, para informarle del fallecimiento de Gabriel, con la insistencia de que él estuviera en el velorio, le planteaba la certeza de que su hermana tuvo un ocasional pretexto.

Luz María continúa hablando, diciendo que tiene la convicción firme que los tres deberían hacer un viaje a Paraje Juan Santo, localidad rural de una provincia del norte, reencontrarse con Alejandro, conversar, disculparse capaz y dejar todo resquemor, que sería de mayor provecho rememorar los tiempos de aquella niñez y adolescencia, lo hermosamente distante de aquella escuela rural y aquel caminito lleno de fantasiosas aventuras, la vida con sus padres, la magia de los juegos más simples, además que ha comprendido a través de los años que muchos de los reclamos no tenían demasiada consistencia y posiblemente Alejandro tuviera razón - *fíjate que éramos muy jóvenes, a Alejandro con veintiuno lo seguía yo con diez y ocho, tú y Palmiro mucho más chicos...y ya hacía más de tres años del accidente...* - Carmelo vio una brillantez en la mirada entristecida de Luz, pero inmediatamente hizo abstracción de la misma. Fijó la mirada a través del ventanal, comenzaba a soplar un viento probablemente muy frío provocando el apresuramiento en el andar de los transeúntes, en una hora más caería la noche, pidió otro café y ofreció algo más a Luz, ésta también miraba callada por el ventanal. Había quedado un poco desacomodado porque Luz fue muy directa, además había coincidencias con su pensar y sentir en estos últimos tiempos de soledad y vida rutinaria, estoica. La puerta de la memoria se fue abriendo como pugnando por salirse de su ostracismo, se fue sumiendo en una aguda rememoración de aquellos momentos.

Es que la referencia hacía él y Palmiro en esas últimas palabras de su hermana lo ubicó en el meollo de las circunstancias de aquel

entonces, sus padres fallecieron en el accidente, Alejandro era el que siempre manejaba el viejo camioncito de la familia, fue el único sobreviviente, habían ido al pueblo vecino a llevar algunos productos y traer comestibles y alimentos para los animales de corral, hacían esto casi todas las semanas, siempre los días lunes pues los martes había una feria regional bastante grande, eran pocos kilómetros, si bien el camino de tierra y tosca estaba en mal estado, Alejandro solía jactarse de su conocimiento y buena mano para el volante, pero el destino estaba marcado; ya era noche cerrada, la rueda delantera derecha agarró un pozo, forzó el volante y el vehículo se fue sobre una cuneta bastante profunda, volcando y quedando con las ruedas hacía arriba, la madre que acompañaba en la cabina a Alejandro salió expedida y quedó atrapada debajo del camión, falleciendo en el acto, el padre venía atrás vigilando la carga y murió de la misma forma.

En la casa los tres hermanos esperaban con preocupación, no obstante sabían que muchas veces no lograban colocar los productos y debían esperar allí hasta la madrugada, Carmelo, que acompañó a Alejandro en muchas ocasiones expresó – *tuvieron que quedarse, justo que hoy fue mamá y son tres, pero se arreglarán, ya deben estar llegando los que llevan ganado en pie y siempre tienen para dar cobijo*– Luz María asintió y se puso a preparar la cena, –*además*– agregó Carmelo –*a eso de las cuatro de la madrugada ya van llegando los rusos de la colonia, como solo traen miel y quesos compran otros productos de granja para ampliar la venta y nosotros le compramos el afrechillo y la balanceada*.

En las primeras horas de la mañana, unos troperos que arreaban ganado para el frigorífico Casablanca se toparon con el accidente, mientras uno de ellos montó el caballo más rápido rumbo al pueblo, los demás se quedaron a socorrer a los heridos comprobando la muerte de los dos mayores, al revisar la cabina se percataron de la tercera víctima, sacando a Alejandro entre los hierros retorcidos, muy mal herido, sin conocimiento, pero aún con signos vitales.

La tragedia cambió abruptamente la vida de los cuatro hermanos y la relación entre ellos, pasado unos meses del accidente y restablecido Alejandro de un coma cerebral y diversas

quebraduras continuaron trabajando, a pesar de las enormes dificultades tratándose de tres niños y un mayor aún muy joven y con algunas capacidades disminuidas.

Un súbito ataque de tos de Luz María sacó a Carmelo de su ensimismada rememoración, este pide otra botella de agua al momento que Luz extrae de su bolso un blíster y separa dos pastillas, Carmelo comienza a sacar algunas conclusiones- *¿estás enferma Luz?* - Ella aprieta sus ojos con los dedos de su mano izquierda -*de eso te quería hablar*- Dijo retirando la mano de la cara, Carmelo se endereza en la silla y queda mirando fijo a su hermana -*perdona que te lo diga sin rodeos, no encuentro otra manera, tengo cáncer y es terminal, me quedan unos meses de vida....*

Carmelo entra a su casa, vuelve a repasar mentalmente las cosas que debe prever para el viaje, los acontecimientos de los últimos meses lo han vuelto más práctico y aún no logra asumir esta nueva realidad, tantos años creyendo que el mundo estaba tan quieto y ya nadie ni nada lo convocaría a modificar su ritmo de vida. Se había despedido de Luz de aquel velorio, impactado, triste, apesadumbrado, pero se comprometió con ella en hacer ese viaje y que el hablaría con Palmiro, aunque no haya cambiado su opinión sobre Alejandro.

Como temía, Palmiro se negó rotundamente a volver a aquellos lugares y encontrarse con Alejandro si viviera, escuchó los razonamientos de Luz que su hermano le trasladaba, se sintió muy afectado al enterarse del estado de salud de su hermana, no obstante continuó con su negativa, Carmelo se fue haciendo la idea que tendrían que hacer el viaje Luz y el, se tomó la actitud de Palmiro como algo bastante obvio; no había nada nuevo, ni conversado, ni analizado sobre esta vieja situación y en tantos años los desencuentros y las interpretaciones quedan como matizadas, irrevocables, ninguno de los cuatros tuvo en cincuenta años una mínima actitud o intención de procurar un acercamiento con los otros. Además Palmiro, culpa a Alejandro por el accidente -*Palmiro nunca pudo superarlo, busca culpables*- pensaba Carmelo recordando la última reunión de los cuatros que había hecho mención Luz en aquel bar.

Para aquel entonces Luz ya vivía en la capital y sus retornos fueron cada vez más espaciados, la vida cotidiana de los tres en el predio familiar no era fácil, Alejandro era hermético, huraño, de pocas palabras, no los saludaba ni compartía la mesa con ellos, Palmiro le generaba permanente mal humor, la situación económica desmejoró por baja producción, faltaban brazos y las relaciones entre ellos no ayudaban, Alejandro había vendido sin consultar tres lecheras y cinco ponedoras, Carmelo y Palmiro no estaban de acuerdo, se iban a quedar sin nada, mejor contratar a alguien y mantener todos los animales, Palmiro a pesar de su edad tenía madurez pero era intolerante, le reprochaba a Alejandro todo lo vinculado al dinero. Carmelo procuraba en vano acercarse a Alejandro, sobre todo después de la partida de Luz, pero no hubo grandes logros.

Al tercer año llegaron a un acuerdo, Palmiro y Carmelo querían irse para la capital, allí no había futuro, quedaron que Alejandro le haría envíos a los tres como forma de pago de sus partes, pasado un tiempo si no podía sostener el predio se vendería la propiedad. Las remesas se fueron espaciando y antes del año ya no llegaron más, Luz se había casado y se fue alejando de las comunicaciones con Carmelo y Palmiro, estos no obstante tenían sus propios ingresos trabajando, Carmelo a su vez estudiaba para terminar ciclo básico en la secundaria, después haría un curso de ingreso a la actividad bancaria, Palmiro se juntó con su novia y se fue a vivir a la casa de su suegra, Alejandro nunca contestó las cartas, solo se comunicó con Luz en algunas oportunidades, Palmiro sostenía que tenían un acuerdo entre los dos esto enojó mucho a Carmelo. Desde entonces fueron cuatro caminos sin puntos de encuentro.

El desayuno de Carmelo es lento, quiere estar tranquilo y no lo consigue, la insistente memoria le señala una y otra vez aquel llamado de Luz por el velorio, que fue la piedra en el agua quieta del estanque de los cincuenta largos años de consciente olvido. Luz y su rostro triste, su falta de fuerzas, su enfermedad terminal, el tono de fragilidad de sus últimos llamados. Se reclinó sobre la silla *-bien, ahora a esperar a Palmiro-* se dijo-*esperaré afuera, no conoce el barrio, menos la casa-*.

Sentado en el umbral, espera y piensa, concluye que lo único bueno de estos tiempos había sido el cambio en Palmiro cuando le informó de la muerte de Luz, en ese entonces le había conminado, con serena firmeza que debían viajar juntos considerando el último deseo de la hermana, aquel emitió su no rotundo y colgó. Al otro día lo llamó, con voz queda, pausada, dolido, pero con decisión *-vamos Carmelo, vamos allá, y que sea lo que Dios quiera-* Luz falleció en los primeros días de diciembre, esperaron hasta febrero.

Palmiro camina lento mirando las numeraciones de las casas, Carmelo lo identifica porque lo esperaba, si fuera por un casual no lo reconocería, se paró en media de la vereda, Palmiro lo vio y apresuró el paso. El abrazo fue fuerte y largo, se observaron con miradas húmedas *-entremos-* dijo Carmelo.

Los dos hermanos conversaron un largo rato *-quien te aviso de la muerte de Luz?- una muchacha, me dijo que era su nieta....que te parece si arrancamos? -cargamos nafta por el camino, me dijiste que también manejas?- Sí, tengo libreta, Anita nos hizo unas tortas saladas para el viaje y traje unas frutas y agua-*Una sutil mezcla de amenidad y regocijo comenzó a invadir a Carmelo.

El viaje es placentero a pesar del calor, los hermanos se ponen un poco al día, *-llegaremos a Casablanca casi noche, descansaremos y mañana saldremos temprano, pasando el arroyo son unos pocos kilómetros-*.

Llegaron ya de noche al pueblo, un viaje de unas cinco horas les llevó casi siete, el viejo hotelucho aún estaba allí, algunos parroquianos juegan billar, conversando, bebiendo, callan sorprendidos por la presencia inesperada, estos saludan y solicitan alojamiento por la noche, piden cerveza, Carmelo se anima a una pregunta que silenciosamente es esperada por los parroquianos *-mañana seguimos al paraje Juan Santo, sigue la balsa?-* el cantinero le dice que no, que hace muchos años fue desmontada *-no era negocio pal balsero, nadie pasaba y el camino quedo abandonado, todo los alrededores se tiraron pal otro lado, el de las colonias, conoce?* el hombre continúa contando que hace más de treinta años con las plantaciones

de soja prácticamente se hizo un nuevo pueblo, casi no hay comunicación con este, Carmelo explica quiénes son y porque están aquí, mencionando a Alejandro y el predio, el cantinero no lo conoce. *¿-alguien conoce?* Generalizando la conversación, de una silla se levanta un hombre viejo, cargado de años, *-conozco...recuerdo el accidente, vi por un tiempo después a Don Alejandro, sin mucho trato, era muy huraño y cerrado, pero hace mucho, en una juntada de conocidos tiempo atrás, hablando de todo un poco vino a la conversación y se dijo que había muerto y con el predio quedó un hijo, pero, tómenlo con cautela, la gente siempre dice cosas...no sería raro, hace años no se ve-*Carmelo mira a su hermano *-hablábamos que era una posibilidad cierta-* Saludaron y se retiraron a descansar en medio de un silencio tácito.

La mañana los encontró ya cerca del arroyo, era un hilito de agua, lo cruzaron sobre una senda de cantos rodados y emprendieron el andar sobre un camino deteriorado que había sido la antigua carretera de tosca aplanada. En poco más de una hora llegaron al comienzo del camino rural, por ese a unas cuadras está la entrada al predio, la tranquera está cerrada, abren y entran, inmediatamente reconocieron el caminito bordeado de altos eucaliptos *-la casa está detrás de la línea de eucaliptos, te acordás?-* el comentario de Carmelo sonó en hueco...sus corazones latían más deprisa, no obstante percibían cierto abandono del lugar.

Se encontraron de frente con una tapera, no quedaba casi nada de lo que fue la casa, únicamente lo que había sido la sala comedor tenía techo, el resto solo las descascaradas paredes, las puertas y ventanas habían sido extraídas.

Entraron, vieron solo trastos viejo y heces de animales, solo reconocieron restos del viejo armario de la cocina y algunas sillas rotas *-aquí no ha vivido nadie en muchos años.-* murmuró Palmiro. Apesadumbrado Carmelo posó una mano en el brazo del otro *-llegamos tarde hermano-*. Salieron hacía la parte de atrás desde donde se veía una parte extensa del predio *-hay animales-* comentó Palmiro, Carmelo hizo visera con la mano por unos minutos... *-cinco o seis ovejas-*. Se apartaron a comer algo bajo uno de los

eucaliptos. Una contrastante sensación de pena y tristeza, paz y armonía los invadió. Tenían la sensación de un tiempo perdido, ignorado, desaprovechado, Palmiro no quiso evitar una sincera y honesta expresión *-sí Luz hubiese podido venir-*. Conversaron un rato más, recordando lugares y momentos que solo están en lo mejor de sus memorias. Concluyeron que había mucho de cierto en lo que el hombre viejo les había dicho anoche, convinieron en hacer una siesta y esperar que el sol baje un poco para volver al pueblo y ver que otra cosa podrían averiguar.

A media tarde emprenden el retorno, cierran la tranquera tras la última mirada al predio, un camión pasa levantando una columna de polvareda de tosca seca que se mantiene sobre el camino, el sol del poniente les da de frente-*vayamos con cuidado no se ve nada- dijo Palmiro- ese camión es lo único que hemos visto en todo el día, aquí no hay a quien preguntarle nada-* la respuesta de Carmelo es enojosa, desanimada. A una cuadra ya el polvo se ha ido esparciendo y se comienza a divisar lo que parece un carro detenido con un caballo tirando, un hombre azuza al animal para que reinicie la marcha - *mirá, con tus dichos te atendieron... preguntemos-* Palmiro se adelanta, saluda, dice quiénes son y a quien buscan, el hombre tras unos segundos se baja muy cansinamente, tiene cierta dificultad en una pierna, a Carmelo se le congela el aliento, el del carro va con lento caminar hacía los hermanos, se saca el sombrero y pregunta *-y Luz?-* Los tres quedan paralizados unos instantes *-Alejandro! ¡Balbucea Carmelo- tiempo sin saber de vos! -* y queda abrazado a su hermano mayor, Palmiro se acerca y hace lo mismo con los dos.

Y ahí quedaron los tres, con el sol como único testigo, alumbrando la infinita verdad de que las distancias son creación única de los seres humanos.

El comandante

Autor: Pablo Juan Manuel de Los Ángeles Duchez de León

Basada en hechos reales. Los nombres fueron cambiados

- ¡Comandante Alberto, te llama el Comandante General Ortiz!
- ¡A la orden, mi Comandante Rodríguez
- Alberto, ¿sabés que las órdenes del Comandante General, deben cumplirse en el acto? Como comandante y Comisario General, de la policía, de la Revolución, no veo por qué le has dado tanta larga a la sugerencia que te hizo el Comandante Ortiz.
- Mi Comandante, Rodríguez, no se meta a pedir explicaciones de algo que no le debe importar. Si el Comandante General quiere una explicación, con gusto se la daré.

En otro lugar de la comandancia General de la revolución recién instalada, tras el triunfo aplastante sobre la dictadura que sumió al país en la falta de libertad, donde fueron borrados los derechos humanos, el irrespeto a la vida y bienes de los que no se plegaron a la voluntad del gobernante. Una orden estridente estremeció el recinto.

- ¡Me traen al comandante Alberto Altozano! Lo necesito en este despacho, al término de la distancia.

Alberto Altozano, un joven de veintinueve años, procedente de una de las familias respetadas en los círculos sociales del país, educado en colegios católicos; siempre tuvo el firme convencimiento, que la justicia social y la libertad deben ser para todos los pueblos, sin distinciones de raza, color educación, recursos económicos o posición social.

Inquieto con respecto a satisfacer las necesidades básicas de las personas desposeídas y marginadas. Apasionado por los deportes, en especial por el béisbol. Su estatura, de uno setenta, jamás le impidió darse de turcasos, como él decía, contra individuos altos y con apariencia de fortachones. Aguerrido y arriesgado al tomar decisiones, con la certeza de que no hay

poder capaz de detenerlo. Estas cualidades y los conocimientos de Ingeniería, obtenidos al graduarse de la Universidad, le valieron ser uno de los comandantes de la revolución, más respetados y queridos por la tropa y sus compañeros oficiales.

Cuando la revolución empezó a tomar fuerza dentro de la población, algunos muchachos, compañeros de primaria y algunos años de la secundaria de Alberto, pidieron autorización para buscarlo en el extranjero y solicitarle apoyo económico. Tenían información de sus logros como asesor bursátil en el centro financiero de Panamá. A la sombra de un tío versado en los conocimientos financieros y de bolsa, en los mercados internacionales, principalmente en las Bolsas de Nueva York, Londres y París. Alberto desarrolló cualidades que muy pronto lo llevaron a ser reconocido por su tío y los círculos donde se movía como pez en el agua.

Después de una afanosa búsqueda, por parte de sus compañeros, dieron con su paradero. Pidieron cita, y se identificaron como sus antiguos amigos de clases. Los recibió con el cariño que se le guarda a los chavalos que crecieron contigo, recordando la amistad y aventuras del pasado.

La misión de los amigos era pedirle contribución económica para liberar a su país de la ominosa represión de la familia que llevaba en el poder cuarenta años. La Revolución tomaba fuerza; el apoyo recibido por la población era contundente; sin embargo, tenían que superar grandes dificultades, entre ellas la más apremiante era obtener los recursos monetarios, para satisfacer la compra de armas y municiones. La juventud dispuesta a combatir y ofrendar su vida por librarse de la dictadura que los oprimía, no escatimaba ningún sacrificio en aras del triunfo de la Revolución.

- Estoy palmado, pero me voy de regreso con ustedes, a mi tío voy a pedir unos pesos para la causa. Fue la respuesta decidida de Alberto. Aquella decisión, que no le costó tomar fue expresada con toda seriedad.

El nuevo recluta, no solo consiguió financiamiento, se ofreció a tomar un curso intensivo de combate. Su espíritu no le permitió

quedarse observando la procesión. Fue voluntario para integrar la fuerza combativa.

A sus padres, contrariados por tal decisión, no les quedó más remedio que dar su bendición, aun en contra de su voluntad.

El cabo Alberto Altozano, cumplió a cabalidad su preparación y se incorporó a las filas del frente. Con rapidez, fue ascendido por sus méritos en combate, hasta llegar a ser uno de los comandantes a quien Ortiz llamaba a consulta con frecuencia, estableciendo entre ambos una férrea amistad y compañerismo revolucionario.

Inició su carrera militar al frente de una compañía, llegando rápidamente a obtener el mayor grado dentro de las fuerzas Revolucionarias, otorgado directamente por el Comandante General. Su hoja de servicio, hablaba de su valentía y estrategia en combate. Algo que lo distinguió fue su preocupación por el bienestar de los elementos bajo sus órdenes.

Mientras se dirigía a toda prisa a cumplir el llamado del Comandante General, preparaba en su mente, la conversación que cambiaría, su vida y dedicación a la causa revolucionaria.

«Le presentaré mi renuncia al comandante Darío». Ese encargo no lo cumpliré, mi conciencia no me lo permite. Una cosa es eliminar al enemigo en el fragor de la batalla, otra muy diferente es tomar a sangre fría la vida de un ser humano. Si una persona, opina políticamente diferente, no debe ser condenada a muerte sin juicio previo. Si se demuestra que ha violado alguna ley, previo un juicio, se le debe aplicar el castigo correspondiente. En mi patria, las leyes no contemplan la pena de muerte. Si vamos a empezar con estas prácticas, ¿cuál será la diferencia entre nosotros, los que luchamos por el bienestar del pueblo y el régimen que acabamos de vencer?»

«Volver al pasado es negar la muerte de los valientes que ofrendaron su vida en aras de la libertad».

- Comandante Darío, ¿me permite hablar?
- Prosiga, Alberto.

— Así como renuncié a los privilegios de vivienda, tierras y bienes materiales, le presento mi renuncia al puesto de Comisario General de la Policía. A la vez quiero pedirle el puesto de Jefe Superior y encargado de la academia de béisbol, deporte que me apasiona. En dicho lugar, contribuiré a la formación de las juventudes revolucionarias para el engrandecimiento de nuestra Patria. También seguiré trabajando en mi pequeña fábrica de bloques de cemento para las calles. Abasteciendo a las municipalidades para ayudar en la reconstrucción de los pueblos dañados por la guerra.

- Secretario, tome nota. Fue la orden que emitió el Comandante en Jefe de la Revolución.
- Se da de baja al Comandante Alberto Altozano, del cargo de Comisario General de la Policía Nacional. Se le nombra director de los Deportes y de la academia de béisbol.
- Muchas gracias, comandante Darío.
- Venga un abrazo, Alberto, tomemos algo para celebrar. Secretario, me tomaré la tarde libre, tengo mucho que hablar con mi hermano Alberto.

Ambos comandantes disfrutaron de una tarde de comida y bebida hasta altas horas de la noche.

La sensibilidad social de Jorge fue una constante en su vida. No escatimó el esfuerzo para satisfacer las necesidades de personas que vivieron a su alrededor.

No era un hombre ostentoso y ser reconocido por sus logros no era de su interés.

Estaba convencido, que el sistema Social Nacionalista era el único camino para sacar a su país adelante. Así lo pregonaba a los cuatro vientos, con la convicción de poseer la solución a la pobreza y necesidades que abundan en Centroamérica.

Transcurría el mes de septiembre y la revolución triunfó en julio; apenas eran dos meses.

Cuando aún fungía, Alberto como Comisario General de la Policía Sandinista, una noche, ocupado en una investigación de campo, se presentó una novedad que debía atender de inmediato. Dos personas extranjeras fueron detenidas, cuando se desplazaban a la orilla del camino que circunvala el lago de Managua, con apariencia de ser turistas, fueron llevados al edificio de la comisaría General de Managua, bajo la sospecha de colaborar con los contrarrevolucionarios, quienes eran y apoyados por los Estados Unidos de Norte América.

- ¿Qué pasa con ustedes? El subjefe que se haga cargo. Fue la respuesta del Comandante Altozano.
- Mi Comandante, el Subjefe, interrogó a los sospechosos. Por tratarse de un guatemalteco y una norteamericana, lo esperan para que tome una decisión.

Al presentarse el Comandante Altozano en la comisaría, de inmediato pide información del caso. El subjefe le presenta un informe verbal y los pasaportes decomisados. Alberto escucha con paciencia, decide comprobar la información recibida buscando datos en los pasaportes. Inspecciona en primer lugar el norteamericano, en busca de alguna pista.

Nombre: María Nash. Edad: treinta y cuatro años. Lugar de nacimiento: Santa Cruz, Guanacaste, Costa Rica. Nacionalidad: Estadounidense. Se detiene en este punto y recuerda que ella no habla una palabra de español.

No le parece normal que una persona nacida en Santa Cruz, Guanacaste, tenga la nacionalidad Yanquee, con el agravante de que no hable español.

Inspecciona el otro pasaporte, nombre: Pablo Dufurk. Edad: treinta y un años. Lugar de nacimiento: Santa Cruz, Guanacaste, Costa Rica. Nacionalidad guatemalteca. Se detiene y esboza una gran sonrisa, la que se vuelve carcajada, sin contener la expresión de alegría y sorpresa. Dando un manotazo en el escritorio, levanta la cabeza mirando al techo del recinto, como no dando crédito a lo que acaba de leer. Cuando logra

reponerse de la impresión, emite una orden con expresión de sorpresa e incredulidad.

- Traigan a los sospechosos, pero no les digan mi nombre.

Llevar a los detenidos. El nerviosismo y la incertidumbre de si podrían continuar su viaje, cuyo destino era Guanacaste, Costa Rica, con la finalidad de averiguar sobre su pasado, es la preocupación de los ahora detenidos. Además, por estar en un estado donde la Revolución acababa de triunfar, un pensamiento que los inquieta, es. ¿Estará en vigencia el Estado de derecho?

La refundación de un Estado es un asunto complicado, en donde el derecho individual está en entredicho, principalmente cuando la lucha continúa, porque los contrarrevolucionarios siguen presentes afirmando que el enfrentamiento no ha terminado.

Conducen a los detenidos a la oficina del Comisario General, quien los recibe de espaldas.

Les ordena tomar asiento,

Con voz autoritaria, preguntó. — ¿De qué los acusan?

El guatemalteco responde: — Todavía no nos informan cuál es el motivo de la detención.

- ¿Qué hacían caminando a la orilla del lago a las nueve de la noche?
- En un retén del Ejército Sandinista, el oficial al mando nos confiscó el automóvil en el que viajamos con rumbo a Costa Rica. Al salir de León, por equivocación, tomamos la carretera que rodea el lago de Managua. Eso nos consumió más tiempo del previsto y nos sorprendió la noche en la carretera. Nuestro plan era llegar a Managua a las seis de la tarde.

Después de una larga pausa, el que interroga se da la vuelta y observa a los detenidos, esperando una reacción.

El comandante Altozano clava su mirada en Pablo; este siente la incomodidad de ser escudriñado por su captor y posible verdugo. Sobreponiéndose al sentimiento de temor, intuye, que por la forma en que se conduce y como lo respetan los subalternos, debe ostentar un alto rango.

Alberto permanece serio y en silencio. Después de unos minutos, que a los interrogados les pareció una eternidad. Pregunta, sin cambiar la expresión — Pablo, sabes, ¿quién soy?

Pablo, se toma unos segundos antes de responder, para calmar el torbellino de ideas y tratando de recordar al que los interroga.

Responde: — Disculpe, no lo recuerdo.

- Soy Alberto, hijup... El Nica chiquito.

- ¡Alberto, cerote!, no te hubiera reconocido, y ¿qué putas haces aquí?

Alberto y su hermano, fueron compañeros de Pablo durante la secundaria en un internado ubicado en Antigua Guatemala, a lo largo de tres años. Los llamaban nicas. Al menor, nica chiquito.

Se fundieron en un abrazo fraterno. Diez años pasaron antes de encontrarse en circunstancias poco previsibles. El temor y la incertidumbre, experimentados por Pablo y su hermana, se volvieron alegría y celebración. Después de creerse abandonados en un país efervescente por la guerra, los viajeros se sintieron en la gloria. Celebraron a más no poder con abundante bebida y comida. Alberto los hospedó en su casa y los hizo sentir como hermanos. Extendió la celebración por un día completo, con la intención de seguir la fiesta hasta que el cuerpo aguante. Sin embargo, los viajeros debían cumplir otra misión de suma importancia, no solo para ellos, sino para sus hermanos, que nacieron en Costa Rica y fueron separados desde muy pequeños. Tres vivieron en Estados Unidos: una hermana en Costa Rica y un hermano en Guatemala.

- ¿Cuál es el propósito de tu viaje? —preguntó Alberto y añadió—. Todo me parece muy extraño. Vos nunca me contaste que sos Tico.
- Vamos en busca de nuestros parientes de sangre. Respondió, Pablo.
- ¡Chocho! Tienen que pasar de regreso y contarme todo.
- Claro que lo haremos, después de haberte encontrado en estas circunstancias,

Alberto Altozano, uno de los comandantes de la revolución Sandinista, trabajó para el bienestar de su país, en perfecta sintonía con su pensamiento nacional socialista, hasta que el COVID-19 lo relevó de sus obligaciones, permitiendo alcanzar todos sus sueños e ilusiones

...y me fui de casa

Autor: Alberto Díaz

Él siempre me regaña, porque el botón estaba mal cosido y se salió, porque contesto, porque no contesto, porque explotó el enchufe cuando lo arreglé, porque me hice unos pantalones cortos con los tejanos nuevos, siempre me está regañando. Por eso me gusta que se vaya a navegar, para eso estudió, que se vaya a navegar y nos deje tranquilos a mamá y a mí.

Si no está, mamá me baña y me pone talco; pero él no quiere. Dice que ya estoy crecidito y a mí me da mucha rabia cuando tengo que bañarme solo porque él está en casa y no la deja a mamá.

Que se vaya al buque, así mamá me sigue contando cuentos antes de dormirme y puedo dejar la luz encendida para ver el coche con control remoto que me trajo Papá Noel y que anda súper-rápido; y puedo dormir con ella y rascarle la espalda cuando le pica y me puede hacer cosquillas en la panza.

Siempre me regaña y dice que soy grande y que tengo que portarme bien y que vivo rompiendo cosas y que soy un caprichoso con las comidas porque me gustan las patatas fritas y las milanesas. Le pido a mamá pero ella dice que a él le sientan mal. Yo qué culpa tengo. Y me quedo sin comer comidas ricas y a mí no me gusta esa porquería de cebolla y el pasto con que hacen las ensaladas y el agua sucia que quema y que mamá llama caldo.

Apaga la luz, un ratito más que estoy juntando los juguetes, apaga la luz o me levanto, y yo no quiero que se levante, ¿para qué?, si no quiero verlo, y apago la luz para que no se levante. Y no me puedo dormir porque el reloj de la sala, ese de madera con muchas vueltas y que era del abuelo que no conocí, me tiene rabia y viene al lado de mi cama y me mete los tictac dentro de los oídos y me duelen, y le aviso a mamá que me duelen, y él cállate y duerme, y yo que me duelen mucho le digo, y él me grita como le grita a Lumpi, ¡CÁLLATE O COBRAS!, y después la que hace ruido es la cama de mamá y ella se queja de los ruidos que hace y así el único que duerme es él.

Un día se enfadó porque quise aprender; quise aprender qué había dentro de la cámara fotográfica. Y apenas si hice fuerza con el destornillador grandote y seguro que estaba rota porque adentro no había ninguna foto, revisé todo el rollo y estoy seguro de que no había ninguna y después la guardé en el mismo lugar y no sé cómo se dio cuenta.

Cuando él está navegando estoy súper-contento porque juego con mi madre todo el día, le cuento lo que aprendí con la “seño”, que me peleé con Marcos, y me escucha... ¡siempre me escucha! Si está en casa es un lío, porque viene, le da besitos, la distrae y me dice ¿ah, sí?, ¡qué interesante!, ¿por qué no te vas a jugar a la pelota?

Es horrible cuando salen y me dejan con los abuelos porque la abuela me babea todo y me da besos con olor a cebolla, esa porquería. Y el abuelo me da coscorriones cuando me aburro y quiero jugar con él o pongo los dibujos de la tele y él pone el telediario. Tampoco me gusta cuando van al cine o a bailar, viene la gorda a cuidarme, pone la televisión y me come todos los caramelos.

Esto no puede ser, elige, o él o yo. Y mamá se rió, no me tomó en serio, ¡cómo cambia mamá cuando está él!, y yo le dije que me iba a ir de casa porque no me quería y ella se rió de nuevo y yo sabía que iba a sufrir mucho cuando yo la dejara.

Y preparé mi mochila y dos bolsas con todas mis cosas. Yo creí que mamá se iba a poner a llorar y me iba a pedir que me quedara y la perdonara, pero no dijo nada, él no habló, se reía, claro, la iba a tener para él solo, a él qué le importaba, estaba contento. Al final no quería irme, esperaba que mamá se asustara y me pidiera que me quedara, pero no dijo ni pío.

Esa noche me fui para siempre de mi casa. Esta mañana los miraba de lejos para ver si mi madre estaba preocupada o arrepentida, pero la traidora estaba sonriente y se paseaba de la mano de él. Pero yo sé que mamá va a comprender que no puede vivir sin mí, vendrá corriendo a buscarme y llorando me pedirá que vuelva. No puede haberse olvidado de cómo

nos divertíamos cuando él navegaba, voy a seguir esperando, no puede ser que ella tampoco me quiera. No sé qué hacer, quiero que mi madre venga a buscarme, pero no viene; y él está preparando una paella, que es la comida que más me gusta, y hasta aquí llega el olorcito y creo que me vio y me mira de reojo y se ríe de mí y a mí me da mucha rabia. Pero no quiero que se dé cuenta que tengo mucha hambre porque esta mañana no tomé la leche y que estoy muerto de sueño porque en la tienda que armé en el patio de mi casa no pude dormir, oía ruidos raros, Lumpi ladraba y el colchón de mi cama es más blandito.

Con mucho jugo, una paella para mojar el pan, le voy a pedir a papá.

Y los voy a perdonar.

Los fantasmas de mi pueblo

Autora: Ilsa Elena Merlano Paternina

La leve llovizna no me impidió emprender el viaje a ese pequeño pueblo enclavado en los Montes de María, hermoso por su exuberante vegetación. Mi familia y yo vivimos allí algunos años, pero la violencia nos obligó a salir, pero el destino me ponía de nuevo en ese lugar; iba a cumplir con el año de servicio social, prerequisite para graduarme de Odontóloga. Al bajarme del campero rojo destartalado, me dirigí al semidestruido Centro de Salud. Las casas antes arregladitas y pintadas, estaban cerradas con enormes candados, sus paredes agujereadas y pintarrajeadas con algunas consignas. La iglesia abandonada y sus únicos moradores eran los murciélagos, que como celosos guardianes se apostaban en lo más alto del campanario moviendo involuntariamente las campanas, cuando iniciaban su cacería de insectos al anochecer.

El viento arreciaba impertinente y unas lindas mujeres de piel de ébano y cuerpos esculturales y frescos recogían afanosas sus polleras floreadas, moviendo sus palanganas repletas de cocaditas al son de sus insinuantes caderas. Hablaba con ellas, mientras saboreaba una de las exquisitas cocaditas que me habían regalado. Luego, me encaminé al cementerio, quería visitar la tumba de mi abuelo. Al entrar, unas extrañas mujeres ataviadas de blanco con faldas de otomana y chalinas bordadas a mano, me salieron al paso; noté que en sus manos huesudas llevaban olorosas ramos de azucenas y heliotropos de los que emanaba un delicioso aroma. Me deslicé entre las tumbas hasta que encontré la de mi abuelo, la maleza la había cubierto en parte, pero pude ver su nombre con algunas iniciales y el nombre antiguo de mi pueblo: Rafael RDB – Ricaurte 2002. Al arrodillarme en un gesto de fervor y respeto hacía los restos de mi ser querido, alcancé a ver con el rabillo del ojo, un anciano mal vestido y sudoroso que me miraba por debajo de sus lentes grandes y gruesos. Me ofreció una enorme camándula de murano con incrustaciones de oro y un cristo de madera: “tome, es suya, rece por las benditas ánimas en pena”. Me levanté y traté seguirlo, pero había desaparecido. Al salir presurosa tropecé y caí lastimando mi tobillo; como pude, alcancé la puerta y le

pregunté al celador: oiga señor, ¿para dónde cogió el sepulturero? “mire señorita, hace años que aquí no hay sepulturero, nosotros mismos enterramos a los muertos”. Y usted señor, ¿dónde estaba? No lo vi cuando entré. “Es que... salí a tomar agua” ¿Y las beatas del Sagrado Corazón de María? “Ya le dije, no sé de qué me habla, hace años que a este pueblo no nos visitan ni los curas, ni los maestros, ni nadie”. Vi a un chico vendiendo café. Oye tú, el de los tintos; por favor véndeme dos tintos, uno para el celador y otro para mí. “¿El celador? ¿Cuál celador?” respondió sorprendido. Oye, ¿Para dónde cogió el celador?, el que hablaba hace un ratito conmigo. “No doctora, aquí no hay celadores. Aquí ya no hay muertos para enterrar”.

No sé cuánto tiempo estuve deambulando de un lado para otro, pero fue el suficiente para cansarme. Me senté en una banquita del parque y allí me quedé dormida. Mi sueño era tan profundo, que no escuchaba la voz insistente de mi auxiliar. “Doctora, doctora, ya llegaron sus primeros pacientes”. Al comentarle lo sucedido en el cementerio, mi auxiliar me aseguró, que nunca me ausenté del Centro de Salud, pero yo no estoy segura de ello.

*“Que sangre y muera...
que muera este poema que
entierro hoy abierto con mi
sangre y con mis versos para
morir contigo.”
M. Tortós Albán*

Era la primera vez que Eva, en cuarenta y siete años, dos meses y un día, encaraba esta faena sola. Ajustó el moño negro en lo alto de cabeza, ató su chal al frente, respiró profundo, agarró el pasamanos como si de ello dependiera su vida y subió el primer escalón. La rodilla izquierda traqueteó justo al dar el paso siguiente. La sobó varias veces, no quería que le fallara preciso el día de hoy. Contó los otros cinco escalones hasta el primer descansito, jadeó, inclinó su cuerpo casi hasta el piso. Pasó la lengua por sus labios. Hacía muchos años que vivía en el piso cinco de este bloque de departamentos. “Es nuestro hogar, no importa que nos demoremos toda la vida pagándolo”, le había dicho él, la tarde en que recibieron la llave. Recordó, mientras reponía fuerzas, cuando esa misma noche, con la luna llena infiltrada, él la alzó en vilo y la dejó en el sofá de la salita recién comprada. Se animó a seguir el ascenso. Cuando terminó el segundo tramo de escalones, en el pasillito, con la puerta abierta, estaba doña Gloria. “Lo siento mucho” le dijo, dos lágrimas que Eva no vio, rodaron entre sus arrugas. “Qué lejos está la otra parada”, susurró al mirar las escalas que tenía delante. “Pensar que ayer no más me apoyaba en una mano tibia y segura”, desabrochó el botón de su falda.

—Uno, dos, adiós vecina —se despidió—.

Tres, cuatro...siete soltó junto con el aire cuando su pie tocó la superficie blanca del otro descanso. Un fuerte dolor en la cadera detuvo por tercera vez su camino hacía el “pent-house”, como él llamaba a su hogar. No había sido el mismo desde que enterraron a su única hija, la Pilarcita. Meningitis a los cinco años, dos largas noches sentada en el suelo junto la cama de la niña. Y él siempre

ahí, a su vera, como en la canción. No se quedaron tan solos, se tenían el uno al otro, hasta ayer.

- Ya casi llega, vecinita —dijo Lorena al abrir la puerta de su apartamento en el tercer piso— lo siento en el alma, yo sé lo que es esa pérdida.
- Le agradezco, vecina, este dolor no quiere que siga mi camino—. Se tocó la cadera, pero el dolor era otro.

Se le hacían interminables esos peldaños, eran siete, como si fueran setecientos. “Me dejaste sin luna de miel, granuja”, tomó aire y sonrió al recordar lo que él decía cuando ella le recordaba sus primeros días de matrimonio. “Te voy a gastar los labios, la piel, los párpados, el cuello, el talón, el alma, hasta que toda tú desaparezcas dentro de mí...” Ella dejaba que él sucumbiera a esa debilidad, que también era la suya.

Reanudó el ascenso con ese recuerdo como una visión en tecnicolor y en pantalla gigante. Llevó en su mente la cuenta de las gradas. Cada paso era un olor a café, una flor seca entre un libro viejo, un viaje a los trece años en bicicleta, un bolsillo roto y las risas escapándose por él, un poema sin rimar, una canción gritada a coro entre dos, el agua del río mojando sus cuerpos y el aire que le faltaba.

Desabrochó los primeros dos botones de la blusa negra que él regaló en su último cumpleaños, ¡de eso hacía tanto tiempo!, tiró el chal al suelo, soltó su cabello. Algo no la dejaba respirar, abrió la boca, intentó tomar aire, pero el aire jugaba al escondite con ella.

- Eva, querida, ¿estás bien? —salió a su encuentro Lucía, en el cuarto piso. La ayudó a subir hasta el rellano, ese lugarcito de dos metros cuadrados frente a su puerta repleto de verdes que emergían de las materas. —Ya casi lo logra, siete escalones más y estará sentada en su salita.

Si, era es cierto, estaría sentada en la sala, solitaria por siempre. Nadie la recibiría con ese “bienvenida mi maga”, música para sus sentidos, ni con el vaso de vino de la complicidad, “es para

que duermas mejor”, decía él en medio de risitas, mientras se llevaba el suyo a la boca. “Cómo una boca cuando el vino vuela” canturreó. No iba a volar, ni siquiera tocaría sus labios. Y hoy sí se quería emborrachar, olvidar este solitario retorno a casa, huérfana de la mano a la que se fundió ese soleado veinticuatro de agosto en los anales del tiempo.

Observó durante unos segundos los últimos peldaños que se erigían ante ella. Se le antojaron interminables. Se aferró a la baranda, ésta ardió en su mano. Todo a su alrededor empezó a desaparecer, primero la voz de su vecina, después el suelo que pisaba, luego uno a uno los escalones, a medida que a tientas ponía un pie y luego el otro. El zumbido en los oídos la enloquecía. Gotas de sudor acudieron a su frente y rodaron por su piel seca y triste. Miró hacía atrás, nada de nada. Una locomotora arremetía en su pecho sin tregua. De repente una niebla se abrió ante sus ojos.

Uno, dos, tres, cuatro...tregua, un poco más de aire. Un suspiro se hizo perpetuo en su pecho, cinco, seis...de febrero, el día en que se casaron. Como una ráfaga vinieron a su mente, la escapada, el ruido de la moto en la madrugada, el pueblo que vio llegar la alegría sobre ruedas, la iglesia que los acogió y les dio su bendición, siete...de entre la bruma como una luz emergió esa mano extendida, blanca, arrugada, familiar. Eva soltó la barandilla tomó la mano.

Al fin estaba en casa. ¡Nunca la vio tan iluminada, tan serena, tan suya...!

- ¿Tú? ¿Qué haces aquí? —preguntó sin mucha sorpresa.
- Te estaba esperando, tardaste una eternidad. Bienvenida, mi maga.

Escritos de Oro volumen 7 es la compilación de las obras ganadoras de diversas ediciones del Concurso literario de personas de AGECO que se organiza cada año con la finalidad de potenciar las habilidades literarias de las personas para que desde distintos ámbitos de su cotidianidad puedan manifestar sus opiniones, creencias y aportes a la sociedad mediante la producción literaria a escala nacional e internacional.

En su aniversario 45 AGECO plasma en este documento la creación literaria de las personas adultas mayores quienes por medio de sus escritos procuran dejar su huella en la sociedad.



**Oportunidades
de participación
para vivir con
protagonismo,
el proceso de
envejecimiento
y la etapa de
vejez, por medio
de experiencias
personales y
sociales.**

ISBN 978-9968-931-80-9



La Asociación Gerontológica Costarricense, es una organización no gubernamental, sin fines de lucro, de bienestar social, que desde 1980 trabaja en la promoción de un envejecimiento activo, en el fomento de espacios de participación, educación, empoderamiento y defensa de los derechos humanos de las personas Adultas Mayores.